RAFAEL MEDINA ORTEGA

La Buena Vecindad

Apartheid

Este relato es pura ficción, por lo que los personajes y sucesos aquí narrados también lo son. Cualquier parecido con personas o sucesos reales es pura coincidencia. Queda excluida la mención que se hace a personas y sucesos que ya pertenecen a la Historia de la Humanidad.

Rafael Medina Ortega

LA BUENA VECINDAD   APARTHEID

C A P Í T U L O I

LIVERPOOL

El señor William Spencer Palmer leyó un documento en que figuraba la fecha de su nacimiento y su lugar de origen, Liverpool, unidos a su nombre, concediéndole el ascenso al grado de capitán de artillería del Ejército de Su Majestad Británica la Reina Isabel II. Mucho que había esperado este ascenso y le llenó de orgullo el haberlo conseguido

¿A dónde lo destinarían? Muy a gusto se sentía en la ciudad portuaria donde residía, Liverpool, en la que tenía una casa, a su esposa, a dos de sus hijos, una nieta y un yerno..., pero siempre después de un ascenso viene un nuevo destino, que para desgracia solía ser en un lugar bastante alejado del que ya estaba afincado. Muy apegado estaba a esa ciudad, no solo por su familia, sino también por ser un gran partidario de su equipo de fútbol, el Liverpool F.C., siendo socio y asistente a todos los partidos en la localidad y a su sede social para reunirse con sus mejores amigos y poder hablar y discutir sobre los encuentros deportivos y otros asuntos relativos a los más diversos temas de actualidad, y cómo no, participando en juegos de mesa como el dominó, las cartas, damas..., Además nunca se olvidaba, antes de retornar a su casa, el lanzar dardos, para lo que tenía buena puntería.

¿Era William Spencer Palmer el verdadero nombre de este ya capitán?... ¡Humm!... Pues no, porque cuando llegó a Liverpool a la edad de catorce años, su nombre era Anthony David Atkinson, su verdadera fecha de nacimiento correspondía a dos años después, ocurriéndole este, por así decirlo feliz acontecimiento, en un lugar muy alejado del mencionado en el escrito, llamado Halifax, en la provincia de Nova Scotia, situada en una gran nación que más podía ser un continente, Canadá. Ciudad, provincia y país que tuvo que abandonar para siempre en circunstancias muy lamentables de las que era mejor no recordar. En aquel tiempo las banderas de las dos naciones, Canadá y el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda, eran muy parecidas, y el Rey era el mismo, ahora una Reina, igualmente para los dos estados, pero sin el trozo de la República de Irlanda, usando también el mismo idioma. De que tuvieran dos gobiernos distintos, la verdad es que no tenía ni idea ni lo comprendía, y de poco importaba a la corta edad en que abandonó su ciudad natal, único lugar que conocía de aquel inmenso país. Ahora habiendo llegado a capitán, sí que sintió una inquietud y hasta desasosiego por vivir una mentira... Era un ser extraño. ¿Y si se descubría algún día?... Degradación, vergüenza pública, consejo de guerra, cárcel, y Dios sabe qué más... ¡Con lo que había sudado aquel ascenso!

Sin duda alguna, él, William S. Palmer, era un farsante, pero hasta ahora, por suerte sólo lo sabían dos personas, él mismo y el señor Conrad Brawn, su primer jefe de trabajo, dueño de una zapatería dedicada a reparaciones y remiendos de artículos

destinados a los pies, cuyo fallecimiento hacía tiempo que se había producido, así como la desaparición del taller y de la casa en que estaba ubicado, siendo reemplazado por una nueva construcción, de cuatro plantas, con un garaje para varios vehículos en su sótano, y un gran comercio de comestibles en el entresuelo, del que se proveía su familia normalmente. Era el número 25 de la Widmark Street, una no muy grande calle del centro de Liverpool, muy cercana a la muy importante Lymes Street, pegada a la casa en que vivía en el momento de recibir el nombramiento de capitán, de número 26, propiedad de su esposa, la señora Sheila, nacida Winter, que también era propietaria de un negocio, "Winter´s Leathershop", situado en el entresuelo, heredado de su padre, y de su abuelo, donde se vendían artículos de cuero, principalmente para señoras, como zapatos, bolsos, cintos, chaquetas y alguna que otra cosa del mismo material.

De la niñez de su marido, la señora Sheila sabía lo que se dice absolutamente nada, pues lo conoció cuando, según ella, los dos contaban quince años, y cada vez que le preguntaba sobre ese asunto y sobre sus padres, le respondía: "prefiero olvidar cosas desagradables, asuntos del pasado que ya murieron, eso es todo, y no se hable más". Lo conocía desde el primer día en que comenzó a trabajar, vestido como un marinero y cubierta su cabeza con una gorra que correspondía a esa indumentaria, estando en la puerta del comercio de su padre, la "Winter´s Leathershop". Aquella mañana el patrono mandó a su nuevo empleado, o aprendiz, a un recado, y cuando la vio al pasar le dijo buenos días aunque no la conociera, respondiéndole ella con el mismo saludo, y no lo perdió de vista hasta que dobló la primera esquina. Al jovencito bien se le grabó la figura de la chica en su cerebro, y a esta le pasó lo mismo con el muchacho. En lo sucesivo, cada vez que pasaba por la puerta del comercio la miraba y la saludaba, y si no la veía, miraba hacia el interior por si la divisaba.

/ Un buen día, al pasar para hacer otro encargo de su maestro, se le ocurrió preguntarle:

- ¿Cómo te llamas?

- Sheila, ¿y tú?

- Thony.

De esa manera se rompió el hielo y comenzaron a intercambiarse más palabras que los simples saludos. Dónde vivían, qué hacían, qué asuntos les gustaban... Conversaciones muy cortas pero de mucho valor para los dos.

Él tenía que trabajar para sobrevivir y aprender el oficio de zapatero, y era más bien alto, cara de buena persona y no mal parecido. Ella, esbelta, de buen tipo, guapita, y viéndose lo que no se puede descubrir a la luz del día, se fue desarrollando en ellos una empatía que sería para largo, a pesar de ser Thony muy pobre y Sheila una chica bien acomodada, con cierto esmero en su educación, viéndose el contraste en la forma de vestir de ambos.

¿Cómo llegó William Spencer Palmer a la calle Widmark de Liverpool? Su acento, al hablar, delataba que no era de ese lugar sino de algo bastante más lejano. El que le esquivara las preguntas sobre su familia y su todavía corto pasado, contribuyeron a que Sheila se interesara más por él. Todo misterio atrae a las personas, y ella no era una excepción. Al pasar por la zapatería, Sheila también miraba hacia dentro para verlo

trabajar mientras aprendía el oficio. Allí estaban el maestro, el oficial y el aprendiz. Los sábados por las tardes, o los domingos por las mañanas, desde la ventana de su habitación, lo veía jugar al fútbol con amigos, frente a su domicilio y tienda, en un solar junto a una iglesia metodista, lugar de donde salían los jugadores. Algún día se construirían edificaciones sobre ese campo de fútbol no reglamentario, pues para eso se crearon las inmobiliarias.

También Thony adquirió la costumbre de sentarse los domingos en la escalinata de la iglesia metodista cuando no había fútbol, para poder contemplarla al pasar con sus padres al ir y volver de la iglesia anglicana. A veces la saludaba, y ella correspondía, sufriendo algún regaño de su padre... Así demostraba Sheila que era su amiga,

La verdad era que Anthony David Atkinson había pasado una niñez fatal, bastante parecida a las descritas por Charles Dickens en sus libros. Supo de sus apellidos a los siete años cuando lo matricularon en la escuela. Tenía una hermana menor, llamada Lylian, a la que quería mucho. Le gustaba la escuela porque así se alejaba durante unas horas de la lúgubre casa donde vivía, siendo su padre el principal terror del hogar, al que siempre volvía con un olor a alcohol que tiraba para atrás, y, con cierta frecuencia, tan borracho que armaba unos escándalos de mil demonios pegando a su mujer y a sus hijos...¡Qué pánico le entraba!...Y su madre, aunque algo menos, también dejaba bastante que desear, pues de los dineros destinados a la comida, una no pequeña parte lo empleaba en comprar esas bebidas que contenían alcohol, teniendo que irse a sus camastros su hermana y él muchas noches con muy poca comida en el estómago, o ninguna. Gracias tenía que dar al dueño de un colmado que, por hacerle algunos recados, le daba unas veces un paquete galletas, una tableta de chocolate o algunas frutas, manjares que compartía con su hermana. Vivían en una pobre vivienda en un nada elegante barrio de la ciudad de Halifax.

Nunca podía olvidar, cuando ya cumplidos sus seis años, se produjo aquella terrible explosión de un barco cargado de municiones en la bahía de Halifax , produciendo más de mil muertos, otros tantos heridos, y, como es lógico, destrucciones de casas con innumerables daños, difíciles de cuantificar. Cómo su padre siendo estibador del puerto pudo sobrevivir, nunca lo supo. Su humilde casa no sufrió daño ni tampoco su madre, él y su hermana. A los diez años, dándose cuenta del deterioro de sus progenitores, se hizo la firme promesa de no probar bebidas alcohólicas durante el resto de sus días, cosa que cumplió hasta este momento en que llegó al grado de capitán, y así seguiría.

A poco de cumplir los doce años, allá por el mil novecientos veintidós, su madre los abandonó, yéndose con un hombre, Dios sabrá a dónde, empeorando la situación de los hermanos, conformándose con el poco dinero que les daba su padre, que comía, bebía y prácticamente vivía en una taberna del puerto. A su casa casi solo iba a dormir, descanso que, con no rara frecuencia, lo hacía en un burdel.

Para William Spencer Palmer el haber alcanzado aquel grado en el ejército era como la culminación de su carrera, por eso aquella noche llevó a toda su familia a cenar en un restaurante de categoría. Los sentimientos no pueden ser borrados ni por la pobreza ni por la miseria..., ni por el tiempo, y, aunque ya apaciguados, echaba de menos en estos momentos a su hermana Lylian, a la que nunca había dejado de querer a pesar de los años transcurridos; por sus padres sentía pena, pero nada más, no guardándoles rencor. Se acordaba ahora mucho de cuando por las noches iba a las

puertas de los comercios de comestibles a recoger de los contenedores de basuras alimentos aún servibles, antes de que los carros de la limpieza urbana se las llevaran, y también de los trozos de maderas de los dinteles de puertas y ventanas de casas derruidas que arrancaba para encender la estufa que les daría calor y evitarle el frío a su hermana. No era raro el día que iba a rebuscar entre los escombros del desastre por si encontraba algo de cobre o bronce que pudiera vender. La cuestión de la ropa no fue difícil de resolver, pues acostumbrado estaba a ir por los roperos de caridad de las diversas iglesias para que le dieran las que ya no les servían o no gustaban a los niños pudientes. ¿Dónde estaría ahora Lylian...? Faltaba en la mesa su hijo mayor Henry con su familia, destinado en una base de helicópteros en el este de Inglaterra como teniente piloto de esos aparatos voladores. Mejor mujer que Sheila no hubiera encontrado, y de sus tres hijos podía estar orgulloso: el segundo, Christopher, era médico, y su hija, Margaret, ingeniero técnico de electrónica, casada con un ingeniero superior de la misma rama, y con una niña.

Cuando tenía catorce años su padre fue detenido porque una noche, él y un grupo de compañeros de trabajo perpetraron un robo en la oficina de la empresa donde trabajaban." No es que seamos ladrones, pero es mucho el dinero que les hemos dado a ganar a esos patrones... y, en cambio, qué mal nos pagan; tomaremos solo lo que es nuestro", decía el organizador de la operación. A los tres días de la detención del padre aparecieron por su casa tres monjas católicas y unos señores de asuntos sociales. Las monjas agarraron a su hermana, pero él, provechando que la puerta de la calle estaba abierta, salió disparado como un rayo, sin que aquellos respetables señores de los asuntos pudieran atraparlo ni en esa calle ni en los alrededores. Tuvieron que irse con las manos vacías. ¿Su hermana?...Probablemente, estaría encerrada unos años en un orfanato, le enseñarían un oficio, y actualmente sería una mujer casada con hijos, probablemente de una clase media más bien tirando a bajo.

¿Cuál sería el destino de Anthony?, porque sin familia y sin casa, ¿a dónde iría? Si lo agarraban, a un orfanato como a su hermana, cosa que odiaba... Así pues se fue a refugiar en una casa semiderruida, y por las noches, como estaba acostumbrado, volvía a los contenedores de desperdicios a buscar comida. Sabía que lo estaban buscando, y se daba cuenta de que eso de vivir como huido, no era solución..., ¡pero nunca a un orfanato! Así que pasados diez días se fue a los muelles del puerto donde vio un carguero sin vigilancia en la escala ni nadie en cubierta. Era mediodía, hora del almuerzo de la tripulación, por lo que no dudó en subir al barco escondiéndose en un bote salvavidas. Allí se quedó dormido, y a las cinco de la tarde, ya bien estibado, el carguero a vapor soltó amarras poniéndose en marcha sin que Anthony se diera cuenta, y no se despertó hasta la noche, en que comenzó a oír bien el ruido de la máquina y sentir el balanceo provocado por el moderado oleaje del momento."¿A dónde iría?, se preguntaba. Desde Halifax, de eso estaba bien enterado, los barcos siempre iban lejos. Cuando todo estaba bastante oscuro y solo se divisaba una luz mortecina en el puente y la que salía de la puerta de la sala de máquinas, sin nadie a la vista, sintiendo ya hambre y sed, salió de su escondite y se puso a buscar la cocina por si encontraba comida y agua, no tardando en encontrarla. En ese lugar estaba una mesa con los platos y cubiertos preparados para el desayuno de la tripulación, y sobre el poyo, varios panes y dos hondillas, una, con mantequilla, y otra, con trozos de jamón y beicon. Untó la mantequilla en el pan, y junto con el jamón y un vaso de agua comenzó a comer con toda tranquilidad hasta que sintió unas manos que lo agarraban por los hombros con mucha fuerza que lo levantó de la silla produciéndole dolor. A empujones,

acompañados de algunos golpes, lo arrastró hasta el puente, donde dijo en aquella media penumbra:

-Capitán he encontrado a este polizón a bordo, ¿qué hago con él?

El capitán lo miró de reojo, y también al posible cocinero, mientras el muchacho oía decir:

-En tal caso, ya sabe cuál es la ley de la marina, tírenlo al agua, así aprenderá a no meterse más donde no debe.

Un miedo horrible recorrió el cuerpo del muchacho."¿Porqué me opuse a ir a un orfanato?" quedándose como de piedra en aquel silencio y penumbra del puente de mando hasta que el capitán, al cabo de dos minutos, le preguntó:

-¿Tienes hambre?

- Sí- respondió el muchacho.

-Pues llévelo a la cocina y dele algo de comer. Si está sucio que se lave un poco, y después retirarse. A este polizón se lo encomiendo a usted, señor Joung, siendo responsable de lo que haga en el barco. Que primero le ayude en las faenas de la cocina, y cuando no quede plato sucio ni nada por hacer, se lo entrega al contramaestre para que lo ocupe en otras faenas, como la de fogonero. Que no esté parado mientras dure la luz del sol. Comerá y dormirá con la tripulación. Ya veremos qué haremos contigo cuando lleguemos a puerto. Todo depende de cómo te comportes a bordo. Soy muy exigente con todos los tripulantes... Mi nombre es Paul Grahame, y me llamarás señor Grahame cuando te dirijas a mí. No olvides que te estaremos observando siempre. Bueno..., ahora, a dormir, mañana, ¡a trabajar!

Así, trabajando desde la salida del Sol hasta que se ponía, el carguero llegó a su destino. Menos mal que el cocinero le arregló un traje marinero a su talla, propiedad de un tripulante que hacía poco había abandonado el barco y esa profesión, buen abrigo para el fresco otoñal que ya se sentía, que con una gorra, también marinera, le quitaron la pinta de miserable que traía al subir a bordo.

Al atracar en el muelle de un puerto, completamente desconocido para él, como todo el resto del mundo, el capitán le dio una libra esterlina, y al comprobar que no había policías a la vista, le ordenó:

-Baja al muelle, desaparece, y recuerda que en este barco no has estado nunca. Tampoco se te ocurra decir de dónde vienes.

En el dock se puso a caminar hasta que estuvo bien alejado del carguero que lo trajo, y comenzó a observar por donde podía salir de la zona portaría, hasta que oyó una voz que le gritaba:

-¡Eh, muchacho! ¿Qué haces aquí? ¿No sabes que esta es una zona restringida para personal autorizado? ¡Fuera de aquí ahora mismo! O sales o te damos una azotaina.

Aquel individuo le indicó una puerta de salida, por lo que se puso a deambular por una ciudad de grandes edificios." Mayor que Halifax tenía que ser", pensó, y siguió

caminando hasta que, alrededor de una fuente, se encontró con unos chiquillos a los que preguntó el nombre del lugar. Liverpool le respondieron. Sin saber a dónde ir, siguió por una calle hasta que al llegar a un puesto callejero en que vendían fish and chips, sintió hambre y compró un paquetito. Bebió agua de una fuente, y caminando por la ciudad, pudo comprobar que era más suntuosa que la que había dejado. Le maravillaron los maravillosos escaparates de los comercios por donde pasaba y el intenso tránsito de vehículos de todo tipo que circulaban. Se hacía de noche, y el frío de la tarde aumentaba acompañado de cierta llovizna. ¿Dónde guarecerse?... Menos mal que al poco rato encontró un kiosco abandonado con unas tablas medio desprendidas en la parte baja. Con un par de patadas consiguió un hueco por donde meterse, pasando esa noche bajo techo protegido de las inclemencias del tiempo, como la lluvia que cayó con algo de fuerza. Durmió y no se mojó.

Al despertarse con los ruidos de la calle y la luz del nuevo día, salió de su escondite colocando de nuevo las tablas en su sitio lo mejor que pudo, de forma que el kiosco pareciera intacto. Detrás de unos matorrales de un jardincito cercano hizo sus necesidades y en una fuente se lavó un poco. Compró pan en una panadería, y deambulando de nuevo por las calles preguntó en tres comercios si necesitaban un chico para recados o lo que fuera; la respuesta fue no. Volvió a comer fish and chips, pero dándose cuenta de que esos manjares eran muy caros para él, se hizo el propósito de alimentarse exclusivamente de pan y de agua de las fuentes callejeras, pues hogar ya tenía. Al cuarto día, casi agotado su dinero, se decidió a pedir limosnas sacando algo para comprar pan y alguna manzana. Kiosco de hogar, saliendo de noche para hacer sus necesidades sin que lo vieran. ¿Era eso vida?

Un día se puso a pedir limosnas en la importante Lymes Sreet, y ya había logrado unos pocos peniques, ¡buen negocio!, cuando apareció un guardia amenazándole con una porra:

-Oye muchacho, ya te he advertido varias veces que aquí no se puede mendigar, con que desaparece. Condenado gitano, ¡ya estoy harto de verte!

"De qué me conocerá ese tipo si nunca lo había visto, y es la primera vez que pido en esta calle", pensó Anthony.

Se fue a otra calle pero allí no sacaba ni para pan. A deambular de nuevo, hasta que encontró, en la parte de atrás de una iglesia a varias personas, pobremente vestidas haciendo cola, que, al preguntarles, le respondieron que allí daban comida gratuita al mediodía. Se puso a esperar y le dieron un plato de cocido caliente. Repitió varios días con la misma fortuna. Comer caliente era un éxito, y con las pocas monedas que obtenía por las calles, iba tirando, pero observó un día que los tres encargados del comedor hablaban entre sí fijándose en él. "Estos estarán tramando meterme en un orfanato o, peor aún, en un reformatorio de menores. Mal se me pone la cosa. Tendré que buscar otra solución", pensó. Y deambulando, mendigando y preguntando en comercios, restaurantes, incluso en una obra en que decía "Se necesita peón", donde le dijeron que era demasiado chico para ese trabajo, llegó una noche a su domicilio y se encontró que el kiosco había desaparecido. No le quedo otro remedio que volver a deambular en busca de algún refugio para cobijarse, sin encontrar nada apropiado para ese fin, Pero cuando ya había perdido toda esperanza, notó que la puerta de una casa estaba entornada. Sin dudarlo entró en el zaguán, se colocó debajo de la escalera y se puso en cuclillas para intentar dormirse con la cabeza sobre sus rodillas. Medio dormido estaba

cuando se abrió la puerta de la calle y entró alguien, que al notar algo extraño en aquel recinto, miró por todas partes hasta dar con Anthony. Viendo al muchacho, comenzó a hacerle una serie de preguntas, a las que contestó diciendo toda la verdad sin ocultar nada.

-Mi nombre es Conrad Brawn soy zapatero, detrás de esa puerta está mi taller, y tras la otra, una letrina con un pequeño lavabo y un chorrito de agua, es decir, un grifo, Arriba vivo yo con mi mujer. Espera un momento,

El señor Brawn cerró la puerta de la calle con llave, subió la escalera, bajando a los pocos minutos con una colchoneta, una manta y un cojín.

-Duerme tranquilo. Mañana a las siete, en pie.

C A P Í T U L O II

APRENDIZ

A eso de las seis, cuando ya Anthony Atkinson ya estaba despierto, el señor Braun apareció con un vaso de leche caliente en la mano derecha y un sándwich de jamón y queso, en la otra.

-Levántate, pasa a ese cuarto de la derecha, aséate un poco, después tómate el desayuno, que pronto bajaré para comenzar el trabajo. Serás aprendiz de zapatero.

El señor Brawn subió de nuevo a su vivienda y bajó al poco rato. Abrió la puerta situada a mano izquierda de la entrada y al pie de la escalera, y al pasar a ese nuevo recinto, encendió la luz, y Anthony, al contemplar aquel taller, pensó:" no parece mala cosa, si me quedo aquí, tendré cobijo, cama, protección del frío y de la lluvia..., y, al parecer, lo más importante, comida".

-Fíjate bien en todo lo que hago, haz todo lo que te diga...Estate atento, obedece..., no lo olvides, y verás cómo aprenderás pronto. Te prometo que guardaré tu secreto... ¿Porqué confío en ti?..., no lo sé explicar, pero yo y este señor que acaba de entrar, llamado Philip Winslow, seremos tus jefes. A él le debes el mismo respeto que a mí.

Fijándose bien en lo que hacían los dos mayores, haciendo todo lo que le ordenaban y viendo entrar y salir clientes, a las diez menos cuarto, el señor Brawn exclamó:

-¡Coffe time!(¡Tiempo de café!)

En este momento, entró en la zapatería una señora con una bandeja en la que estaban una jarra con café, tres tazas, unas galletas y terrones de azúcar. Debería ser la señora Brawn, pensó Anhony, y tras un receso de veinte minutos, el jefe le dio dos chelines y ordenó a Thony**:**

-Toma estas monedas y vas a la ferretería que está dos calles más allá saliendo a mano derecha, doblas la esquina, verás un letrero, y me traes lo escrito en este papel**…** Vuelve pronto**.**

- ¡Le ha dado dinero a ese que apenas conoce y con nada buena pinta…! – exclamó el señor Winslow.

- Volverá, estoy seguro – respondió el señor Brawn.

Según salió, vio en la puerta de un comercio dedicado a la venta de artículos de piel a la jovencita, de buen aspecto y ya mencionada, a la que le dio los buenos días que les fueron devueltos. "Ya tengo una conocida en el barrio", se dijo Thony, que pronto estuvo de regreso en su lugar de trabajo para tranquilidad de los señores Brawn y Winslow. A las doce y media, después de estar oyendo palabras como fíjate bien como

se cose, como se clavan las tachas, cuidado no te claves las agujas, mira como se corta el cuero de vaca, el ruido de la máquina de coser, palabras de intercambio con los cliente, y diversas advertencias más relacionadas con el oficio de zapatero, el jefe exclamó:

-¡Almuerzo! Pero primero, Thony, toma estos chelines y te vas a la casa de baños que está al otro lado de esta manzana, te das una buena ducha y vuelves para comer… Otro consejo que se me olvidaba, debes ser amable con todos los clientes. El cliente siempre tiene razón, es nuestro lema

A eso de la una y cuarto volvió Thony y se encontró su almuerzo sobre una mesita además de una cama turca con la colchoneta encima, dos mantas, sábanas y una almohada. Esta vez sí que se sintió persona.

Vuelta al trabajo a las dos y media, y nueva advertencia del señor Brawn:

-Los trabajos se entregan envueltos en papel de periódicos; de ese montoncito que está ahí. Cada tres o cuatro días irás por los comercios de los alrededores y les pedirás los números ya leídos. Ellos me los tienen reservados.

Y a las cuatro en punto, el jefe volvió a lanzar una exclamación;

-¡Tea time! – interrumpiendo el trabajo mientras volvía la señora Brawn con la bandeja, el té, las tazas y las galletas, esta vez con mermelada.

Corta pausa de un cuarto de hora, hasta que pasadas las cinco y media, el jefe recordó al señor Winslow que recogiera, que ya podía irse, y a Thony le advirtió:

- Ahora barres el suelo y metes lo barrido en el recipiente que está en el cuarto de la letrina. Lo colocarás fuera en la acera porque a las siete el camión de la basura lo recogerá, como hace todos los martes y jueves. Luego, antes de las ocho, lo pondrás de nuevo en su sitio, porque a esa hora se cierra la casa y no se debe andar de noche por las calles. Podrás pasear un rato, pero no olvides, si te pierdes, que esta es la calle Widmark haciendo esquina con la Layton Street.

Libre durante un rato, antes de las ocho, ya estaba en casa, encontrándose sobre la mesita la cena, sobre la cama una maleta pequeña con ropa, ya usada pero limpia, y en el suelo dos pares de zapatos, todo de su talla, que según después supo, pertenecieron a los hijos de los Brawn a su edad. El viernes todo transcurrió como el día anterior sin tener que ausentarse a recado alguno, y el sábado lo mismo, con la diferencia de que al mediodía el jefe dio por terminada la jornada laboral, dándole la siguiente orden a Thony:

-Toma estas monedas y vuelve a la casa de baños a darte otra ducha. Eso lo repetirás todos los sábados. Pero no te olvides antes de hacer el barrido del taller y de fregar el piso.

Y Thony le respondió:

- De acuerdo, pero cómo este fin de semana nada tengo que hacer, ¿podría llevarme tres periódicos para leerlos y los devolveré el lunes?

- Por supuesto, y más si quieres.

Por la tarde de ese primer sábado libre, Thony se dedicó a contemplar la calle Widmark, céntrica pero de casas `pequeñas de dos plantas y alguna de tres. Cerca de la zapatería, en la acera de enfrente se encontraba un solar y, a continuación, una iglesia, que por lo que después supo, era metodista, cosa que poco le importaba porque no era creyente. Y en ese llano, a las cuatro de la tarde, se reunió un grupo grande de jóvenes, más o menos de su edad, por lo que se acercó él también. En esto salió de una puerta lateral de la iglesia un muchachote alto y delgado con un balón de fútbol en las manos, un pito en la boca, y dos más con banderines; ¿un árbitro y dos jueces de línea?... Iba a comenzar un partido de fútbol, en aquel lugar que ni tenía las medidas reglamentarias para esa actividad, ni había señalizaciones en el suelo, y las puertas estaban señaladas por unos montoncitos de piedras. El supuesto árbitro apartó a once a un lado, y a once, al otro, repartiendo unas cintas azules y rojas, que se las pusieron en los brazos los jugadores. Eran las señales de los dos equipos contendientes. El muchachote árbitro lanzó una moneda al aire y exclamó:

-¡Los azules, a mi derecha, los rojos, a mi izquierda! El resto, ¡fuera del campo1

Los muchachos se colocaron correctamente en las supuestas líneas, y a un pitido del árbitro, comenzó el partido, y Thony, como un espectador más, pasó una tarde entretenida, Al finalizar, uno que estaba al lado le preguntó si sabía jugar al fútbol, a lo que respondió que sí.

-Pues entonces mañana como faltarán un par de los nuestros y nos corresponde jugar a nosotros, si quieres, formarás parte de nuestro equipo. A las diez es el partido, ¿De qué sueles jugar?

- De todo, pero es de delantero centro mi preferencia.

Bastante antes de la hora señalada, Thony ya estaba sentado en la escalinata de la iglesia, y mientras esperaba iban llegando fieles para el servicio dominical. Algunos intentaron darle alguna limosna, pero él las rechazaba. Poco antes de la hora señalada acudió la muchachada y se repitió la ceremonia del día anterior, con un árbitro más bajo y grueso. La actuación de Thony fue un éxito, marcando tres goles, por lo que quedó fichado para los siguientes partidos, No debería faltar, cosa que cumpliría con sumo placer. Su nuevo amigo le preguntó:

-¿Eres nuevo en el barrio?

- Pues sí.

- Entonces serás metodista como todos, menos yo que soy irlandés y católico, pero como vivo cerca y juego bien, me admiten. También podemos jugar al pingpong en el local social para jóvenes de la iglesia…, en esa puerta por donde salen los árbitros. También hay ajedrez, damas, dardos… El jueves por la tarde tendremos entrenamiento, ¿vendrás?

- Imposible, tengo trabajo.

Mientras todos se retiraban, vio que volvían endomingados de su iglesia la chica de la peletería con sus padres y el señor y la señora Bawm… Ya tenía amigos y una conocida en Liverpool. Aquella tarde, en que hacía fresco pero sin lluvia, se sentó otra vez en la escalinata de la iglesia a leer los periódicos enterándose de noticias locales y del mundo para él difíciles de comprender.”Leyendo más, ya las comprenderé” Con el dinero que de vez en cuando le daba su jefe, unas pocas monedas, se compró una palmatoria y velas para poder leerlos en la cama hasta que le entrara el sueño. Un buen día, un electricista le instaló una bombilla en su cabecera. De esa manera fue comprendiendo mejor los sucesos y enredos de la vida.

- Ya te observo los sábados y domingos rondando la iglesia de enfrente, así que eres metodista. Yo soy un ferviente anglicano, y nuestro amigo Winslow es católico, pero lo importante son esos diez mandamientos que nos dio Dios y que están en ese cuadro y que nunca debes olvidar - le dijo un día el señor Brawn-. Si no nos portamos bien como se nos ordena, iremos a la cárcel. Como creo que ya sabrás, Dios me ha premiado con tres hijos, bueno, dos varones y una hija, que son muy buenas personas. El mayor, Paul, aunque comenzó aprendiendo este oficio, prefirió dedicarse a la venta de tabacos, y hoy ya es propietario de la Brawn Tobacconist, no lejos de aquí, donde se vende toda clase de tabacos, como picadura, cigarrillos cigarros puros, tabaco de mascar, rapé, así como artículos relacionados con ese vicio o arte, como se le quiera llamar, entre los que hemos de mencionar pipas, boquillas, chisqueros, ceniceros, pitilleras…, que continuamente está ampliando. Mi hija, la segunda, Barbara, estudió secretariado y trabaja para una compañía consignataria de buques en el Merseyside; buena dactilógrafa… El tercero, Charles, estudió para radiotelegrafista, y actualmente trabaja en uno de esos trasatlánticos que van a la India. Puedo estar orgulloso de ellos, casados los tres, ya tengo seis nietos. Grande es la alegría cuando vienen a visitarme.

Con el tiempo hizo buena amistad con el irlandés futbolista y con algunos más de ese grupo, pero la mayor confianza la tenía con Daniel, como se llamaba el irlandés, que un día le aconsejó que lo acompañara a una escuela, subvencionada por la administración de la ciudad, para jóvenes que trabajaban durante el día, dos veces por semana, de seis a siete y media. Daniel era aprendiz de carpintero, y en la mencionada escuela le enseñaban aritmética, gramática inglesa, y algo de cultura general. Al señor Brawn le pareció muy bien esa idea, y como esa escuela estaba cerca, esos días lo dejaba salir un cuarto de hora antes de la seis. Varias tardes entrenaba la muchachada en el lugar cercano, ya acondicionado como un estadio muy elemental, y pasaron a jugar en una liga juvenil de barrios, de donde solían surgir los jugadores para los grandes equipos profesionales, pero Thony no podía participar en esos entrenamientos a causa de su trabajo No obstante, como por lo fuerte que era, metía goles, fue admitido en el equipo de la liga. Y ya, avanzado el tiempo, hasta recibía un pequeñito sueldo de su jefe con lo que se permitía ir a cines, en comprarse algún libro y permitirse algún que otro capricho barato.

Con la chica de la peletería, Sheila, también su amistad fue aumentando. De saludarse cada vez que la veía en la puerta del comercio, pasaron a decirse palabras y a sentir una atracción mutua. Si no la veía en la puerta, miraba hacia dentro del negocio. Ella hacía lo mismo, e incluso, por las tardes, se veían en la acera para charlar. Asunto que nada gustaba al señor Winter, su padre, que le aconsejaba:

-No entables amistad con ese chico que solo es un zapatero y nadie sabe de dónde procede. Dios sabrá a qué familia pertenece, si es que la tiene. Te mereces algo mejor que eso. Si continúas así, nadie de buena familia querrá tener relación contigo.

Pero Sheila hacía caso omiso de los consejos de su padre, que tanto sufría con esa relación, pues bien se había esmerado en educarla para destinarla a un académico o a un hombre de buena posición.

Ya siendo Thony un experto en el arte de la zapatería, el señor Brawn le dijo al terminar la faena:

-Hace diez años un buen amigo mío tuvo una quiebra en su negocio y se vio obligado a emigrar a los Estados Unidos. A pesar de la lejanía hemos seguido manteniendo contacto, aunque solo sea de vez en cuando. Lamentablemente, hace dos semanas recibí una carta suya en que me comunicaba que el hijo William había perecido en un accidente de tránsito rogándome que lo comunicara a las autoridades. ¿No sé para qué?, porque ellos no piensan volver a Inglaterra. La carta y el documento que le acompañaba los destruí. Nada he recibido, y nada sé del suceso. Anteayer por la mañana, cuando me ausenté del trabajo, fui a la oficina del registro civil y solicité una partida de nacimiento del muchacho. Como aquí nunca figurará su muerte y va siendo hora de que regularices tu situación en Inglaterra, si te parece bien, y no tienes nada en contra, mañana, a primera hora, vendrás conmigo al City Hall donde veremos al funcionario, señor Donovan, viejo amigo mío, para que te apunte como empadronado en este domicilio. Así serás un súbdito británico auténtico con todas las ventajas y derechos que eso supone…, que, a decir verdad, esto últimos son muy escasos. Por lo menos dejarás de ser un ilegal. Tendrás dos años más de los verdaderos, y pasarás a llamarte William Spencer Palmer. Si te preguntan por lo de Thony, dirás que eso fue un apodo que te pusieron los amigos del barrio.

No hubo problema en ese trámite, y siguió su vida, sus partidos de fútbol y su amistad con Sheila, para disgusto del señor Winter que no dejaba de advertirle que no le convenía esa relación. Hasta con el señor Brawn habló para que hiciera algo y cortar esa amistad, obteniendo por respuesta que William no dependía de él para nada.

Al cumplir los diecinueve años, según su nueva fecha de nacimiento, el señor Winslow le comunicó:

-Muy pronto nuestro jefe dejará de trabajar y este local ya lo tiene apalabrado para alquilarlo como una tienda de comestibles. Con ese dinero, y con el que le pasa su hijo el tabaquero por tener invertido dinero en ese negocio, sobrevivirá en su jubilación sin preocupaciones. La tabaquería ya es un prestigioso establecimiento de Liverpool. Buena idea tuvo ese Paul, y buen trabajo ha realizado. Yo me iré a trabajar al pub de mi hermano, en el que tengo también dinero invertido, y al que ayudo con cierta frecuencia en los fines de semana. Así sobreviviré. Vete buscándote otro trabajo. Si no quieres seguir el oficio de zapatero, o te interesa, antes de encerrarte para siempre, conocer algo de mundo, te recomiendo: o bien dedicarte a navegar como tripulante de un barco mercante o meterte en el ejército. No olvides que el Reino Unido es el primer estado del mundo, con un gran imperio colonial, aunque nosotros seamos poca cosa. Los lores, los que mandan, sí que disfrutan bien de eso.

El nuevo William, sin pensarlo, en ese momento, sacó una moneda del bolsillo la tiró al aire y exclamó al recogerla:

-¡Salió ejército!

A los cuatro meses fue a engancharse en la oficina de reclutamiento, donde lo destinaron a un campamento de formación como soltado de artillería, pues era un hombre fuertote, y bueno para arrastrar cañones. Acabado ese período, lo enviaron a Free Town, en la colonia de Sierra Leona, situada en la costa atlántica de África.

Por fin el señor Winter pudo respirar tranquilo. "Ha desparecido, pronto se olvidarán", se decía.

- Con ese nombre, de William Spencer Palmer, toda mi vida será una mentira – le dijo al despedirse al señor Brawn.

- No te preocupes que no te pasará nada. Mi apellido verdadero es Brown, pero por un error del que apuntaba los nombres, me pusieron una A en vez de una O, y aquí estoy.

CAPÍTULO III

EN ESCUELA DE MEDICINA TROPICAL

Pasados unos años del tan deseado ascenso a capitán del señor William Spencer Palmer, ahora ya mayor jubilado, su segundo hijo, el doctor Christopher Anthony Palmer, una tarde, al finalizar una clase práctica en un laboratorio de microbiología de la Tropical Medical School de Liverpool se reunía con el grupo de compañeros al que estaba asignado, cinco varones y dos mujeres y el profesor que les correspondía ese día para charlar amigablemente. Entre otras cosas, uno comentaba:

-Yo me pregunto para qué tanto material como este, un modernísimo microscopio electrónico de última generación y tanta sofisticación médica, si luego, allá donde iremos, en las selvas tropicales o en desiertos como el del Sáhara, si es que vamos, no los veremos ni por asomo… Además, para manejar esos modernísimos microscopios hay que ser superespecialista… ¿Cuánto tiempo tardó usted en aprender esas técnicas?, profesor Williams… Yo ni me aclaro con los normales, y procuro mirar con un ojo cerrando el otro…Y qué decir de medicamentos…, ¿los habrá por esos mundos?... Sería muy conveniente que, aparte de los conocimientos supercientíficos que nos enseñan los profesores de acá, nos trajeran también algunos curanderos-hechiceros de los que abundan por países tropicales y nos hablaran de sus yerbas y mejunjes, y también de esas técnicas de suturar heridas y tejidos, como los intestinales, con esas hormigas… También servirían para ambientarnos a nuestros posibles destinos.

A lo que contestó el profesor:

-Le doy toda la razón, pero nosotros tenemos el deber de hacer nuestras clases lo más científicas posible, porque ya tendrán tiempo de hacerlo cada cual a su manera y como Dios se lo permita. Para aprenderlo mal no hace falta venir por aquí. En cuanto a los curanderos de esos países subdesarrollados, hemos de valorar en primer lugar el efecto psicológico sobre el paciente que cree en él, en sus rezos y en sus mejunjes, algunos de los cuales efectivamente tienen efectos curativos…, y no los hemos de menospreciar porque, también en esta Europa supercivilizada, la gente confía en intervenciones divinas, en curaciones…, y en curanderos…, en medicinas milagrosas…¿Cuántas veces los laboratorios farmacéuticos lanzan medicamentos que no sirven para nada o son perjudiciales y hay que retirarlos?... Ahí está el contergán… En cuanto a las hormigas, el curandero africano agarra un determinado tipo de estos insectos, les hace morder los bordes de esas heridas, sus ganchos quedan bien clavados, y en ese momento las retuercen y tiran el cuerpo. El ácido fénico que portan, hace de desinfectante. En cuanto a nuestros aparatos, debe saber que esto no es solo una escuela, sino también un centro de investigación de primera categoría. De todo el Reino Unido nos envían pacientes procedentes de los trópicos para el diagnóstico de enfermedades que trajeron de allá y sus posibles tratamientos. Hacemos nuestras propias investigaciones y colaboramos continuamente con otros centros científicos, y, además, siempre agradecemos, aunque sean pequeñas, las informaciones que nuestros ex alumnos nos envían desde esos países…Y si nos lo piden, les damos consejo. ¿Cuál es su nombre y de dónde viene…?

- Mi nombre es Michael O´Connor y soy de una pequeña ciudad del sur de Irlanda, donde también he ejercido durante tres años de médico general. Estudié medicina en la Universidad de Cork.

- Muy bien. ¿Hay algún otro irlandés entre ustedes?

Uno, alto y delgado, levantó la mano:

-Soy de Londonderry, Irlanda del Norte, y me crié en Limerick, República de Irlanda. Estudié medicina en Dublín, y he ejercido de anestesista en Belfast desde que termine los estudios, hace nueve años. Aunque no lo crean, es la primera vez que salgo de esa isla. Mi nombre es James Wilson, y soy británico de nacionalidad.

-¿Son los dos católicos?

- Yo, sí lo soy – dijo O´Connor.

- Y yo, anglicano – dijo el otro.

-¿No serán enemigos por eso?- preguntó sonriendo el profesor.

- ¡Qué va, nos llevamos muy bien!- contestó O´Connor.

- Verdaderamente, es una vergüenza que nosotros, los que nos consideramos británicos y anglicanos, hayamos tratado así a esa isla – añadió el doctor Wilson.

El profesor dirigiéndose a otro doctor, le preguntó su nombre y su origen.

-Mi nombre es Klaus Hartmann, vengo de Alemania y trabajo de médico internista en un hospital de Bremerhaven.

-¿Cómo es que no ha ido al famoso Instituto Tropical de Hamburgo para hacer este curso, que le queda más cerca, o es que ya ha estado y quiere comparar ?

-Esta es la primera vez que estoy en una escuela de medicina tropical. Y vine porque está considerada como la mejor del mundo en esta materia. También fue la primera fundada, y su prestigio dura. Al volver me tienen prometido hacerme cargo de sección de infecciosos del Hospital, es decir, la de Chefarzt… Tengo que prepararme, aparte de informarme en la Gran Bretaña de otro asunto médico que tengo entre manos.

-Gracias doctor Hartmann por el piropo dirigido a nuestra escuela y que viene de un país de tanto prestigio médico como Alemania. ¿Creen ustedes que el término medicina tropical está bien aplicado, o sería mejor llamarla medicina de los pobres?

- Las dos denominaciones son válidas, pero opino que el de tropical tiene preferencia, pues también hay una patología propia tropical y otra de las regiones polares – contestó otro doctor.

-Buena respuesta, Christopher, pero si no hubiera tanta miseria en los trópicos, esas enfermedades estarían actualmente desaparecidas o muy reducidas. Lo trato por su nombre porque desde que entramos en el parvulario, pasando por la primaria, secundaria y universitaria, y de médicos internos en el Southern Hospital, hemos

estado juntos, pero ahí nos separamos: él, para la cirugía, y yo, para la microbiología. Es una pena que se haya dedicado a la medicina, porque hoy sería un gran jugador de rugby. Un verdadero as – y dirigiéndose a otro médico le preguntó -: Y usted, doctor Simpson, ¿qué opina sobre la supervivencia del doctor Blaiberg, después de tantos meses, con trasplante de corazón, y del doctor Christiaam Barnhard al atreverse a realizar este tipo de trasplantes, además, el de emplear el corazón de un negro en un país tan racista como Sudáfrica?. Usted sabe mucho de eso, pues hace trasplantes de riñón en Glasgow.

-Efectivamente, los hago, y admiro al doctor Barnhard por su valentía. Ya he hecho unos cuantos trasplantes de riñón en mi servicio de urología. Al principio, los fracasos fueron muchos; al hacerle las autopsias no había forma de reconocer estructura tisular alguna. Hoy ya son una realidad, aunque siguen habiendo fracasos. Si no fuera por los inmunosupresores, los trasplantes serían imposibles. De su perfeccionamiento depende todo esta nueva era que comienza, y que promete ser muy esperanzadora…- continuando el doctor Simpson con una disertación sobre selección de donantes, de pacientes y de los nuevos y futuros inmunosupresores.

-Gracias doctor Simpson por su muy interesante exposición sobre este tema de los trasplantes. En la República de Sudáfrica, los hospitales para blancos son tan buenos como los mejores de Norteamérica, pero muy diferentes son los de los negros…. Yo solamente soy un microbiólogo que está intentando superespecializarse en virus. Únicamente he estado en un país tropical, y una sola vez, en Ghana, en el mejor hospital de su capital, Accra. Por el contrario, varias veces he visitado desiertos, el del Sáhara, tres veces, y el de Mohabe, en California,una vez. Sus paisajes, a pesar de sus sequías, falta de vegetación, desolación, soledad, silencio, me fascinan… Y repito, me fascinan y al máximo. Allá también hay bacterias y virus, y mucho por descubrir e investigar. Envidio a esos médicos y misioneros que se aventuran a hacer labores humanitarias en esas selvas y lugares alejados de la mano de Dios, como fue el doctor Schweitzer en Lambarene, lanzando un mensaje al mundo de paz y contra el arma atómica.

De las dos mujeres que allí estaban, la que parecía mayor, que vestía con bata de médico, añadió a las explicaciones del profesor;

-No hemos de olvidar en esta conversación al jardinero negro de ese hospital, Hamilton Naki que, con mucha maestría, extirpó el corazón del fallecido en accidente, Un negro cuya familia cedió generosamente el órgano para salvar a un blanco. Naki no había estudiado nunca ni anatomía ni medicina.

- Muy bien dicho, doctora, pero ¿cuál es su nombre? Intentaré retenerlo. Eso también puede ser una respuesta a nuestras dudas sobre la medicina africana.

- Me llamo Norma Wood, y soy ginecóloga.

- ¿Señorita o señora?

- No respondo a esa pregunta, porque no me considero ni lo uno ni lo otro. No soy feminista, aunque defienda la igualdad de los dos sexos como hacían las sufragistas, y declaro, sin ningún reparo ni vergüenza, que soy asexual, viviendo satisfecha con mi condición. Estoy aquí porque me interesan las enfermedades infecciosas y la medicina tropical. He ahorrado, y me puedo permitir un año sabático… Nada tengo que ver con

las mujeres homosexuales, a la que, equivocadamente, las llaman lesbianas. Estuve en la isla Lesbos, en el Mar Egeo, y allí dicen que las auténticas, y solo ellas, son las verdaderamente lesbianas. Las naturales de esa tierra.

El profesor, que era como el director del grupo, entre los que se encontraban los más veteranos del curso, excluyendo al doctor O´Connor y la enfermera, dijo:

-Esto que quede entre nosotros considerándolo como una parte de nuestro juramento hipocrático. No se hable más del asunto.

- En lo que a mí respecta no me importa ese juramento. A nadie le va ni le viene mi condición. Vivo tranquila así y que digan de mí lo que quieran.

-Pues si a usted no le importa su condición, doctora Wood, yo tampoco tengo reparo en declarar que no tengo atracciones sexuales, por eso no he intentado casarme a pesar de los años que llevo ejerciendo y de lo bien que me ha ido económicamente. Para mí no ha sido nada difícil llevar mi condición, porque con este aspecto que tengo, alto, flaco, desgarbado, nariz aguileña y otras cosas más, nunca he sido punto de atracción de féminas, pero usted, Norma Wood, con el buen tipo que tiene y esa cara siempre sonriente y de tan agradable aspecto, y con vestidos elegantes que le caen a la perfección, ¿cómo se las arregla para espantar a los numerosos médicos, y no médicos, que andarán detrás de usted?- dijo el irlandés, doctor Wilson.

-Usted exagera sobre su persona, doctor. Tan mal aspecto no tiene, y estoy segura de que muchas enfermeras le seguirían como los patitos siguen a la pata si se lo propusiera – comentó la única persona que llevaba uniforme de enfermera en el grupo, a la cual se dirigió el profesor haciéndole esta pregunta:

-Y usted, enfermera O´Hara, ¿es soltera o casada?

-No me llamo O´Hara. ¿De dónde saca usted ese apellido? Me llamo Rosemary Sullivan, soy de Plymouth, y hasta ahora he trabajado en el Children Hospital de Southampton. Ni estoy casada ni lo he estado nunca. Pero ¿de dónde sacó usted que yo me llamo así?

- Con ese maravillosa cabellera pelirroja, esos ojos deslumbrantes y su buen aspecto general, me recuerda mucho a una bella y famosa actriz de nombre Mauren O´Hara, y la veo con frecuencia en la cantina de la escuela a la hora del almuerzo junto a mi buen amigo, Christopher Palmer, y el sábado, en el cine, juntos, viendo la película “Bonnie and Clyde”. Hasta he llegado a suponer que estaban comprometidos.

- Sabe lo que le digo, profesor Williams, que usted es un chismoso. Mi amistad con el doctor Palmer viene de que nos corresponde estar juntos en las clases prácticas, y que nos llevamos muy bien. Él me ayuda, yo le ayudo. Eso es todo.

- Conozco muy bien a Christopher y sé que se llevarán mejor en el futuro. En cuanto a la calidad y sofistificación de los aparatos de esta escuela, repito, no se debe exclusivamente a su labor didáctica sino también a su misión hospitalaria, de diagnósticos difíciles y de investigación del más alto nivel, publicaciones… Bueno…, demos por concluida esta charla porque mi familia me espera, y ya se ha hecho tarde.

Mientras salían, Christopher Palmer le decía al profesor.

- Metiste la pata, me has fastidiado, ahora no querrá volver a salir conmigo.

- Nada de eso. Rosemary te seguirá hasta el fin del mundo. Ya lo verás.

Antes de llegar a la calle, el doctor O´Connor propuso lo siguiente:

-Si lo tienen a bien, sería esta una buena ocasión para seguir la conversación en un restaurante cercano, de buena calidad y nada caro. Si alguno no dispone de dinero, se lo presto. Se trata del "The Black Buccaneer".

Palmer asintió, y los demás también. Todos disponían de libras suficientes para la cena. Al salir, sintieron la llovizna, el frío, la humedad y el desagradable viento, que calaban hasta los huesos.

-¡Quién diría que salimos de una clase de medicina tropical!- exclamó O´Connor – Verdaderamente prefiero estar en una playa de una isla del Caribe.

A menos de cien metros se encontraba el restaurante, agradeciendo el calorcito que se bien se notó al entrar. Colgaron abrigos y sombreros en los percheros, y los paraguas en los recipientes correspondientes. Eligieron una mesa grande y miraron las cartas de menús. Y O´Connor fue el primero en elegir:

-Yo elijo sopa de pollo y fish and chips. De postre, pudding. Cerveza para acompañar.

Los demás eligieron lo mismo por ser el bacalao del agrado de todos. Entonces, Christopher Palmer comenzó a hablar:

-El profesor fue siempre un fuera de serie desde la primera enseñanza, y así continuó hasta que nos graduamos en medicina. Al terminar los estudios, un grupo de compañeros del curso se dirigió a Noruega para contemplar los fiordos, y otro grupo y yo nos fuimos a Francia por lo del idioma francés trabajando en la recolección de lavanda. El profesor al que en la facultad le pusieron el apodo de Billy el Niño, se fue a Fez, en Marruecos, para practicar en un hospital. A mí, por la afición que tenía a las novelas y películas del Oeste Americano, me apodaron Jesse James. En fin, que los dos amigos éramos conocidos por los nombres de dos forajidos de aquellas praderas. En Ghana estuvo patrocinado por la Organización Mundial de la Salud, y, a veces, en sus viajes por los desiertos, otras instituciones le ayudan…, o se las costea él solo. Su mascota preferida es un fenec, o zorrillo del desierto, que se lo trajo de Túnez, y que le costó mucho que se lo dejaran entrar, pues el miedo a la rabia, que aquí no existe, y a otras enfermedades transmitidas por animales es grande. Por su afición a las bacterias y a los virus, se puede decir que es un hombre pegado al microscopio.

- Mañana nos hablarán del linfoma de Burkit, uno de los primeros tumores en que se demostró la influencia de los virus, algo frecuente en niños del África Oriental. Tengo que decir que para mí era casi imposible, o mejor dicho imposible del todo, hacer un diagnóstico de cáncer en mi pueblo. Siempre era una sorpresa desagradable cuando recibía el informe del hospital, del que dependía, con la palabra neoplasia – comentó O´Connor.

- Disgustos y sustos tenemos todos los médicos, y no en pocas ocasiones, pues no somos de piedra. Muy desagradable es recibir el diagnóstico de tumor de Wilm en

un niño…, comprobar que se rechaza un riñón trasplantado…, las anurias que no se superan…- añadió el doctor Simpson.

- Sorpresas desagradables, tenemos también, y con no poca frecuencia, los anestesistas, pero en Belfast, por la cuestión de los atentados, estamos como algo inmunizados, considerando nuestros errores e imprevistos como una cosa menor… Ya tenemos suficientes sobresaltos en ese Ulster. ¿Piensa usted trasladarse a África doctor Simpson? - preguntó el doctor Wilson tras exponer su opinión.

- Si no es para visitar al hospital Groote Schuur y hablar con el doctor Barnhard o con su equipo, no me moveré de Glasgow. Ahora hago un alto en el camino, exactamente no sé el porqué…, pero como todo lo que se sepa de medicina es útil para mi especialidad, espero sacar algo de provecho de lo que me entere en esta escuela… Y usted, doctor Wilson, siendo anestesiólogo, ¿para qué hace este curso?

Adelantándose a la respuesta del aludido, el doctor O´Connor, dio una opinión:

-Por si algún día le aparece un áscaris lumbricoide en un tubo endotraqueal… Un paciente mío, que había pasado una larga temporada en el sur de España, me contó que una mañana, mientras desayunaba y leía el `periódico tranquilamente, sintió algo extraño en la garganta y luego comenzó a salirle ese largo bicho por la boca. ¡Menudo susto y sorpresa…! Era un áscaris.

- Entre las sorpresas que he tenido, nunca me he tropezado con áscaris ni otros tipos de gusanos. Tampoco serpientes, pues en Irlanda no las hay. Al igual que ocurre en urología, todo lo que se sepa de medicina general también es útil para los anestesistas; debemos tener en cuenta que tenemos también la responsabilidad de la reanimación. Hay una definición de anestesiólogo, de que se trata de un hombre medio dormido al lado de otro medio despierto… Nada más lejos de la realidad…, porque para hacer una buena anestesia hay que estar bien despierto. Hay un lema que creo que dice “vigila ubi sonnum doloren sedat”…, vigila donde el sueño seda al dolor, pues no basta con eso, hay que conocer lo más posible al paciente…, sus enfermedades…, ¡los dessatres que hacen los cirujanos

!…, los parámetros… Todas las noches me leo un tema de medicina general – así comentaba el doctor Wilson cuando aparecieron los platos humeantes de la sopa.

Así que ese humo sustituyó al de la mitad de los reunidos que fumaban, y apagaron sus cigarrillos. Siguieron hablando de cosas banales, y, cuando ya estaban en el pescado y reinaba un cierto silencio en la mesa, este fue interrumpido por Christopher Palmer:

-Recuerdo que en una clase de cirugía, el profesor nos contó, como algo extraño, que en Norteamérica, no sé bien si en Nueva York, había un médico que se dedicaba exclusivamente a mirar radiografías de colon con lo que se ganaba la vida, y al respecto comentaba que esa no era la manera de hacer bien la medicina. Un médico tenía que saber de muchas más cosas.

A lo que añadió Simpson:

- Pues esa es la tendencia que se está imponiendo en la medicina actual olvidándonos de que el cuerpo humano es todo un conjunto de numerosas células, diversos tejidos y diferentes órganos, y no solo unos leucocitos o un riñón… Nunca hemos de olvidar que, además de esa interrelación, somos, soma y psique, y que lo uno afecta a lo otro.

- Usted, doctor Simpson, ¿se dedica exclusivamente a los trasplantes renales? – preguntó Rosemary Sullivan.

- Por supuesto que no. El número de intervenciones de ese tipo que hacemos, es aún demasiado bajo y no le compensaría al hospital tener a un equipo médicos y de enfermería con los brazos cruzados casi todos los días. Hasta ahora mis intervenciones abarcan toda la cirugía; tal vez en un futuro no lejano, cuando se imponga la obligatoriedad de ceder los órganos de los fallecidos, no sea así.

En este momento la doctora Norma Wood dijo:

-Hice la especialidad de obstetricia y ginecología, que en realidad son dos especialidades, siendo ya un campo muy amplio… Mucho he tenido que estudiar desde que acabé. En mi hospital de Manchester hay médicos que solo se dedican a estudiar la medicina que tienen entre mano, y no quieren o no tienen tiempo de dedicarse a otra cosa, excluyendo algunos que se interesan por el equipo de fútbol, el Manchester United. Pero algunos ni lo tienen para actividades recreativas. Para no deshumanizarnos del todo, otra compañera y yo nos hemos afiliado a la Trade Union, y de esa forma ligarnos a la sociedad en la que vivimos… Tal vez exagere, pues también sé de algún que otro compañero con otras inquietudes…, pero son una minoría.

-Tenía un compañero que decía "el médico que solo sabe de medicina, ni medicina sabe", pero no sobresalía en nada de nuestro campo, donde los conocimientos científicos son imprescindibles para escalar, siendo la competitividad muy grande. A veces nos embrutecemos nuestras cabezas con tanta ciencia – le interrumpió el doctor Simpson.

-. Pero siga con su exposición doctora Wood que la encuentro interesante, porque yo, metido en los riñones, me he alejado del mundo.

-No me queda mucho por decir. Mi especialidad, como dije, es demasiado amplia, pero últimamente se han empeñado en que me dedique exclusivamente a las mamas…, y puedo decir que me siento más persona en la Trade Union que en mi trabajo.

A lo que añadió el doctor O´Connor:

-Con el tiempo habrá más de doscientos especialistas en la medicina. ¡Pobres pacientes! ¡Tener que soportar a tanto médico corriendo detrás de él!... Porque todos querrán comer. No voy a contar la gran cantidad de peripecias que he tenido que vivir, unas, por falta de medios, y otras, por falta de conocimientos.

-Eso nos ha ocurrido a todos. Y a propósito, doctor Hartmann ¿tiene usted el propósito de trasladarse a los trópicos alguna vez? – preguntó Christopher Palmer,

Y en buen inglés pero con marcado acento extranjero, Hartmann respondió:

-De momento, no. Más adelante pienso hacer un viaje a Centroamérica. Como ya bien saben soy médico internista, y tengo la categoría de Oberarzt en el departamento de mi hospital, en Bremerhaven. Me dieron permiso para venir a Liverpool, y, además, una pequeña beca, que con la venta de un almacén que heredé recientemente de un tío mío en Frankfort, me permiten vivir holgadamente y sin preocupaciones estos meses que dura el curso. Allá, cuando vuelva, seré el responsable de las enfermedades infecciosas, y como la ciudad es un importante puerto en el río Wesser, los conocimientos adquiridos en la Tropical Scchool me serán muy útiles, pues muchos tripulantes de barcos proceden de países tropicales.

-Es decir que lo ascenderán- le interrumpió O´Connor -. En cambio, a mí, me espera un porvenir incierto… Tengo un amigo en Bristol que está intentando enchufarme en su hospital.

Y prosiguió Hartmann:

-Como se dice, unos meses sabáticos, que me sirven para estudiar materias que cuando se trabaja no hay tiempo para prestarles atención. Lo que aquí aprendo es muy importante y me entusiasma. Desde hace siete años, yo y dos colaboradores estamos escribiendo un libro sobre las atrocidades cometidas por los médicos de la muerte en los campos de concentración nazis. Me he interesado por este tema desde que comencé los estudios de medicina en la Universidad Johannes Gutenberg, de Maguncia. Es un estudio plenamente científico, no de divulgación. Para recopilar datos he viajado, aparte de por mi país, a Polonia, París, Israel, Austria, la República Democrática Alemana, y hasta Moscú. Todas mis vacaciones las he empleado en eso.

- ¿Y su esposa se lo soporta?, porque supongo que está casado…- volvió a interrumpirle O´Connor.

-Sí, pues ella es pediatra, trabaja en el mismo hospital y es una de las colaboradoras en el proyecto; tenemos dos hijas, de nueve y ocho años. Ahora, en las Navidades, vendrá a Londres con las niñas. Aquí ya he hablado con un ex prisionero, y en Londres me entrevistaré con dos personas más: una que estuvo en esos campos malditos, y otra, que ha estudiado este asunto a posteriori. Mucho he estudiado estos temas, pero aún me queda más por informarme. Ya he hablado con diversos operados, torturados, testigos, médicos y enfermera que los trataron cuando fueron liberados, y hasta con miembros de las SS encargados de la vigilancia. También conocí a una prisionera que fue operada de apendicitis sobre la mesa que utilizaban aquellos malditos para hacer sus experimentos por un médico, también prisionero cuando los nazis ya había abandonado el campo. "Estaba muy mal, y aquel médico húngaro me salvó la vida", me dijo… Pronto terminaré el trabajo y ya tengo una editorial que me lo publicará.

-Supongo que en Israel – dijo el doctor Simpson.

-No, en la Alemania Oriental.

-¿Ha tenido ayuda de alguna institución? – preguntó Christopher Palmer.

- Pues sí, de varias, que me han facilitado datos, ver archivos…, pero monetariamente, no.

-Y una vez terminado ese trabajo, ¿tiene algún que otro proyecto, doctor Hartmann? – se atrevió a preguntar Rosemary.

-Primero tengo que acabarlo, encargarme de hacer innovaciones en la sección de infecciosos del hospital… Luego, ya veré. Me intriga el asunto de los plaguicidas en las plantaciones frutales de Centroamérica utilizados por esos grandes consorcios que provocan esterilidad e impotencia en los campesinos, así como los experimentos realzados por médicos norteamericanos para probar los efectos de antibióticos, allá por los últimos años de la década de los cincuenta. También me gustaría estudiar los efectos sobre personas de los defoliantes utilizados por los norteamericanos durante la guerra de Vietnam.

-Para que le permitan eso, aún debe esperar un poco…, a que se acabe, digo yo. De todas formas creo que usted es un poco masoquista, doctor Hartmann – le dijo O¨Connor -. Le recomiendo que estudie cosas más alegres. Procure olvidarse de lo feo, que eso ya lo vemos a diario en nuestra praxis. Disfrute de esos maravillosos Alpes, cómprese un yate…, o un caballo…, y a galopar.

-Tiene toda la razón doctor O´Connor, pero a nosotros en las facultades de medicina nos mentalizaron para trabajar y vivir con esos horrores. Ya nadie nos los puede quitar de la cabeza.

-¿Pertenece usted doctor Hartmann a una familia perseguida por los nazis o es de ascendencia judía? – le preguntó Christopher Palmer.

- Ni lo uno ni lo otro. Pertenezco a una familia católica, y como tal estoy bautizado, aunque no practico. Mis padres nunca van a votar, y no pertenecen a nada actualmente, como eran de jóvenes hasta que los nazis subieron al poder. Durante los años treinta, en el distrito del Rheingau, a orillas de Rhin, donde siempre han residido, la pobreza y el paro eran muy grandes, hasta que llegó Hitler al poder y la situación mejoró bastante. Eso entusiasmó mucho a mi padre que se hizo miembro del NSAPD, el partido de los nazis, o nacional socialistas, de tal forma que en 1936, cuando comenzó la guerra de España, se apuntó voluntario en la llamada Legión Cóndor, tripulando bombarderos, siendo el encargado de tirar las bombas sobre ciudades, pueblos y otros objetivos de esa península para combatir a aquellos malditos republicanos, comunistas, gente de peor calaña que los judíos, según los calificaban entonces…, y aún hoy. Un mal día, esos desaprensivos derribaron su avión. El piloto y él pudieron tirarse en paracaídas, cayendo en territorio enemigo, y fueron hechos prisioneros al tocar tierra. Mientras los encerraban en una casita en el campo, les dieron a entender que los fusilarían a la mañana siguiente… Por la noche se pusieron a abrir un boquete en el techo y consiguieron, a duras penas, escaparse de aquel recinto, y, aprovechando la oscuridad, se escaparon hacia donde estaban los nacionales, o suyos, con lo que lograron salvar sus vidas, pudiendo, en 1939, desfilar por el Arco de Brandenburg con los victoriosos… Un gran honor, del que estuvo muy orgulloso, además condecorado y ascendido. Estalló poco después la Segunda Gran Guerra, y él, como ametrallador de bombarderos, participó en varios ataques a ciudades en Polonia, en lo de Dunkerque, en Francia, y, cómo no, en los tan mencionados bombardeos de Londres y otras ciudades británicas, terminando su etapa de guerra aérea en la batalla de Stalingrado, donde fue malherido. Después de eso, lo destinaron, ya como suboficial, Feldwebel, a un aeropuerto, cerca de Franfort y de nosotros, su familia. Al terminar la contienda estuvo escondido un tiempo con la ayuda de mi madre y otro familiar, hasta que consideró

oportuno presentarse, ya calmado el clamor de la victoria aliada. Como no era de las SS, sus papeles de nazi no se encontraban por ningún sitio, nada había contra él, pues estaba en intendencia y, sobre todo, con la recomendación de un amigo político proaliado, no tuvo que sufrir arrestos de ninguna clase. Mal lo pasaron los que fueron a campos de concentración, hacinados, durmiendo a la intemperie, con frío y lluvias, y, por supuesto, mal alimentados. Primero comenzó a trabajar en labores de desescombro, luego en la construcción, y por último en la pequeña tienda que había abierto mi madre, y que él amplió, dedicada principalmente a la venta de artículos turísticos en la ciudad al margen derecho del Rhin de donde éramos. Siempre se portó bien con nosotros, pues hasta me costeó los estudios de medicina. Un día le pregunté porqué no votaba nunca, y me respondió: "una vez tuve un ideal, y ese ya murió".

-Muy probablemente, al sobrevolar Londres, oiría los estampidos de la batería antiaérea que disparaba mi padre, porque allí estuvo destinado los seis años que duró el conflicto, mirando al cielo, por así decirlo, y disparando cuando se presentaba la ocasión, que no fueron pocas, y sintiendo envidia hacia la mayoría de la población que se escondía en los refugios durante los bombardeos, mientras que él y sus compañeros tenían que también permanecer al sire libre, sin ningún tipo de protección – comentó Cristopher Palmer.

En este momento el doctor O´Connor se levantó y dijo:

-Con lo que nos queda de la cerveza brindemos por nuestro buen amigo de esas tierras del Continente, el doctor Klaus Hartmann, que tan interesante historia nos ha contado, y nos vamos a casa. Mañana hay que madrugar. El jueves próximo tendremos una conferencia de un profesor norteamericano, el doctor Bruce Rathbone, que se ha pasado casi toda su vida en las Montañas Rocosas, para hablarnos de las fiebres de esos montes. No sé cómo se las arreglará para compaginar su labor docente con el ambiente salvaje en que suele habitar. Por lo visto es un genio en lo que a garrapatas se refiere.

Todos se levantaron de la mesa, se pusieron sus abrigos, bufandas, sombreros y recogieron sus paragua, mientras uno decía:

-Pero las Montañas Rocosas no están en zona tropical.

- Es que esa garrapata que provoca la fiebre también existe en los Andes de Colombia.

Pagaron sus cuentas, llamaron por teléfono a tres taxis y fueron saliendo a la fría noche de la calle.

-¿Porqué no me dejas pagar nunca? – le recriminó Rosemary a Christopher.

- Ya tendrás tiempo de hacerlo. Los demás van en sentido contrario y tomarán los dos primeros taxis, mientras que Hartmann, tú y yo vamos en la misma dirección, y nos toca el tercero.

Ya en la cama, con la cabeza sobre la almohada, Christopher tardó en dormirse pensando en lo que le dijo Billy el Niño, que Rosemary lo seguiría hasta el fin del mundo. De momento le seguía. Pero ¿qué pensará cuando termine el curso?... la chica le gustaba, y cada vez, más. Así se quedó dormido.

C A P Í T U L O IV

Por la conferencia del profesor norteamericano, doctor Bruce Rathbone, de aquella tarde del jueves, bien se enteraron de esas fiebres de las Montañas Rocosas, de la picadura de la garrapata y del verdaderamente causante de la enfermedad el Rickettsia Rickettsi. Amena fue la charla con todo lujo de detalles, pero al cabo de algo más de dos horas los cursillistas estaban ya cansados.

-Y el jueves próximo, nos espera otra similar sobre la toxoplasmosis. La dará un profesor de Buenos Aires, un gran experto en el Toxoplasma Gondii. A mí me parecen que nos están trayendo a candidatos al premio Nobel de medicina. A mí, pobre médico de pueblo, ¡venirme con esas! – opinó O´Connor.

-Esta no es una escuela cualquiera, sino una de mucho prestigio. Vaya haciéndose a la idea de que todo lo que aquí aprendamos será muy valorado en el futuro – le señaló el doctor Hartmann.

De la Escuela salieron juntos el doctor James Wilson y la doctora Norma Wood. y detrás. Christopher y Rosemary. Esta vez no fueron a un restaurante, sino cada uno por su lado.

-Aquí tenemos las entradas para el Saint George´s Hall, el sábado a las ocho – le dijo Christopher a Rosemary.

-¡Cómo! ¡Y si no quiero ir!... Ya puedes ir haciéndote a la idea de que has perdido el dinero… Siempre con tu manía de pagarlo todo… Ahora no estás ganando… Bien…, lo acepto, pero con una condición, que yo pague mi entrada.

- De eso hablaremos a la salida. Verás cómo te gusta. Valses de Strauss, por una orquesta de Glasgow.

Christopher la acompañó en el autobús a su residencia. Algo más lejos quedaba su casa, pero ese trayecto lo hizo a pie. Al despedirse, le dijo Chrispopher:

-No te preocupes por lo del dinero. Tengo ahorrado más que suficiente. Vivienda…, la tengo gratis, y mis padres no me permiten que pague nada de la casa. Tengo recursos para el curso y algo más.

La noche era menos fría que la del anterior jueves, hacía algo de viento, pero no lloviznaba, por lo que el trayecto no fue desagradable.

Al día siguiente tocaba una mañana dedicada a los virus de las hepatitis. A las nueve en punto comenzó la clase el profesor del curso que, dirigiéndose a uno de los médicos que se sentaba en primera fila, le preguntó:

´ - Por favor, ¿cuál es su nombre y de dónde procede?

- Mi nombre es Ralph Miller y soy se Penarth, cerca de Cardiff. Me gradué hace muy poco, y he trabajado solamente durante tres meses en un pequeño hospital de Gales, no lejos de su capital.

- ¿En qué piensa especializarse?

- En medicina interna.

- Bueno, pues suba a la tarima y siéntese en ese sillón.

- Pero ese asiento está destinado a profesores.

- Hoy eso no importa, usted será el profesor. Siéntese y cuéntenos a todos lo que sepa de hepatitis. Yo también tengo mucho que aprender de ese tema.

Miller puso cara de extraño, obedeció y comenzó a decir lo que recordaba de esas enfermedades hepáticas, lamentando algún olvido. “Me pondrá un suspenso como una casa”, pensó, y al finalizar, aparte de un aplauso de sus compañeros, el profesor le dijo:

-Veo que usted está bien enterado sobre estas enfermedades, y tengo que felicitarlo, pero ¿se ha sentido usted enfermo últimamente, doctor Miller?

- Debo decir que en estos últimos días me he encontrado algo cansado, anoche vomité la cena, y siento un picor que me obliga a rascarme. Debe ser algo malo que comí o una alergia.

-Entonces no se ha enterado aún de que está padeciendo una hepatitis… Siéntese en su puesto y con esta nota que le escribo, vaya al Southern Hospital ahora mismo y la entrega en el servicio de Gastroenterología, donde tengo buenos amigos. Allí lo controlarán y le dirán las pautas a seguir. Como explicó bien el tema, y mejor que yo, esta clase se da por concluida.

Continuó la mañana con otras clases relacionadas con ese órgano, considerado el laboratorio químico del organismo.

A la hora del almuerzo, se reunió en la cantina el grupo habitual de prácticas al que se añadieron en la mesa dos jóvenes médicos, uno de aspecto europeo, y el otro, hindú. El doctor Hartmann se alegró de esos dos nuevos compañeros de mesa, y dijo al respecto:

-La mayoría de los cursillistas son jóvenes y de diversos continentes, pero a nosotros, los viejos, parece que nos juntaron ý nos segregaron en este grupo de prácticas. Todos europeos.

Entonces el doctor O´Connor protestó:

-¡Oiga, que todavía Rosemary y yo no nos consideramos veteranos! No hace mucho que dejamos de ser estudiantes. En lo que al hígado se refiere no hemos de olvidar la leyenda de Prometeo encadenado en que los buitres acudían y se comían su hígado, pero este se regeneraba, leyenda que viene a cuenta de sus posibles trasplantes. Tampoco no debemos olvidar a nuestro gran Hipócrates, que descubrió la hepatitis.

Añadiendo el doctor Hartmann:

-En este punto no hemos de olvidar tampoco al gran Rhazés de Bagdad, primer médico que supo diferenciar esas dos enfermedades víricas que tienen algún parecido: la varicela y la viruela.

Y Christopher Palmer dirigiéndose al joven colega, le dijo:

-Usted es de la India, supongo.

- Sí, y de Bengala, de una ciudad cerca de Calcuta. El bengalí es mi lengua materna. Hablo bien el hindi, y como pueden comprobar, el inglés.

-¿Tiene la intención de volver a la India cuando acabe su formación de postgrado en la Gran Bretaña o en Europa’

- ¡Ni hablar de eso!

- Allá hacen falta muchos médicos, lo sé de buena tinta,

-Por supuesto, pero ese país está condenado a ser pobre, y solo se vive una vez.

Y dirigiéndose Palmer al que parecía europeo le preguntó también de dónde era, recibiendo la siguiente respuesta:

-Soy de Nueva Delhi, donde mis padres, nacidos en Newcastle, comenzaron a ejercer la medicina en 1938, y que no se marcharon, como hicieron muchísimos ingleses al proclamarse la independencia. Se quedaron a pesar de los graves enfrentamientos que se produjeron, dando como resultado la división en dos países, Pakistán y la India. Tuvieron a más honra el quedarse en esas tierras, donde tanto los necesitaban…, y no les fue mal. Soy consciente de la pobreza de la India. Pero allá volveré cuando termine mi proyecto aquí.

Y el doctor Hartmann hizo la siguiente propuesta:

-Como esta tarde tenemos libre, y yo ya conté lo que hizo mi padre durante la II Guerra Mundial, mientras nos tomamos café o algún refresco, me agradaría oír de ustedes lo que hicieron sus padres en esa época…, si no tienen inconvenientes o no les guste hablar de ese tema, interesante pero muchas veces desagradable

Todos consideraron que ese tema podía ser de interés a pesar de los pesares, pero ¿no lo eran también los temas de medicina? Le tocó el primer turno a la doctora Norma Wood que habló así:

-Mi padre, ya casado, fue movilizado desde los primeros días de la guerra, pero no entró en combates hasta el desembarco en Normandía. Yo nada recuerdo porque nací poco después de ese suceso. Tanto mi padre como mi madre eran taquilleros en la estación ferroviaria de Manchester. Mi madre continuó vendiendo billetes de tren y ocultándose durante los bombardeos de los primeros tiempos sobre Manchester. Mi padre decía que tuvo la gran suerte de que no le tocara tocar tierra en las primeras oleadas de desembarco, pues de esos pocos quedaron vivos o ilesos. Pasó miedo, y en cantidad nada despreciable, pero fue en Holanda donde más sufrió. Contaba que en cierta ocasión estaba él echado en el suelo con un compañero a la derecha y otro a la izquierda, muy juntos y disparando, cuando de pronto siente una explosión fuerte y demasiado cerca, que casi lo deja sordo, hundió la cara en el tierra, quedó atontado un par de minutos, y cuando recuperó el sentido, se dio cuenta de que sus dos compañeros estaban muertos, pero sin heridas – en este momento le interrumpió James Wilson:

.- Eso tuvo que ser el llamado blast injury. La onda explosiva mato a sus dos camaradas, pero a su padre, con sus cuerpos, le hicieron un puente sobre el que pasó la onda destrozando los pulmones de los otros dos, sin afectarle a él.

Y la doctora Wood continuó:

-Gracias por recordarme esa lección de fisiopatología… Continuando el avance aliado, en Holanda, una vaz cayó dentro de un hoyo donde se encontraba un soldado enemigo malherido, sufriendo horrores. El infeliz le decía “töte mich”, “tóte mich”, “kill me”, “kill me” (mátame, mátame). Dudó mucho en hacerle caso, pero, al final, comprendiendo que las heridas no tenían solución y que el sufrimiento de aquel hombre era horroroso, le dio el tiro de gracia. Un momento que él todavía lleva clavado en su mente, y no se lo puede quitar. No soporta ver películas de guerra, ni programas televisivos relacionados con ellas, porque, a pesar de los años ya pasados, se pone nervioso. Luego cayó prisionero de los alemanes, donde también lo pasó muy mal, hasta que lo liberaron en mayo del cuarenta y cinco. Eso es todo lo que puedo contar.

-Pues ahora que le toque el turno a la otra dama, Rosemary Sullivan – dijo O´Connor.

-Pues no tengo mucho que contar, porque mi padre nunca me ha hablado de ese asunto. Mi madre me decía que era tripulante de un barco de carga, de los que cruzaban el Atlántico, y que en ese trabajo continuó toda la guerra, no siendo nunca combatiente pero corriendo los mismos peligros que los del frente. Los llamaban entonces convoyes del Atlántico, pues varios barcos venían juntos desde los Estados Unidos, cargados de armamentos y todo tipo de mercancías, protegidos por barcos de guerra contra ataques de submarinos y de aviones enemigos. Vio hundirse a varios, y no poco miedo pasó cuando le bombardeaban su barco, pero tuvo suerte, porque nunca naufragó ni fue herido. Cuando más miedo sintió, fue cuando, envuelto en la noche polar del invierno, enviaron tres veces a su barco, solo, por las aguas del Océano Ártico, al norte de Rusia. Cuando se acabó aquello se desenroló y se puso a trabajar en el pub de su suegro, mi abuelo materno. Con el tiempo, él se quedó con el negocio…, que no le ha ido mal. Como nací después de aquella guerra, nada más puedo contar.

Entonces Christopher Palmer tomó la palabra:

-Mi padre, como militar profesional, participó en la contienda desde el primer día hasta el último, siempre en Londres, como artillero antiaéreo, permaneciendo a la intemperie mientras todo el mundo se escondía en los refugios. Ya tenía el más alto nivel de suboficial, y a disparar hacia el aire con su cañón a ver si derribaba algún avión enemigo. Su jefe inmediato era un oficial, creo que capitán, inglés, pero nacido en España, que sus padres no lo nacionalizaron allí para que no hiciera el servicio militar, obligatorio en ese país. Por ese motivo, y como coincidía su entrada en la universidad con la llamada guerra de España, lo mandaron a estudiar ingeniería a Londres, por lo que fue movilizado y puesto en servicio como oficial de artillería. Se libró de una guerra, pero no de la otra. Ese señor fue el que animó a mi padre, y bastante le ayudó en los estudios, para que llegara a ser oficial. Estudiando bajo las bombas, decía. Mi madre para contribuir al esfuerzo de guerra, protegernos a nosotros, mi hermano Henry y yo, y estar cerca de mi padre, se trasladó a una granja de vacas, cerdos, ovejas y gallinas, productos que en aquellos momentos se consideraban de gran valor estratégico, y situada a unos ochenta kilómetros de la ciudad. También contábamos con dos caballos, dos perros y dos gatos. Allí, en el campo, mi hermano y yo, con tanto animal y con tanto terreno para correr y jugar, nos lo pasamos en grande mientras otros sufrían. Lo malo era que en la escuela nos daban, con no rara frecuencia, aceite de hígado de bacalao, ¡qué repugnante!, y después, todo el día eructando. Ese fue mi sacrificio durante esos años malditos. Sí, las golosinas escaseaban. A mi padre solo le permitieron venir a vernos dos veces, pues siempre tenían alerta máxima. Mi madre fue algunas veces más a visitarlo a Londres. Mis abuelos, ante la bajada de ventas, cerraron su negocio y se vieron obligados a trabajar en una fábrica de aparatos de precisión para los ejércitos pese sus edades avanzadas. Mi padre acabó con el grado de teniente, y le molestaba mucho el que sus compañeros no lo consideraran un verdadero combatiente por no haber salido de Londres durante ese tiempo.

-Mi padre bien se las arregló para no ir a la guerra - comenzó a decir el doctor James Wilson -. Nací en el treinta y ocho, y como creo que ya les he contado, en Londonderry, donde mi padre ejercía de dentista. Muy al tanto estaba de lo que iba a suceder en Europa, y tuvo el presentimiento de que el Estado Libre de Irlanda no apoyaría al Reino Unido en aquella contienda, por lo que un día antes del comienzo del conflicto, en su coche, nos llevó al lado irlandés libre, estableciéndose en la ciudad de Limerick. Para más seguridad, teniendo en cuenta el gran poder que tenía la Iglesia Católica en ese país, renunció al anglicanismo y se hizo católico. Pretendió llevarnos a mi madre y a mí por ese camino, pero ella se opuso alegando que nunca acataría a un obispo que estuviera en Roma. "Eso está bien para los italianos, pero no para los británicos", repetía varias veces. Cuando nacieron mis otros tres hermanos, antes de que mi madre pudiese levantarse de la cama, los llevaba a bautizar por el capellán católico de la clínica donde nacieron. Así que a mí me educaron en un colegio de la Iglesia Irlandesa, o Anglicana de allá, y los otros, en uno de la Católica Romana, de tal forma que uno de mis hermanos es sacerdote católico. El otro es dentista, y mi hermana, maestra. Yo soy el protestante de todos, mal ejemplo para mis hermanos; tal vez por eso me fui a trabajar al Norte. A mi padre lo declararon desertor, y por eso no viene al Reino Unido. Al extranjero solo se ha atrevido a visitar a dos países que también fueron neutrales entonces: España y Portugal. De mí, .puedo decir, que, aunque anglicano, como no puedo pasar un domingo sin ir a la iglesia, lo mismo me da que sea católica, metodista, presbiteriana, anglicana…, y en todas comulgo y rezo. Si no cumplo ese precepto parece que me falta algo esa semana. Ahora, como irlandés al igual que yo cuente algo O´Connor.

- Es una lástima que nuestro amigo Simpson nos haya dejado, lo llamaron urgente de su hospital de Glasgow porque dos de su compañeros se pusieron enfermos y tuvo que interrumpir su permiso… En cuanto a mi padre, como Irlanda fue neutral, no tuvo ni arte ni parte en esa lid, pero si la tuvo en la lucha por la independencia de mi país, siendo aún un chiquillo. Participó en aquello de Domingo de Pascua, salvando la vida de milagro. Después de eso pasó un tiempo algo largo escondido en una buhardilla, y luego una larga temporada como guerrillero del IRA, donde llegó a ser comandante. Al conseguir sus objetivos, en vez de convertirse en militar profesional o policía de la Garda, como le correspondía y le aconsejaron, prefirió estudiar para maestro como su padre y su abuelo, ejerciendo en el pueblo, o pequeña ciudad, donde yo trabajé estos tres años. Tres de mis hermanos siguieron sus pasos, pero el mayor se casó con la rica del lugar, dueña de un gran comercio, el mayor de comestibles de la medio ciudad, y se olvidó del magisterio, el segundo, desde que terminó sus estudios, se metió en la Garda y por ahí anda patrullando, al tercero, según acabó, se empleó en una empresa en Cork de contable, donde se encuentra muy a gusto haciendo números. En cuanto a mi hermana, es enfermera en el hospital de la localidad, eso sí, su marido es maestro. A mí, como los estudios de medicina son muy caros, fue mi hermano mayor el que me los costeó Mi padre ya era pensionista y no podía ayudarme.

-Creo que ahora me toca a mí decir algo de mis padres – dijo el doctor Halloway, como se llamaba el inglés indio, que contó -: Mi padre participó, por estar en la India, como médico en la campaña de Birmania contra el Japón. Allí sufrió de paludismo, disentería y de una urticaria que le duró más de un mes y casi lo vuelve loco. Mi madre, la pasó en un hospital de Nueva Delhi, donde aún continúa, aunque ya por poco tiempo, cuidando a los heridos que le remitían desde el frente. Eso es todo lo que tengo que contar. Nací en el cuarenta y seis, y dentro de unos días vendrá mi prometida, una médico, india auténtica, a hacer la especialidad de tocoginecología. Nos casaremos pronto, y, cuando termine aquí, comenzaré a especializarme en cardiología.

-En cuanto a mí - comenzó a comentar el doctor Pishu Gwandara -, tengo que decir que mi padre no participó en esa guerra, por lo menos directamente. Poseía un camión, y conduciéndolo se pasó todo ese tiempo trasportando yute, que por lo visto era muy necesario entonces para la industria de los cauchos, o gomas, de los aviones. También nací en el cuarenta y seis y no tengo ningún recuerdo de aquello. Según me han contado, en Bengala se cultivaba el yute en gran cantidad, material muy útil para las industrias, que era muy rentable, y en Birmania, arroz, del que nos alimentábamos, pero como Birmania cayó en poder de los japoneses, nuestra región se vio privada de ese suministro trayendo como consecuencia el hambre, ya que los ingleses no tomaron ningún tipo de precaución, por lo que murieron unos cuatro millones de bengalíes de esa plaga. Del yute, en aquellos momentos, no se podía reducir su producción. En la Gran Bretaña si se tomaron medidas contra las carencias y el hambre, pero en la India no tomaron en consideración esas consecuencias de las guerras. Total, en la India ya están más que acostumbrados a esas hambrunas. Hoy mis cuatro hermanos disponen de una flotilla de cuatro camiones dedicados al transporte de arroz y de yute. Ellos se encargan de mis padres que son copropietarios de esa empresa. Los padres de Ernest Halloway tienen una buena clientela desde la época colonial, entre los que hay que contar a personal de embajadas, y por supuesto gente adinerada. Ese no es mi caso.

Ya se hizo de noche y todos se dirigieron a sus domicilios, Christopher acompañó a Rosemary a su residencia, mañana a las cinco vengo a buscarte para ir al cine, ponen en una sala especial “Mi mula Francys” de la que es protagonista Patricia

Medina, actriz nacida en Liverpool, a la que el diario The Times considera “the most beautifull face of England”(la cara más bonita de Inglaterra). Es la actriz preferida de mi madre por ser de aquí…, y de toda la familia.

-Pero mañana tengo que estudiar para la evaluación del lunes, y el domingo por la mañana quedamos en ir a visitar el International Slavery Museum.

-No te preocupes, el examen no es muy extenso, y el domingo por la tarde lo estudiaremos juntos en mi casa. Aunque cuando prefiero estudiar, sea en el silencio de las noches, la compañía me ayuda. Un café fuerte y a leer lo escrito; me concentro plenamente.

- Pues a mí, por las noches el sueño no me permite estudiar. Si tomo café, me pongo nerviosa y no puedo concentrarme.

Christopher al despedirse le dio un beso y un abrazo. Rosemary no le puso resistencia, sino todo lo contrario.

C A P Í T U L O V

A la hora convenida ya estaba el Vauxhall de Christopher Palmer en la puerta de la residencia de Rosemary, con el que fueron a un aparcamiento cercano al cine en que se proyectaba “Mi mula Francys”, pero antes entraron en un restaurante cafetería de comidas rápidas, conocido por Wimpy, para cenar. Desde el local, a través de los cristales, pudieron divisar a Norma Wood y a James Wilson que se dirigían al Saint George´ Hall.

-Por lo que se ve, han hecho buena amistad. Ahora me viene a la memoria, hoy dan en ese lugar, un concierto de música de Bethoven. El sábado próximo le corresponde a Tchaikovky; procuraré encontrar entradas. Será la Sinfónica de Edindurgo. Como sabrás ese maravilloso edificio tiene dos fines; el uno, agradable y maravilloso, el de la música, y el otro, más bien triste, el de palacio de justicia. Desconozco quién tuvo esa genial idea. Me supongo que será para no perder el tiempo y tocar alguna marcha fúnebre cada vez que dictan una sentencia de muerte. Bueno, elijamos el menú – dijo Chistopher.

-Pero hoy pago yo. Ya está bien de que pagues tú todo.

- Este no es más que un restaurante de comidas rápidas, y la cuenta no será nada alta. Mañana, a la salida del museo, iremos a uno mejor, y entonces serás tú la que pague. Así te desquitarás de mis invitaciones.

- Opino que James y Norma se han encontrado, Siempre andan juntos en la escuela, Dice Norma que es un bailarín de primera clase; lo compara con Fred Astaire.

- Ya vi aquello de “El sombrero de copa”. Me invitó una amiga. Ya te hablaré de ella… No sé si debía…, porque yo solo, no hubiera ido – dijo Christopher - No es ningún delito que te inviten…

-Ya está bien de que siempre pagues, y si es un secreto lo de esa invitación, estoy intrigada por conocerlo, si es que los hay en eso de ir a cines – opinó Rosemary.

-Ya hablaremos de ese asunto en otra ocasión. Ahora corramos al cine, y mañana, al Slavery Museum.

Después de ver la película, al despedirse en el portal de la residencia, fue Rosemary la que lo abrazó que casi no lo deja marchar..

-James y Norma se encontraron, y nosotros, creo que también. No te olvides de traer el libro y los apuntes. Por la tarde estudiaremos en mi casa. Lugar tranquilo; mis padres nunca molestan, ya los conocerás – y se despidieron hasta la mañana siguiente´

“Esto ya va más que en serio; me parece que he tenido mucha suerte”, pensó Christopher

Al siguiente día, camino del museo, con su coche, Christopher le decía a Rosemary:

- Hay muchos lugares de Liverpool que no conoces. Ya te los iré enseñando. No todo es la Tropical Medical School.

- También sé que hay barrios pobres como en los que vivían los Beatles.

- Ya sabes lo de las dos grandes catedrales, una frente a la otra: la que parece moderna y es redonda, la católica, y la que parece antigua, la anglicana. Yo diría que parecen dos gallos que se van a pelear, pero no hay que preocuparse, porque aquí, al revés de lo que ocurre en Belfast, las dos comunidades se llevan muy bien. Se puede decir que son una misma cosa, y como ya te he dicho, esta ciudad podría ser muy bien la capital de Irlanda, pues creo que es la ciudad de Inglaterra donde más irlandeses católicos hay. Ahora nos metemos por un sitio para ver el monumento a nuestra bien amada, la reina Victoria, que nos dejó un imperio con el que no podíamos ni soñar… Mírala ahí… - detuvo unos minutos el coche para contemplarla, y prosiguió la ruta deteniéndose en una plaza con una columna en el centro, y dijo -: Aquí lo tienes, al gran Wellington, sobre ese enorme pedestal, el gran vencedor de Napoleón, de merecida fama por haberlo derrotado… Pero ¿qué hubiera pasado si el general prusiano Blücher no hubiera llegado a tiempo para ayudarle?”… Pues, que muy probablemente no estaría en esa altura…; opinión mía que no merece ser tenida en consideración… Ahora nos dirigimos a una calle que bien conoces por los lujosos edificios, comercios, negocios, la Lymes Street. Imagínatela en el siglo dieciocho, con sus escaparates mostrando cadenas, grilletes, látigos, collares de hierro, lisos y con púas…, y todo tipo de artilugios para someter, humillar y torturar a los pobres esclavos negros de África en la tierra prometida de las Américas. De ahí salieron grandes fortunas, de las que hoy sus descendientes son grandes emprendedores, hombres de negocio… Piensa en el Estuario del Mersey, con numerosos barcos de vela dispuestos a salir para África…, y a la calaña de sus tripulantes, para los que el ron era su dios. Contrasta eso con el carácter apacible, liberal y tolerante que hoy respira la población de Liverpool… Ahora por estas calles llegamos a la cercanía del Mersey donde está situado el International Slavery Museum, que es mucho más que eso, pues está considerado como un gran centro cultural y de recreo dedicado a fomentar la tolerancia entre los pueblos, los valores de la democracia, donde continuamente se celebran conferencias, convenciones, representaciones folklóricas de todo el mundo…, y, sin duda alguna, el fomentar la lucha contra toda forma de esclavitud y de humillación del ser humano.

Tuvieron suerte de encontrar un lugar para aparcar el coche, y entraron en el museo.

-Lo mejor es comprar un libro guía que nos indique lo que se expone en cada sala. Todo será horrible, pero así ocurrió y no debemos olvidarlo. Si lo olvidamos, pereceremos, decía un poeta francés, creo que Paul Eluard, respecto al Holocausto judío y a los campos de concentración.

Después de ver todo lo referente al apresamiento, los castillos para albergarlos, los barcos para el transporte, los trabajos en las plantaciones, las torturas cuando les parecía bien a sus amos, vino lo de las segregaciones reciales, el temible Ku Kux Klan, y otras organizaciones similares…

Al finalizar la visita, ya cansados de las más de dos horas que duró, volvieron al coche y emprendieron la marcha, rodando por la ciudad y pasando por una plaza con monumento a un señor montado a caballo.

-Este es el rey Jorge III, que durante un tiempo estuvo loco, pero se curó, cosa muy rara. Su principal mérito fue haber perdido los Estados Unidos, es decir, los territorios de la Nueva Inglaterra.

Por fin llegaron a la Widmark Street, encontrando un sitio para aparcar por ser domingo.

-Aquí no veo ningún restaurante, pero sí una peletería.

- En el piso de arriba está. Si me sigues, comeremos, o es que desconfías de mí. ¿Traes el libro y los apuntes?

-De ti no desconfío en absoluto. Vamos a ver ese misterio que me tienes reservado…

Christopher abrió una puerta al lado de la peletería, subieron una escalera y abrió otra puerta mientras decía:

-¡Traigo visita!

Sentados en un sofá de un gran salón vio Rosemary a un señor y una señora contemplando la televisión. Parecía que debían rondar por algo más de los cincuenta años. Los dos tenían muy buen aspecto, y el salón, bien amueblado, caliente y acogedor

-Aquí les presento a Rosemary Sullivan, de Plymouth, y estos señores son mis padres, el mayor de artillería William Palmer y Sheila, mi madre, vendedora de artículos de peletería.

El mayor se puso de pie como un rayo y se cuadró ante Rosemary como ante un general, mientras le tendía la mano, dejando cohibida a la muchacha, nada acostumbrada a tratar con el estamento militar, situación que se superó al recibir un beso de Sheila, que les habló así:

-Llegan un poco tarde para comer, pero tenemos irish stew, que hoy me ha salido muy bueno. Christopher nunca avisa si se va quedar a comer fuera… Voy a la cocina a traer los platos.

- Y yo le ayudo – le dijo Rosemary mientras le seguía.

- El café lo prepararé yo, como a mí me gusta, bien fuerte – indcó Chritopher.

Mientras trajinaban en la cocina y hablaban, se entabló pronto entre las dos mujeres una amistad y una empatía, de forma que al tener todo servido, le dijo la madre a Rosemary:

-No me llames más señora. Soy Sheila y nada más. Y tú, Christopher, ¿por qué no la habías traído antes a casa? – quedándose sin respuesta.

- A mí lo de mayor ya no me va, pues hace dos años que estoy jubilado. Eso lo reservo para el club militar. Por Palmer es como me conoce todo el mundo, Hasta Sheila me llama así.

Después de comer, tomar el café y hablar un poco, Christopher dijo que se retiraban a su cuarto para estudiar la evaluación del día siguiente.

- Me recuerda aquellos tiempos en que venían a estudiar contigo Taylor, Wang y Welley, y a la mañana siguiente aparecían dormidos en este sofá o en alguna de las habitaciones vacías. Taylor siempre prefería el sofá. En cambio Willians, su mejor amigo de siempre, no venía nunca.

-Como vivía aquí, no tenía necesidad de compañías

A la hora del té, Sheila tocó en la puerta y los dos salieron, y les dijo:

-Tienen galletas y el pudding del almuerzo.

-Prefiero el pudding que estaba muy bueno – dijo Rosemary comenzando así un diálogo entre las dos mujeres, mientras padre e hijo escuchaban, solo interviniendo de vez en cuando con algún comentario.

Rosemary habló de sus estudios de enfermería, de su trabajo en Bournemouth y de su decisión de ser misionera en África.

-Rosemary debes de tener cuidado en casa porque estás ante un militar de tipo prusiano, o como Kitchener, ese escocés, gran conquistador de África. Aquí todo es ordeno y mando.

-No digas sandeces que nunca te he obligado a nada, y en el cuartel me reprochaban que era muy blando con los soldados. Mi lema era que el ejemplo siempre debería ser la razón del mando. Yo obedecía y mis subordinados debían hacer lo mismo. No bebía ni fumaba, y sufriendo alguna broma por eso, me decidí a fumar por pipa, más para disimular que por el humo, pues solo la encendía dos veces al día llevándola apagada casi todo el tiempo. Cuando ascendí a capitán, para darme importancia e imponer respeto, me compré un bastón.

En este momento la muchacha se fijó en numerosas pipas de todo tipo, algunas de valor artístico.

-Esas todas las he comprado en la Brawn Tobacconist, cuyo dueño es el hijo de mi primer patrón, el señor Brawn.

-Ves esos libros en la estantería, pues son todos de la Segunda Guerra Mundial. Allá, en un cuarto del fondo, hay otro tanto. De eso sabe mi padre más que Churchill.

Siempre está leyendo sobre ese tema. y a mí me informa cuando ha encontrado algo que le pareció interesante. También yo he leído algunos, aunque no muchos. Mi escritor preferido ha sido Zane Grey…, y las novelas del Oeste, o Far West americano…, y, a veces, policíacas.

Por último Sheila Palmer le habló de sus hijos:

-El mayor, Henry, ya lo sabrás probablemente, es piloto militar de helicópteros, casado, con tres hijos, y la menor, Lylian es técnica en electrónica, casada con un ingeniero superior de la misma materia. De Christopher ya sabrás bastante.

Pasando Rosemary a hablar de los suyos:

- En cuanto a mi familia, tengo que decir, que mi padre es propietario de un pub, por lo tanto, un tabernero. Mi madre le ayuda en su trabajo. Somos cinco hermanos. Gregory, el mayor, es ingeniero superior de máquinas y trabaja para una compañía de plataformas petrolíferas del Mar del Norte y reside en Aberdeen. Mi hermana, Anna, es peluquera como su marido, y disponen de un local de peluquería. Mi hermana Elizabeth, trabaja en el pub con mis padres. Después viene Kevin, del que, desgraciadamente, no tenemos noticias desde hace algo más dos años; era estudiante en Londres, en unas vacaciones se fue a Francia con unos pacifistas a derribar búnkeres del tiempo de la guerra y no hemos vuelto a saber de él, Yo soy la última.

Rosemary sacó la conclusión, por lo que vio en el salón, de que si no era rica aquella familia, podría considerarse como bien acomodada. La elegancia del salón lo demostraba. Y después de cenar, mientras Christopher la llevaba en su coche a la residencia, le decía:

-El complejo de mi padre es que mi madre, por lo general, ha ganado más que él, pues los sueldos de los militares son más bien bajos. Solo cuando llegó a comandante se equipararon algo en las ganancias.

- La doctora Norma Wood me exige que la llame Norma, a secas, y ahora, tu madre no quiere que la llame señora Palmer, sino Sheila.

- Muy pronto volveremos a verla y tendrás tiempo de llamarle como le gusta.

- Pero a tu padre lo llamaré siempre Mayor Palmer. No me gustaría el que me tomara confianzas con él.

La vida prosiguió en la Tropical Medical School al día siguiente, en que el doctor O´Connor les comunicó que toda la tarde del jueves tendrían una conferencia, y después, el encuentro con el conferenciante, un médico generalista de un pueblo del norte de Sudáfrica. Este no es un profesor con altos conocimientos científicos a los que estamos acostumbrados aquí, sino que ejerce en un pueblo perdido a orillas de un río que se llama Limpopo, creo que cerca de Mozambique, y viene acompañando a una comisión de profesores de la Universidad de Withwatersrand, de Johannesburg, que dicen que es la más prestigiosa de allá. Y el doctor James Wilson les comunicó a los compañeros:

-Norma y yo ya hemos hablado con el reverendo Martin Madwell que es uno de los encargados para las misiones en África, habiendo permanecido entre Nigeria y Costa de Marfil durante un período de más de diez años. Si lo desean, Palmer y Rosemary, el sábado a las cuatro los recibirá en esta dirección, muy cerca de la catedral anglicana, una casa dedicada a asuntos sociales - y les dio una tarjeta -. El reverendo es una persona de aspecto muy serio, pero muy amable, Al principio le tuvimos un poco de miedo, pero poco a poco nos fuimos dando cuenta de la gran persona que es,

El jueves tuvo lugar la conferencia y, a continuación, un coloquio, en que el médico sudafricano expuso la variedad de enfermedades tropicales que se daban en su región. Era bantú, de nombre Hendrik Tourteau.

-Estaba muy convencido de que Sudáfrica gozaba de un clima mediterráneo…, y ahora me entero de que también hay allí enfermedades tropicales – comentó O´Connor.

C A P Í T U L O VI

IMPORTANTE ENTREVISTA

A las cuatro de la tarde del sábado, como ya había concertado Wilson, los aspirantes a marchar a África, Christopher y Rosemary estaban esperando delante del despacho del reverendo Martin Maxwell, que a los cinco minutos abrió la puerta y los invitó a pasar. Después de los saludos y de dar sus nombres, sentados ante el clérigo teniendo por medio su mesa de escritorio, y mientras observaban los amigos el crucifijo que estaba enfrente, único signo religioso de aquel lugar, el reverendo comenzó a hablar:

- La decisión que ustedes quieren tomar es mucho más seria de lo que se pueden imaginar – y levantando el brazo señalando a la cruz, continuó -: Este es el único jefe en esta casa, y lo será en cualquiera que sea el destino que se les asigne, siendo sus enseñanzas por los evangelios y el amor al prójimo la guía en las misiones… Pero antes de entrar en detalle tomemos una tacita de té, que ya es la hora…, y también, un deber.

En este momento Christopher y Rosemary se fijaron en la tetera, un tarrito con leche y tres tazas que estaban sobre la mesa, acompañadas de un plato con unas galletas, Mientras tomaban el té, hablaron de cosas banales y sin importancia, Al terminar el reverendo continuó su charla:

-Nuestro primer deber como misioneros es la de propagar la fe de Cristo y practicar el amor al prójimo en todas partes. Fui misionero durante varios años en Nigeria y en Costa de Marfil, y aquí, en Liverpool, sigo siéndolo, pues en esta ciudad, a pesar de los lujos que nos deslumbran en su centro, con esos impresionantes comercios, también hay pobreza, marginación, alcoholismo, drogas, niños en estado de abandono y otras calamidades. Yo soy uno de los encargados de visitar cárceles y tratar con los reclusos. Bueno…, comencemos por los interrogatorios, como se hace en las comisarías, pero no como acusados sino como testigos de ustedes mismos. Vamos a ver Rosemary, que, por su cara y por mi experiencia estoy seguro, que ha llevado una vida menos complicada que la de usted doctor Palmer. Sé que siempre la vida de un médico es turbulenta… Su turno señorita Sullivan, cuéntenos algo de su vida, y si quiere ocultar alguna cosita, no tiene importancia:

-Creo que nada tengo que ocultar y poco de qué avergonzarme – y continuó hablando de su familia, de sus estudios, de sus relaciones con la Iglesia, de su trabajo en el Children Hospital de Bournemouth, de sus aficiones deportivas por el baloncesto y el tenis…, y continuó -: Para mí fue muy importante al llegar a Bournemouth, el de incorporarme a una organización feminista que me abrió los ojos a la realidad de este mundo y a la defensa de la mujer, que se encuentra infravalorada como si fuera un objeto que se vende en las tiendas. Me dieron libros a leer, hacíamos actividades, deportes…, y todo iba muy bien, hasta que se metieron dos que pronto se pusieron al frente, como si fueran mandamases y quisieran resolverlo todo, echando siempre la culpa de nuestros males a los hombres. Entonces una comenzó a acosarme, de forma que me fui de allí, yendo a refugiarme para mi vida social a la parroquia más cercana a donde vivía. Allí, una ex misionera me habló de África y de la labor que hacían, despertando en mí una ilusión y una esperanza que ni pensaba…

Después habló de su familia y de la desaparición de su hermano Kevin.

En este momento el reverendo le interrumpió su exposición y dijo:

-Tiene que ser muy doloroso para usted el no tener noticias de su hermano. ¿Estaba muy ligado a él?

- Yo diría que demasiado. Casi éramos de la misma edad y confiaba mucho en mí. Su gran ilusión era llegar a ser algún día escritor, para lo que fue a la Universidad de Londres a realizar estudios de filología inglesa y literatura.

- ¿No estará buscando temas para escribir por esos mundos de Dios?... Hay que pensar en eso y que algún día reaparezca como lo hizo el hijo pródigo. Sobre amigos, novios y similares, no le pregunto porque viene bien acompañada y sus intenciones siempre han sido buenas, que es lo importante…, pero ¿cuál es su opinión respecto a personas de otras razas, pueblos, lenguas, incluso de las nuestras, como el galés o el escocés?

-Tanto en la escuela de enfermería como durante mi trabajo en Bourmemouth, así como en los deportes, tuve siempre compañeras, o mejor dicho, verdaderas amigas, de los más diversos orígenes, pues, aparte de inglesas, siempre hubo africanas, chinas, caribeñas… Mi compañera de habitación en Bournemouth fue una copta, ortodoxa egipcia, con la que aún me llevo muy bien. Varias veces vino conmigo a Plymouth a pasar unos días con mi familia. Sobre todo en Navidades. En cuanto a lenguas se refiere, que cada cual hable la que más le guste. Y en lo que se refiere a amigos, no me importa que esté Christopher presente. Varios estuvieron detrás de mí pero no me interesaron. Solo a uno le di importancia, un médico del Children Hospital, que era de buena apariencia, educado y hasta buena persona, cosa que nos deslumbra a las muchachas, pero era de familia de lores, y al enterarse de que yo era una vulgar tabernera, se decidió por una señorita de su mismo estrato social, muy guapa por cierto…, y con dinero. Mucho me alegro de eso y de que, como tanto deseaba, haya encontrado un buen puesto en la administración sanitaria… Ningún rencor ni nada parecido le guardo.

-Francamente yo esperaba un pasado algo más turbulento. De mí, no puedo decir lo mismo. Tengo un secreto, que nunca lo he mencionado ni a familiares ni a conocidos. Se trata de un hijo… Como cualquier hombre normal, y más por ser médico, solo me he preocupado de trabajar, estudiar y evadirme de los problemas de ese mundillo en que me ha tocado vivir. Durante el período universitario, estudiar, hacer senderismo con mis mejores amigos, Williams, el nigeriano Taylor, el chino Chang y Welley y de practicar un deporte, mitad fútbol, mitad artes marciales, el rugby, que me ayudó mucho para estudiar, pues combatía la agresividad y me hacía concentrar en lo que estudiaba, siendo Taylor un gran compañero en las clases y en el deporte que me gustaba. Estudié bastante, y cuando conseguí ingresar en el Southern Hospital para hacerme especialista, poco a poco fui dejando lo del deporte porque carecía de suficiente tiempo libre. Prácticamente los aprendices nos pasábamos los días y las noches encerrados en el hospital. Se nos exigía demasiado. Nada de lecturas ni de complicaciones filosóficas ni políticas, ni otras de tipo humanístico. Teníamos que ser robots para operar…, y nos preparaban bien para eso. Novelas policíacas y del Oeste Americano, así como película de esos géneros era lo que mi mente soportaba…De amigas, de vez en cuando alguna enfermera, pero como asunto pasajero, hasta que un día, Williams en compañía de unos amigos me presentó a una muchacha agradable,

profesora de filología y literatura, con la que pronto congenié. Trabajaba, como es lógico, en un colegio, y al hablar con ella me fue mostrando un mundillo que yo casi desconocía. Ideas que se confirmaban y me aclaraban con los libros que me prestaba o me aconsejaba comprar, las películas a las que me llevaba, teatros, conciertos, conferencias… Muchas veces la iba a esperar a la puerta de una asociación china, donde aprendía la lengua mandarín de ese país. Eso comenzó hace cuatro años, de forma que me enamoré locamente de ella, durando ese idilio dos años. Los últimos cuatro meses vivimos juntos, y viajamos a Londres, a Dublín y a París; eso en vacaciones. Y así iban las cosas cuando llegó un día en que me confesó que estaba embarazada. No se pueden imaginar la alegría que me causó. ¡Ya sería mía para el resto de mi vida!... Pero un día, al volver del hospital, me encuentro que no estaba, y sus ropas y pertenencias tampoco; en cambio, sobre la mesa del comedor, se encontraba un libro titulado "El crimen del padre Amaro", de una autor portugués, en que tenía escrito la palabra adiós. Casi me desesperó, o mejor sea dicho, me desesperé. La busqué por todo Liverpool, pregunté a todos los conocidos, y nadie me supo dar razón de ella. Hasta me fui a su lugar de origen, en Gales, pero sus padres se habían marchado a vivir a Londres hacía dos años.

. -En fin que no ha vuelto a saber de ella desde entonces.

-No la he vuelto a ver durante estos dos últimos años. Contraté una agencia de detectives, y al cabo de seis meses me comunicaron que estaba en Cambrige viviendo con un profesor de esa universidad, novio suyo durante sus estudios y que la abandonó por otra. Aquella pareja se rompió, volviendo a encontrarse los antiguos amigos en Liverpool. A poco de haberme abandonado, la agencia me comunicó que habían emigrado a China y que están en Shanghai. Cuando me encontré solo, volví con mis padres, que me recibieron como si nada hubiera sucedido, y nada me han preguntado desde entonces. Para olvidarla, una vez hecho el primer examen de especialista, tomé la decisión de irme lejos por lo que me matriculé en la Topical Medical School, y así poder olvidar. Ese es mi secreto y mi pecado.

-¿Pero usted fue alguna vez con mala intención con la chica?- le preguntó el reverendo.

-Nunca.

-Pues de nada tiene que arrepentirse. Los contratiempos de la vida, como los caminos de Dios son infinitos. El tiempo y alguna ayuda, que no debe rechazar, le ayudarán a superar ese suceso. Peores son las guerras y las catástrofes naturales, y usted, como médico, habrá visto cosas muy desagradables… Y al respecto, sobre este secreto, ¿estaba usted al corriente, Rosemary?

- Presumía que me tenía algo oculto, pero no de esa dimensión…, más bien de que fuese miembro de la banda que asaltó al tren correo de Glasgow, que hubiera realizado delitos como Jack el Destripador, pues mucho entiende de cirugía abdominal, pero eso de tener un hijo abandonado, Dios sabe dónde, no cabe en mi cabeza. Tener a mi lado a un monstruo semejante es algo horrible´

En este momento Chritopher puso cara de avergonzado. Comprendía que había metido la pata. Mejor se lo hubiera guardado, ¿a quién podía interesarle lo que estaba pasando en China?, y dijo en voz baja;

- Perdona que no te lo haya confesado antes, pero la verdad es que no estamos comprometidos, y eso no se puede ir divulgando por ahí. Ni mis padres saben que tienen ese nieto.

Rosemary comenzó a reírse con ganas, mientras pedía disculpas al revendo Maxwell. .

-Perdone reverendo que no pueda contener la risa. Además, desde que comenzamos a hacer las prácticas, juntos, ya me sentía comprometida con él.

-Y caso de que ese niño quedase abandonado, por quedarse huérfano u otra circunstancia, usted, Rosemary, lo acogería para darle protección.

-Lo aceptaría como si fuera mi propio hijo.

- Pues Christopher Palmer ya tiene el compromiso que tanto deseaba. Y me alegro de que sea en mi presencia, pues he de decir, que nuestra organización, a los hombres que mandamos a misiones, les obligamos a estar casados. No hacemos como los católicos que solo mandan a solteros. Llevando a su mujer, la cultura y las costumbres que dejaron atrás, las echan de menos y les ayudan a soportar mejor los sinsabores de difíciles tierras. Y usted, doctor Palmer, si su deseo era solo ir al Tercer Mundo ¿porqué no ha recurrido a organizaciones sanitarias no religiosas, que las hay, y además de mucho prestigio?

-Ya lo he hecho, pero nada me han ofrecido. Ya he recurrido a la Cruz Roja Internacional, a la Organización Mundial de la Salud, a la Tropical Medical School, y en ninguna de ellas había un hueco para mí. En una de esas, el jefe del departamento me aconsejó que me dirigiera a los gobiernos de esos países, pero un funcionario que oyó la conversación, al salir se acercó a mí y me dijo: "¡ni se le ocurra!, porque saldrá muy mal parado; dentro de lo malo que es todo aquello, el mal menor está en misiones religiosas, pero tampoco se las aconsejo". Me confesó a continuación que él, aunque no era sanitario ni misioneros, por su cargo había tenido que visitar algunos hospitales de esos países, y salía casi llorando.

-Por hoy ya tenemos bastante. Tendremos otras reuniones; ya me voy haciendo a la idea de cómo son ustedes. Déjenme sus direcciones. Esto no es cosa de tres días.

Al lunes siguiente, como de costumbre, los amigos al mediodía almorzaban en la cantina de la Escuela, y el doctor O´Connor comenzó la charla que correspondía en esos almuerzos;

-El miércoles por la tarde está organizado un careo entre los médicos europeos y los procedentes de países tropicales. Será más bien para que ellos nos expliquen lo que padecieron y vivieron en sus países. Y el jueves nos hablará largo y tendido un profesor de Kuala Lumpur sobre filariasis; será toda la tarde… Me da la impresión, como siento una especie de escalofrío, de que los mosquitos de que nos hablaron esta mañana, tienen la propiedad de transmitir sus enfermedades, aparte de con sus picos, con las palabras de los profesores que hablan sobre ellos.

-Ayer, Rosemary y yo nos fuimos a Southport, y a la salida de Liverpool me fijé en el gran nuevo hospital que se está construyendo, el Hawthorne, que, según dicen, superará en todo al Southern Hospital – dijo Chistopher Palmer.

- Eso me parece un poco difícil porque la solera y calidad del Southern son casi imposibles de superar, y ese hospital universitario no se va a quedar dormido – opinó el doctor Hartmann, y añadió -: A propósito, doctor Palmer, sería posible concertarme una entrevista con su padre. Como el mío y el suyo se enfrentaron en Londres en bandos contrarios, me gustaría que me aclarara algunos detalles de aquellos combates.

- Respetando al fútbol, ese tema de la guerra es el preferido del mayor Palmer, es decir, de mi padre. Por lo tanto el encuentro se da por hecho, pero esta tarde consultaré con él sobre el mejor día para eso. Mañana tendrá la respuesta. Los cuatro primeros días de la semana suele ir al club militar o al club de su peña deportiva. El sábado queda descartado porque irá a Manchester para ver el encuentro entre el Manchester United y el Liverpool F. C. Mi padre se inclinó por el fútbol, y yo, por el rugby.

-Un colega mío de Bremerhaven dice que el fútbol, por lo elegante de sus jugadas, es un deporte de caballeros para salvajes, y por su violencia, el rugby es un deporte de salvajes para caballeros. La razón estriba en que al final del encuentro y de haberse dado de golpes lo más posible en el rugby, el vencedor invita, por lo general, al vencido a una cena o a algo parecido..., y quedan tan amigos. En cambio, al finalizar un partido de fútbol acaban peleándose los jugadores y el ´público.

La fecha para la entrevista quedó para el domingo por la tarde a la hora del té, acudiendo puntuales Christopher, Hartmann y Rosemary. Después de las presentaciones y de tomarse las tazas de té, el mayor Palmer, propuso al doctor Hartmann y a su hijo trasladarse a la parte de atrás de la casa, a la llamada biblioteca, donde podían hablar tranquilamente de los asuntos mientras la damas en el salón lo harían de los suyos y contemplar una película de tipo amoroso romántico en televisión, sin que se molestaran los unos a los otros.

El doctor Hartmann parecía muy satisfecho de las explicaciones que le daba el padre de Christopher, y más, cuando él, siendo un buen alemán como se consideraba, era también un partidario acérrimo de los aliados.

-Disparé contra los aviones y contra Los V-2.

-¿Consiguió derribar alguno?

-Eso era imposible de saber, pero, por lo menos, los asustábamos. De noche disparábamos sin cesar cuando aparecían, y vi caer algún que otro. ¿Quién los derribó?... De día disparábamos hasta que aparecían los nuestros a hacerles frente, entonces parábamos, no fuéramos a derribarlos. Varios de nuestros artilleros murieron.

-¿Qué papel le parece a usted que jugó la Resistencia Francesa en el desembarco en Normandía?

-Pero muy importante, como también las otras resistencias europeas. Mucho más de lo que los libros de historia reconocen. Christopher, ¿no sería conveniente que fueras a echar un vistazo a tu amiga por si ya está aburrida de hablar con tu madre?

- Yo no tengo amiga.

-Entonces ¿qué es Rosemary?

-Mi prometida.

-¡Cómo! ¡Y no habías dicho nada! Un miembro más de la familia y sin nosotros saberlo. Vete y dale la noticia a tu madre ahora mismo. Después iremos nosotros. Dos buenas noticias: ayer vencimos en fútbol, y hoy, esta. Pero ¿para cuándo es la boda?

-Según se acabe el curso - y se fue.

Sheila, para celebrar el compromiso, le regaló un bonito bolso a Rosemary, y siguieron hablando hasta la cena. Para Hartmann lo más interesante fue lo que contó el mayor Palmer sobre su estancia en Sierra Leona. Le explicó lo de Freetown, la ciudad creada por los ingleses a base de esclavos liberados de los barcos negreros durante el siglo XIX, y de ahí su nombre. La población campesina nativa no mostró ningún interés por los progresos que le ofrecían los nuevos dominadores, muchos de ellos, colonos que crearon plantaciones para productos que se vendían bien en la metrópoli, y que serían un buen negocio. Ocurrió que los nativos no acudían a ellos a pedir trabajo, sino que seguían viviendo en sus poblados, siguiendo con sus costumbres ancestrales, intercambiándose sus productos según sus necesidades, ignorando las sagradas leyes comerciales europeas que a tantos ricos beneficiaban. Algo había que hacer para que esa población trabajara bajo las órdenes de esos empresarios como cualquier otro obrero o campesino de ese continente de posible raza era Europa, y se acordó que por cada choza los nativos debían que pagar un tributo. Si no lo hacían, se les desahuciaba de sus pobres viviendas. En fin, que no les quedó otro remedio que emplearse en las plantaciones para obtener algo de dinero y pagar lo que se les obligaba… Así comenzó el desarrollo capitalista de la Colonia. Durante los bombardeos de Londres, a pesar de lo muy expuesto que estuve, no sufrí ni un rasguño. Pero allá, en Sierra Leona, en una expedición que hicimos al norte, cerca de la frontera con la Guinea Portuguesa, en persecución de unos bandidos, un mosquito me picó el antebrazo izquierdo y me produjo un absceso que me duró un mes. Aquí puede ver la cicatriz. Y en otra, durante unas maniobras cerca de la Guinea Francesa, la picadura de un anofeles me produjo una malaria, que me la curaron con quinina. Al fútbol se lo debo todo. Jugaba en la liga ente guarniciones, y a veces partidos amistosos contra nativos, de forma que los jefes se fijaron bien en mí y me animaron a hacer los estudios, primero de cabo, y, después, los de sargento. No fue fácil, pero fue.

Tras la cena, Chistopher llevó en su Vauxhall a Hartmann y Rosemary a sus respectivas residencias.Noche fría y lluviosa…, y Hartmann encantado y agradecido por la acogida del mayor, y la muchacha muy contenta por el bonito bolso de cuero que le regaló Sheila.

C A P Í T U L O VII

La vida, las clases teórica y prácticas en la Tropical Medical School continuaban para la pareja Christopher Rosemary como de costumbre, y aunque nadie dijo nada, sus más inmediatos amigos daban por hecho de que constituían una pareja formal. Una nueva cita con el reverendo Maxwell, que les habló así mientras tomaban el té:

-… Para nuestros amigos James y Norma ya les tengo encontrado un destino, y parecen que lo aceptan… Será en el sur de Kenya, en el límite de la Reserva Natural de Amboseli, lugar donde abundan las fieras y desde donde se puede divisar el Kilimanjaro, la montaña más alta de África… Todo muy pintoresco, que se ve reforzado por la presencia en esos lugares de miembros de la tribu masai, gentes muy independientes y también de costumbres muy pintorescas, pero, al mismo tiempo, muy pacíficos. A ustedes todavía les estoy buscando un lugar adecuado. ¿Piensan en casarse? Y quiero decir pronto.

- Nuestras familias ya están al corriente. Lo haremos según terminemos el curso.

-Pues enhorabuena y que sea para bien. No olviden que lo más importante, y eso siempre lo advierto, que casarse es aprender a hacerse viejos juntos… Lo de menos es la luna de miel. Como sus dos amigos, James y Norma, se casarán dentro de tres semanas, y estoy muy convencido de que el tiempo y la convivencia les ayudarán a superar todos sus problemas, ya les tengo conseguido un pequeño hospital en un barrio de Manchester para que vean cómo es la medicina fuera de los grandes centros sanitarios a los que están acostumbrados. Allí trabajarán tres meses antes de partir para África .En cuanto a ustedes, les advierto que tengan paciencia y que lo mediten bien antes de partir. Allá la vida es muy dura, y nuestros contratos son por dos años prorrogables y vivirán como pobres. Hay algunos que se vuelven a los tres meses… Lo comprendemos, y yo más, que estuve en esa calurosa y complicada África toda una década. Ustedes con sus profesiones pueden ser muy felices aquí gozando de la familia que van a crear. Ese contratiempo en la vida, que dice que tuvo usted, doctor Palmer, me parece que ya lo ha superado con creces.

- Es en gran parte cierto todo lo que ha dicho, pero la vida de un médico, y más la de un cirujano, jamás será tranquila, tanto aquí como en cualquier parte del mundo. Sea de los que ganan poco o de los que nadan en la abundancia. Es Rosemary la que tenía, y aún tiene, la intención de ser misionera, y debo respetar su deseo. La mía era la de ir a un hospital, sin importarme que fuera laico o religioso. Apartarme por un tiempo de este mundo tan civilizado, por así llamarlo, y luego, renovado y con muchas experiencias ganadas, volver a acabar la especialidad, que me queda poco, volviendo a encerrarme en el consumismo que nos envuelve. He vivido en Liverpool toda mi vida, y estoy deseoso de cambiar de aires por un tiempo.

- Si es que retorna ileso y con vida. Tengan en cuenta de que si van, no irán solo como sanitarios sino como misioneros, una especie de diáconos, y para eso necesito hacerles un examen de conocimientos religiosos y de La Biblia. Fui misionero en Nigeria, donde además de sacerdote tenía que ejercer de maestro y de enfermero, trabajo un poco duro, intentando convencer a los nativos de la fe de Cristo y haciendo frente a una competencia muy fuerte, la del Islam. Allá los principales ricos eran los blancos, repugnantes colonialistas, a los que solo les importaba engordar sus barrigas, sin importarles la miseria de su alrededor. En Costa de Marfil, lo mismo, pero la competencia principal era la Iglesia Católica… Desde los puntos de vista del humanismo, el ser antirracistas, haber colaborado con organizaciones altruistas, como usted, doctor Palmer, con su ayuda a la Cruz Roja, me veo obligado a aceptarlos como idóneos, pero me queda por hacer el examen de conocimientos religiosos… Eso lo dejaremos para otro día en que vendrá un colega mío para que me supervise en esa labor. Yo solo no puedo decidir.

Así que terminado el encuentro de aquella tarde se fueron a casa de Christopher y se encontraron con un panorama inesperado al llegar, pues en la puerta de su casa se encontraba un coche policía y un agente de uniforme que les preguntó quiénes eran antes de dejarlos pasar, En el salón se sorprendieron al ver una escena digna de una comedia teatral, pues la empleada de la tienda estaba echada en un sillón con un ataque de nervios, un señor al lado tomándole el pulso, un médico de la vecindad, la señora Palmer sentada en un sillón, dos inspectores de policía haciéndole preguntas, y al poco rato que entra precipitadamente el mayor Palmer preguntando cómo estaban las dos mujeres y qué había sucedido. Al parecer, media hora antes de cerrar la peletería, entró un posible cliente, no con intención de comprar, sino de robar, amenazando a la dueña y a la joven empleada con una pistola que sacó de un bolsillo de su abrigo. Le dieron lo que había en caja que, por suerte, no era mucho, pues las ventas de la tarde fueron escasas y la recaudación de la mañana ya estaba bien guardada. El marido de la joven empleada llegó a la media hora, y una hora después, algo repuesta del susto, se la llevó a su casa. Dos días estuvo la tienda sin abrir.

Hablando de las entrevistas con los clérigos, Christopher contaba a Rosemary:

-El amigo del reverendo Maxwell se echaba las manos a la cabeza ante mis respuestas. En cambio él ni se inmutaba. A la pregunta de los Diez Mandamientos, ya no me acordaba de eso de santificar las fiestas, pues hace siete años que no entro en ninguna iglesia, y de que había que honrar a los padres, tampoco. Comenté que eso ya no se usaba… En esto el amigo me dio la razón, pues tenía un hijo que era un bala perdida. Luego me preguntaron qué sabía de Cuadrilátero de Lambeth, y contesté, ante el asombro de los dos, que la geometría nunca fue mi fuerte.

-El cuadrilátero de Lambeth es la esencia del anglicanismo. Sus elementos son: las Sagradas Escrituras; los dos sacramentos instituidos por Jesucristo, bautismo y eucaristía; el episcopado histórico y los Criterios de la Una, Santa, Católica, Apostólica y Reformada Iglesia Anglicana, que son, la Sagrada Escritura, la Tradición Apostólica y la Razón – le aclaró Rosemary.

- Yo, después de haber leído la “Vida de Jesús”, de un francés, llamado Renan, que acaba con una frase que decía algo así como ”Jesucristo no fue Dios pero mereció

serlo", estaba muy convencido de esta afirmación, como la de otro llamado Proudhon, con un libro "La propiedad es un robo". En francés los leí, y me convencieron mucho.

El curso de medicina tropical avanzaba y ya le quedaba poco, y los amigos de a las horas de comer habían reforzado su amistad. El doctor Hartmann intentaba convencer al médico hindú a que, una vez completada su formación en Inglaterra, volviera a la India, donde tanta falta había de médicos. ¿Lo lograría? El doctor O´Connor estaba muy contento porque había conseguido una plaza de aprendiz de radiólogo en Bristol para comenzar en verano. "Así me ahorraré de hacer recetas", decía.

- De poco le servirá este curso – le dijo el médico inglés indio.

-No le niego la razón, Pero en algún área de mi cerebro quedarán guardadas estas enseñanzas, y sé que en algún momento oportuno aflorarán.

James Wilson y Norma Wood se casaron. La boda se celebró en Manchester. De Irlanda vinieron dos hermanos del novio, y también asistieron Christopher, Rosemary y O´Connor, que le dijo a la novia:

-Me alegro de que no vayas con vestido blanco y velo como otras, porque siempre vas elegantemente vestida, bien es verdad que tú y Rosemary no necesitan mucha elegancia para perecer guapas, porque las dos lo son y con creces. ¿Qué necesidad tienes de ir más elegante, si cualquier cosa te va de maravilla?

A lo que contestó Norma:

- Seré o no seré guapa, pero siempre me ha gustado ir bien vesida. Es mi forma de ser. Cuando entré en la universidad, mis padres me compraron vestidos, abrigos, zapatos y otras cosas. Todo nuevo. Mi alegría fue inmensa. Pero al año siguiente no me compraron nada." Tú hermano entra en la escuela de técnicos de ferrocarriles y tenemos que comprarle ropas y zapatos nuevos, con que espera a otro año", me dijeron. Y al tercer año lo mismo, pues mi hermana entraba en la escuela de secretariado y las secretarias debían ir siempre muy bien arregladas, por lo que tuve que resignarme a asistir a las clases con ropas un poco viejas. Bien es verdad que me compraron un par de zapatos. En el cuarto año, me compraron algo, pero poco. Así me tuve que resignar hasta que me gradué. Penas de ser la más pobre de la clase no me faltaron, de forma que pasé muchos desconsuelos, así que desde que empecé a trabajar y ganar, he procurado ir vestida lo más elegantemente posible.

-La Escuela nos pide que les comuniquemos nuestras experiencias en África – les dijo Wilson -. Por lo visto todo lo que observemos y opinemos en nuestras andaduras les interesa.

Al mes del atraco a la peletería, la señora Sheila Palmer y su empleada fueron llamadas a una comisaría para ver si podían identificar a un detenido, presunto atracador de varios negocios. Había sido arrestado cuando intentaba robar en una ferretería, también armado, pero un cliente, aficionado al kárate, le dio un golpe derribándolo y manteniéndolo sujeto hasta que llegó la policía. Efectivamente, aquél era el atracador,

que reconocieron según lo vieron. El karateca, que estaba presente, dijo que le dio el golpe porque se dio cuenta de que la pistola que llevaba era de juguete.

-De eso nunca se puede estar seguro – le recordó el agente allí presente.

Se trataba de un hombre que hacía pequeños atracos en comercios del este de Inglaterra sacando algo de dinero para mantenerse una o dos semanas hasta la próxima vez. Por ser a mano armada, le caería una bonita pena, aunque fuera un juguete lo que utilizaba para amedrentar.

-Tuvieron suerte su madre y la empleada. Otros, desgraciadamente, no sobreviven o salen malheridos en esos atracos, aquí en Inglaterra. No solo en África ocurren esos incidentes, de los que, muy probablemente, tendrán que sufrir. Cuenten además con posibles algaradas, revueltas inesperadas, guerras…, y tan brutales como las dos grandes como las que tuvimos que sufrir este siglo – le recordó el reverendo Maxwell, y añadió -: Miren que los mandamos como corderos entre lobos. Como costará un poco, o mucho, convencer a Christopher de todas las verdades de nuestra fe, usted, Rosemary, intente llevarlo con paciencia por el buen camino… Ya sabemos que es buena persona, y que estoy muy convencido de que siempre lo será, por eso le hemos conseguido un hospital de caridad, bastante grande, donde pasen desapercibidos sus escasos conocimientos religiosos: en Johannesburg, República de Sudáfrica. Y más en concreto, en el barrio negro de Soweto.

-¡Pero ese es un país asquerosamente racista! Allí, de ninguna manera. ¡Me niego! Eso de los blancos arriba y los negros abajo no lo puedo tolerar – protestó Chistopher Palmer.

- Lo que está sucediendo en Sudáfrica, ocurre en todo ese continente, con la salvedad de que los blancos estamos aquí, y los negros, allá, oprimidos y explotados por colonialismos económicos. Le recomiendo, vaya a Sudáfrica, vea y compruebe lo que allí sucede, y al cabo de dos años, vuelva. Si salen vivos, nunca se arrepentirán de esa experiencia. Como siempre han trabajado en grandes hospitales, les hemos conseguido unas plazas, durante cuatro meses, en un hospital pequeño de las fueras de Liverpool, donde no dispondrán de los sofisticados medios de los hospitales de renombre. Es necesario aclimatizarse un poco, es decir acostumbrarse a ciertas carencias.

C A P Í T U L O VIII

EL LARGO VIAJE

El avión ya había tomado altura, volando ya según la ruta prevista, y los tres soldados sentados enfrente de Rosemary y de Christopher, que saludaron al subir indicándoles los asientos que les correspondían, se pusieron a dormir un rato.

-Eso de dormir en vuelo para mí es imposible. Es la primera vez que viajo en avión y no tengo ningún reparo en decir que estoy algo nerviosa y tengo cierto miedo – dijo Rosemary viendo las caras del apacible sueño de aquellos hombres.

-Están acostumbrados a volar. Dos son suboficiales y uno, cabo. Dijeron sus nombres, pero como son africaanders, no los pude retener. Si no puedes dormir, toma este libro y lee. Fue el último que me regaló mi antigua amiga, y, sinceramente, le tengo algo de tirria. Solo he leído lo que está escrito en la primera página a mano:"adiós". Como nos levantamos muy temprano, tengo algo de sueño e intentaré dormir un rato.

Después de una cabezada de media hora, Christopher se despertó diciendo:

-Este sueñecito me ha sentado de maravilla. Soy como un hombre nuevo. ¿Has leído algo del libro?

- Sí, las primeras páginas. Al traerlo me he dado cuenta de que aún no la has olvidado.

- Eso de olvidar es casi imposible, porque uno no puede olvidar por deseo, sino que depende el olvido del cerebro que es el que nos manda, aunque opinemos lo contrario. Nuestras órdenes no las obedece siempre el cerebro, en cambio nos obliga, con no rara frecuencia, a hacer acciones que ni nos gustan ni las deseamos…, y eso que pensamos gracias a él. Cuántas cosas me gustaría recordar y no puedo. Ella no fue solo una amiga, sino también una profesora que me enseñó cosas de la vida que ni podía imaginarme. Sería injusto si no lo reconociera. Al dejarme, la pesadumbre que me causó, fue tal que intenté desaparecer de Liverpool, sin más. Por eso me matriculé en la Tropical Medical School a los pocos meses de obtener el primer grado de la especialidad, para olvidar y alejar de mí aquella pena. Lo de alejar de mí la pesadumbre se fue realizando según te fui conociendo en los laboratorios de la Escuela, y desapareció por completo cuando me aceptaste. Ya me siento curado y puedo reemprender mi vida. Cuando volvamos, haré el tiempo de hospital que me falta y me presentaré a la evaluación final. Olvidar o no olvidar, ya no me preocupa en absoluto… Rencor no le guardo. Ahora solo pienso en ti y en lo que haremos durante estos dos años en Johannesburg.

- Estos tres de enfrente parece que el ruido del motor les ayuda a dormir. Duermen como benditos. Por cierto, tú, aparte de la maleta, traías dos bolsas, y ahora solo veo una.

- Tienes razón, con lo de encargarme de que subieran al avión las medicinas y el material médico de la ayuda humanitaria para las misiones, se me olvidó la bolsa con varios libros de medicina. Menos mal que no me dejé esta con dos tratados, los sandwichs y el termo de café para el viaje.

El avión comenzó a moverse, y a Rosemary le entró miedo de verdad, pues el avión daba unos saltos, subiendo y bajando, y a veces temblaba.

- No te preocupes, son ráfagas de viento, frecuentes sobre el Mar Cantábrico o Golfo de Lyon. Comamos algo que ya me entra el hambre´

Y mientras sacaban los sandwichs, uno de los pilotos salió de la carlinga y dijo;

- ¡Qué es eso! Comiendo bocadillos – y despertando a los dormidos, dijo -: Sargento vaya atrás y que nos traigan comida para todos, que ya es hora.

Al acabar de comer, uno de los sargentos les dijo:

- Ahora entraremos en España, luego en Portugal. Una pequeña escala en Lisboa para repostar, luego el Atlántico hasta las Islas de Cabo Verde, donde pasaremos la noche. Volveremos a llenar los tanques y hasta Sao Paulo de Luanda, en Angola..., Y por fin, de nuevo en casa, Johannesburg. Siempre volando sobre territorios y mares no hostiles. Ya sabrá que en este continente hay países que nos odian, por eso tenemos el ejército más poderoso de África.

En esto, el mismo piloto salió de la carlinga y les dijo a los dos pasajeros:

- Por favor vengan con conmigo, que el comandante quiere hablar con ustedes y explicarles asuntos sobre el vuelo.

Al entrar en la carlinga de los pilotos, el comandante le tendió la mano y les dio su nombre:

- Me llamo Pieter Wolf y mi copiloto, Julius Lebert. Somos oficiales del Ejército del Aire de la República de Sudáfrica. Como ha podido comprobar nuestras tareas no son siempre bélicas, también hacemos cometidos humanitarios como el transporte de medicinas para las misiones cristianas en las zonas para negros de nuestra República, así como el traslado de clérigos para que a las iglesias les resulte más económico el coste de los viajes, siempre y cuando haya espacio libre en nuestros aviones, y lo hacemos con sumo gusto. Nosotros pertenecemos a la Iglesia Reformada Holandesa y somos orgullosos afrikaanders, los auténtico fundadores de la República de Sudáfrica. ¿Qué cargos desempeñan ustedes en la Iglesia Anglicana?

- Nosotros somos diáconos, pero nuestra principal labor la desempeñaremos en un hospital de Soweto como sanitarios que somos. Yo, de médico, y Rosemary, de enfermera. Por lo visto allí necesitan las dos cosas. Mi nombre es Christopher Palmer. Nos casamos hace cuatro meses.

- Así que todavía no tienen hijos… Pues a mí me esperan tres en Johannesburg, y al teniente Lebert, dos. Tal vez encuentren contrastes en Sudáfrica que no le agraden al principio, pero con el tiempo se irán dando cuenta de lo necesario que son las medidas que nuestro Gobierno toma para evitar que el país caiga en la barbarie. Tal vez vengan influenciados por las campañas que hay en Europa contra el apartheid, pero esa política es absolutamente necesaria, y nosotros, los militares, la defenderemos hasta con nuestras vidas… No podemos permitir que los negros, con su salvajismo, hundan todo lo que hemos construido los afrikaanders, y también los otros blancos, que en tiempos pasados se le consideraba uitlanders, es decir de fuera del país. Yo soy descendiente de voorstreekers, los que con sus carromatos y bueyes avanzaron hacia el norte conquistando nuevas tierras para la que posteriormente se llamaría República Sudafricana que formaron las provincias Orange y Tansvaal. Como mano de obra no niego que sirvan esos bantúes, y ya les permitimos que hasta hagan estudios superiores, pero de que son una raza inferior no me cabe ninguna duda. Ya nos lo advierte La Biblia…, y se darán cuenta con el tiempo. Los blancos, aquí, y los negros, allá. Así evitamos conflictos. En nuestros aeropuertos los tenemos, pero como auxiliares, y mejor pagados que en otros oficios. Los hay que no son malos, y, a veces, muy eficiente, No lo niego, pero pronto se darán cuenta de que no son de fiar. Separados en sus townships y en sus batustanes viven más a gusto. Aunque sean o digan que son cristianos, siguen con sus absurdas ideas y cultos animistas, una salvajada más.

- Pues tengo un hermano que también es piloto, pero de helicópteros. Según terminó la segunda enseñanza, sin consultar con nadie, se apuntó en la RAF, y hoy ya es capitán. Mi padre, ya jubilado, llegó a mayor de artillería – les dijo Christopher.

- Me alegra oír eso, pues al ser de familia de militares nos podemos entender mejor. ¿No le dio por enrolarse en el ejército? También hay médicos militares en nuestro ejército; un hermano mío lo es, y se casó con una enfermera militar.

- Nunca se me pasó por la mente tal cosa. Puede ser que tengamos Rosemary y yo un espíritu pacifista muy fuerte, pues ahora nos ha dado por compaginar la medicina con la religión… ¿El amor al prójimo?... Puede ser…La verdad sea dicha que hacemos lo que hacemos por un impulso más que por planteamientos filosóficos. Nuestra intención es estar en Sudáfrica practicando la caridad cristiana durante dos años, y luego volver a Inglaterra.

- Me parece que pronto se enamorarán de Sudáfrica y no querrán regresar. Nuestro amigo Lebert estuvo un año combatiendo en Vietnam con los norteamericanos, muy a gusto. Se volvió, no por miedo a la guerra, sino por la morriña de nuestro país. Como pudieron comprobar este es un avión de cuatro motores de hélice, Locheed 130, llamado Hércules, gran avión de carga, que bien cargado vamos. Estamos llegando a Lisboa, vuelvan a sus asientos y abróchense los cinturones. Pararemos solo el tiempo necesario para repostar.

“Con esta gente de poco se puede hablar. Solo de cosas banales… Si me vuelve a llamar intentaré hablar de rugby que de eso entiendo algo”, pensó Chistopher, y tuvo suerte pues los dos habían sido jugadores y entendían mucho de eso. Fanáticos del Transvaal, y grandes admiradores de los Springboks, o equipo nacional, orgullo de la República de Sudáfrica. Entretenidos se pasaron todo el trayecto entre Lisboa y la isla de la Sal, en las de Cabo Verde, hablando de ese deporte y de otros que se practicaban en Sudáfrica, interrumpido solo cuando el comandante dijo:

-Mire abajo, las Canarias. Por suerte, territorio amigo.

Y siguieron hablando, pasando una tarde agradable, Rosemary se quedó atrás en su asiento charlando con los suboficiales sobre sus familiares, de las costumbres de Sudáfrica y de otros aspectos. Por suerte, eran hombres cultos, y dos de ellos no mostraban simpatía por el racismo, o política del apartheid, que traía problemas desagradables. Pero órdenes son órdenes y hay que obedecerlas.

Al aterrizar en la Ilha da Sal, el comandante les comunicó que tenían que venir con él y el copiloto a dormir en un hotel.

-No se preocupen por el precio, es muy .barato. Tenemos que dormir en camas por que mañana el trayecto será muy largo. El resto de la tripulación pasará la noche en el avión para que lo vigilen.

En el hotel cenaron, durmieron en una buena habitación, desayunaron, y al pedir la cuenta, el conserje les dijo que no era nada, Todo estaba pagado, pues los sudafricanos con frecuencia reservaban más camas de las que usaban.

-Muy importante debe ser lo que llevan, porque les teníamos seis camas preparadas y solo usaron cuatro, y ustedes ni son sudafricanos ni son militares.

Reemprendieron el vuelo, bien descansados, y el comandante les comunicó que harían una escala en un aeropuerto de una base secreta de un país amigo en un país hostil, cuyo nombre no podía decir.

-Solamente repostar. Ni bajaremos. Echaremos la cortinas para no puedan ver nada. Estos países africanos nos odian por lo del apartheid, y los europeos también, pero nosotros nos imponemos y no pueden dejar de comerciar con Sudáfrica. Todo lo que producimos, lo necesitan.

Entre hablando con los tripulantes, echando alguna cabezada Christopher, y Rosemary muy interesada en la novela, llegaron a Sao Paulo de Luanda.

-Este sí que es un país amigo. Benditos sean los portugueses. Ellos nos ayudan, nosotros les ayudamos. Volaremos sobre Angola, luego entramos en la Franja de Caprivi, territorio nuestro, de África del Sudoeste, pasamos por Botswana y, por fin, entramos en Sudáfrica. Todavía con luz del día aterrizaremos en el aeropuerto militar de Johannesburg.

Un último discurso más sobre la superioridad de la raza blanca tuvo que soportar Christopher antes de llegar a su destino. Se acordó de lo inteligente que era su amigo Taylor que le aclaraba muchas dudas sobre temas de medicina, y, sobre todo, de dos africanos subsaharianos, especialistas en humanidades, que le presentó la amiga, madre de su hijo, cuyos conocimientos de esas materias sobrepasaban todo lo que él se podía imaginar."¿Cómo es posible que dos personas, como aquellos pilotos, con unos conocimientos y una cultura envidiables, pudieran pensar de esa manera? ¡Qué cerrazón!", pensaba, pero no se atrevió a contradecir a sus nuevos jefes Ya vería…

Después de despedirse de la tripulación, un gran furgón conducido por un mestizo, o kleurling según denominación africana, o coloured según la inglesa,

recogió a la pareja, los medicamentos y el material hospitalario. El conductor les contaba por el camino:

- Soy estudiante de magisterio y trabajo para la Iglesia Anglicana, así tengo una ayuda para los estudios, pues mis padres son pobres. Toco el órgano y conduzco el furgón o lo que me manden. No camiones. Primero los llevaré al apartamento donde vivirán, propiedad del Obispado, por lo que pagarán muy poco. Es pequeño, pero está en un lugar céntrico, cerca del Melrose Boulevard. En el entresuelo se encuentran unos comercios y en el primer piso, oficinas alquiladas. Esas dos plantas son propiedad de la Iglesia. Ustedes estarán en el primer piso. Las demás viviendas del edificio son propiedades de otras personas, menos dos, también de propiedad de la Iglesia Anglicana. Este centro de la ciudad es exclusivamente para blancos. Mañana pasaré temprano para llevarlos al Obispado e iniciar los trámites de residencia de extranjeros. Cerca de la casa hay un restaurante de comidas rápidas donde podrán comer esta noche. Es barato. En este sobre hay unos rands que se les anticipa para las necesidades más urgentes.

- Nosotros ya conseguimos algunos en Liverpool – dijo Rosemary.

Efectivamente el apartamento era diminuto. Serían unos cuarenta metros cuadrados. Un saloncito amueblado con un sofá, una mesa central baja, dos sillas, una mesa plegable que servía para hacer las comidas y un pequeño mueble con platos y vasos. La habitación grande donde solo cabía la cama de matrimonio, una mesa de noche y un armario. Otra habitación muy pequeña donde solo había espacio para una cama de un solo cuerpo, pero que disponía de un balconcito diminuto. La cocina también era la mínima expresión de tal aposento, así como el cuarto de baño y el pasillito de entrada.

- Pequeño es todo. Pero hemos venido de misioneros y tenemos que vivir como tales. Podemos dormir y guarecernos de las inclemencias. Suficiente. Calefacción no la veo, si hace frío compraremos una o dos estufas eléctricas. Traje todos mis ahorros, veremos cómo nos defenderemos – dijo Christopher.

- Y yo tengo conmigo las doscientas libras que me dio mi padre. También algo de dinero ahorrado; no mucho. No olvidemos que durante dos años viviremos como misioneros, no como personas que venimos a hacer fortuna.

C A P Í T U L O IX

EN JOHANNESBURG

Se despertaron temprano aquella primera mañana en Sudáfrica, y no esperando a que el chófer tocara el timbre, bajaron a la calle. El restaurante de comidas rápidas, solo para blancos, ya estaba abierto por lo que pudieron tomar café y unos pasteles.

-Fíjate en aquella parada de autobuses, tiene unos letreros que ponen “For White Only” y el otro, “Net Blanquet”, que debe ser en africáans. Solo para blancos. Da asco. Oyendo a aquellos pilotos me daban ganas de vomitar, y hasta de volverme. Menos mal que los dos sargentos con los que hablé largo rato eran más comprensivos… También entre los blancos de aquí hay clases – comentó Rosemary

- Ya sabíamos que este es un país oficialmente racista, pero no olvidemos que allá hay gente muy cerrada, y entre nosotros, los médicos, hay quienes se creen superiores por saber manejar con destreza el bisturí…, y se idolatran, y hay racistas declarados, lamentablemente… Mira más allá, otra parada. Me parce que leo “Non Europeans”.

A las nueve y media apareció un todoterreno para recogerlos. El conductor al subir, después de darle los buenos días, les dijo:

- Ayer me olvidé de decirles mi nombre, pues tenía cosas más importantes que hacer, es Tobias Kriegler. Llámenme simplemente Tobias. Nada de señor Kriegler. .. Los nombres de ustedes los sabía antes recogerlos. Pronto tendré los exámenes finales y me buscaré una escuela. Ya nos veremos varias veces porque suelo llevar suministros al hospital de Soweto, pues, como les dije trabajo para la Iglesia Anglicana y estoy en su nómina como chófer y como organista. Hablo el inglés y el africáans, es decir soy bilingüe, pues mi madre hablaba el primero, y mi padre, el segundo, como lenguas maternas. De los idiomas nativos me incliné por el xhosa y el zulú, pero los domino a medias. Esta mañana, mientras vamos de oficina en oficina resolviendo los múltiples papeles, les serviré de guía turístico de la ciudad, cuyo centro es muy bello, con millones de árboles. Bien se la podría llamar la ciudad de los árboles; casi diez millones dicen que tiene. Al norte, en las colinas de Withwatersrand, los alemanes crearon un maravilloso bosque artificial que podría ser ejemplo para otras partes del mundo. Withwatersrand significa sierra de las aguas limpias. Y más al norte se encuentran las impresionantes minas de oro, de diamantes y de platino, causantes de que se fundara hacia 1880 esta impresionante ciudad, en la que debo vivir en un suburbio por ser un kleurling. La única ventaja es que, como mestizo, no necesito circular con pase. ¡Pobre del bantú que no lo lleve!, obligados a vivir en miserables “townships”. Nuestros barrios son algo mejores, pero bastante alejados del nivel de los blancos. Fíjense en ese vergonzoso letrero “FOR USE ONLY WHITE PERSONS” “VIR GEBRUIK DEUR BLANKES” (solo para uso de blancos). Cerca de mi casa, en el extrarradio hay uno que pone “DANGER. INDIANS AN COLOULERDS IF YOU ENTER THIS PREMISE AT NIGHT YOU WILL BELISTED AS MISSING. ARMED WARDS

SHOOT ON SIGHT, SAVAGES DOGS DEVOUR THE GORPSE. YOU HAVE BEEN WARNED".

-Entonces a los indios y mestizos que entren en esa propiedad de noche, los matarán a tiros y luego se los comerán los perros… ¡Horrible!… Y nadie les pedirá responsabilidad por esos crímenes… En Inglaterra había sitios en que, hasta avanzado el siglo XIX si hacías eso, no te disparaban, sino que te comían los perros de los señores, y si sobrevivías, te mandaban a Australia como esclavo. Así repoblaban y blanqueaban aquel país mientras liquidaban a los nativos. Las bestialidades continúan, solo que aquí dan un tiro de gracia antes del festejo de los perros – dijo Christopher.

- Así es. No se menciona a los negros en ese anuncio porque mi barrio es para indios y mestizos… Bueno ya hemos llegado a las oficinas del Obispado. Ahora entrarán. Los están esperando, rellenarán una serie de papeles para extranjería, los permisos sanitarios para ejercer de las cámaras de médicos y de enfermería, permisos municipales de residencia, permisos de trabajo, permisos, como blancos, para pasar a Soweto, y algunos otros más. Después iremos a esas oficinas y delegaciones para entregarlos, y a esperar las respuestas y documentos definitivos. Lo primero es el permiso de residencia, luego el pase para Soweto. Esto tardará cuatro o cinco días. Los otros de veinte a treinta… Con los dos primeros ya pueden moverse y ponerse a trabajar. Hoy y mañana los acompañaré. Luego se las arreglarán ustedes solos. No puedo faltar a las clases de la mañana. En el Saint Batholomew´s Hospital nos veremos alguna vez, pues uno de mis trabajos consiste en llevarle suministros, Labor que realizo por las tardes. Los domingos por las mañana toco el órgano en una parroquia, por lo que nos veremos con alguna frecuencia.

A las dos horas salieron del Obispado después de rellenar un sinnúmero de papeles, con los que el chófer los llevó a las dos primeras oficinas. Todo transcurrió con normalidad, y les dieron cita para dentro de cuatro días.

-Ahora los llevaré a comer. Si les parece bien al mismo restaurante de anoche que está a la puerta de su casa, así descansarán un poco, porque a las cinco tienen que presentarse en el domicilio del reverendo Walter Beagle para que lo conozcan y hablen con él. Yo no puedo comer en el restaurante de ustedes. No se me permite la entrada por el color de mi piel. Vean ese parque tan bonito, ahí no podemos pasear nosotros, "FOR WHITE PERSONS ONLY". En otros, hay asientos para blancos y para morenos; siempre separados. ¡Pobre de ti, negrito, si te equivocas! Mucho hay que hablar del apartheid; ya irán viendo lo humillante que es. Miren allá, los policías están pidiendo los pases a dos bantúes. Como les dije, nosotros los kleurlings tenemos el privilegio de andar por el centro de la ciudad sin él, pero no el de residir. Autobuses para blancos, de primera calidad, y para nosotros, unas chatarras indignas, lo mismo en los taxis, buenos para los primeros, deteriorados para nosotros. De los hospitales ya les hablará el reverendo Beagle, que es médico y sacerdote.

A las cinco y media estaban en la casa del reverendo Walter Beagle, que al darles la bienvenida les presentó a su esposa, una profesora, y al pasarlos a su despacho le ofreció té y roiboos, o té sudafricano, más galletas. Por estar en Sudáfrica prefirieron el roiboos, y comenzó a hablarles:

-Como ya saben, mi nombre es Walter y mi apellido. Beagle (sabueso), que aunque es de una raza de perros, no ladro ni muerdo, Por ser de la Iglesia Anglicana y por tener las dos titulaciones, de presbítero y de médico, me nombraron director del Saint Batholomew´s Hospital de Soweto. No soy especialista sino un médico general, y allí, aparte de la dirección y de la asistencia religiosa, dos mañanas las dedico a control de los diabéticos…. Más…, no puedo. Mi mujer es profesora, o maestra de primera enseñanza en un orfanato para bantúes de un township, palabra con la que designa a una ciudad de negros. Tenemos cuatro hijos: el mayor es sacerdote como yo, y está destinado en una pequeña ciudad de la Provincia de El Cabo, casado con una enfermera, y con dos hijos muy pequeños; la segunda, es aeromoza de las líneas aérea y se casó hace poco con un directivo de esa compañía en Johannesburg; el tercero, es conductor de ferrocarriles, y por ahí anda rodando, soltero aún, pero no por mucho tiempo, y el cuarto, que apareció a última hora, todavía está en la enseñanza primaria, El reverendo Martin Maxwell, que, aunque no lo conozco personalmente lo considero como un buen amigo, me dio informes inmejorables de ustedes y me prometió que me serían de gran ayuda. Él, más que sacerdote, es como uno de los traperos de Emaús, del Abate Pierre, de París... Siempre ayudando a los desgraciados y a los sin techos. Tuvo una gran relación con el deán rojo de Canterbury, Hewlet Johnson, y también con el pastor alemán Niemöllerr, jefe o presidente de la Iglesia Lutherana Alemana, gran pacifista, organizador de las marchas por la paz en las Pascuas de Resurrección. Hasta le escribió dos cartas al Papa Juan XXIII, obteniendo respuesta. Varias veces ha ido a Paris a entrevistarse con el Abate Pierre. Gracias a que su mujer es costurera y se dedica a reparar vestidos en su casa, comen, Se pasa la vida en los barrios más desheredados de Livrerpool. Hace muchos años que no se compra ropa. Su mujer le arregla las que desechan otros. Tienen dos hijos que están estudiando ingeniería gracias a unas pequeñas becas y al mecenazgo de una señora pudiente, propietaria de una tienda de lámparas.

- Cuando empecemos, ¿qué horarios tendremos y cuáles serán nuestros cometidos? - preguntó Christopher.

- Los permisos de residencia y los de pases a Soweto los tendrán en cuatro días. Ya podrán empezar a trabajar aunque falten otras autorizaciones. Harán lo mismo que en Liverpool, aunque aquí será algo diferente, pues aparte de la cirugía abdominal, usted, doctor Palmer, tendrá que hacer de todo, como medicina general, urgencias, cesáreas, traumatología… Y usted, Rosemary, será asignada a los servicios de pediatría, tres días a la semana, con las doctoras, chinas las dos, Theresa Muy-Sang y Jinguan Yin, y los otros tres ayudando a la ginecólogas, Nadine Jonker y Olga Serote. Todos los que trabajan en el hospital deben tener una religión. La doctora Muy- Sang es católica, viuda con un hijo, y vive en la Misión Católica enfrente del hospital. La doctora Yin, es confucionista, que, aunque Confucio no predicó ninguna religión según tengo entendido, los chinos lo consideran como un santo o una divinidad; por lo tanto vale para nosotros. ¿Y cómo les fue el tan largo viaje?

- Pues francamente bien, la tripulación nos atendió lo mejor que pudo y fueron agradables…, pero los pilotos eran unos racistas de marca mayor. Por ser blancos y afrkaanders se creían dioses. Nos trajeron en un avión militar.

-En cambio los suboficiales que hablaron conmigo no lo eran tanto, y tenían cierta postura crítica frente al apartheid – comentó Rosemary.

- Entre los afrikaanders y los miembros de la Iglesia Reformada Holandesa, la que predica la segregación, también hay tipos de racistas. Todas las iglesias de Sudáfrica, menos esa en sus dos variantes, se han manifestado en contra del apartheid… En Sudáfrica, la única libertad que tenemos es la religiosa, y a veces el Régimen quiere congratularse con nosotros haciéndonos favores. Ese avión en que vinieron traía material militar y represivo desde el Reino Unido, pese a que tienen declarado un bloqueo a esta República. Ustedes viajaron gratis, lo mismo que el material médico y los medicamentos, Un ahorro para nosotros. Hay grupos religiosos de Estados Unidos que nos ayudan, como cuáqueros, y utilizan a esos aviones, casi todos norteamericanos, para enviarnos ayuda humanitaria. En fin, que encienden una vela a Dios y otra al diablo, como si quisieran limpiar sus conciencias de no respetar el bloqueo a Sudáfrica ayudando descaradamente a los racistas… Ah… ahora llega el pequeño Víctor… Viene de jugar al críquet; lo está aprendiendo y le gusta. A mí también porque es poco violento… Pronto cenaremos, y luego los llevaré a casa en el todoterreno… Mañana tendrán otra jornada de oficinas con Tobias. En cuanto a la vivienda, deberán pagar una cantidad mínima por el alquiler, yo diría más bien simbólica, pero el agua, la luz, gas y el teléfono irán por cuenta de ustedes. Del hospital y de otros asuntos hablaremos dentro de cinco días en el Saint Batholomew. El día antes de ir a Soweto, con los permisos en regla, les telefonearé para recordarles la hora de salida y el lugar de encuentro, que será en la puerta de la casa. Estos días, a pasear y a conocer el centro de Johannesburg. Y, por favor, nunca me miren como a un blanco, porque, pese al color de mi piel, yo me siento bantú.

Y hablando de cosas banales, de costumbres de Sudáfrica y de Inglaterra, de la procedencia del reverendo, cuyos abuelos eran de Birmingham, mientras cenaban, pasaron las horas hasta que el director los llevó a su domicilio.

C A P Í T U L O   X

EN UN HOSPITAL DE SOWETO

A las seis y cuarto de la mañana del día señalado. Christopher y Rosemary esperaban en la puerta de la casa la llegada del reverendo doctor Walter Beagle, que no tardó en presentarse, encaminándose hacia la negritud de Johnnesburg.

-Pronto dejaremos atrás el esplendor de la ciudad de los blancos, cuyas calles son barridas y aseadas por bantúes. Ahora entramos en un mundo diferente y diametralmente opuesto, donde reina la pobreza y el abandono. Este barrio de Soweto, o más bien, gran ciudad, que dicen que consta de 600.000 habitantes, pero que deben ser muchos más, se creó a principios de los años cincuenta, cuando se forzó a los habitantes negros de Johannesburg a abandonar el centro de la urbe… Preparen los permisos que ya vamos a entrar en el barrio o ciudad de Soweto, la mayor concentración negra de Sudáfrica, lugar temible para los racistas. Soweto, como creo que ya les habrá dicho Tobias significa Ciudad del Sudoeste. Con esa cruz verde que llevamos a los lados y las palabras médicos y servicios de emergencia, evitamos que sus habitantes no nos tiren piedras, porque al vernos blancos nunca se sabe...

El control se pasó sin problemas, y la ciudad cambió de unos barrios superelegantes a otros más modestos en todos los sentidos. Ya no eran ni la arboleda ni los elegantes comercios ni edificios elegantes, la limpieza también se veía a las claras que era mucho menor, y poco a poco la calzada también se iba poniendo peor.

-Por aquí vamos bien, pero más adelante los baches serán muy frecuentes, por eso es mejor un todoterreno que un coche normal. Hay tránsito en abundancia, la mayoría gente que va a trabajar al centro. Como supongo que ya les ha advertido Tobias, los sueldo de los negros, por regla general son más bajos que los de los blancos, y para más inri, los blancos comienzan a pagar impuestos desde que ganan setecientos rands, mientras que los morenos desde los trescientos setenta. Eso es vergonzoso, pero cierto. Los mestizos, o kleurlings o coloureds, suelen tener algunos privilegios, como los hindúes y chinos, con una cámara representativa…, que solo decide lo que le conviene a los blancos. Para asegurarse de que alguien es kleurling, los miran minuciosamente, y hasta las encías. Los sueldos que pagamos en nuestro hospital son de bantúes, por lo que ustedes viviendo en un barrio blanco poco pueden presumir. Además para venir tendrán que agenciarse un vehículo. Yo ya me he atrevido a proporcionarles un todoterreno de segunda mano, de unos doce años, marca Toyota, que los mecánicos y aprendices del taller escuela de la Misión Anglicana han dejado como nuevo. Si traen dinero se lo podrán llevar desde que ustedes y el jeep tengan los papeles en regla, y si no, igual, ya lo irán pagando a plazos, con un precio muy especial. Fue de alguien que se los dejo por el capricho de comprarse otro nuevo, pues aún era útil. Hasta que dispongan de él, yo los llevaré y devolveré a su domicilio. Esta tarde nos veremos a la salida. Como comprobarán el barrio es enorme y la sensación de pobreza va aumentando…, casas pequeñas de adobe, a veces, medio chozas, pero en nuestro barrio,

donde está el Saint Bartholomew´s Hopital, las viviendas de los alrededores, por lo general, son peores… Miren y juzguen. La calzada aquí es peor y de las viviendas, la mitad son casitas y las otras, chabolas, o mitad casa mitad chabola. Ya hemos llegado, a nuestra izquierda un recinto amurallado, la Misión Católica, y a la derecha, nuestro gran hospital de Saint Bartholomew. Por fuera elegante, y hasta parece imponente, Aparquemos y entremos. Estas plazas están reservadas para nosotros, y muy cerca hay una parada de autobuses. Primero vayamos a ver al administrador para que tome nota de la llegada. Luego iremos conociendo el hospital y su personal.

El administrador era un kleurling alto y fuerte, de buena presencia y bien vestido. También estaba en su despacho una secretaria joven, bantú, escribiendo a máquina. El reverendo hizo las presentaciones. El hombre se llamaba Thomas Guaba, y la señorita, Marlene. Fueron muy amables y tomaron nota de los recién llegados. El papeleo definitivo lo arreglarían cuando les trajeran todos los permisos. A la salida de la administración se encontraron con el doctor Markus Chipeto, médico internista, y sobre todo, cardiólogo, que por las tardes trabajaba para la Universidad de Withwatersrand. Luego pasaron de nuevo al despacho del director, que disponía de una gran mesa, un gran sofá, dos sillones, una mesita y tres sillas. En las paredes había que añadir un crucifijo a la espalda de su sillón, acompañado a su derecha por un retrato de Gandhi y, a su izquierda, por otro del doctor Schweitzer. Enfrente una foto grande de las minas al norte de Johannesburg, donde se podía ver una gran montaña de los escombros sacados de las entrañas de la tierra. Aunque sin lujos, parecía confortable el recinto.

-En ese sillón duermo cuando tengo que pasar la noche. No hago guardias, pero muchas veces debo pasarme tardes enteras tratando con el administrador, y al acabar me da pereza de volver a casa. A mí me designó la Iglesia, y al administrador lo designa la Provincia, pues nos asigna una subvención por ser una obra benéfica y ser un punto de control sanitario. Es un mestizo, hijo de un político racista y de una sirvienta, hoy eso está castigado por las leyes de segregación y de inmoralidad. El padre le pagó los estudios de administración de empresas en la Universidad de Fort Hare, exclusiva para los no blancos, de donde salieron grades dirigentes de la lucha por la independencia de África, algunos de los cuales han llegado a ser presidentes de sus repúblicas. Debo decir que es muy eficiente. Dispone de dos sueldos, el del hospital, y otro, el de chivato de la Policía, que es mucho mejor, por el que no paga impuestos, y eso que es un sobresueldo de los que se pagan a los blancos. Cuidado con él; también tiene cuatro confidentes entre el personal. Estamos vigilados, y nosotros, aparte de tomar precauciones, también hacemos control de ellos.

En esto apareció la secretaria del administrador, Marlene, con una bandeja y tres tazas de roiboos, era una cortesía de la segunda autoridad del hospital. El director le dio las gracias y comentó:

-No tengo derecho a secretaria, cuando necesito un ayudante para cuestiones burocráticas, llamo a una de las tres auxiliares de clínica que entienden de burocracia y mecanografía, y resuelvo los problemas. A las enfermeras y a las auxiliares de clínica, les exijo mucho. Deben ir siempre correctamente vestidas, mostrando el orgullo de ser dignas sucesoras de Florence Nightingale, la verdadera fundadora de la moderna profesión de enfermería. Falda con rayas azules, las enfermeras, y con rayas rojas, las auxiliares; delantal blanco y medias, también blancas, todas. En la cabeza, cofia, mostrando con un signo cual es su categoría. Con los médicos no soy tan estricto, pero todo el personal debe ir vestido como corresponde a un hospital, que, aunque muy

pobre, debe mostrar categoría y clase. En realidad somos un hospital de tercera categoría, y de segunda mano. Digo de segunda mano porque casi todo el material que tenemos es adquirido tras desecharlos otros hospitales al modernizarse. Y paradójicamente, es un pastor de la Iglesia Reformada Holandesa uno de nuestros mejores suministradores. Debe sentirse cristiano auténtico. Ellos, los aficaanders reformados, como tienen mucho dinero, continuamente renuevan su instrumental. ¡No hay nada como ser ricos! También nos suministran medicamentos a punto de caducar o ya caducados, que nosotros los damos por buenos hasta los siete meses de las fechas de vencimiento de actividad, excluidos sueros y otros similares. Bueno, ya hablaremos más de este hospital, pero ahora vayamos a ver las consultas y a ir conociendo al personal.

Al salir de la dirección se encontraron con el internista doctor Oke Kalunga, al que saludaron.

-Es un buen médico, como todos los que aquí trabajan, si no, no los emplearía. ¿Para qué quiero yo a uno que no cumpla bien su trabajo o esté borracho continuamente? Del doctor Chipeto, que les presenté antes, se puede decir, que es una eminencia. En fisiopatología no hay quien lo supere. Por eso trabaja por las tardes en la Universidad de Withwatersrand. Tiene muchas publicaciones científicas en su haber. Los lunes por las mañanas da clases allí, y ese día se lo descontamos del sueldo. La Universidad se lo paga. Debo decir que es un superdotado.

.

Llegaron a las consultas de tocoginecología y de pediatría, y el doctor Beagle los presentó a la doctora Jonker y a una auxiliar de clínica, llamada Eva.

-Usted, Rosemary, se quedará aquí el resto de la mañana hasta las doce y cuarto en que irá a la cantina a comer. La doctora Nadine Jonker será su jefa hoy…Facilítenle una bata. Como hoy es sábado, tenemos una sesión clínica a la una, y a las dos terminamos el trabajo. A usted, Rosemary, la abandonamos aquí. Nosotros, el doctor Palmer y yo, seguiremos la ronda hospitalaria.

Al decir doctora Jonker a una de las ginecólogas, esta le corrigió:

-A mí me llamarás en el futuro Nadine, a secas, no soy tan vieja, y debemos llevarnos bien.

En esto llegó la otra doctora ginecóloga, Olga Serote, que le hizo la misma advertencia, y le dijo:

-¿Ya conocerás a nuestras compañeras de pediatría Theresa Muy- Sang y Yiguan Ying, y a su la auxiliar Mildren? Ten en cuenta que en este hospital las enfermeras graduadas, ante la falta de personal, también hacen de médicos sustitutas. Mientras nos ayudas, te iremos informando. Ten este libro de ginecología para que vayas conociendo en casa nuestros usos y costumbres, algo muy elemental con preguntas en idiomas nativos y afrcáans para los que desconozcan el inglés.

-¿Y ustedes no lo necesitan?

- No te preocupes, tengo otros.

El director Beagle y Christopher se dirigieron a la zona quirúrgica para ver los quirófanos y conocer a los que allí trabajaban. En este momento estaban operando los doctores Muhamma Rahman, sudafricano, indio musulmán, y el doctor Govind Raja Bose, sudafricano hindú. Operaban una fractura de fémur. Una enfermera y dos auxiliares de clínica ayudaban mientras otro médico hacía la anestesia.

-Aquí lo do dejo, Palmer, pues tengo que resolver unos asuntos. El doctor Rahman es un traumatólogo formado en la Universidad de Leyden, Holanda; un fuera de serie. El doctor Bose es cirujano general, y por las tardes trabaja en un hospital de mutualidades de mestizos en su barrio, como otros médicos de este hospital. Aquí los cirujanos tienen que estar preparados para todo, desde hacer una trepanación hasta realizar una cesárea. También tienen que hacer de médicos generales y de anestesistas. Hoy las anestesias se las está haciendo el doctor Robert Swart, único internista que conoce ese tema. También los dos médicos en formación que tenemos, los dos, bantúes, son ya expertos en anestesias. Aún más, dos enfermeras saben de eso. Yo, no. Ya están terminando, entonces hablará con ellos. Lo dejo en este saloncito. Al poco rato aparecieron los dos cirujanos. El doctor Rahman parecía muy serio y hablaba poco, el otro, el doctor Bose, parecía más jovial, y le dijo:

-Por fin, aparte del director, tenemos un médico blanco en este hospital. También contamos tres enfermeras diplomadas blancas: tresmonjas de la Misión Católica, que vienen cinco horas en las mañanas. Por eso ganan menos que las otras. Y eso que los sueldos dejan mucho que desear. Aquí, seis de los médicos son kleurlings, cuatro de medicina interna y dos ginecólogas, y los cirujanos somos cuatro indosudafricanos, y a los que hay que añadir dos pediatras que son de origen chino. Dos médicos bantúes, todavía en fase de formación, y el director, blanco, completan el cuadro médico. El resto del personal todo es bantú. Todas mujeres, menos los del servicio de mantenimiento.

- Y del administrador, ¿qué?

- Con ese no contamos, es un policía más. Algunas tardes y noches trabajo en el hospital de mestizos de mi barrio, como hace la doctora Jonker y dos internistas más. El sueldo es el de negros, muy bajo, y tenemos que compensar. Nosotros, los indios, pertenecemos a una organización pacifista inspirada en Gandhi, y nuestro objetivo es ayudar a la gente más pobre de Soweto, barrio donde está ubicado este hospital. Nuestros abuelos vinieron aquí a trabajar en la caña de azúcar, las condiciones eran infrahumanas, humillantes, y qué más… Él, Gandhi, los enseñó a protestar. Luego, en la India, luchó pacíficamente por la independencia, con una sola arma, su pobreza. Intentamos imitarlo en algo, por eso estamos aquí. Nelson Mandela, o Madiba como también se le llama, desde la Isla de Robben manda un mensaje similar, Él mezcla a Gandhi, a Jesucristo y a Lenin, y nosotros le seguimos, pertenezcamos o no a su partido político, el ANC. Es ante todo un líder espiritual, ¡y qué fuerza tiene! Por hoy hemos terminado. Tuvimos tres operaciones, y la doctora Serote, ginecóloga, dos, las anestesias se las hizo el doctora Konda. Vayamos ya a comer, y después a la sesión clínica

Christopher Palmer les hizo varia preguntas sobre la marcha, conversación que continuó en la cantina del hospital. Prohibido el fumar y las bebidas alcohólicas en el hospital, pero, por suerte para Christopher, el café no lo estaba. La comida, plato único, era muy barata así como las bebidas, de jugos de fruta o leche.

-Por la sesión clínica, los médicos y enfermeras, y algunas auxiliares, tenemos reservados los sábados los primeros turnos de la comidas. Mire, allí está el director en compañía de las ginecólogas y de la que debe ser su esposa, Pocas veces come aquí; hoy, lo hará por ustedes. Les presentaremos a los otros médicos y enfermeras. Estos son los doctores Oliver Makmamint, internista, y el doctor Nawalal Punjabi, cirujano. Reddy Raja Konda, como es vegetariano integral, no comerá con nosotros… No toma ni leche ni huevos, y hoy toca cordero con papas y verduras. Los viernes, por respeto a los católicos, que son pocos, nos dan pescado. Muhamma Rahman los martes no come aquí, pues al ser musulmán, ese día ponen carne de cerdo. Cumple rigurosamente el Ramadán. Punjabi y yo, los miércoles y jueves no lo hacemos por la carne de vaca. Los domingos suelen poner pollo o comida vegetariana. De las cenas ya hablaremos otro día. Me parece que los bantúes, doctores Mac Lean y Mda, no vendrán a comer porque hasta las dos tienen servicio en las consultas de urgencia, y como viven detrás del hospital, se irán a comer a sus casas. El lunes los conocerán.

La sesión clínica versó sobre una operación por colédocolitiasis que se había perforado, surgiendo varias complicaciones. Christopher pudo dar sus opiniones sobre ese tema porque bien lo conocía. A las dos, el doctor Beagle llevó a los Palmer a la Misión Anglicana que más parecía una factoría que un centro religioso. Primero se dirigió al jefe, el reverendo Losada, que acababa de comer, e hizo las presentaciones:

-Este reverendo, Adam Losada, es nuestro jefe en el barrio donde estamos, y por lo tanto tenemos que mirarlo como a un obispo, pero es más un hombre de empresa que un presbítero. Ante él tenemos que responder, el hospital está bajo sus órdenes, aunque delegue en mí todas las responsabilidades. Dirige una escuela para niños y niñas en esta Misión, y dos talleres escuelas, yo diría fábricas, para enseñar a los adolescentes los oficios de mecánica de automóviles y de carpintería ebanistería, que son esos dos grandes barracones. Dos presbíteros, encargados de dos parroquias cercanas, le ayudan algo en la labor eclesiástica. Arreglando toda clase de vehículos y haciendo muebles para un empresario judío, costea los gastos de su misión, muebles que en su mayoría que van destinados a la Fábrica Bernstein, del carpintero empresario judío, sí, como San José y Jesucristo, pero él ha hecho fortuna aquí, mientras que nuestros ídolos tuvieron que vivir en la pobreza y al hijo lo crucificaron. También tiene una pequeña escuela de aprendizaje de electricistas, pero esa no produce nada de dinero. Cuenta con tres maestros del oficio de mecánico, y otros tres, de carpintería que cobran sueldos, Los aprendices, el primer año no cobran nada, el segundo, un poquito, y el tercero algo más. Luego, que se busquen la vida. En lo de electricista solo tiene a cinco alumnos, y es una profesora la que les enseña, de forma altruista, puses su marido gana bastante con una ferretería.

A lo que respondió el aludido:

- Mi colega Walter siempre exagera. Yo aquí no pinto nada; figuro como jefe y nada más. Son los profesores los que llevan los talleres de la Misión, y mi esposa y mi organista, en la iglesia y en la escuelita. Pero como tengo prisa esta tarde, un partido de fútbol por televisión a las cuatro, y un servicio religioso después, no perdamos el tiempo y vayamos al taller para ver el Toyota que les tengo reservado´

Entraron en la gran nave del taller escuela de mecánica, donde estaban varios coches esperando ser reparados, y entre ellos pudieron ver el todoterreno, brillando como si fuera nuevo.

-Un señor que se compró uno más grande, nos lo dejó, gratis. Le hemos hecho algunas reparaciones y lo hemos pintado. Está como si hubiera salido de fábrica. Por el coche no tienen que pagar nada, pero sí por las reparaciones y la propina para los chicos. Lleva la cruz verde, parecida a la de Malta, y el logo MÉDICO EN SERVICIO DE EMERGENCIA, para que no les tiren piedras los chiquillos cuando vean unos blancos circulando por Soweto.

El precio era una verdadera ganga, pero con la condición de devolverlo al taller al marcharse. En menos de un mes, cuando todos los papeles estuvieran en regla, podrán pasar a recogerlo. En el plazo de tres meses Christopher y Rosemary deberían pasar un examen de convalidación del carnet de conducir.

-Hoy ya han visto la otra cara de Johannesburg. Me supongo que ya sabrán algo de esta parte de la ciudad.

-Sí, Tobias, el chófer del furgón, y ustedes nos contaron algo de este ghetto, y cómo fueron obligados a venir – le contestó Christopher -.

-Así sucedió, pero no solo aquí, sino en todas partes. Hable con la doctora Nadine Jonker o el doctor Chipeto que le explicarán cómo fue aquella humillación que tuvieron que sufrir. Nuestro hospital fue construido por un medico presbítero como yo, el doctor Robert Lipton, un iluso que pretendía hacer en este barrio un hospital como el Groote Schuur, donde trabaja el doctor Christiaam Barnhard, adquiriendo un gran terreno para construirlo. Se ha quedado en menos de la mitad. Como ocurre casi siempre, la falta de dinero es la causa de las frustraciones de este mundo. Hay un gran hospital en Soweto, el Baragwanath, que no es nombre indígena sino de origen galés, Primero fue hospital militar, y ahora se dedica a los bantúes; mucho mejor dotado que el nuestro. El lunes les enseñaré desde mi despacho hasta donde debía llegar el Saint Bartholomew. Como ese terreno estaba abandonado, los chabolistas lo fueron ocupando. Nuestros dos colegas bantúes Mda y Mac Leod también han construido sus viviendas, medio casas medio chabolas, sobre esa propiedad que nos corresponde.

CAPÍTULO XI

El lunes comenzó la jornada Chrisotpher Palmer en quirófano, realizando la anestesia con una enfermera mientras hacían las operaciones los doctores Reddy Raja Konda y Nawalal Punjabi. Se trataba la primera intervención de la extirpación de una parótida por una tumoración no maligna, y la segunda de extirpar una vesícula biliar por colédocolitiasis no complicada. La enfermera le iba indicando a Palmer los pasos a dar para que se fuera habituando a las anestesias y costumbres del hospital. En el otro quirófano El doctor Rahman hizo un par de intervenciones de fracturas óseas. Al finalizar, el doctor Punjabi comentó:

-Nuestro amigo Resddy Raja Konda es especialista en cirugía torácica, pero como es un manitas, hace de todo, y, principalmente, aquellas operaciones que necesitan una gran precisión como es el caso de la parótida de hoy. Ya sabe que en esta operación, al menor descuido…, parálisis facial. ¿Le ha resultado difícil lo de la anestesia? En la primera se usó los métodos modernos por lo delicada de la operación. En la segunda, no tan delicada, el antiguo, el del Ombredanne y del éter, que es más barato. Hay que ahorrar.

- Creo que pronto me adaptaré, pues ya hice anestesias durante un tiempo por obligación, y últimamente en el pequeño hospital en el que estuve antes de venir aquí.

- Konda durante tres veces a la semana trabaja por las tardes, y algunas noches también, en el Universitario, pues está muy bien considerado. Yo trabajo esas horas en el hospital de mutualidades de mestizos como la doctora Jonker y la doctora Yiguan Yin. Otros tienen consultas particulares, la ginecóloga, doctora Serote, disfruta de libres todas las tardes menos cuando tiene guardias, pues anda bien de dinero. Su esposo es un gran maestro chocolatero, y fabrica chocolates muy apreciados por todos, que tanto gustan a los blancos como a los de color. También dispone de un local o bar chocolatero donde acude la gente para meriendas. Ese local es solo para no blancos, cosa muy a tener en cuenta en Sudáfrica. Ahora iremos a las consultas externas para atender urgencias. Luego comeremos, veremos algo en las salas y nos marcharemos. Después de la comida, Palmer, debe subir al despacho del director para oír de su propia voz los misterios de este hospital.

Terminado el almuerzo, Christopher y Rosemary subieron al despacho del director que les enseñó la extensión enorme de terreno que desde allí se veía.

- En primera línea están las viviendas de Mac Leod y de Mda, y otros inqilinos, que no son malas viviendas, pero detrás se extiende un mar de casuchas, chabolas, chozas, los bidonvilles de los franceses, carentes de casi todos los servicios que necesita una ciudad, de gente muy pobre que viven de trabajos precarios, ocasionales… o están en paro varios meses al año. Hay lugares donde la Policía no se atreve a entrar… El alcohol y la droga hacen sus estragos, pues eso ayuda a muchos a

olvidar sus miserias, pero incita a pleitos, navajazos, malos tratos a las mujeres, niños semiabandonados o abandonados del todo, ancianos sin socorro, carencia de alimentos, prostitución, pedofilia…, es lo que hay por ahí, y es la zona de Soweto que nos toca atender. Menos mal que la parte de delante es algo mejor. Este hospital consta de unas doscientas camas, todas heredadas de otros hospitales, no `pocas de hoteles, y noventa y dos personas en nómina. La mayoría mujeres. Los hombres aquí, o son médicos o encargados de mantenimientos, que con no rara frecuencia deben también hacer labores de auxiliares de enfermería, y las de vigilantes del hospital. Todos los varones deben estar casados, de esa forma evitamos líos,..; siempre los habrá, pero menos. Parroquias anglicanas, una metodista y la Misión Católica del padre Christiaam Mahlala, nos envían con cierta frecuencia unos colaboradores muy escogidos que nos ayudan en labores de limpieza, reparto de comidas, ayudar a los enfermos de diversas formas. Son unos cincuenta, y muy seleccionados. No podemos admitir a cualquiera en las labores de hospital.

- Y esos, ¿deben estar también casados?

- Ya que solo vienen ocasionalmente y no cobran, ese requisito no lo exijo. Somos un hospital de caridad. ¡Y cómo nos financiamos?: una parte, ya lo saben, nos la da la Provincia de Transvaal, por ser una obra de ayuda a los más pobre y punto de observación epidemiológica; otra parte viene de una asociación que recauda, por medio de cuotas mensuales, cantidades para ayudarnos; otras, son colectas en parroquias y, también lo que recaudamos de los asegurados que caen por aquí, o bien por enfermedades o por accidentes de trabajo o de tránsito, que no suelen ser muchos…También tenemos una hucha en el vestíbulo de entrada por si alguien quiere dejar algo, que siempre es muy poco, pero nada es menos, y todo rand es valioso para nosotros Una vez nos la robaron, entonces los de mantenimiento la reforzaron con hierros, y ahí la pueden contemplar como si fuera el cofre de un tesoro.

-¿Y desde cuándo es usted director del hospital? – le preguntó Chistopher cuando ya iban en el coche camino del centro blanco imaculado de Johannesburg,

- Esto es una historia que debo contarle. Primero me hice presbítero, y luego, médico. He estado destinado en varias parroquias, ejerciendo las dos profesiones. Por lo general ciudades pequeñas. Ocurrió que hace cinco años se descubrió que en el Saint Batholomew se atendía a heridos antirracistas de enfrentamientos por huelgas y manifestaciones con la policía haciendo ver que eran atendidos por otras causas, incluidos miembros del uMkhonto we Ziswe, o brazo armado del Congreso Nacional Africano. El administrador y el jefe de mantenimiento, nombrados por la administración de la Provincia de Transvaal para ser sus confidentes, no dieron parte de esos actos, pues se habían pasado a los antirracistas, ¡y eso que cobraban un buen sobresueldo! Indignada la Policía, los asesino a los dos: al administrador, en su domicilio montando un escenario como si fuera un asunto de celos y venganza de homosexuales, y el jefe de mantenimiento apareció degollado una mañana en una calle céntrica…, pero no había sangre en el suelo. A dos médicos los metieron en la cárcel, ¡y bien los torturaron!, uno ya salió, el otro sigue en prisión. La misma suerte corrieron una enfermera y dos auxiliares. Ahí, en esa prisión de mujeres del barrio se pasaron tres años, sometidas a todo tipo de vejaciones. En cuanto al fundador y director, el reverendo Lipton, lo desterraron a Walbys Bay, allá por Namibia, o África del Sudoeste, como quieran llamarla, donde se encuentra confinado y sin poder salir, en un hospital exclusivamente para blancos. Entonces me trajeron de la ciudad en que estaba

ejerciendo y me pusieron al frente de del hospital. A Muhamma Rahman, un gran revolucionario, lo contraté yo a poco de tomar la dirección de este centro. Buena adquisición. Como ya habrá visto, siempre voy con el clergyman, encima la bata, así no me olvido de que soy las dos cosas, sacerdote y médico. La doctora Thereza Muy-Sang, puede ser considerada como una monja, y lo sería si no fuera por su hijo. Vive en una caseta de madera en la Misión Católica, con un crucifijo y un retrato de Mao Tse Tung en la cabecera de su cama, desde que enviudó hace siete años. Su hijo es alumno en la escuela de la Misión.

-¿Cómo se las arreglan para los análisis, radiografías, anatomías patológicas…? – preguntó Christopher Palmer.

-Para análisis, los internistas son los encargados. Carecemos de bioquímicos especializados, y para eso cuentan con la ayuda de una enfermera y dos auxiliares que entienden del asunto. En lo de radiología, dos auxiliares que aprendieron a tirar fotos, y los médicos que se encargan de interpretarlas. Yo también. En cuanto a la anatomía patológica, el Hospital de Withwatersrand, por medio de los doctores Chipeto y Konda nos echan una mano, y también los que trabajan en el hospital de mutualidades de mestizos. En esto, nuestra situación es precaria, pues es limitado el número de análisis que nos permiten hacer.

- Hoy he visto a dos niños desnutridos. Me dieron una gran pena – dijo Rosemary.

- Y verá a más, y a otros muchos no tan mal nutridos pero con carencias de vitaminas o de hierro. Tampoco será raro ver a niños hinchados por falta de proteínas. Debe acostumbrarse, y, aunque cueste trabajo, endurecerse. Este barrio es África más la persecución por órdenes del apartheid.

La semana transcurrió sin grandes novedades dignas de mención, mientras Christopher y Rosemary se iban adaptando a la nueva situación, observando carencias que en Inglaterra no había. “Peor sería en una selva o algo similar como están ahora James Wilson y Norma Wood, y de enfermedades tropicales no hemos visto nada”, pensaba Christopher. Y así, al llegar el sábado, en la cantina mientras comían, el doctor Mda Makenda invitó a la pareja a tomar el té, café o roiboos a su casa.

-No podemos porque el director nos lleva a la salida a nuestro domicilio. Muchas gracias. Aún no disponemos de vehículo. Estamos limitados – le respondió Christopher.

-Eso no importa, el amigo Oliver Makmamint también viene. Él los llevará. Robert Mac Leod, también nos acompañará. Así podremos tener una tertulia un poco más larga que lo que hablamos en las pausas del hospital. Lamentablemente de mujeres solo encontrarán allí a Louise, mi mujer, y a nuestra hijita. Verán cómo son las casas de los bantúes en Soweto…. La mayoría son peores.

Ya en la casa de Mda, los ingleses pudieron comprobar que el domicilio no era tan malo como pensaban, aunque carecía de lujos.

.-Aquí, lo médicos particulares, cuando visitan una casa, tanto en la zona blanca como en las otras, se fijan en el mobiliario y posibles lujos para fijar el precio de la consulta - se anticipó a decir Mda ante posibles pensamientos de sus invitados - . Ustedes, si se quedan, harán lo mismo.

Y Rosemary comentó:

-Vine a África porque quería ser misionera, pero, tal y como está organizado el hospital, me parece que eso va ser imposible o muy poco puedo hacer.

- De eso se encarga la Misión, y más que el presbítero, los voluntarios y diáconos del barrio, que en sus horas libres realizan esa la labor. Usted vive muy lejos…Algo hará. Por de pronto ayuda a enfermos en un hospital cristiano.

Y siguieron tratando de diferentes temas hasta que Robert Mac Leod comenzó a hablar de la situación política en Sudáfrica;

-…En fin, aquí somos diecisiete millones de bantúes, menos de cuatro millones de blancos, que lo controlan todo, unos dos millones de mestizos o kleurlings y unos seiscientos mil asiáticos entre indios y chinos; más de los primeros. Y miren ustedes y comparen: hay más de setenta mil estudiantes blancos; de bantúes, menos de cuatro mil; de asiáticos, unos tres mil, y de mestizos, unos mil quinientos. ¡Cifras imperdonables que están muy lejos de corresponderse con la proporción de las diversas comunidades! La asignación para las escuelas de bantúes es diez veces menor que la asignada a las de los blancos, y su profesorado está peor cualificado.

Christopher Palmer se fijó bien en el doctor Robert Mac Leod, un hombre algo más alto que él y de apariencia más fuerte, y eso que él no era nada bajo y débil, muy al contrario de Mda, algo bajo y de constitución débil, pero muy ágil y decidido. Mac Leod era más reposado en sus decisiones.

-¿Fue usted deportista, doctor Mac Leod? – le preguntó el inglés.

-Algo, pero no mucho, los estudios y el trabajo no me permitían perder el tiempo. En la universidad jugué al fútbol y, aunque no lo comprendan, practiqué el boxeo. En mi casa tengo un puching para darle puñetazos. Aquí, Mda, a pesar de ser bajito, fue y sigue siendo un buen jugador de baloncesto. Hay que ver los saltos que da para encestar. Acierta muchas veces. Lo podrá comprobar algún día en la cancha trasera del hospital.

-¿Desde cuándo están ustedes en el Saint Bartholomew?

-Yo, desde hace cuatro años, y Mda, desde hace dos. Ya estoy avanzado en cirugía general que es a lo que me pienso dedicar durante mi vida. Estamos aún en la categoría de aprendices. Según me gradué, entré en el Saint Bartholomew. Se puede decir que en lo referente a quirófanos estoy ya bastante avanzado. Mda quiere decidirse por la medicina interna. Intentó ingresar en el gran hospital de Soweto, el Baragwanath, pero la competencia era muy fuerte y no pudo puntuar. A nosotros, los negros, nos pagan menos que a los blancos. No es fácil movernos. Por no trabajar en el centro de la ciudad, no nos dan pases para visitarla. ¡Vergüenza! Si estamos en una calle heridos o enfermos, si pasa una ambulancia para blancos, no nos recogen, y tenemos que esperar a que llegue otra, de esas desvencijadas y anticuadas para negros. En un juicio, si un

abogado negro le pregunta algo a un testigo blanco, este se reserva el derecho a contestar, y no le pasa nada. No tengo reparo en decirlo, pertenezco y pago mi cuota al ilegalizado Congreso Nacional Africano, o ANC. Durante la segunda enseñanza yo estaba muy convencido de que los blancos estaban en Sudáfrica para civilizarnos y ayudarnos a progresar, pero al llegar a la facultad de medicina me fui dando cuenta de lo equivocado que estaba, aunque no pertenecía a ningún grupo político. Un buen día, o mejor malo, al llegar a la residencia donde me alojaba, subí la escalera, y, en el rellano donde estaba la puerta de mi alojamiento, me encontré con dos bantúes en traje de faena arreglando la instalación eléctrica, cosa normal, pero cuando intenté abrir la puerta, se me echaron encima y comenzaron a darme golpes hasta que me derribaron. Fue de espaldas, porque de frente no lo hubieran podido. Inmediatamente subieron dos blancos, bien fornidos, y comenzaron a darme patadas. Medio grogui, me esposaron y me arrastraron escaleras abajo hasta la calle, me metieron en un coche, donde me decían de todo, como “hijo de mala madre, ya te hemos agarrado, ahora sabrás lo que es bueno”. En comisaría, me llevaron a una sala de interrogatorios donde me hacían preguntas, que, entre que no sabía a qué se referían y que estaba medio inconsciente, nada pude contestar, por lo que los golpes fueron en aumento hasta que perdí el conocimiento del todo. Me desperté en el suelo frío de una celda y me puse en cuclillas, dormitándome y despertándome, hasta que aclaró el día y penetraron rayos de sol a través de un ventanuco con rejas. Los pantalones los tenía orinados. Al poco rato apareció un carcelero con jugo de fruta y un trozo de pan. Dolorido, pero como tenía sed y hambre, mojando el pan con el jugo, pues mal podía mover la mandíbula, me lo comí. Pasaría media hora cuando apareció otro guardia en la puerta y me dijo:

“-¡Levántese, a interrogatorio!”

Con dificultad me alcé y lo seguí. No tenía las esposas, y mientras íbamos por un largo pasillo me susurraba:

“-Fuerte paliza le dieron. Estará muy dolorido”

“-Sí, bastante. Me atizaron de lo lindo, ¿Por qué se ensañaron conmigo? – y como llevaba la cabeza baja, me aconsejó”:

“- Levante esa cabeza, con orgullo. Usted no ha hecho nada indigno. Sea valiente, que eso a los blancos les produce desconcierto – y otras palabras de aliento le siguieron”

“- Y usted, ¿porqué trabaja aquí?”

“- El hambre, la familia…, necesitaba dinero…”

- Reconocí la sala de la noche anterior, donde tres tipos fuertes, bien rubios y coloradotes, de beber buena cerveza, supongo, comenzaron a hacerme preguntas de diversa índole, con afán de despistarme y ver si caía en una trampa, pero, ignorante de todo, nada podía responder, por lo que siguió otra tunda de golpes, que así como los primeros me hacían gritar, el dolor iba disminuyendo y la cabeza comenzaba a darme vueltas. Me llevaron a sentarme en una silla giratoria y comenzó otro interrogatorio sobre el paradero de personas, cuyos nombres eran completamente extraños para mí. La silla giraba, y a cada giro, una bofetada, en la mejilla derecha o en la izquierda. Uno fue un puñetazo que me tumbó un diente. Me llevaron a otra silla, y mientras me

preguntaban, me agarraban por los pelos y me daban golpes contra la mesa. ”Este asqueroso comunista, del oMkhonto we Ziswe, o habla o no saldrá vivo de aquí, lo juro por lo más sagrado”… Me pusieron unos electrodos en las muñecas, calambrazos, y otro interrogatorio, mientras decían: “este es el más tozudo. Los otros ya han hablado y están tranquilos en su celda”. Perdí el conocimiento. Un interrogatorio más, esta vez sin torturas, y traslado a una cárcel. El trato y la comida dejaban mucho que desear, pero como no era el único, me resignaba. Mal de muchos, consuelo de tontos. A los tres meses me llevaron a juicio, que transcurrió así;

Era en africáans, y varios los acusados a juzgar. El juez llamó a Alfred Mac Leod, no dándome por aludido por ese nombre

Un guardia me dio un fuerte golpe con la porra en la espalda y me dijo:

“-¿Porqué no te levantas?”

“- Porque ese no es mi nombre. Yos soy Robert Mac Leod”

“.- Entonces, ¿por qué lo llaman Alfred? ¿No estudia usted derecho en la Universidad de Fort Hare? ¿No nació en la Ciudad del Cabo en 1948?

“- No, estudio medicina y mi lugar de nacimiento es Clamvi, un pueblo cercano a pretoria, en 1946. Ustedes tienen mis documentos”

“- ¿Su abuelo no era escocés?

“- No, era un xhosa que trabajaba para un señor de apellido Mac Leod, y como solo tenía nombre, le puso su apellido, como solía ser costumbre con los sirvientes. Y esa fue la única herencia que nos dejó”

“- Así que usted no es un kleurling ni el peligroso Alfred Mac Leod… Si es así, ¿porqué se resistió salvajemente a la autoridad?

“- No me resistí. Me atacaron y ni me dio tiempo a reaccionar”

“- A la autoridad hay que respetarla siempre, aunque le parezca que esté equivocada, y, para que sirva de escarmiento, lo condeno a seis meses de prisión. Así meditará sobre su comportamiento en el futuro. Dura es la ley, pero es la ley – dijo por último el juez.”

- Como había ya cumplido tres meses, me quedaron otros tres en aquella mazmorra, donde me fui concienciando de la lucha contra el apartheid y a morir por esa causa si se presentara el caso. A los otros compañeros del juicio, que los conocí en el proceso les cayeron de seis a ocho años de cárcel.

-Todos los días se nos presentan casos como ese – interrumpió Mda, y Mac Leod continuó su discurso.

-Perdí el curso. Menos mal que no me expulsaron de la universidad. En la prisión me enteré de que Alfred Mac Leod era un importante líder del ANC y que había conseguido huir a Tanzania. Por cierto, doctor Palmer y Rosemary, ¿no se habrán olvidado de que mañana, domingo, tenemos guardia, juntos?

El doctor Oliver Makmamint que poco hablaba, pero bien escuchaba, dijo;

- Siendo estudiante, en una manifestación de protesta, buena paliza me dieron, pero pude escabullirme. Entonces era ágil. Ahora he engordado y mi deporte favorito es el ajedrez. ¡Cómo me atrae! Es como un vicio.

-A mí ya me pasa lo mismo, voy dejando de practicar el baloncesto y me hundo en el ajedrez – dijo Mda, y añadió-: También fui arrestado una vez, pero por pocos días, con una soberana paliza. Mejor es no recordar y mirar hacia el futuro.

-Perdonen mi curiosidad, y tal vez mi indiscreción. Pero cómo los bantúes siendo tan pobres, lograron ustedes ingresar en la universidad – preguntó Christopher Palmer.

A lo que respondió Robert Mac Leod:

-Mi padre era y es camarero de un club muy elitista, donde gente muy rica disponen de campo de golf, cuadras para caballos de jugar al polo, y un campo de críquet. Allí había una norma muy clara, bien señalada con carteles:"Se prohíbe dar propinas a los camareros". Tal vez fuera por el morbo de quebrantar una ley, o por que a muchos les diera pena de que los camareros no pudieran recibir esa pequeña ayuda, los socios se las daban, y no pequeñas, pues eran ricos todos, mejor dicho, unos acaudalados. Además como les gustaban los caballos, se preocupaba por algunos, con el consiguiente sobreañadido del que nadie debía enterarse. Vivíamos tan bien como los blancos, de forma que les dio estudios universitarios a sus tres hijos.

-Pues mi padre es un buen artesano, yo diría con la categoría de artista, especialista en hacer arte africano de excelente calidad. Puso un puesto de venta en una carretera cerca de Pretoria. Mi padre se dedicaba a hacer los trabajos, y mi madre que tiene buenas cualidades para vender, se encargaba y se encarga aún de ofrecérselos al público. Lo cierto es que su fama se ha extendido, y hay gente que allí van exclusivamente para comprarle su artesanía. Mi hermana es maestra, mi hermano mayor es tan bueno como mi padre, y mi otro hermano se preocupa de la tienda con mi madre – dijo Mda.

Hablando de otras cosas llegó el momento de la despedida. Por el camino, el doctor Oliver Makmamint, contaba:

–Aunque dicen que nosotros, los kleurlings o coloureds, nos atribuyen privilegios, es verdad que no nos piden pases para andar por la ciudad y que tenemos un consejo para protegernos, pero esos consejeros más bien protegen los intereses de los blancos. Para los blancos somos asquerosos negros, y para muchos bantúes somos blancos teñidos. Somos bastards porque gran parte de nosotros descendemos de señores blancos y de sus sirvientas negras. Fíjese en lo que dijo Mac Leod: con seiscientos mil asiáticos, cuentan con cerca de cuatro mil estudiantes universitarios, y nosotros que somos dos millones de mestizos, solo tenemos mil quinientos. ¿No es eso un signo de nuestra pobreza?... Para estudiar hace falta dinero. No debe olvidar que esos ultrarracistas que mandan en Pretoria también tienen sangre negra en sus venas, porque al principio de la colonización europea, sobraban hombres y faltaban mujeres de su raza, por lo que tenían que usar a las joi-sans y similares - y ya en el centro de la ciudad el doctor Makmamint añadió-: Fíjense en esos letreros: UITGANG DEUR DUIKWEG

-- EXIT ONLY TRHOUG SUBWAY < NIET BLANKES NON WHITES > BLANKES WHITES (Salidas por paso subterráneo, < no blancos, > blancos), o ese otro UUR MOTORS SRANPLEX VIR BLANKES --- TAXI RANKS FOR WHITES (Taxis reservados para blancos). También están destinados a recordarnos la segregación a los kleurlings.

Ya en la puerta de su casa se fijaron bien en los letreros de las dos paradas de autobuses que decían: en la primera, FOR WHITES ONLY, VIR NET BLANKES (Solo para blancos), y en la otra, FOR NON EUROPEANS, VIR NIET BLANKES (Para no blancos). Y así por toda la ciudad.

-

C A P Í T U L O XII

La guardia del domingo transcurría sin novedad por lo que pudieron Christopher y Rosemary asistir a la misa anglicana del reverendo Losada, hablar con él un rato, y conocer al padre Christiaam Mahlala, el encargado de la Misión Católica de enfrente del hospital, un hombre más bien bajo y delgado, muy diferente al director, reverendo Beagle, mediano y algo obeso, y al reverendo Losada, alto y de complexión fuerte, más bien atlético. Y así contaba el padre Mahlala:

-Además de la iglesia disponemos de un orfanato para veinte pequeños, todos varones, las niñas van a otro sitio, de una escuela con dos aulas para niños, y otra, para niñas. Cuarenta varones en la escuela: la mitad del orfanato y la otra, de chicos del barrio. Y veinte jovencitas. Las monjas y yo somos los maestros y profesores. Yo soy graduado en esa materia, y una monja también. Las demás no tienen títulos a no ser las tres enfermeras blancas que ustedes ya conocen del hospital, que viven aquí camufladas porque no son negras. Todas entienden de magisterio y de algo de enfermería. De esto último se me da un poco por haber trabajado en un hospital, aunque apenas practico, dejando esa labor a las monjas. Además contamos con un taller de costura para chicas, donde aprenden ese oficio, y que se costea por sí solo con los pantalones que hacen para una fábrica. También hacen labores de bordados y encajes, así como otros trabajillos. Todas las monjas son expertas costureras, y también vienen voluntarias que ayudan a enseñar, sin cobrar. Con el dinero que sacan, costean los gastos y se llevan algo a sus casas; poco, pero están aprendiendo las chicas. La doctora Theresa Muy-Sang es también de una gran ayuda al vivir con nosotros. Esas monjas son mujeres de un gran valor al atreverse a asistir enfermos en zonas muy deprimidas y hasta peligrosas del barrio. No creía mucho en milagros, pero viendo como sale adelante esta Misión, ya creo en ellos.

Christopher Palmer, durante la comida de aquel primer domingo de guardia, le preguntó a su compañero Robert Mac Leod:

-¿Qué significa eso de oMkhonto we Ziswe?

-Traducido de la lengua nativa quiere decir,”lanza de la nación”, o mejor sea dicho, el brazo armado del ANC, que no es una estructura monolítica, sino que tiene distintos aspectos: unos son más moderados, y otros, muy violentos. Funciona como una estructura terrorista, como venganza de las barbaridades que cometen esas bestias de los racistas. Unos se conforman con pequeñas acciones para asustar y llamar la atención, como diciendo estamos aquí, mientras otros buscan auténticos contraataques por los crímenes que cometen los escuadrones de la muerte de los comandos segregacionistas.

De este segundo grupo no son pocos los que están ahora en las guerrillas de Angola, Mozambique y Rhodesia del Sur. Tanzania es el mejor país de acogida para los exiliados sudafricanos. En Botswana y Lesotho como son países muy débiles, la Policía y el Ejército sudafricanos entran en ellos cuando les viene en gana. Mandela no aplaude al oMkhonto we Ziswe, pero, hasta ahora, no lo ha condenado. Yo tampoco, ya basta de recibir una bofetada y poner la otra mejilla; ojo por ojo, diente por diente. Eso no es terrorismo. Terrorismo es lo que hacen esos países civilizados del septentrión, que, hipócritamente condenan al apartheid de Sudáfrica, y luego hacen un buen negocio vendiéndole armas y aprovechándose de las minas al norte de Withwatersrand. Si están interesados en la historia de Sudáfrica, recurran al padre Mahlala, que también conoce mucho de la historia de Irlanda, donde estuvo diez años.

-Me habló antes una enfermera de que esta semana tendremos restricciones que durarán hasta final de mes. ¿En qué consisten?

- Pues que el camión con los suministros médicos como medicamentos, antisépticos, vendajes, anestésicos, y otros insumos viene cada dos meses, y estas dos semanas que quedan del mes, son las últimas. Ya casi todo se ha agotado. Hasta ahora hacíamos hasta unas cuarenta operaciones semanales, y a partir de ahora, no podemos pasar de treinta, y la siguiente, semana trágica, debemos limitarnos a urgencias, y no superar las veinte. Quiere decir que nos podemos tocar la barriga. Es triste, pero así es en los barrios negros de este país. En lo de anestesias, hemos de recurrir más al cloruro de etilo y al éter porque el fluothane y el protóxido de nitrógeno están a punto de agotarse. Ahora tenemos una cesárea, usted la hará, y yo, la anestesia con el cloruro de etilo y un goteo de éter. Se trata de habilidad. Procure hacerla rápido.

Al final de la operación Mac Leod dijo:

-Esta mujer está pálida, ha perdido sangre. La necesita.

-Yo no noto palidez – le respondió Palmer.

- Claro, allá se nota el color pálido de las blancas, pero aquí, los bantúes, como la melanina impide ver esa coloración, es la pérdida del brillo cutáneo el que nos delata la falta de sangre. Por suerte disponemos de ella porque abundan los donantes. Nosotros estamos en la zona principal del barrio. Aquí tenemos el hospital, las dos misiones, poco más allá la iglesia metodista, una escuela pública, una comisaría de policía, oficina de correos y telecomunicaciones, una prisión de mujeres, varios comercios, un cine, y hasta un banco. Bares-garitos los hay por doquier. Delante de la iglesia anglicana de la Misión habrá visto una plaza donde se ponen los hombres por las mañanas, o bien sentados en unos pocos bancos o sobre un pequeño muro, varios en el suelo, esperando toda ese tiempo que venga algún patrón a ofrecerles un trabajo de uno o pocos días. Son trabajos eventuales, sin derecho a seguro. Al mediodía, algunos de ellos vienen al hospital por si sobra algo de comida. También van a la prisión para lo mismo.

Aquella guardia transcurrió sin novedades ni complicaciones dignas de ser contadas: dos operaciones de pequeña monta y algo más de actividad en las consultas de urgencias, ligera lesiones por un par de peleas, unas bronquitis, diarreas, dos drogadictos que fueron a ver si les podían sacar algún tranquilizante y a incordiar, un niño que se metió unas semillas por la nariz y otras menudencias. También hubo un

parto normal en que lo único que hizo Christopher fue presenciarlo, por decir que un médico estuvo presente en el paritorio. Esa penúltima semana también fue tranquila, tal vez porque en el barrio ya sabían de las escaseces de esos días y porque se planificaron pocas intervenciones, y tuvo ocasión de aprender el manejo de anestesias que ya no se usaban en Inglaterra, pero sí en toda África. Un poco más desagradable, pues las carencias se hacían notar en todo, fue que el laboratorio dejó de funcionar, faltaron sueros, y hasta un día tuvo que ir el director a la central de las misiones a pedir unos medicamentos indispensables para salvar las vidas de dos personas. Lo que se descansaba no compensaba los disgustos que tenían por el empeoramiento de varios enfermos. “Seguro que peor sería para James Wilson y Norma, allá en una zona olvidada de un espacio de reserva natural medio selvática”, pensaba Christopher para consolarse. Siempre hay alguien más pobre”.

Como la amistad de Rosemary con la doctora Nadine Jonker iba en aumento, esta sustituyó al director en el transporte de los Palmer al Saint Bartholomew´s Hospital.

-Pongan atención a la ruta que seguimos, porque dentro de unos días dispondrán del todoterreno y tendrán que hacerla solos. No se pierdan. Mi barrio, de kleurlings y de indios, algún chino, no es tan malo como el de Soweto, pero dista mucho del de los blancos. Ya saben que estoy divorciada y con dos hijos, uno de cinco años, y otro, de tres. El mayo, Rembrandt va a una guardería de preescolar. Al pequeño, Critjn, lo dejo aún al cuidado de una niñera y empleada doméstica, persona de confianza, que, como todas, cobra muy poco. A mí me da vergüenza, y siempre le doy algo más… Cuando me casé estaba muy enamorada de mi marido, profesor de segunda enseñanza, pero le dio, primero, por el juego, después, por el alcohol, y por último, por las mujeres. Le tuve que decir que se fuera con su última novia y que nada tenía que darme; yo me encargaba por completo de los niños. Mis hijos tienen el apellido Brenner, y yo recuperé el mío, Jonker. Hace bien el director Beagle en no permitir ni bebidas alcohólicas ni tabaco en el hospital… Ya estamos llegando… Rosemary por favor que no se te escape más eso de doctora Jonker… Llámame Nadine siempre.

Según llegaron al Saint Bartholomew, los tres fueron requeridos al servicio de urgencias, pues había llegado dos heridos con fracturas de tobillos, el uno, y de antebrazo, el otro, por un accidente de tránsito al chocar con un camión. El de los tobillos también perdió un diente. Nadine tuvo que atender después a una parturienta, que entró cuando estaban acabando de tratar a los traumatizados.

-Por suerte para el hospital, el seguro de accidentes les cubre los gastos, así el hospital cobrará algo – comentó una auxiliar de clínica que ayudaba.

- Suban conmigo al quirófano, tienen que ayudarme, es necesario una cesárea urgente. Esta parturienta no ha pasado ninguna revisión durante el embarazo. La criatura viene mal. Vamos a ver si podemos salvarla. No tenemos capacidad ni medios para hacer las revisiones indispensables a las embarazadas, y son pocas las que vienen por aquí a eso.

Nada más terminada la cesárea, en la que se pudo salvar al niño, fueron llamados otra vez a urgencias: dos niños heridos por tirarse piedras, y otro, que se metió dos piecesitas de lego por la nariz. Así continuó la mañana, pues no cesaron de llegar urgencias.

- No he tenido tiempo de ver a los enfermos de sala en toda la mañana. Ahora voy a comer porque la hipoglucemia me está haciendo efecto. El café bien fuerte y azucarado en el termo que traigo, no es suficiente para mantenerme en pie– dijo Christopher.

Los tres se fueron a la cantina y se sentaron en una mesa con otros empleados. Cerca estaban comiendo algunos de mantenimiento, notando Christopher que uno llevaba una llave inglesa muy grande, y el otro, un martillo de semejante dimensión, por lo que les preguntó la razón de esas herramientas en el comedor.

- Hoy nos corresponde la seguridad en el hospital, y como no podemos portar armas, llevamos estos objetos en la cintura.

Por fin pudieron ver a un enfermo con la fiebre palúdica, y poco después ya tuvieron el Toyota a su disposición. Ya podían ir a dónde querían los domingos libres, porque de festivos disponían de pocos: la Navidad, Año Nuevo y lunes de Pascua de Resurrección. Y un_domingo, en que hacía un día espléndido, se fueron al campo en compañía de Nadine, pero en coches separados, no los fuera a importunar la policía. Allá, aislados, comieron tranquilamente y los niños pudieron jugar en terreno libre, mientras Nadine contaba las peripecias de su vida. Los dos ingleses no se explicaban como a una mujer como esa pudo abandonarla el marido…, pero así es la vida, y esto contaba la doctora Jonker:

- Tiene gran parte de razón lo que el doctor Makmamint_los kleurlings, que somos descendientes de bastardos. Pero ellos, esos blanquitos, rubios y coloreados, lo son también en gran parte. Nos llaman bastards, cuando ya no los somos, despreciándonos. ¡Cuántos de ellos serán descendientes de los "nobles" europeos que se aprovechaban del derecho de pernada! Aquí bien abusaron de las sirvientas, que no solo servían para las labores del hogar, y de las trabajadoras del campo, y hoy siguen pese a las prohibiciones y la ley de inmoralidad, ¿Se puede considerar bastardo al hijo una mujer que fue forzada por su amo? ¿No somos todos iguales? Los racistas que nos gobiernan, y no permiten votar a los de color, presumen, de que su Parlamento en Ciudad del Cabo es una imitación del Parlamento de Westminster, de Londres. ¡Qué descaro! ¡Qué democracia hay aquí! Dos bisabuelos y dos bisabuelas mías eran Kreulings, un bisabuelo malasio se casó con una bantú, y, por último, los dos que faltan, uno era europeo inglés y su mujer, una pura africaander, que fueron los abuelos maternos de mi madre. Mi abuela cometió el error de casarse con un bastard. De ahí viene que el africáans sea mi lengua materna... Creo que la mayoría de los kleurlings la utilizan como materna. Esa es la lengua que les enseñé a mis hijos. También la de mi ex marido. Mis padres eran gente acomodada en Ciudad de El Cabo, pues tenían un comercio de comestibles que buena renta les daban. Nuestro barrio era algo elegante, pero llegó una disposición que nos obligaba a irnos a otro sitio, y fue destinado exclusivamente para blancos. A una zona de chabolas fuimos a vivir, y mal nos iba, pues la nueva tienda que montó mi padre no rendía mucho tardando en recuperarse, pero poco a poco lo iba consiguiendo, no alcanzando nunca el nivel de antes. Mi hermano mayor, Stephanus, ha seguido con el negocio de mi padre. El segundo, Marthinus, pudo estudiar magisterio y está en una pequeña ciudad de la provincia de El Cabo. Mi hermana Ina es modista en Shaperville, esa ciudad donde se produjo una matanza de estudiantes hace diez años, y el más pequeño, Rembrandt, se hizo guardia forestal y está destinado en la vigilancia del Parque Nacional Kruger, que lleva el nombre de aquel presidente de la República de Transvaal de los boers a principios del

siglo, que lucharon contra los ingleses y perdieron, pasando toda Sudáfrica al completo dominio británico. Varias vicisitudes tuvo que pasar este país. En aquella guerra se llegó a un acuerdo de que tropas salvajes no podían participar, refiriéndose a nosotros, los de color, como si todas las guerras no fueran salvajadas. Eso sí, podían ser tropas auxiliares. Se consintió primero una Unión Sudafricana de los estados o provincias boers, de Orange y Transvaal, pero a partir del año diez se creó el dominio británico de Sudáfrica, que hoy es la República de Sudáfrica, donde no pintamos nada.

La pareja fue acostumbrándose a las condiciones del hospital, donde carencias de medios era lo más característico. Protestas de enfermos había a pesar de ser gratuito, siendo las más graves las que venían de los borrachos, y más aún, de los drogadictos. Un drogata, durante una guardia, ya de noche, sacó un cuchillo y amenazó a Christopher, que no le quedó otro remedio que huir por los pasillos del hospital hasta que aparecieron los dos de mantenimiento y pudieron reducirlo, quitándole el objeto cortante y poniéndolo en la calle.

-No hace mucho, uno de esos, le pegó un puñetazo al doctor Oke Kalunga y le rompió el labio superior. Tuvieron que suturárselo. En este barrio, por la pobreza y la miseria, la gente es muy propensa al alcohol y también a las drogas, como pretendiendo olvidar su triste condición. Las reyertas y trifulcas, así como los malos tratos a mujeres son mayores que en el resto de Soweto – le recordó el de mantenimiento que llevaba la gran llave inglesa.

-Eso ya los sé bien por la cantidad de heridos que tengo que atender y por las mujeres que veo con signos de malos tratos.

- A mí también me han pegado esos malditos – le dijo el doctor Mda, añadiendo -: Y nosotros no podemos responderles con la misma contundencia, lo máximo sujetar a los furiosos hasta que lleguen los vigilantes. No está bien visto que un médico golpee a un paciente. ¿Qué diría la gente? Además, tenemos un juramento de no hacer daño a nadie.

- Yo no he hecho ningún juramento - le contestó Christopher.

- Al estar aquí en calidad de diáconos ya lo tienen hecho. Me cuesta trabajo comprender como esas mujeres, las monjas de enfrente, se atreven a ir a esas zonas peligrosas, donde la policía ni se asoma por el miedo que tienen. Allá van a ayudar a enfermos y a hacer otras obras de caridad. A eso que llaman La Ciudad sin Ley. Chipeto, fue una vez allá, pasó mucho miedo y dijo que no volvería jamás.

Haciendo una guardia con el doctor Robert Mac Leod, este le contó algo de la historia del apartheid y de los personajes más característicos que defendieron esa doctrina, que venía de lejos pero que se iba agravando según pasaban los años, y echando maldiciones de ellos siendo a Hendrik Verwoerd al que más despreciaba, sin dejar de mencionar al general Smutts, a Louis Botha, a Hertzog, al doctor Malan, al actual dirigente, doctor Vorster, siendo siempre y en todo momento para él, Verwoerd el más odiado y el que se llevaba la palma:

- Ese maldito holandés, un gran promotor de esta política que estamos sufriendo, decía que el apartheid significaba buena vecindad entre las distintas etnias de este país, y que no había otra, pues beneficiaba a todas. Sí, con el ochenta por ciento de

las riquezas en poder de los blancos. Bien asesinado estuvo, y le deseo que no descanse en paz en el otro mundo. Nunca había asistido a un juicio, y cuando asistí al mío, comprobé que los blancos se sentaban delante y los de color atrás. Ahora se están creando los llamados batustanes, o pequeñas repúblicas fantasmas para los bantúes, según etnias, con lo cual seremos extranjeros en nuestro propio país. Cualquier día te dirán que eres de Bophutwaxana, sin saber que eres de allí ni dónde queda eso; lo único que debes saber es que ya eres un extranjero, y así será para el cincuenta y dos por ciento de los bantúes. Yo contribuyo al "Zimele Trust Front", de ayuda a los presos políticos y familiares, y al "Grúnber Educational Trust", de ayuda a estudiantes represaliados, con muy poco dinero, cantidades más bien simbólicas, pues aquí los sueldos no dan para mucho. Les invito a que hagan lo mismo, porque esa pequeñita ayuda se unirá a otras muchas pequeñas. Pequeñas todas, pero de gran valor para nuestras conciencias y para los que dirigen la lucha.

C A P Í T U L O XIII

Un sábado, el reverendo doctor Beagle les dijo después de la sesión clínica a los Palmer;

-Últimamente los tengo un poco abandonados, pero no me olvido de ustedes. Sé que se han adaptado plenamente al hospital. Si no tienen nada en contra, ¿podrían venir a mi casa esta tarde a tomar el té…, o café? Así cambiaríamos impresiones. ¿No están cansados?

- Pues no, pero sobre qué quiere usted que hablemos, ¿sobre el hospital? – le respondió Christopher.

- También sobre eso podemos hablar. Me hubiera gustado que fuera mañana, pero tengo una reunión importante con mis jefazos, incluida la comida, después del oficio religioso en Saint Martin. ¿Qué tal la comida del hospital? Estúpida pregunta porque sé que es mala. Nuestro presupuesto no permite nada mejor, y los jugos de fruta, la leche, el café, el té y el roiboos no están incluidos en el precio del almuerzo.

-No es el Maxim, pero mata el hambre de la jornada de trabajo. En casa compensamos con algo más, y un restaurante económico en el edificio de al lado nos ayuda.

- ¿Y llegan a fin de mes con el escaso sueldo que les pagamos?

-Vinimos a una Misión, y a nada de lujos – le respondió Rosemary.

A las cuatro en punto ya estaban los Palmer tocando el timbre de la vivienda del doctor Beagle, que los esperaba con su esposa en el salón y la mesa ya puesta para esa ceremonia de infusiones y galletas, a la que se añadía una botella de vino sudafricano. Ya estaban sentados cuando apareció el pequeño, de unos once años, que después de saludar les dijo:

-Corro, porque a las cuatro y media quedé con mis amigos en la puerta del cine.

- Ponen una película de aviones, y, como dice que quiere ser piloto, no se la puede perder. Es su gran pasión. Creo que a les dije que se llama Victor, y le advierto que esos estudios son muy caros, y yo, no se los podré pagar. Que busque algo más apegado a la tierra, donde hay mucho que elegir- aclaró el reverendo.

-Pero usted y su hijo mayor eligieron un cielo más alto,

- Tiene toda la razón, pero no manejo aparatos complicados, y de médico, soy un generalista, donde observar mucho al paciente suele ser lo más útil. Casi toda mi

vida de sanitario la he pasado atendiendo a bantúes, lo mismo en lo religioso, de tal forma que me he metido en la piel de un ser despreciado por el régimen del apartheid, a Dios gracia. En cuatro ciudades pequeñas he trabajado, y siempre en el barrio negro. Estábamos deshabituados a tratar con blancos hasta que nos mandaron a Johannesburg, que para los zulúes es Igoli, Lugar del Oro, y que también la llaman Joburg y Jozi. Mi mujer también trabaja para los bantúes, siempre lo ha hecho, y aquí lo hace en un orfanato de un township al sur de la ciudad. Como pronto se jubila un maestro, estamos intentando conseguirle esa plaza a Tobias, el que nos lleva al hospital alimentos en el furgón, también buen organista. Mi mujer se jubilará en tres años. ¿Tienen ya amistades aquí?

-De momento, solo los compañeros y compañeras del hospital. Hay dos señoras, que me parecen alemanas y viven en el piso de arriba que me saludan en el portal y me tienen invitada a tomar el té con ellas. Son ya mayores y me parecen amables Ya he quedado con ellas para el miércoles – le contestó Rosemary.

- Ese día tendré guardia – dijo Christopher.

- Hoy quiero entregarles dos libros médicos: uno con preguntas en la consulta en los idiomas xhosa, netawi, zulú, sesotho y otros, y el segundo, un poco más amplio en preguntas y materias médicas, en el africáans. ¿Han aprendido algo de esta lengua? es la más hablada en Sudáfrica, aunque no en Johannesburg´

-Algunas palabras, pero muy pocos, la doctora Nadine Jonker me las ha enseñado y me ha regalado un libro con algunas preguntas médicas en esa lengua y de las nativas. Christopher se ha comprado un diccionario africáans – inglés, pero aún nos queda mucho por aprender – le respondió Rosemary.

- Pues les voy a dar un par de gramáticas de esa lengua, de mis hijos cuando estudiaban, Con eso y con la ayuda de los médicos del hospital kleurlings, algo se les irá quedando. ¿No tienen televisión aún?

-No. Tendremos que esperar; hay que ahorrar para eso. Nos conformamos con un radio – transistor. De momento vamos conociendo la ciudad, dándonos paseos lentamente para apreciarla mejor. Así hemos visto el Ayuntamiento con el viejo mercado a un lado, el bello edificio de la Withwatersrand University, al que llaman la Colina de Moscú por su carácter revolucionario… También hemos visitado la National Gallery y hemos estado en el Market Theater donde pudimos ver la obra de Tennesee Williams “El zoo de Cristal”, maravillosamente interpretada – volvió a decir Rosemary.

-No se queda atrás el teatro de la Withwatersraad. El viernes pondrán “Madre coraje y sus hijos”, de Bertold Brecht. Ya la he visto, es maravillosa. Se las recomiendo – dijo la señora Beagle.

- Lo tendremos en cuenta. Probablemente iremos. Esa universidad es un mundo y, según tengo entendido, un oasis de democracia, al revés de los barrios de Randfor y Sandton que son feudos del Partido Nacionalista y de los energúmenos racistas. Como hemos dicho, ya conocemos algo de la ciudad y hasta hemos ido a Pretoria para ver las jacarandas en flor. De ese árbol, la ciudad está llena. Francamente el espectáculo es precioso. También visitamos el monumento a los voorstreekers.

- Pasado mañana no estaré en el hospital, pues la importante reunión económica de nuestra Iglesia, aquí en Joburg, continuará hasta el lunes. Ya saben que las iglesias, en cierto modo, son empresas, que deben funcionar como esas multinacionales, la Coca Cola, la General Motors, la compañía de seguros Lloyd y las de las minas al norte de Withwatersrand… Si quieren saber algo más de Sudáfrica procuren hablar con el padre Mahlala, el de la Misión de nuestra competencia enfrente del Hospital. Mac Leod tiene buena amistad con él.

Y probando el vino de Sudáfrica y hablando de otras cosas, pasaron entretenida la tarde. El pequeño del reverendo Beagle volvió encantado y hablando de los diferentes tipos de aviones que había visto.

-Un fanático de la aviación me ha salido.

-Y también del críquet. Mejor así, pues ese deporte puede alejarle de malas costumbres – comentó la señora Beagle.

Una tarde de aquella semana Mac Leod acompañó a Christopher a un encuentro con el padre Christiaam Mahlala, que los recibió ofreciéndoles té, roiboos y café, siendo esto último lo que prefirió Christopher Palmer. Rosemary tendría esa tarde, acompañando a Nadine Jonker, una reunión con mujeres afines al ANC en Soweto, y como terminarían tarde, dormirían en ese asentamiento. El sacerdote, que era un bantú, bajo y delgado pero con energía y ojos de inteligente, mientras servía las infusiones, decía:

-Son las tres y cuarto, y hasta las seis y media estaré libre; el sacristán me sustituirá en la escuela. A las seis y media tengo rezo del rosario. Doctor Palmer qué le movió a usted a venir a este lugar olvidado del mundo, pero no de Dios.

Chistopher comenzó a explicar su vida, no escatimando el suceso de la profesora de filología y literatura que dejó embarazada y lo abandonó, como se suele decir, que se quedó compuesto y sin novia.

-… Aún me faltan unos varios meses de prácticas para poder presentarme al examen definitivo de mi especialidad, pero para olvidar el percance que tuve e ir más tranquilo a esa prueba, que no tengo prisa en hacerla, me matriculé en el curso de la Tropical Medical School de Liverpool y así, y con una estancia en África, hacer cuenta nueva y borrar aquel asunto. Y lo voy consiguiendo.

- Pero usted encontró en esa escuela algo muy valioso, Rosemary. Por lo tanto doy por sentado que ya lo ha superado.

- Tiene razón en lo que dice. He tenido una suerte que no podía ni haberlo soñado. Puedo decir que Rosemary me curó aquella herida del alma. Y usted, ¿cómo se hizo sacerdote y vino a parar a Soweto? Porque, según tengo entendido, usted es de lejos de aquí.

- Efectivamente, soy de Ciudad de El Cabo, y mi lengua materna es el africáans. Mi primera vocación no fue la de ser clérigo, pues estudié magisterio, a pesar de ser de una familia de muy pocos recursos, y me eduqué y estoy bautizado como

metodista, la pureza del cristianismo como se consideran, y no sin razón, donde me enseñaron lo mejor que podían La Biblia. Muchos dicen que han leído La Biblia, yo digo que nunca la he leído sino que la he estudiado, y muy a fondo. Cuando acabé el magisterio, allá por el año treinta y nueve, mi destino era ir a trabajar a un pueblo perdido de la Provincia de El Cabo. Aprovechando que en un barco inglés atracado en el puerto necesitaban un tripulante, me enrolé, mientras me decía "la escuela puede esperar". Primero veré algo de mundo, luego me encerraré para siempre en una escuela de un pobre pueblo para bantúes y viviré siempre acordándome de los países que pisé. El barco hacía grandes distancias y pude ver distintos lugares de tres continentes, África, América y Europa. Había rumores de guerra, pero yo poco caso hacía de ellos… Siempre los ha habido.... Veníamos de Nueva York a Southampton, cuando inesperadamente una explosión hizo temblar al barco declarándose un incendio a bordo. Estaba en la sala de máquinas de engrasador, aquello ardía, medio asfixiado y casi inconsciente, dos compañeros me arrastraron a cubierta, y como el barco se hundía, me tiraron por la borda a una lancha de salvamento, dándome un golpe en cierta parte que me hizo ver las estrellas. Esto se los cuento como secreto médico por el juramento hipocrático de ustedes, como nosotros tenemos el de la confesión. Menudo día y noche pasé con los dolores. Así sufrí, hasta que un pesquero irlandés nos rescató y nos llevó al puerto de Galways, en el Estado Libre de Irlanda. Por lo visto estábamos en esas aguas. Sinceramente deseaba morirme. Allá en el hospital, con morfina y la extirpación de los testículos, pude sobrevivir. Entonces me enteré de que el Reino Unido había entrado en guerra con Alemania, y estallado lo que sería la II Guerra Mundial. Al mes, los supervivientes fuimos llevados en un autobús a la frontera con Irlanda del Norte para trasladarnos a Inglaterra. A todos los aceptaron menos a mí, pues me habían enrolado pero no inscrito, por lo que me devolvieron al hospital. Por lo visto era un trabajador ilegal, indocumentado, algo así como un apátrida que podía ser hasta un espía en aquellos tiempos convulsos… Las monjas del hospital se apiadaron de mí y me acogieron de nuevo. "Sus gastos de operación y tratamientos la compañía se negó a pagarlos", me dijeron. La cárcel era lo que me esperaba, pero las monjas se opusieron en rotundo y me dejaron que viviera en el hospital haciendo toda clase de labores sin cobrar sueldo. Los intentos de que la representación sudafricana en Dublín se hiciera cargo de mí, no dieron resultados. "Sin documentos, Dios sabe de dónde será ese negro; ya tenemos bastantes en Sudáfrica", fue la contestación del funcionario sudafricano con el que contactaron. Otras gestiones tampoco dieron resultado, ni siquiera una carta de mi padre. El diplomático era un racista de marca mayor e impedía que mis solicitudes fueran atendidas. No me quedó otro remedio que resignarme y, sin dinero, dedicarme a trabajar en el hospital, en todo lo que fuera menester, por la comida y la cama. En el barrio me conocían como el Negro Christiaam del Hospital. Hasta los agentes de la Garda de la comisaría cercana al hospital sabían de mi situación irregular, pero no decían nada. "No se aleje del barrio, pueden detenerlo; actualmente hay muchos controles", me aconsejaban las monjas. Irlanda era muy celosa de su neutralidad. Sin dinero, me dediqué a leer todo lo que me proporcionaban las monjas y el capellán del hospital: Las Sagradas Escrituras, vidas de santos, historias de la Iglesia Católicas, otros libros religiosos, una historia de Irlanda y hasta unas gramáticas de latín que me trajo el capellán. También estudiaba el gaélico irlandés. Iba a todas las misas y actos religiosos que allí se celebraban, de forma que poco a poco me fui convirtiendo en católico…, y me convertí de verdad. Eso fue una cuestión de fe. Con mis conocimientos de La Biblia, muy avanzados por haber sido metodista, con los del latín, ya adquiridos en el hospital, y con mi título de maestro, al solicitar estudiar en un seminario fui admitido rápidamente. Esto fue al finalizar la guerra, de tal forma que en 1951 ya me ordenaron

sacerdote. Por exigencia de la iglesia y cómo aquel funcionario ya no estaba, admitieron mi repatriación. Al llegar, las leyes racistas se habían endurecido y me admitieron con la condición de que tenía que ejercer en el campo o en un township, siéndome vedadas las zonas blancas de las ciudades y de la República. Y aquí estoy. ¿Cómo me convertí al catolicismo? Eso es difícil de explicar, y no voy a perder el tiempo aclarándoles esa llamada, pero si ustedes también lo desean, las puertas de la Misión están abiertas. Tengo varias anécdotas que contar de Irlanda, pero como tengo un oficio religioso ahora, se las contará otro día el Negro Christaam.

A la mañana siguiente, Christopher y su mujer se vieron de nuevo, y así se explicó Rosemary:

-La asamblea tuvo lugar en un mediocre teatro, fueron muchas mujeres y algunos hombres, e intervinieron con sus charlas varias personas, entre otras, Winnie Mandela, la esposa de Nelson. Todo fueron consignas para la lucha. Al final, Nadine me presentó a Winnie, que me emocionó al darme dos besos. Entre las oradoras había dos blancas, y también un hombre blanco, Entre el público yo era la única europea. Esta tarde te daré detalles. Nos fuimos a dormir a la Misión del padre Mahlala, en la sacristía de la iglesia, sobre dos sofás, donde había varias figuras de santos y otros objetos religiosos que me causaban cierto respeto. Él es un hombre muy comprometido con la causa, digno de confianza.

Y volvió otra semana de carencia de medios. Y esta vez con menos suerte, enfermos empeoraron como siempre ocurría, pero Muhamma Rahman comentó sobre un caso:

-Este hombre no hubiera muerto si hubiéramos tenido los medicamentos necesarios. Los conseguimos, es vedad, pero llegaron tarde.

Al día siguiente de la llegada del gran camión de suministros, trajeron, de urgencia, en una camioneta a cuatro hombres heridos, consecuencia del atraco al banco cercano: dos atracadores y dos policías. Todos bantúes. Había sueros, sangre y medios, y pudieron atenderlos, Un empleado y un atracador resultaron muertos durante el incidente. Otro de los ladrones consiguió huir. Poco después apareció el jefe de policía de la zona que quería llevarse los policías al hospital de ellos, y a los atracadores, a uno penitenciario. Ante esta situación, Christopher le respondió:

-A este policía ya se lo pueden llevar. No es nada grave, pero al otro y a los delincuentes, aún no. A uno lo están interviniendo, y a estos dos los estamos remontando. Tenga paciencia.

-Las ambulancias ya están en camino. Lo mejor que les puede pasar a los atracadores es que se mueran ya... Así nos ahorrarán el trabajo de ahorcarlos. No se esmeren mucho, y dejen morir a esos cerdos. Maldita la suerte que me tocó por haberme ascendido a capitán. Con lo bien que estaba yo de teniente en el aeropuerto. Allí, todo limpio y en orden; en este barrio, mucha delincuencia y suciedad. Estos salvajes no aprenden a cuidar su ciudad… ¡Con esta gente no se puede! Son una raza inferior, no comprenden lo que nosotros. Les damos de todo…, y lo malgastan en borracheras, drogas… Deberían trabajar sin cobrar; total, malgastan su dinero. ¡Volver a la

esclavitud, de donde no deberían haber salido! A veces, hacen huelgas pidiendo aumentos salariales. Balas es lo que necesitan.

"Más racista no puede ser este energúmeno; lo mejor es no decirle nada. Que rebuzne lo que quiera", se dijo Christopher.

A las seis horas, a un policía y a un atracador, ya remontados, dos ambulancias se los llevaron. Al tercero, aún no en condiciones de traslado, también se lo llevaron, pero más tarde.

-Difícil es que llegue a su destino – comentó Muhamma Rahman.

C A P Í T U L O XIV

-A veces tengo deseos de mandar a pedir los ahorros que dejé en Liverpool, pues con lo que ganamos haciendo economías, solo llegamos a fin de mes. Me gustaría que llevaras una vida mejor. Viendo esos escaparates de la Edford Street y de otras similares desearía comprarte algo de valor – comentaba

-No te preocupes por eso, No estoy acostumbrada a llevar cosas de valor encima ni costosos abrigos de pieles ni joyas…, ni me atraen, Vine para ser misionera y me gusta llevar esta vida. No niego que a veces me gustaría comer en ese restaurante de lujo que está enfrente, en la esquina, pero al ver los precios, se me quita el apetito. Además esos blancones encopetados que ahí entran no me agradan. El dueño es un ex affreux katangais, esos temibles soldados de fortuna, o desalmados mercenarios, que sembraron el terror en el Congo para intentar mantener el colonialismo separando Katanga. Según la señora Brockmann, la alemana de arriba, ese affreux llegó aquí con piedras preciosas, por lo visto robadas en el Congo. Se llama Julien Dardeau. Tenemos una vivienda donde cobijarnos, pagamos muy poco por ella, garaje, coche… En una misión en la selva no dispondríamos de nada de eso. No pasamos ni hambre ni frío. Mi sueldo en Inglaterra no me permitía vivir mejor. Algunas compañeras de allá se entregaban a médicos o a señores con dinero para que les pagaran…, lo que fuera. Eso no me gustaba. Con tu sueldo, en Liverpool, te podías permitir ciertos lujos porque vivías en casa de tus padres, gente acomodada.

-Bueno, aguantaremos aquí hasta que no podamos resistir más. Entonces volveremos. La experiencia que estoy adquiriendo en el Saint Bartholomew me será de gran utilidad. Tendremos hijos, necesitaremos más dinero, y no me gustaría que crecieran en este mundo de segregación.

-Además, llegará el día que querrás trabajar con más adelantos, y eso en un hospital misionero no lo conseguirás. Alguien dijo que en la última semana, cuando se estaban acabando ya los suministros, murió una persona que podía haberse salvado… Nadine me contó que no fue uno solo, sino tres. Si tenemos hijos, no me gustaría que estuvieran de un lugar para otro.

- Todo eso lo tengo más que pensado, y de momento no me preocupa mucho… Trabajar, comer, pasar el rato leyendo “The Sunday Time”, estar en un lugar caliente al resguardo de las inclemencias, dormir, y tal vez soñar, como decía Shakespeare en aquello de Hamlet – filosofó Christopher.

-Pero no somos autores ni actores de teatro, sino personas reales.

- Nuestras vidas como trabajadores de hospital es como la de un soldado en la guerra, luchamos día y noche contra bacterias, virus, parásitos, cánceres, enfermedades comunes y raras, de las que muchas veces no tenemos ni idea de cómo tratarlas. A veces nos contagian. Unas veces se nos mueren sabiendo la causa, otras, inesperadamente, sin saber porqué. A veces, como pasó hace pocos días, nos pusimos muy contentos al salvar

a un suicida, pero ¿cómo se sentirá ese infeliz al verse vivo de nuevo, cuando hubiera preferido estar muerto y que la causa, que le condujo a tomar esa decisión, seguía ahí? ¡Con el trabajo que le costaría planear el asunto! ¡Cuánto lo meditaría!

Al día siguiente tuvieron guardia los dos juntos de nuevo, que transcurrió tranquila dentro de lo que cabe: unas, más bien pocas, operaciones, visitas a las habitaciones de los enfermos, atención a consultas urgentes, un señor, medio borracho que armó un escándalo sin motivo alguno en urgencias, dos mujeres con signos de malos tratos… En fin, que, al día siguiente, pasadas las tres de la tarde, al llegar a casa, se encontraron con una carta de los padres de Christopher dentro de la cual había otra del amigo Taylor, desde Nigeria.

- Es el primer compañero que me escribe. Me cuenta que está en Lagos, empleado en la sanidad pública, servicio de epidemiología, y que, para ganar algo más de dinero, ha puesto en su casa una consulta de medicina general. Se llevó a su mujer consigo, una jamaicana, y a sus dos hijos. Comenta que ya se hartó de los quirófanos, y que así es más feliz. Un hombre que solo se había dedicado a la anestesia y que nada entendía, por lo menos que yo sepa, de esos asuntos. Ni estuvo en la Tropical Médical School.

Y Rosemary comentó:

-Si es un hombre inteligente, como tú bien dices, pronto se pondrá al tanto de esas materias, y lo de epidemiología como es más bien una labor burocrática, con la ayuda de la secretaria, que seguro que la tendrá, hará buen papel. Esta mañana Nadine me contó, que a su ex marido, un grupo de compañeros, ante el mal estado que ha alcanzado, hicieron una colecta y lo ingresaron en un hospital psiquiátrico para intentar curarle la dipsomanía y la ludopatía. Una asociación de profesores mestizos, o kleurlings, ha creado una fundación para socorrerlo el tiempo que sea necesario…, y rescatarlo. En sus borracheras llegó a pegarle a Nadine y convirtió su casa en un infierno. No puedo comprender como un hombre pudo tratar así a una persona tan agradable como ella, y además, guapa, de muy buena presencia... Él, según me han dicho también era bien apuesto e inteligente. ¿Por qué se vuelven así? Las dos amigas que tuvo lo dejaron pronto.

-Y tus padres, ¿qué dicen en la carta?

-Pues que están bien y que a mi hermano lo han ascendido, y ahora debe pasar un tiempo en Alemania. Es decir, que será mayor. Tal vez lo veamos de general de helicópteros..., cosa que no me suena... ¡Humm!…, un general de helicópteros. Si fuera de infantería…Me acuerdo ahora de ese disparate de los sudafricanos de mirar las encías de los niños para determinar si son negros o mestizos. Hasta dónde puede llegar la estupidez humana. No sé si reírme o llorar.

Pasados los cuatro meses de estancia en Johannesburg se presentó el padre de Rosemary en esa ciudad.

-Ya perdí a un hijo, y no me gustaría perder a una hija. Prefiero quedarme en esa habitación diminuta a estar en un hotel de lujo. Así estaré mejor acompañado. En ese restaurante de abajo comeré al mediodía, y como nada tengo que hacer, iré a buscar lo necesario para la cena. Hagan su vida normal. Estoy acostumbrado a arreglármelas

sin ayuda de nadie. Durante veinte años fui tripulante de barco – dijo el señor Thimoty Sullivan.

-Por las tardes y los fines de semana libres estaremos a su disposición, y con mucha alegría de nuestra parte. Por las mañanas, estará usted libre de nosotros. La ciudad es preciosa, le gustará, pero debe respetar las reglas de segregación racial. No entrar en lugares reservados para gente de color ni usar sus servicios de autobuses ni de taxis, solo aquellos FOR WHITE PERSONS ONLY o NET VIR BLANKET. Aquí también es oficial el africáans. Puede ver ese periódico “Beeld”, que usamos para aprenderlo. Puede salir a pasear. Pero al regreso, mejor, en taxi, así no se perderá. No lo olvide, que sea solo para blancos.

-Me lo dice a mí, que he estado en los cinco continentes, y hasta perdido en la noche polar del Océano Ártico. No digamos nada de tormentas en altamar y de navegar entre nieblas espesas durante días. Lástima que tu madre no me haya acompañado, pues le tiene pánico a los aviones.

En el segundo día de estancia, al llegar a casa a la tarde la pareja se encontraron al padre leyendo periódicos y oyendo música del transistor.

- He caminado toda la mañana y he visto cosas muy bonitas, Es una ciudad muy linda, con mucha arboleda. Varios kilómetros hice. Tomé café donde me pareció y comí muy bien en un restaurante muy bueno…, pero más barato que allá. Ya cansado, volví en taxi.

- Esta tarde descansaremos. Mañana, si tienen libre, iremos, si les parece bien, a ver sitios de interés – le dijo Christopher.

- Calor hacía, mientras allá, en Plymouth, el frío calaba hasta los huesos. Descansen, luego hablaremos

Al día siguiente, al llegar se encontraron al padre sentado viendo la televisión.

- ¿De dónde ha sacado ese aparato?

-De la tienda de electrodomésticos de enfrente. Me la instalaron enseguida. Ahí están los papeles de garantía. En el pub tenemos ahora a un empleado italiano, un hombre serio y trabajador. Es del sur de Italia, de Siracusa, en Sicilia. En su ciudad ejercía de profesor de filosofía, donde ganaba muy poco, y al quedarse sin trabajo se vino a Inglaterra a probar fortuna. Se llama Aldo Mazzoti, conoce la lengua inglesa mejor que nosotros, pero de hablarlo, fatal. Se puede decir que es como un niño que está aprendiendo a hablar. Esa es la novedad del pub, que no tengo necesidad de decir que marcha bien.

En las dos semanas que estuvo el señor Thimoty Sullivan, aparte de la alegría de los dos de tenerlo en la casa, fueron a ver lugares ya conocidos y otros que no conocían, a Pretoria y a un parque natural al norte de la ciudad. También lo acompañaron a ver una obra en el Market Theater, a visitar el Zoológico para contemplar la fauna sudafricana y a un cine próximo donde se proyectaban películas especiales antiguas a ver “Untamed”(Indómita) de los artistas, Tyrone Power y Susan Hayward para que vieran a voortrekeers y las peripecias que pasaron para conquistar esas zonas a donde llegaron . A Soweto no lo pudieron llevar por necesitar un pase

especial no fácil de obtener… En fin, fue una alegría inesperada. Cuando volvieron del aeropuerto para despedirlo, encontraron sobre la mesa del salón con un sobre conteniendo una cantidad respetable de libras.

A los pocos días, sentados a la hora de la comida en la cantina del hospital, Christopher Palmer, Magnus Chipeto, Reddy Raja Konda, Govind Raja Bose, Robert Mac Leod , Nadine Jonker y Rosemary, Christopher preguntó:

-¿Cómo es posible que siendo lo indios una población inferior en número a la de los kleurlings tengan muchos más estudiantes y un posición social, en general, más alta? La mayor parte de los indios vinieron a trabajar muy duro para realizar labores del campo, como cortar la caña de azúcar.

-En gran parte se lo deben al Mahatma Gandhi que inició su lucha aquí defendiendo a los indios, entonces usaba chaqueta y corbata, llegando, incluso a entrevistarse y a enfrentarse al general Smuts. La India era entonces colonia Británica como Sudáfrica, pero estaba considerada la Joya de la Corona, y el rey de Inglaterra era el emperador de la India. Muy aliados de los ingleses aquí, los africaanders los miraban con respeto. Ahora, los indios sudafricanos tienen un hermano mayor, la India independiente, que, aunque se lleve mal con el Gobierno racista, en muchos aspectos, los tienen en cuenta y los respetan… En cambio, nosotros, los kleurlings, nos encontramos desamparados. Los blancos nos desprecian como a los bantúes, y muchos de estos nos miran o nos desprecian como europeos teñidos, y algo así como sus confidentes. Los bantúes tienen el apoyo de todos los países africanos, y no hay en toda África un país de coloureds – comentó el doctor Chipeto.

-Bueno, no digo que no tenga razón, pero para todos los países africanos ustedes son bantúes a todos los efectos… Algo parecido sucedió en la India con los angloindios, o mestizos de ingleses e indios, durante la colonia eran menospreciados por los ingleses por tener sangre de indios en sus venas, y al independizarse, los menospreciaban los indios y los rechazaban por considerarlos ingleses. Durante el período colonial tampoco los miraban muy bien que digamos. En la India reina, pese a la democracia, un sistema de castas despreciable. Lo aborrezco y eso que soy de una casta superior. El sistema de clases sociales de Inglaterra nada tiene que envidiar al de las castas de la India, y ustedes, los británicos, no se dan cuenta. Ya los maharajás no tienen poder político en la India, pero nada se hace contra el sistema de castas – explicó Reddy Raja Konda, y añadió-; Estuve un corto período en la India, pero no me convenció. Ese absurdo sistema, aparte de los trámites que se requerían para la residencia, y, sobre todo, sus costumbres sociales, es anacrónico, y me dije, más vale malo conocido que bueno por conocer, y eso que reconozco que su sistema democrático es muy superior al de aquí, donde somos una subcasta.

Entonces le tocó el turno a Mac Leod que había permanecido callado:

- Todo lo que se ha dicho es muy interesante, pero aquí hay kleurlings que se consideran superiores a nosotros porque tienen la piel menos oscura.

-No serán los zulúes que están muy orgullosos de ser como son y de sus usos y costumbres, teniendo partidos y organizaciones aparte de los otros bantúes – comentó Chipeto.

-Muchos bantúes se consideran un mundo aparte dentro de Sudáfrica, y hasta desearían tener su propio estado. No hay que negar, que los zulúes son los que mayor oposición han presentado a las dominaciones, tanto de africaanders, como de británicos. Verdaderas batallas como las de Napoleón. Pero bueno, ahora hay una importante huelga en una mina al norte de Wihwatersrand, con muchos heridos, y hasta muertos por disparos de la Policía. A nosotros no nos han llegado heridos. Estamos un poco lejos de los lugares de conflictos.

- Yo siempre he sido de la opinión de que la poca unidad de las etnias bantúes, en parte debida a las diferencias lingüísticas, en parte, a las diferencias culturales, y también a rencores y enemistades de tiempos ancestrales, son causas que impiden una unidad en la lucha contra el apartheid. Los europeos lo aprovechan y fomentan cayendo muchos en esas trampas, de ahí el afán de Mandela en una lucha pacífica al imitar a Gandhi – afirmó el doctor Govind Raja Bose.

Así se levantó la mesa y cada cual se fue a su trabajo. Al salir de la cantina, Mac Leod le entregó una bala a Chritopher Palmer:

-Tome, un recuerdo de esta huelga, esta mañana unos amigos me trajeron a un herido, y con una enfermera de mucha confianza, se la extraje en urgencias. Estaba alojada en un muslo, y en el informe puse golpeado con una tabla mientras construía una chabola.

-Hoy vino muy temprano Tobias con su furgoneta, lo vi al entrar.

-No voy a decir el nombre de quién lo ayudó.

Pocos días después, a eso de las seis de la tarde, estando Chistopher de guardia, cuatro jeeps de la Policía, bien protegidos por rejas, pararon delante de la puerta del hospital, de donde bajaron cuatro policías bantúes bien armados mandados por otro blanco y acompañados por un hombre con una capucha que le cubría la cara. Entraron en el hospital y se dirigieron a la segunda planta. Al verlos, Chirstopher los siguió, y como entraban en una sala, entró él también. Iban a tiro hecho. Se detuvieron delante de una cama en que yacía un hombre recién operado de la mañana. El enmascarado dijo entonces señalándolo:

-Este es.

-Pues llévenselo – ordenó el jefe blanco.

-Este hombre no puede salir de aquí. Está operado de una apendicitis complicada. Yo le hice la operación – protestó Christopher.

- ¡Usted no se meta en lo que no le importa! Por falta de respeto a la autoridad debería meterle un tiro… No lo hago porque usted es blanco – amenazaba mientras sacaba la pistola -. Pero se lo advierto, como siga así, no tendré consideración… Y a ese otro de la cama de al lado también me lo esposan y se lo llevan por mirar con odio a un oficial blanco.

-Pero ese hombre fue operado ayer de una perforación gástrica – volvió a decir Christopher.

- ¡Está acabando con mi paciencia1 – y le apuntó con la pistola, pero en lugar de dispararle a él, la dirigió hacia arriba y lo hizo hacia el techo -. La próxima vez no fallaré. Ya estoy hasta la coronilla de los traidores blancos que defienden a estos asquerosos negros.

Con una fusta que tenía en la otra mano le dio dos golpes al perforado.

-A ver si escarmienta y no vuelve a mirarnos con malos ojos a los verdaderos amos.

Con el arrastre por los pasillos y por la escalera de los dos infelices, concluyó este lamentable suceso dentro del hospital. "Peor será en comisaría", pensó Christopher, y lo comentaba ante el director de esta manera:

-Opino que la mirada del perforado no era de odio sino de miedo, y por primera vez en mi vida me dieron ganas de matar a alguien.

-Esto fue una denuncia del administrador y de sus secuaces… Serán torturados, y hasta los matarán. En este país, si un negro mata a un blanco o le hace un daño mayor lo sentencian a muerte, pero si es al revés, el blanco, por lo general, será absuelto…Casi siempre por falta de pruebas.

-¿Qué necesidad tenían de aquellos gritos y de aquella soberbia?

- Para imponer su absurda y criminal autoridad, como los leones que rugen y los perros que ladran. Y que me perdonen leones y perros por tal comparación.

C A P Í T U L O XV

Una mañana el control de entrada en Soweto fue muy exhaustivo, eso motivó el que los Palmer y varios médicos, incluido el director, llegaran tarde al hospital, con el consiguiente retraso en los quirófanos.

- A veces suelen hacer eso para atemorizar a la gente. No saben qué inventar, Hoy le toca operar el absceso amebiano de hígado pendiente, doctor Palmer – le dijo el doctor Muhamma Rahman.

-Nunca he operado ningún absceso de ese tipo.

-Es una enfermedad claramente tropical. Es como todas las operaciones, ya lo verá, además tendrá una buena ayuda, la de Konda. Yo haré la anestesia. Luego nos iremos repartiendo en los otros dos quirófanos: un bocio, dos hernias inguinales, un menisco y un hidrocele. Al primer quirófano hay que desinfectarlo bien.

Con el retraso, también fue una mañana aciaga para las doctoras Nadine Jonker y Eve Serote, y también para Rosemary, de manera que a veces, Nadine perdía los nervios y le hablaba en africáans a Rosemary, que le recordaba:

- Yo no domino aún el africáans.

- Perdona, pero es mi lengua materna como la de la mayoría de los kleurlings, y me sale siempre cuando estoy muy atareada.

- Chistopher y yo lo estamos estudiando, Para mí, que estudié el alemán me es menos difícil, pero para Christopher, que estudió el francés, le resulta muy complicado. Además, el personal de aquí, casi todos bantúes, prefieren el inglés.

-No solo es mi lengua materna y la de mis hijos, que hasta fui bautizada y educada en la Religión Reformada Holandesa. Ya en la universidad me pasé a la anglicana, cono dos de mis hermanos. También, por si no lo sabías, hay africaanders en el Congreso Nacional Africano, Pocos, pero los hay, como vergonzosamente el Partido Nacional de Sudáfrica de los segregacionistas cuenta con miembros bantúes y kleurlings en sus filas. Uno de los médicos de aquí es miembro del Partido Pan-Africano, una rama extremista que se desprendió del ANC.

-Vamos a emprender unas acciones de baja intensidad durante dos meses en la que participaremos. Se tratará de protestas callejeras, tiradas y reparto de panfletos, pintadas en las paredes, provocaciones en estadios, en competiciones de boxeo, cines, espectáculos... Pinchar las gomas de los coches de conocidos racistas, romperles también escaparates a esos sinvergüenzas, pequeñas huelgas de celo, o mayores, si son posibles, algaradas estudiantiles… Dar pequeños sustos evitando que la sangre no llegue a los ríos. Todo de forma que se den cuenta de que existe un movimiento amplio de protesta, y nosotros, al mismo tiempo, valorar la amplitud de ese descontento…

Como es lógico, habrá detenciones, heridos y hasta muertos. Esto es inevitable, pero debemos hacerlo. Luego, dos meses de reposo y reemprender la lucha con más intensidad – le dijo Mac Leod a Christopher.

Comenzaron las acciones como estaban previstas. Christopher participó en unas tres pintadas nocturnas de paredes callejeras y colocando panfletos entre hojas de periódicos de una hemeroteca pública. Rosemary hizo otro tanto colocándolos entre las hojas de revistas femeninas en una peluquería. Los dos transportaron a través de Johannesburg esas hojas y otras similares de un lugar a otro de ese material para su distribución. Además colocaron propaganda subversiva en buzones de portales abiertos.

-A un kleurling, conocido mío, lo vio no hace mucho un blanco haciendo eso en su edificio, cerró la puerta, le apuntó con su pistola, dispuesto a matarlo, dio unos gritos y acudieron otros racistas que bien lo sujetaron hasta que llegó la policía. Una paliza de aúpa, y ahora está en la cárcel cumpliendo cuatro años de condena – le contó Mda.

Durante esos dos meses tuvo que quedarse Christopher cinco veces, tarde y noche, en la sacristía de la iglesia de la Misión Católica, por si se presentaba algún herido de los numerosos, aunque pequeños, enfrentamientos entre huelguistas y policías. Dos veces lo acompañó en esas guardias un médico bantú, joven, del Hospital Baragwanath, hombre muy enterado de la marcha del país.

-Estas acciones, como ya se nos ha advertido son de baja intensidad y nos sirven para calcular nuestras fuerzas y las extensiones territoriales con las que podemos contar, que nos servirán para acciones posteriores. Tenemos noticias de tres fallecidos y de numerosos heridos, pero a este hospital no ha llegado ninguno de esos. El número de participantes ha sido cuantioso y la extensión de las acciones, bastante mayor. Pese a ser de tipo pacífico, tenemos que lamentar muertos.

Cuando estaba avanzada la campaña de desobediencia, y cuando esta casi tocaba a su fin, una mañana de domingo, estando de guardia, después de asistir a la misa del reverendo Losada, como era obligatorio para él, Christopher Palmer, al llegar al área quirúrgica para ayudar a Nadine Jonker en una cesárea de gemelos, vio a través unos cristales a un médico blanco operando.

-¿Quién es ese médico?- preguntó a la enfermera que ayudaba en quirófano.

- Es el doctor Samuel Bernstein, que desde hace tres años viene un domingo al mes a operar de ojos. Lo hace de forma altruista. En el hospital de mutualidades de los kleurlings lo hace una vez a la semana, también atendiendo a bantúes pobres. Trae instrumental consigo. Tengo entendido que es buena persona. Hay otro blanco, un odontólogo que suele venir tres veces al mes a atender pacientes, también sin cobrar nada.

- A ese ya lo he saludado, es el doctor Mario Guilherme Venancio, un portugués de Mozambique… De Bernstein una vez me hablaron, ahora lo recuerdo, aunque nunca he coincidido con él. Me dijeron que hizo los estudios en Withwatersrand y que, al acabar, en vez de volverse a su país, se puso a trabajar en la clínica de un dentista fallecido, a medias con su viuda. Tuvo la ocurrencia de casarse con ella, y aquí se quedó, teniendo suerte con su negocio.

Después de ayudar a la doctora Jonker en la operación que hacía, pasó a atender a dos consultas en urgencias, y, a continuación, fue a la zona quirúrgica para conocer y presentarse al oftalmólogo, que le dijo:

-En cuanto termine hablaremos. ¿Dónde nos encontraremos?

- En las consultas de urgencias. Abajo lo espero.

A la media hora ya estaba el oftalmólogo haciendo compañía a Christopher Palmer. Vieron a dos enfermos, y dijo Christopher:

-De momento hemos terminado. Es la hora de la comida. Si lo desea, lo invito. Esto dista mucho de ser un restaurante elegante, o medio, pero se llena el estómago y la cantidad a pagar es simbólica, si es que aún queda comida.

En la cantina había poca gente: los dos técnicos de mantenimiento con sus grandes herramientas a su cintura; dos auxiliares y una enfermera.

-Por lo visto hay comida y se le puede servir un plato. Aquí, ni cerveza ni vinos, solo agua, jugos de fruta té, café y roiboos. Barato todo. Esas bebidas son lo único en que se puede elegir, doctor Bernstein.

-Samuel Bernstein, que, como buenos judíos, mis padres me pusieron el nombre de un profeta bíblico

En esto aparecieron Rosemary, la doctora Nadine Jonker y una auxiliar de clínica. Christopher las presentó al oftalmólogo, entonces la doctora Nadine dijo:

-A usted ya lo saludé hace año y medio cuando estaba en trámites de separación matrimonial. Después lo he visto un par de veces, pero de lejos .Como solo viene un domingo al mes…, ya se habrá olvidado de mí.

-Olvidarme no, pero como no la veía, pensé que no nos volveríamos a encontrar, y menos aquí. Mi trabajo, el que me da dinero, es en el Jericho´s Hospital, exclusivamente para blancos, de esos que tienen buenas propiedades, perteneciente a una empresa judeo – africaander. Los míos, como buenos negociantes, aquí se han aliado con los más ricos de Sudáfrica, y así poder sacarles mejor sus dineros. Para hacerles bien el gusto, todo el personal es blanco; todo tan blanco como esas camisas que en las propagandas de televisión muestran lavadas con esos superdetergentes que se usan en las lavadoras. Solo cuatro kleurlings trabajan en los sótanos en labores de mantenimiento, pero pobre de ellos si se les ocurre pasearse por los pisos altos… No se admiten visitas de gente de color. Para, por así decirlo, hacer una obra de caridad, y ayudar a los bantúes pobres, los viernes por las mañanas voy al hospital de las mutuas de los kleurlings e hindúes donde también trabajan varios médicos de aquí, y opero gratuitamente a los que lo necesitan y están escasos de dinero o no lo tienen. Por esa labor no cobro. Ese hospital me lo permite. Un domingo por la mañana al mes vengo aquí. Tal vez sea un intento de tranquilizar mi conciencia, si es que la tengo aún. Todos los sábados, y también los domingos por la tarde, salvo que tenga guardia, son sagrados para mí, y no trabajo por nada del mundo. Me parece que este domingo he tenido suerte comiendo con gente amena. Generalmente lo hago solo o con mi padre. Espero que las urgencias no nos importunen en este rato.

- Nosotros, porque somos como misioneros y hemos de ser parcos en todo, comemos esta comida con gusto, pero supongo que usted estará acostumbrado a comer mejores platos que este – le dijo Rosemary.

- No señora Palmer, estudié en Alemania, y allí me acostumbré a comer de todo. Mis compañeros me decían, tú comes hasta piedras. No es que no me gusten cosas mejores, pero disto de ser un gourmet o un sibarita.

- ¿No es usted sudafricano, doctor Bernstein?

- Sí, pero primero fui alemán y conservo esa nacionalidad. Nací en Frankfort del Meno y, por culpa de los nazis, mi padre se vio obligado a emigrar, haciéndolo a tiempo, con lo que nos evitó que sufriéramos el llamado Holocausto Judío. Mi padre era carpintero ebanista en esa ciudad, donde poseía un buen negocio, y en 1936, después de ver la evolución de los acontecimientos, y coincidiendo con la gran Olimpiada de Berlín, en que se relajó un poco el acoso a los judíos, vendió todo y, en un barco de carga noruego, nos embarcó en Hamburgo hasta llegar a Ciudad de El Cabo, desde donde vinimos a parar a Johannesburg, en que reemprendió el trabajo, con gran éxito. Entonces éramos cuatro de familia: él, Moshe, mi madre, Sara, mi hermano Aaron, que hoy es ingeniero de telecomunicaciones, y yo, Samuel, Luego nacieron Albert, matemático, Elizabeth, gemóloga, Daniel, empresario de inmobiliaria y de turismo en Durban, y Adam y Joshua, este último sordomudo, que son los dos directivos de las carpinterías actualmente. Adam está encargado de de sección de muebles de uso corriente, y Joshua, de la de muebles de lujo para gente rica, pues es un artista… Salimos de un país racista para caer en otro mayor. Así es la vida. Al acabar la segunda enseñanza mi padre nos envió, primero a Aarón, y después a mí, a estudiar a Alemania. Se puede decir que allí, en la ya República Federal Alemana, país del Wirschaftwunder, o milagro económico, ejemplo de democracia para el mundo y que deseaba pasar página a lo de asesinatos de judíos, nos recibieron como dioses, Nos dieron una compensación económica y una beca para estudiar, de forma que mi padre no necesitó enviarnos dinero durante nuestro período universitario. Tuvo suerte mi familia, pues hacia 1938, el reaccionario Gobierno sudafricano partidario de los nazis, cerró sus puertas a los judíos, y `por un milagro, gracias al general africaander Smuts y otros, Sudáfrica se puso al lado de los aliados en esa guerra contra el nazismo y el fascismo. A los alemanes residentes en este país los internaron durante la II Guerra Mundial en campos de concentración. Mis padres tuvieron que demostrar que eran judíos auténticos. Muchos africaanders fueron partidarios de los nazis y se inclinaban por la neutralidad, Por hoy está bien el hablar de mí. Hablen de ustedes ahora, o cuenten lo que les parezca.

Y hablaron de otros asuntos cómo de las acciones de protesta, a lo que comentó Bernstein:

-Fueron menos intensas de lo que se esperaba, pero abarcó más extensión de lo imaginable, y la represión fue desmesurada. Pero no creo que esa brutalidad vaya a amilanar a los sudafricanos, y me parece que los del apartheid tomaron buena nota.

Para no seguir con el tema de las protestas, Rosemary le preguntó:

-¿Cuántos hijos tiene usted, doctor Bernstein?

-¡Para qué preguntas eso!- le reprendió Christopher.

-Ni tengo hijos, ni estoy casado, señora Palmer… Su pregunta me ha hecho gracia.

-Por favor no me llame señora Palmer, llámeme Rosemary.

- Si el doctor Palmer me lo permite, la llamaré enfermera Rosemary.

- Y a mí, con Christopher o Palmer me doy por satisfecho. A la doctora Jonker le gusta más que la llamen doctora Nadine.

-Nadine, a secas, me gusta más.

En este momento entra una auxiliar en la cantina y les dice:

-Un camión se volcó y han traído al conductor y a su ayudante con fracturas y heridas.

Todos corrieron a la zona de ingresos de urgencias y se pusieron a mirar a los enfermos. Las heridas eran de poca consideración, con unos pocos puntos y unos apósitos y vendas resolvían el asunto, pero las fracturas eran una de radio, de Colles, en el conductor, y el ayudante sufría una de tibia.

A los dos se les ingresó, para observación y tratamiento.

-Como tienen seguro del vehículo, el hospital cobrará. No es raro que por aquí circulen sin ese requisito – comentó Christopher´

-Como tengo que irme, el domingo, que supongo que estarán libres, los invito a todos a una comida en la casa de campo de mi padre – dijo Bernstein.

Los Palmer agradecieron la invitación y dijeron que sí, pero Nadine puso objeciones

-Tengo dos niños, uno de tres años y otro de cinco, y los domingos libres debo estar con ellos… Acompañarlos… Aparte de que soy una kleurling…

-Eso no importa. Los niños lo pasarán bien en el campo. Allí encontrarán unos buenos amigos. En esa casa no hay apartheid como en los restaurantes de la ciudad.

Quedaron en un sitio determinado para ir siguiendo al todoterreno de Bernstein hasta la casa de campo. No se olvidaron de dar sus teléfonos.

Luego, la guardia siguió como de costumbre: una mujer y su hija con varias contusiones producidas por el marido de ella y padre de la chica, un navajazo por una reyerta que hubo que ingresar, varios casos de diarrea, un par de abortos, y otros casos de menor cuantía.

-¿Usted cree que el doctor Samuel Bernstein es un hombre de fiar? – le preguntó Christopher al director Beagle.

- Completamente. Es un judío y de tendencias socialistas muy avanzadas. Muy comprometido con la causa antiapartheid, como son la mayoría de los judíos de Sudáfrica. Tenga en cuenta que el abogado de Mandela en el proceso de Rivonia es judío. Bernstein es muy buena persona, y no lo digo porque de vez en cuando me dé un sobre con una cantidad respetable de dinero para el hospital… Sobre esto último debo decir que su principal defecto es que tiene mucho dinero. Ante la situación de Sudáfrica, muchos judíos pudientes envían a sus hijos a estudiar al extranjero, y no son pocos los que emigran. Siempre trae instrumental del que no disponemos, y a veces viene acompañado de un anestesista del Hospital Baragwanath.

El traslado a la casa de campo transcurrió como estaba previsto, acudiendo los Palmer, Nadine con sus dos hijos, Samuel Bernstein acompañado de su hermano sordomudo y de una amiga de este, profesora de una escuela de sordomudos, y Mac Leod, que llegó acompañado de su hijo. La casa era más bien una mansión, muy bonita y cuidada, con un gran porche, con dos amplias habitaciones que sobresalían a los lados y cuatro columnas dóricas de madera pintadas de verde, y cerca había otra casa en la que vivía el aparcero y encargado de la vivienda, de nombre Robert, y su mujer, Florence. Tenían dos hijos varones, y vivía con ellos también una niña negra de cinco años, adoptada por Joshua, el sordomudo, que de padres blancos salió de ese color por asunto de los genes de antepasados. Sus padres biológicos la rechazaron de inmediato, pero Joshua, ya que por su condición de minusválido tenía mucha relación con organizaciones benéficas, la vio y la adoptó. Como en el centro de Johannesburg no la podía tener, se la encomendó a Robert y a su mujer, que obtuvieron así una paga extra.

-Para mí, es mi hija. Le daré todo lo que pueda – le traducía Samuel con el lenguaje de signos -.Vengo siempre que puedo a verla. Ella me considera como su padre, y así me llama, aunque no la pueda oír.

Pronto todos los pequeños hicieron amistad, y a correr y a jugar por el bien cuidado y amplio jardín. En la casa había juguetes, y por supuesto en la del aparcero. No les faltaba de nada. Dos mujeres de township cercano vinieron ayudar a Florence en la preparación de la comida.

Las conversaciones comenzaron.

-¿Es la profesora Gladys la novia de su hermano Joshua? – se atrevió a preguntar Rosemary a Samuel Bernstein.

- Nada me ha dicho de eso, pero tengo esa sospecha. Por lo de ser sordomudo, a pesar de ser un gran diseñador de muebles, tiene complejo. Pero es mejor jinete que yo. A él y a mí nos gusta la equitación. Yo prefiero la moto y el caballo al coche. Con la moto, una Honda, me he recorrido una buena parte de Sudáfrica. Con ella he llegado hasta el mar… Port Elizabeth, Durban, Ciudad de El cabo y otros lugares. Gracias a esa motocicleta he visitado lugares preciosos. De los paisajes de Sudáfrica estoy enamorado pese al apartheid del país. De los vehículos mecánicos es el más deportivo El caballo lo utilizo para cortas distancias. Y de los deportes espectáculos de masas es el críquet mi favorito, pero a decir verdad poco lo practiqué. En Alemania apenas se jugaba. En esta granja, como ha podido ver, hay dos perros, pastores alemanes. Tenemos aquí dos caballos, dos mulos que los utiliza Robert para labores

campestres, dos cabras, dos ovejas, varias gallinas y, normalmente, dos cerdos también. Los productos del campo los comercializa Robert en las pequeñas ciudades y poblados cercanos. No somos grandes productores para suministrar a empresas importantes. Mi padre y cada vez más mi hermano Albert, el matemático, son los que se ocupan de sacar rentabilidad a esta tierra. En las épocas de cosecha se contrata a trabajadores del poblado más próximo, como hoy se contrató a las dos mujeres para ayudar a Florence en la cocina. Si quiere, Palmer, podemos dar un paseo a caballo.

-No sé montar, primero tendría que ir a un picadero a aprender.

-Joshua nos ha enseñado la casa. Está preciosa con esos muebles de categoría, hechos en su fábrica; muy bien diseñados. También hemos visto la casa de Robert, más pequeña, pero también con buenos muebles. La niña de Joshua tiene habitación en las dos casas. Cuando viene el padre o el abuelo se traslada a esta, pero ella se encuentra más a gusto en la otra – dijo Rosemary

Los chiquillos, al verse tantos reunidos en un lugar tan agradable y lejos del apartheid, no paraban de correr, jugar, dar gritos, transmitiendo su alegría a los mayores, cuyo principal pasatiempo, bien contemplados los paisajes, era el hablar, siendo lo que despertó mayor interés lo que contaba Samuel, una vez terminada la comida, que de abundante y de buena nadie podía quejarse, continuando la conversación del hospital, interrumpida por el accidente del camión:

-Salí con dieciocho años de Ciudad de El Cabo en un barco que me llevó, primero a la Isla de Santa Helena, donde hizo escala y pude visitar la casa en que Napoleón estuvo recluido y murió. Seguimos hacia el norte, haciendo otra escala en Freetown, Sierra Leona, puerto donde pude apreciar la verdadera África, pues apenas conocía esta urbe de Johannesburg, Durban, Pretoria y Port Elizabeth…, ciudades muy europeizadas. Entonces ignoraba los townships y el verdadero campo sudafricano. Luego una escala en una de las Islas Canarias, también muy europeizadas, continuando hasta Southampton, en Inglaterra, unos días en Londres conociendo esa maravillosa urbe, que me encantó. Luego Dover, un barco hacia Ostende, en Bélgica, y por tren, al fin, en Hamburgo, donde mi hermano Aaron ya estudiaba ingeniería de telecomunicaciones. Allí me matriculé en la Facultad de Medicina de Eppendorf, en la que hice los estudios y también la especialidad de oftalmología. Sinceramente no fui un estudiante brillante, tal vez por lo de la indemnización y la beca que me dieron, y me permitieron vivir allí con mucho desahogo. Mejor que la mayoría de los estudiantes, casi todos unos pobretones. Muchos me dieron pena, y fueron mis mejores amigos, y, además, la mayoría habían perdido a sus padres en los frentes de la guerra. Como ya dije, no fui un estudiante brillante, al revés de mi hermano Aaron, sino más bien de tipo medio, pero me decían que era muy habilidoso en las operaciones, fama que me ha acompañado hasta ahora. Sobre todo tuve un jefe que me decía que yo era atrevido, pero muy prudente, y que a él le faltaba esa cualidad. “Yo suelo tener éxito en mis intervenciones porque me limito exclusivamente a cumplir los cánones dictados por los genios de la oftalmología. Sus dedos, Bernstein, van más allá, parecen que fueron hechos para hacer filigranas con la microcirugía ocular”, me decía, produciéndome vergüenza en que me considerara así en aquel santuario de la ciencia que era aquella facultad.

-¿Y cómo no se quedó en Hamburgo? – le preguntó Christopher.

-Por lo que le suele ocurrir a todo hombre, incluso a mujeres. Siempre los contratiempos de la vida. Había en el servicio una enfermera, rubia, muy guapa, agradable, y hasta muy buena persona…, cosa difícil entre las que así parecen… No sé si seguir, porque es la primera vez que lo cuento desde que estoy en Sudáfrica, estando considerado en el Jericho´s Hospital como un misógino… Pues bien…, adelante, ya es hora de que lo suelte, y más en un día apacible y soleado como hoy: me enamoré de ella y me correspondió. No tenía la intención de quedarme en Alemania, pues la vida burguesa que se había desarrollado allí por el Witrschatwunder, o milagro alemán, no me atraía a pesar de la gran amabilidad de los habitantes de Hamburgo. Aquí había una lucha que necesitaba apoyos…, y a vida o muerte. La muchacha tenía su madre, su padre había muerto de tuberculosis siendo pequeña, no en la guerra como la mayoría de los padres de aquella época. Muy apegada a su madre, esta puso el grito en el cielo cuando supo su relación conmigo.”¡La iba a abandonar con un extranjero y dejarla sola!”... En fin que decidí casarme y quedarme en Alemania, a pesar de los reparos que puso su madre por ser yo judío. Bueno…, que hicimos una excursión con mi Volkswagen por el Rhin para conocer bien las bellezas de esa importante y extensa región de Alemania. En una comida del mediodía bebí un poco más de la cuenta del maravilloso vino de esa zona. Por esa razón le pedí que condujera ella; no estaba borracho ni nada parecido, pero yo no debía ser el chófer. Así, que, ya pasada Koblenza, cerca de una pequeña ciudad llamada Assmanhausen, con el suelo mojado, el coche resbaló rompiendo la barrera protectora y lanzándose al fondo del río. Un minuto después, tal vez algo más, ya recuperado del shock y del susto, en aquella penumbra, alcé el brazo y eché para atrás la trampilla del techo del vehículo, sentí un gran chorro de agua fría que se nos venía encima, y cuando se calmó el diluvio, agarré a la muchacha por un brazo y me puse a nadar hacia arriba llegando a la superficie de aquel río, al que llaman padre Rhin. Llegué a la orilla y la pude sacar del agua, ella inconsciente, yo, agotado. Varios coches se detuvieron y algunos hicieron maniobras de reanimación a la muchacha, sin resultado aparente, hasta que un conductor de una furgoneta nos metió en la parte posterior y nos llevó al hospital más cercano. Heidi, por así llamarla, no voy a decir su nombre, no recuperó el conocimiento, falleciendo a los dos días…, yo sobreviví…, muy a mi pesar, pero pensando en suicidarme. Para el personal del hospital yo era el milagro del Rhin, porque el que en ese río caía, allí perecía.

Al llegar a este punto, Samuel Bernstein se detuvo. La emoción, en aquel hombre, que parecía de acero, pudo más que él. Por suerte, en este momento llegó su hermano Albert, el matemático, que venía a tratar unos asuntos de la hacienda con Robert, que presentado a los demás, dijo:

-Nadie quiere saber de los asuntos del campo, pero a todos les gusta sus productos. Matemáticamente el campo es más importante que la industria, menos mal que yo me ocupo de él, si no esto se iría al garete.

-Yo también me ocupo – protestó Samuel.

-Sí, pero de vez en cuando, y más por los caballos. Esto hay que cuidarlo como a las carpinterías. Tú, con todos los líos en que estás metido, de poco tiempo dispones.

- También padre se ocupa de esto.

- Pero él viene más bien a darse un paseo en la calesa. Ya no está para muchos trotes.

Y Albert, después de hablar un rato con Robert sobre el asunto que traía, se unió a la conversación, teniendo una larga charla con Joshua en la lengua de signos. Al final le dijo en voz baja a Christopher:

-Parece que el asunto entre Joshua y la profesora va en serio. No lo divulgue aún.

Continuaron hablando hasta que comenzó a atardecer en que acordaron emprender el regreso a sus casas.

Aquella noche, Rosemary le dijo a Christopher:

-Hoy me ha parecido que no existía apartheid en Sudáfrica. Comiendo y conviviendo blancos, kleurlings y bantúes tan amigablemente, además, con los niños, he pasado un día muy agradable. Eché de menos a los asiáticos. Y yo que vine para labor misionera, hasta ahora, nada.

Pasaron los días sin novedades dignas de mención en el Saint Bartholomew: operaciones, accidentes, enfermedades, partos, cesáreas y otra patologías que se iban resolviendo como se podían, unas veces bien y otras, no. Pero esa es la vida de los hospitales, y sobre todo de los pobres. Así que un buen día. Rosemary le dice a Christopher:

-Nadine me cuenta que casi todas las noches Bernstein la llama por teléfono y se pasa una hora o más hablando con ella. Le da la impresión de que quiere relaciones con ella, y a mí también.

-No me extraña, con el buen tipo que tiene, lo atractiva que es, su buen carácter y estando libre, a un hombre como Samuel Bernstein, también libre, fuerte y de buen aspecto, no le puede pasar desapercibida. Ya me fijé yo en la hacienda cómo la miraba.

-Pero aquí los matrimonios inter raciales están terminante prohibidos y, además, las leyes de inmoralidad castigan con duras penas las relaciones amorosas entre blancos y oscuros fuera del matrimonio. Nadine no aceptaría jamás ser plato de segunda mesa como esas sirvientas sometidas a sus amos, por las buenas o por las malas.

-Ya he hablado dos veces con Bernstein en uno de esos cafés “NET VIR BLANKES” o “FOR WHITE PERSONS ONLY”, y me ha contado algo del asunto de su flechazo, que va más allá de lo esperado.

-Pero también está el asunto de los dos niños.

-Para Bernstein eso es pecata minuta. Él sabe cómo llevar ese asunto, y le encontrará una solución. Tal vez volver a Alemania. Me explicó cómo se hizo comunista en Alemania. Al llegar era simplemente un antirracista, o antiapartheid,

simplemente, y fue allá donde fue tomando conciencia social, primero con las juventudes socialdemócratas, que guardaban estrecha relación con otros grupos sociales progresistas, entre ellos los comunistas. Cuando en el cincuenta y seis fue prohibido el KPD, se indignó mucho, y más, por el acoso a que fueron sometidos sus miembros, haciéndose simpatizante del grupo formado en la clandestinidad, y como todos entraron poco después en la Deutsche Friedens Union (Unión de la Paz Alemana), del que se hizo miembro hasta que se marchó. Aquí siguió la misma trayectoria… Solo sé que yo te encontré a ti en la Tropical Medical School, y él a Nadine, en el Saint Bartholomew. También me contó que su hermano Aaron era un estudiante fuera de serie, judío muy creyente y sionista al máximo, que ya estudiaba en Hamburgo ingeniería de telecomunicaciones. Él pretendía seguirle sus pasos, por eso lo intentaba imitar estudiando, pero sus notas nunca fueron tan buenas. Aaron, como buen judío y admirador del Estado de Israel, hablando el hebreo a la perfección, según se graduó, allá se fue. Al llegar lo obligaron a hacer el servicio militar durante dos años con una buena categoría dentro de la rama de comunicaciones, por cables o inalámbricas. Al acabarlo le propusieron quedarse en el ejército con un grado más, pero rehusó, Se casó con una maestra árabe israelí, cristiana católica, que conoció en un asentamiento ´reservado a palestino durante unas maniobras, y se volvió a Sudáfrica. Desde entonces nunca más ha vuelto a una sinagoga ni a Israel, ni habla nada de lo que vio o hizo allá. Su mujer es muy buena persona, se llama Mariam, y tiene dos hijos. Él trabaja, desde que llegó, en la compañía telefónica de Johannesburg, ella da clases particulares de árabe, más por hacer algo que por necesidad,

CA P Í T U L O XVI

Otra invitación recibieron los Palmer, para comer en domingo, pero esta vez fue del padre de Samuel, y tendría lugar en su casa de Johannesburg.

Al llegar se encontraron y conocieron al señor Moshe, a Aaron y a su esposa Maryam con sus niños, varón y hembra. Samuel presentó a Christopher, a Rosemary y a Nadine con sus dos hijos. Aparte y en voz baja, Samuel dijo a Chritopher:

-El que yo me haya fijado en una cristiana, divorciada y con dos hijos, a mi padre no le hace ninguna gracia. Lo de kleurling no le importa en absoluta, pero me advierte de a lo que me arriesgo en este país. Cuando Aaron se casó con la cristiana no le gustó nada, sin embargo ahora es una locura por sus dos nietos, que también están bautizados, pues Aaron nada quiere saber de religiones. Mi padre es muy creyente, pero también es tolerante. Cumple todos los preceptos y celebra todas las fiestas judías. Habla el hebreo bastante bien, y su lengua materna es el yidish. Yo, el primero, a medias, y el segundo, lo considero un dialecto del alemán, algo así como el africáans y el holandés.

Para gran alegría de su padre apareció Joshua con su amiga Gladys, la profesora, también judía. “Por lo menos se había fijado en una de su religión”, pensó el señor Moshe.

Las conversaciones comenzaron y los niños pronto comenzaron a jugar en la amplia cómoda y bien amueblada vivienda de ciudad del muy respetable padre y abuelo, que poco a poco fue sintiendo simpatía por Nadine, aunque no le gustara su doble condición de cristiana y divorciada para su hijo.”¿Sería en serio o solo era un pasatiempo?”, pesaba mientras decía:

-Dentro de una hora nos traerán la comida de un restaurante, Hoy es domingo, y la asistenta está libre, por lo que todos tienen que ayudar a servir la mesa. Si todos ponemos un poquito de nuestra parte, eso se hará rápido. Hasta los niños deben ayudar para que aprendan, como yo obligaba a mis hijos a ayudar en la carpintería cuando no tenían clases.

-En eso de disciplina y trabajo, lo he podido comprobar, los judíos aventajan a los cristianos. Así rinden más, y consideran a la vida más un deber que un derecho. Según mi opinión, así pudieron resistir tantos siglos de menosprecios, de segregación, de vivir en ghettos, alfamas, aljamas, juderías…, o recovecos apartados de las ciudades como si fuéramos apestados, pogroms, prohibiciones de ejercer ciertos oficios, de ser funcionarios, de estudiar en universidades, incluso de trabajar las tierras, que por ser sagradas no podían ser regadas con nuestros sudores, y las calumnias de que sacrificábamos niños, y hasta de que nos los comíamos. También que `practicábamos oficios indignos como banqueros y prestamistas. En esto doy la razón, pues a los

últimos mencionados, los considero oficios humillantes y de usureros, pero prohibiéndonos otros oficios más dignos, muchos judíos se tuvieron que dedicar a eso. La palabra banquero viene de los bancos de las plazas, que los alemanes durante la Edad Media usaban para hacer esos negocios y transacciones. Luego vino eso de que nosotros hacíamos todas las guerras. No niego que seamos culpables de algunas, pero ¿ha habido algún rey, emperador, tirano como Hitler, maharajá, mikado, sultán, califa, papa…, todos guerreros, que haya sido judío? Las célebres cruzadas ¿las hicimos nosotros? ¿No había guerras en América antes de que los cristianos, y judíos camuflados, llegaran allí. La célebre familia Medicis, buenos cristianos, guerreros, obispos, nobles, banqueros y hasta papas, ¿eran de los nuestros? La inquisición nos prendía fuego a nosotros con más gusto que a otros "herejes". En la Revolución Francesa, si los judíos tuvieron participación, tanto en un bando como en el otro, fue mínima. Hubo filósofos e intelectuales judíos que influyeron en ella, como tantos otros ilustrados de la época. Después comenzó su emancipación, y a ser considerados en el civilizado Occidente como personas. Surgieron algunos, como los Rothschild, que sin duda alguna dejaban mucho que desear, también los Rockefeller, que tienen su buena historia… Entre otros incidentes con nosotros está el affaire Dreyfus, militar francés, condenado a la Isla del Diablo solo por ser judío, y poco después, los reaccionarios franceses propusieron concentrar a todos los judíos franceses en el centro de Francia para que no tuvieran contacto con potencias extranjeras… En Norteamérica, una vez a la gran actriz Lauren Bacall, esposa de Humphrey Bogart, y a su madre le negaron albergarse en un hotel por ser judía… y así sucesivamente…

- ¿Y no dice nada del llamado Holocausto debido a los nazis?

- No existen suficientes palabras en el mundo para maldecir a los que lo causaron, y yo y los míos por poco escapamos, prefiero no recordarlo… Pero no olvidemos que hubo otros holocaustos: el de los soviéticos, con más de veinte millones de muertos; el de los polacos, con siete millones; el de los chinos, con más de treinta millones, provocado por los japoneses de entonces, buenos amigos de los nazis… Me callo ya. Hablemos de otras cosas.

Nadine estaba un poco cohibida en aquella casa en el corazón mismo de Johannesburg, que quiere decir en el corazón del apartheid, en el campo era distinto, pero no tardó en ir cogiendo confianza cuando Aaron le dijo que era del ANC, aunque no muy activo, y comenzó a contar chistes sobre el apartheid y anécdotas de su estancia en Alemania y de su trabajo en la compañía telefónica. De Israel no dijo ni una palabra. De deportes, su afición era el golf, perteneciendo a un club, de esos de élite, de gente con la que poco se podía hablar, pero a él lo único que le interesaba era aquello de meter la bola en el hoyo.

- Cada hoyo me cuesta un ojo de la cara. ¡Qué le voy a hacer! Estoy enviciado con ese deporte.

-Siempre les inculqué a mis hijos lo del ahorro. Si ganas tres, gasta dos y ahorra uno, porque lo del sueño del faraón, de las vacas flacas que se comieron a las gordas, desgraciadamente, cada poco tiempo se repite – comentó el señor Moshe.

-En eso sí le he hecho caso – dijo Samuel Bernstein en voz baja a Christopher, y continuó-: Comencé a practicar ese consejo en Alemania, y lo continué aquí en el Jericho´s Hospital… En ese antro de pacientes bien distinguidos y

adinerados, no voy a decir lo que gano porque me da vergüenza. Con un tercio, vivo como un maharajá, otro tercio lo dedico a la lucha contra ellos, principalmente contra el apartheid a través de mi partido político, el Partido Comunista Sudafricano, y también ayudo al PC de Israel y a la causa palestina de ese país, donde se sufre una discriminación semejante a la de los bantúes aquí. El otro tercio lo tengo invertido en negocios rentables aquí y en Suiza. Mi cuñado, el marido de Elizabeth, en Ansterdam, es el que me orienta y actúa en Europa. Mi hermano Daniel, en Durban, en sus negocios de inmobiliarias y de turismo, lo hace en Sudáfrica. Francamente y vergonzosamente, cada vez soy más rico, en contra de mis principios… Para acallar mi conciencia ayudo en algo monetariamente a organizaciones benéficas, y trabajo gratis para bantúes pobres algunos días al mes…

La comida era agradable y muy refinada, de la mejor cocina francesa, pero a Christopher y a Rosemary les gustó más la comida de la granja hecha por Florence y sus dos ayudantes bantúes. Se habló de todo, siendo la franqueza de Nadine lo que más agradó a todos, ganándose la confianza de Aaron, de su mujer, y, a juicio de Christopher, también la del señor Moshe.

Al acabar, Samuel Bernstein continuó la historia en Alemania interrumpida días antes.

-No me importaba ya nada. Ojalá hubiera yo muerto en lugar de ella. ¿Por qué sobreviví? ¡Bien maldije no haber tenido la desgracia de no perecer!

-Porque no te había llegado tu hora – le respondió Aaron.

Samuel n,o hizo caso a su hermano y prosiguió:

-Después vino el juicio por el accidente, casi me vuelven loco. No me creían que yo era el acompañante. Yo era el conductor y tenía la tasa de alcohol en sangre algo elevada. Si me hubieran dicho que me condenaban a muerte por el asesinato de la chica, lo hubiera aceptado con gusto, pero en Alemania esa pena no existía. Hasta pensé contratar a un sicario para que me eliminara, porque valor para suicidarme no tenía, y fue aquel profesor que valoraba mucho mi habilidad al operar el que me convenció para que no lo hiciera.”No lo haga, son las adversidades de la vida, y, además, sus manos son muy valiosas para que se pierdan”, me decía entre otras cosas, y a mi pesar, no me suicidé, pero ¿quedé vivo? En fin, que después de muchas investigaciones, y por méritos de mi abogado defensor, me absolvieron por falta de pruebas.”In dubio pro reo”, dijo el juez. Lo peor vino después, cuando la madre, que había perdido a su única hija, comenzó a maldecirme. No hubo insulto que no me dirigiera, el menor fue el de “¡maldito judío, tenían que haberte quemado en Auschwitz!”. Poco después, ya con el certificado de oftalmólogo en la mano, volví a Sudáfrica, pero a Ciudad de El Cabo. No quería ver ni a mi familia ni a conocidos. La asociación médica me envió a una pequeña ciudad del interior, donde convivían, en una zona, los blancos, en minoría, y en otra, los bantúes, la mayoría. Muy pocos kleurlings y asiáticos. En el medio de las dos zonas, un hospital con dos edificios para que las razas pudieran atenderse por separado. Era un hospital comarcal, y, como único oftalmólogo tenía que atender a todos, blancos y negros, pudiendo comprobar la gran calidad de asistencia que se prestaba a los primeros, y la mediocre, de los segundos. De nuevo vi los letreros racistas y de que, sin pase, los bantúes no podían pasar al barrio blanco… Sentí indignación, pero, por entretenerme, me uní a la milicia o comandos de los

blancos para pasar el tiempo, aprendiendo diversas artes bélicas, como aprender el manejo de diversas armas de fuego, defensa personal, utilización de cuchillos…, y, como contaban con un picadero, a montar a caballo. Decían que tenían que defenderse de las amenazas de los negros, siempre pensando en imponer su superioridad. Todos eran africaanders y pertenecían a la Religiíon Reformada Holandesa, en sus dos ramas También me compré una moto. Mis principales amigos allí fueron dos hermanos hindúes que poseían una tienda. No niego que conocí gente buena entre los blancos, pero evitaba su trato siempre que podía. Con ese vehículo y el caballo, siempre que podía me alejaba del lugar a ver los campos, para mí preciosos, y ver los asentamientos bantúes. Mi padre con mi hermano Albert, el matemático, vinieron a verme. Como decía mi padre que conmigo no se había gastado un céntimo en mis estudios en Alemania, me compraba una acción en el prestigioso Jericho´s Hospital para que pudiese trabajar más a gusto y más cerca de la familia, donde podía ganar mucho dinero. Poco después, ni contento ni convencido, me fui en la moto a Johannesburg, donde la lucha antiapartheid me aplacó la pena que traía, apartando de mí los deseos de desaparecer de este mundo.

-¿No le obligaron a hacer servicio militar? En Alemania es obligatorio – le preguntó Christopher.

-Sí, durante un año, en un hospital militar y en servicio de oftalmología, con grado de oficial y no mal sueldo.

Cuando por la noche llegaron a su casa, los Palmer, les sonó el teléfono. Christopher, al ponérselo al oído, oyó “llamada desde España”, y se cortó la comunicación. “Debe ser un error”, pensó. Volvió a sonar, se oyeron palabras en un idioma extraño, y vuelta a cortarse. Transcurrieron varios minutos y a sonar de nuevo, pero no se oía nada esta vez. “Debe ser un bromista”, y colgó de nuevo… Otra nueva llamada…

-Atiéndela tú, Rosemary, porque no puedo soportar más a ese tontaina.¡ Decir que nos llaman desde España! Nos quieren tomar el pelo.

Y al ponérselo al oído, oyó lo siguiente:

-¿Hablo con Rosemary? Soy Gregory, tu hermano

-Con sobresalto, y concierta alegría por oír a su hermano, escuchó lo que le decía, que estaba en Málaga, en el sur de España, donde habían encontrado al hermano Kevin inconsciente y con una neumonía sobre una playa, en un lugar llamado Torremolinos. Estaba aún en un hospital, pero ya fuera de peligro. En la ropa encontraron un pasaporte, ya bien caducado, y así pudieron localizar a la familia. Trabajando ilegalmente en España, no tenía seguridad social, por lo que debía pagar una buena suma por los gastos de hospital. Desde que le dieran el alta se lo llevaría a Inglaterra.

C A P Í T U L O XVII

CARTAS

A los cuatro días de ese almuerzo en la casa del señor Moshe Bernstein, estando de guardia Christopher con la compañía del doctor Chipeto, este le dijo:

-Lo de las jornadas de acción más intensa se adelantará, pues los mineros al norte de Withwatersrand iniciarán una huelga reivindicativa dentro de muy poco. No sé la fecha exacta del comienzo. Hemos de estar alerta en el hospital porque habrá heridos y hasta muertos, y supongo que no serán pocos. Tobias el conductor del furgón que trae alimentos, tiene información privilegiada sobre este asunto. Vamos a la puerta de atrás donde está. Hoy no trae alimentos sino un cargamento de sábanas que un hotel de blancos ha retirado por viejas. Es un hombre de plena confianza y comprometido con la causa. En su furgón nos traerá heridos, y hasta gente para ocultarse como enfermos en las camas.

Al día siguiente hablando con el director Beagle, este le dijo a Christopher:

-Cada vez son más frecuentes las resistencias a los antibióticos, eso bien lo sabe usted. Cambiando esos antibacterianos se pueden paliar esos problemas, pero en este hospital no disponemos de mucha ni de poca variedad, y por eso tenemos que sufrir, con no rara frecuencia, importantes retrasos en las curaciones y aún cosas peores que lamentar. Hace un año se nos presentó un problema de resistencias, que no fue tal, sino que las cantidades de antibióticos que contenían eran inferiores a las señaladas en los recipientes

- En nuestra profesión, decía un médico, hay que endurecerse sin jamás perder la ternura. No nos queda otro remedio, aún contando con todos los medios. Si no, no podríamos vivir.

- De noche, cuando estaba en lo mejor de mi sueño, cuando me despertaban para atender un enfermo, y no está bien que lo diga un clérigo, al levantarme, decía un taco o una maldición, y así me calmaba. Ahora no los digo porque no hago guardias nocturnas.

- Pues a mí esas contrariedades las aplaco con una taza de café bien fuerte y muy azucarado.

Llegando a casa después del trabajo, Rosemary decía a su marido:

- Bernstein y Nadine, están pensando en casarse, pero por sus iglesias, la Judía y la Anglicana, no por lo civil, sino como hizo Muhamma Rahman, casándose solo por

la Religión Musulmana. Tendrán que estar atentos a dos persecuciones: la política y la de los matrimonios inter raciales… Me parece demasiado. Cualquier denuncia…

-No te preocupes que Samuel sabe encontrar soluciones para todo - y entrando en el portal miró el buzón de correos y dijo –: Una carta para ti, desde Escocia; una para mí...., de Kenya y, también una revista médica prestigiosa… “The Lancet”. Para ti…, es de tu hermano Gregory, de Aberdeen… Las abriremos arriba.

-En la mía hay dos cartas, una de Gregory, y otra de Kevin… Miremos primero la de Gregory, en la que me dice que se llevó para Aberdeen a Kevin, pues así lo mantendría alejado del pub, porque sufriendo dependencia del alcohol necesita tratamiento especiales, y Plymouth no era un lugar apropiado. En el hospital universitario conocía bien a unos especialistas en deshabituación alcohólica a donde solía llevar a empleados de las plataformas petrolíferas afectos de dipsomanía, consiguiendo buenos éxitos… “En manos de ellos lo he puesto. Le hablé de volver a la universidad y me dijo que no. Entonces le he propuesto hacer un curso para trabajar en las plataformas, accediendo a ello. Como eso comenzará dentro de dos meses, mientras se desintoxica está inscrito en un curso de socorrismo y otro elemental de bombero, y cómo se trajo un violín consigo, por las tardes, va a una academia de música a perfeccionar su manejo y practicar, porque dice que lo toca moderadamente bien y que los médicos consideran una buena ayuda para su tratamiento. ¿Dónde conseguiría ese instrumento?...”

En la de Kevin, decía que si bien al principio tuvo que sufrir un poco con el tratamiento, ahora ya iba mejor y que le va agradando dejar el vicio. Todavía no le ha dicho nada a Gregory, pues no presentó la solicitó para ser admitido en el curso de plataformas sino en el de motorista naval. “Me convencieron unos que estaban haciendo cola conmigo, pues los estudios se hacen en la misma escuela. Sirve para ser maquinista de pequeñas embarcaciones pesqueras, El curso dura dos años, y con ese diploma puedo también trabajar en plataformas petrolíferas”, y seguía:

“Me matriculé en la Universidad en filología inglesa y literatura porque deseaba ser escritor. Al segundo año así se lo confesé a un profesor, que aplaudió mi gusto ya que él tuvo esa misma intención, pero me recalcó que, con esos viejos trajes talares y sus costumbres, allí no se podía aprender lo que me proponía. Lo máximo era llegar a ser profesor. “Bajo los trajes talares mil años de moho”, dice los estudiantes alemanes, y le doy la razón por mi experiencia. Si quiere escribir, me decía, váyase por el mundo, viva la vida con intensidad, aprenda de las calles, de los campos, de los mares, de las montañas, y después de dos años, por lo menos, si lo desea aún, vuelva a este antro de cultura…o de incultura. Aquí solo se cuadriculan las cabezas pensantes y llenas de ideas, a veces valiosas, de tal forma que cuando salen, no sirven para nada, si no, que me fijara en él. Normas, normas y normas, eso son los estudios universitarios, No cabía la menor duda, de que el inglés, a pesar de haber desaparecido el Imperio Británico, era la lengua predominante en el campo literario, pero eso era gracias a los Estados Unidos que habían recogido nuestra antorcha caída, país donde las normas no eran muy tenidas en cuenta. Váyase allá, después de la aventura que le recomiendo, si es que sobrevive, y póngase en la cola de los escritores de esa Norteamérica, donde abunda el dólar y todo el mundo tiene una pistola. También encontrará interesantes temas para tratar. Que me fijara en Ernest Hemingway, Tennesee Williams, Arthur

Miller y otros más… Decía el escritor Emil Ludwig que, a finales del siglo XIX, tres hombres recorrían Europa: Emil Zola, para describir su miseria; Vincent van Gogh, para pintarla, y Lenin para buscarle un remedio a tanto desastre. Váyase usted también por el mundo. No pierda el tiempo. Y entonces vuelva, si aún lo desea”.

“Como tenía relación con una organización pacifista universitaria, me fui al norte de Francia con ese grupo a demoler los búnkeres que aún quedaban del tiempo de la guerra, y no a desminar las playas como ya habían hecho veinte mil prisioneros alemanes al finalizar ese desastre, de los cuales murieron la mitad. Había que eliminar aquellos feos símbolos bélicos. De esa forma comenzó mi vida de bohemia. Por hoy ya basta”. Firmado Kevin.

-Es una gran sorpresa el que me escribiera. Estoy segura, porque lo conozco bien, de que se recuperará… Saldrá adelante. ¿Y qué dicen tus cartas?

- Pues otra sorpresa, el trabajo que hacía en Liverpool sobre la cirugía de páncreas y que dejé sin terminar por aquel percance, el profesor, que era mi jefe, lo terminó, y aquí está publicado nada menos que en “The Lancet”, figurando su nombre y el mío. A decir verdad esa cirugía está aún en pañales. La segunda es de nuestros amigos de la Tropical Medical Schoo, James Wilson y Norma Wood, que nos escriben desde la misión en Kenya donde están destinados. Nos comunican que ya son padres de dos gemelos. Según refiere, unas personas de una pintoresca tribu, los masais, que habita por esa zona de la Reserva Natural de Amboseli, encontraron en el campo a una mujer embarazada, tendida en el suelo, medio muerta… La recogieron, la pusieron en una parihuela y la llevaron a la Misión. Allí, al comprobar que los intentos de reanimación fallaban, le hicieron una cesárea y le extrajeron del útero dos varones. La mujer, que con los ojos cerrados, solo decía Tanzanía, Tanzanía, no despertó de la anestesia. Comunicamos el caso al jefe de vigilancia de la Reserva Natural, un kenyata británico, y al alcalde pedáneo, que acordaron que los niños quedaran al cuidado de la Misión, es decir, de Norma y de mí, como era nuestro deseo, y darían cuenta a la autoridad del distrito con la foto de la señora, y a la Cruz Roja por si la señora fuera verdaderamente tanzana y algún familiar reclamara a los gemelos. Lo de la Cruz Roja es porque las relaciones entre Tanzania y Kenya no son nada buenas, y tengo entendido que están rotas y cerrada la frontera. La foto de la madre sería exhibida en los dos países. Si al cabo de un año nadie los reclama, la Misión se puede quedar con ellos, como sucede con los objetos perdidos. “Al hablarle de adoptarlos, nos dijo el jefe de vigilantes que eso era más delicado, y que una vez solicitado, tardaría mucho tiempo en conseguirse, pero que no perdiéramos la esperanza, porque, en tal caso, los niños serían nuestros. Les hemos puesto los nombres Wodrow Wood Wilson, como el presidente norteamericano, Premio Nobel, y James Wood Wilson, siguiendo la costumbre portuguesa de colocar el apellido de la madre primero, y el del padre, después, aunque en este caso el Wood no es apellido sino un segundo nombre. Hemos alquilado a dos nodrizas para alimentarlos, y el reverendo, y jefe de la Misión, que también es enfermero y maestro titulado, nos dice que nos estemos tranquilos que a estos niños nadie los reclamará. Que nos vayamos haciendo a la idea de que ya somos padres”.

Después de una pausa en que los Palmer demostraron la alegría por el acontecimiento de sus amigos, continuaron leyendo la carta con mucho interés:

“Cuando llegamos a Nairobi, a pesar de lo que nos dijeron en Liverpool, de que estaríamos un mes en un hospital para adaptarnos a la medicina de Kenya, nos metieron

en un camión destartalado, cargado con suministros para la Misión. Estrechos los tres, en la cabina, con asientos muy incómodos…, a hacer kilómetros hacia el sur. No vimos nada de la capital. Por la noche nos paramos en una especie de hotel, que en nada se parecía a los Adelphi, Palace, o Hitlton. No lo vamos a describir. Llevábamos unas galletas, pudimos comprar unas frutas, y conseguimos unas coca-colas, con lo que cenamos. Otro día más de viaje, un hotel similar, llegando a la tercera noche, a nuestro destino. El agua para beber, primero la filtramos y luego la hervimos pues es muy peligrosa. La Misión está en un poblado de casitas y chozas que no llegan a los quinientos habitantes. Las autoridades allí son el alcalde pedáneo, que hace de juez de paz, encargado de registro, y de todos los asuntos relacionados con la Administración Civil, y el jefe de los vigilantes de la Reserva, que se encarga del orden, de los delitos de toda índole, y de otros asuntos. Estamos en el mismo límite de Amboseli, zona de reserva natural desde donde se puede divisar al Monte Kilimanjaro, el más alto de Africa. Para ver el Monte Kenya, también muy alto, hay que desplazarse al norte del país. La gran grieta del Rift queda, también muy lejos, al occidente. El hospital tiene veinte camas, una sala de curas y un quirófano. Todo muy pobre y también hay que decirlo, muy primitivo. Una escuela y una iglesia lo acompañan. El sacerdote y su mujer hacen de enfermeros y de maestros. La señora, sin diplomaturas. De vez en cuando viene un estudiante de maestro a ayudarles. Muy pocos empleados tienen en la Misión. Nosotros vivimos en una cabaña de madera pegada al hospital. No voy a describir sus condiciones. El puesto de vigilancia queda en las afueras del poblado. Es una buena casa, y dispone de tres vehículos todoterreno, con varios guardias, que no dejan de patrullar en busca de cazadores furtivos. Más allá del puesto está un hotel para los turistas y sus safaris, que sí dispone de todo lo mejor en comodidades y en servicios, bar, comedor, sala de proyecciones de películas... El director no nos permite comer allí sino tres días al año: el de nuestra boda y los días de nuestro cumpleaños… Hay que dar ejemplo de humildad en una localidad en que se carece de muchas cosas… La verdad sea dicha, es que no dispondríamos de dineros para frecuentarlo, pero cuando voy a ver a algún paciente, este o su familiar, a veces me invitan a una copa en el bar…, y no la rechazo. El poblado en que estamos es de reciente creación, con diferentes etnias que se entienden en swahili, que trabajan en la poca agricultura, en algo de ganadería, en los servicios del hotel, la vigilancia de la Reserva y para nosotros, los de la Misión. Nuestra competencia es el curandero, o hechicero del poblado, en quien la gente tiene confianza. Aunque casi todos son cristianos, también los hay animistas, y por último los que practican el sincretismo, que, aunque no lo dicen, deben ser la mayoría. Atendemos, como es lógico, a pacientes de toda la comarca. A veces nos han traído a unos furtivos heridos de balas, y hasta un par de vigilantes con similares heridas. Por suerte, con nuestras curas, salieron vivos. Hemos hecho buena amistad con el jefe de policía y con su esposa, una india-kenyata, cristiana. Un empleado del hotel nos trae libros de su biblioteca que debemos devolver una vez leídos, y los periódicos de pasados varios días. Disponemos de una radio. El presbítero, un inglés, tiene dos hijos, ya casados, viviendo en Nairobi. Su actual esposa es una kenyata kikuyo. El clima de aquí, aunque muy caluroso, nos sienta bien “

-Larga e interesante carta, por lo visto están bien dentro de las inclemencias e inconveniencias de un trabajo en ese lugar. Debemos escribirles sin falta. Me alegro de que sean padres… Tenemos que ir preparándonos para el viaje a Namibia del mes próximo. Bien empeñado está Bernstein en que lo acompañemos, y a mí me entusiasma la idea.

A la mañana siguiente, tres hombres, algo forzudos, trajeron a un drogadicto muy furioso y violento para que lo calmaran, y después de inyectarle un diazepam, le soltó un fuerte puñetazo a Christopher que le dejó el ojo morado para unas semanas.

-Tenemos que lamentar estos casos de vez en cuando. Esos individuos se ensañan más con el personal femenino – comentó el reverendo Beagle.

C A P Í T U L O XVIII

POR NAMIBIA Y SUS DESIERTOS

Bien temprano llegó Samuel Bernstein a la puerta del edificio donde vivían Christopher y Rosemary. Venía en un todo terreno, grande, de la carpintería de su familia, conducido por un chófer, empleado de la firma, para llevarlos al Aeropuerto Jan Smuts.

-Espero que estén preparados para esta aventura que nos espera – les dijo Bernstein después de meterles las maletas en el vehículo y de presentarles al chófer –. Poco pesadas, eso está bien. Esta vez no necesitaremos escopetas contra alimañas ni tendremos que temer al paludismo ni a la enfermedad del sueño. Supongo que no se habrán olvidado de vacunarse contra las tifoideas y la fiebre amarilla. Desayunaremos en el aeropuerto

Ya en el avión, al despegar y estar en ruta, Bernstein expresó su opinión sobre los vuelos:

- A mí, el vencer la fuerza de la gravedad al despegar me entusiasma, me hace sentir libre. Debería sacarme el carnet de piloto de avionetas como tengo el de motocicletas. En Alemania comencé con la equitación, después en la pequeña ciudad de la Provincia de El Cabo con aquellos energúmenos racistas, siempre preparándose para la guerra contra los bantúes, seguí con lo de los caballos. La sensación de libertad que siento con los vuelos, por así llamarlos, me llena de entusiasmo.

-Mi madre me decía, quien ama el peligro en él perecerá. En mi caso, cuando el avión despega, siento una especie de miedo que se calma cuando se pone en ruta, y que vuelve cuando comienza a moverse – dijo Rosemary.

-Los seres humanos somos un desastre, no tenemos alas como los pájaros. A eso de cinco mil metros de altura nos falta el oxígeno, y a un centímetro bajo el agua nos ahogamos. A mí el volar en avión no me produce ningún tipo de preocupación. Volamos ahora a más de ocho mil metros. Rosemary asómate a la ventanilla para que veas el paisaje – dijo Chistopher.

-Ni hablar. Eso a mí me da vértigo.

Mientras comían, Samuel Bernstein les contaba cosas de la geografía e historia de África del Sudoeste o Namibia, única colonia de la República de Sudáfrica, que se la arrebató a Alemania en 1915, expulsando a gran parte de los alemanes que en ese país vivían. Con una extensión aproximada de un millón de kilómetros cuadrados, casi todos de desierto, y un millón de habitantes, ovambos en su mayoría, además de hotentotes, hereros, bosquimanos, alemanes, africaanders, británicos… Al norte, vegetación abundante, con agua, fauna salvaje, donde viven la mayoría de los nativos. Ellos, Bernstein y los Palmer, solo visitarían zonas semidesérticas o desérticas del todo.

El vuelo fue tranquilo, y pasadas dos horas aterrizaron en el aeropuerto de Winhoek, la capital de la colonia. En un taxi se trasladaron al Adamus Hotel, uno de los mejores de la ciudad.

-Esto es demasiado lujo para nosotros, Samuel. Ten en cuenta que nosotros solo somos pobres misioneros. Para venir pedí que me enviaran unos ahorros que tenía en Liverpool. ¿No hay otro más barato? – comento Christopher.

-Haberlos, los hay, pero aquí nos quedaremos. Esto corre por mi cuenta. No se preocupen.

- Eso no es justo. Cada cual debe pagarse lo suyo.

-Es natural que sea de lujo. Aquí vienen grandes magnates dedicados al negocio de los diamantes. Es el que utilizan mi hermana y mi cuñado cuando vienen. Ya nos harán una buena rebaja… No te preocupes, y disfruta de sus comodidades y de su cocina.

Al inscribirse, el conserje llamó al director, que les dijo:

-Así que usted es el hermano de la señora Cohen. Aquí estuvieron al mes pasado. Les daré la misma suite y la de al lado. Todo lo que necesiten, no tienen más que llamar. El jeep ya está a su disposición. Fue su cuñado el que me nombró director de este hotel, Estaba de conserje en el Hotel Osborne, en Walbys Bay, y como tenía estudios comerciales superiores, me consiguió este puesto. Él es el principal accionista de este hotel. Disfruten de la estancia y de la buena comida que aquí se ofrece.

Ya en la suite, Roesmary comentaba:

-Esto no es un hotel, sino un palacio, ¡Cómo brilla el baño! ¡Qué lujo de habitación! Grande, que hasta se puede correr. Dice Bernstein que no nos preocupemos por el coste, ¿tú lo crees?

-Si él lo dice, así debe ser. Si no, ya le ajustaré las cuentas. Recuerdo a dos extranjeros que trajeron al Southern Hospital unos policías y que se quejaban de las malas condiciones en que se encontraban en los calabozos de la comisaría. "No se van a quejar – nos decía el inspector -. Se hospedaban en el hotel Adelphi…, y ahora entre rejas. Ese es el premio que han recibido por dedicarse a la trata de blancas".

Aquella tarde no se alejaron mucho del hotel, siendo a la hora de la cena en que pudieron comprobar lo exquisito de la cocina del establecimiento y del África del Sudoeste. Durante el paseo sintieron fresco, pues la ciudad estaba a cierta altura sobre el nivel del mar.

-Sinceramente he comido demasiado, todo estaba tan bueno que no me pude resistir. A partir de mañana moderaré la ingesta. Estos cuatro días aquí, a pasear y descansar. Ya verán como notan el relax en el cuerpo… ¡Y qué bien sienta!... Después emprenderemos la aventura por esas tierras áridas y desérticas de la meseta de Namibia. A mí el desierto me sobrecoge. Bien lo conocí en el Negev, de Israel, y en el Sáhara, de Túnez, desde cuya zona fronteriza podía contemplar también las secas extensiones de Argelia. Lástima que aquí no podamos ver camellos…, ni los camélidos sudamericanos. En el desierto de Australia los introdujeron, y ahora es el país que más

población tiene de esos animalitos con joroba… Tengo una cámara fotográfica y un tomavistas, ¿y ustedes?´ - dijo Samuel

-Una cámara – contestó Rosemary-. Me gusta llevarme recuerdo de los sitios que visito.

- Yo suelo tomar nota de las costumbres de las gentes, como también lo hacía en el hospital. Algunas de esas notas las usaré algún día para cualquier trabajo científico, si la ocasión se presenta – comentó Christopher -. Ahora me ha dado por la parasitosis y la cirugía.

-Pues ponte en relación con Chipeto, por si sale algo que interese a la Universidad de Withwatersrand, que en medicina supera al Groote Schuur. Muchas veces estoy deseando darme el salto y dejar el Jericho. Mañana, como los tres días siguientes, a visitar la ciudad. Por la tarde tendrán que hacerlo solos, pues algo…, el deber, me llama a esas horas. Nuestro primer viaje por carretera es a Walbys Bay, principal puerto comercial de este país, que no forma parte de Namibia, sino de la Provincia de El Cabo, y nunca fue alemana, sino británica, primero, y territorio de Sudáfrica actualmente. Tal vez sea donde más se hable inglés de esta zona.

Después de la cena hablaron con el camarero que les servía, y les decía:

-Aquí rigen las mismas leyes raciales que en Sudáfrica, pero, como colonia, algo menos estrictas que en la metrópolis…, pero muy poco. Soy mulato, dos abuelos míos eran alemanes, y los alemano-namibios formamos una pequeña comunidad, como una especie de tribu dispersa por Namibia. Mi lengua materna es el alemán, luego viene el africáans de los dominantes, y el inglés. Ahora se va imponiendo el ovambo, que es el de la comunidad más numerosa. Ya lo tengo bastante avanzado. Vienen del norte, de donde son la mayoría de los miembros del SWAPO, Movimiento de Liberación de África del Sudoeste, que algún día gobernarán este país. Los alemanes puros forman otra comunidad y son muy orgullosos de serlo, pero a nosotros nos está prohibido mezclarnos con ellos. ¿Y usted porqué tiene ese ojo morado?– le preguntó a Christopher.

-Es que soy boxeador aficionado.

-Pues podía dedicarse a un deporte menos violento como el tenis.

- Si no es indiscreción, ¿cuánto ganan ustedes aquí?- le pregunto Bernstein.

-Un tercio menos que los blancos.

- Pues tenga esta propina para que compense – le dio un billete, y dirigiéndose a sus amigos, les dijo -: Color oscuro de la piel, pero ojos azules y pelo, aunque rizado, castaño. Un verdadero kleurling. Es una lástima que no pueda traer a Nadine; las leyes raciales también mandan aquí. Por la mañana iremos a conocer la ciudad, pero por la tarde, andarán solos por ella. Utilizaremos el jeep del hotel, o pasearemos a pie.

- ¿A dónde vas por la tarde? – le pregunto Christopher.

- Eso no lo puedo decir ahora. En Johannesburg ya te contaré. Como vinieron sin sombreros, buscaremos una tienda en que los vendan. Es mucho el sol que tendremos que soportar.

Caminar por la ciudad como turistas perdidos fue el deporte de los tres amigos aquella mañana y tomar el reglamentario café en una terraza de aquella moderna ciudad. Calles anchas, bien aseadas, buenas construcciones como correspondían a esa zona central para disfrute de los blancos, con sus odiosos letreros "FOR WHITES ONLY", "NET VIR BLANKES", "NUR FÜR WEISE LEUTE", etcétera.

Por la tarde Rosemary y Chritopher se fueron al centro comercial, estuvieron sentados en un parque, visitaron una iglesia lutherana que tenía enfrente una estatua de un caballo con su jinete. ¿Quién era ese señor? No lo preguntaron. Sería un colonialista… La ciudad era mucho más tranquila que Johannesburg y la huella alemana se dejaba sentir aún, sentándose para descansar en una deutsche Konditorei y tomar un café con tarta alemana.

A la cena volvieron a encontrarse los amigos.

- Mañana por la tarde iremos en el jeep hacia el norte, a visitar algo del norte Oklandja y volveremos por la tarde. Así podrán ver algo de verde en el campo namibio, porque hacia el sur, todo es seco o con muy escasa vegatación. Pasado mañana, a descansar. Luego nos espera carretera y desierto, que espero que les guste como me encanta a mí. Al principio del trayecto no lo notarán. Primero hacia el oeste, luego hacia el sur – contaba Bernstein.

Un par de veces se acercó el director a la mesa de los tres para preguntarles si estaban bien servidos, y Christopher notó que Bernstein hablaba con cierta frecuencia con el camarero de pelo castaño y ojos azules. Al preguntarle sobre qué hablaban, les respondió, que de todo, que era enfermero titulado, y que estaba en el hotel por lo de las propinas, ya que se estaba construyendo una casa. Su mujer era comadrona y trabajaba en un hospital para no blancos, también mestiza, como él. Según terminara la vivienda volvería a ser enfermero. Los días libres los emplea en la construcción de la casa. Por lo visto, los alemanes estaban algo metidos en una endogamia, y los alemanes-mestizos, también.

-Mi abuelo paterno era soldado alemán y tuvo que abandonar Namibia en 1919, dejando a mi abuela abandonada, que era nama. Mi abuelo materno, alemán como el otro, era herrero y permaneció aquí casado también con una nama. Del ovambo tengo que aprender mucho aún, pero como por este hotel no vienen... Carecen de dinero para estos lujos. Intentaron nombrarme de jefe de camareros, pero no quise ese cargo. Sirviendo a las mesas se recauda más por las propinas. Dentro de dos años iré a un hospital, donde ganaré menos, pero es mi oficio, el de enfermero.

En el momento de marcharse, Christopher se llevó una sorpresa: nada tenían que pagar. ¡Gratis todo aquello en un hotel de lujo! Eso no cabía en la cabeza de Christopher ni de Rosemary.

-Sucede, y yo no lo sabía, que mi cuñado es ya el único dueño del hotel. Me habían prometido una importante rebaja, pero lo de gratis no me lo esperaba. También el jeep es gratuito. Sale lleno de gasoil. Luego pagaremos los llenados del tanque y los

hoteles y comidas por los caminos. No se preocupen, que no serán de lujo. El director se empeñó en que llevara una pistola conmigo, por si nos tropezáramos con alguna alimaña peligrosa o algunos bandidos. Como pertenecí a un comando antiterrorista, todavía mantengo el permiso de portar armas. No tenía intención de llevarlas aquí. El SWAPO solo actúa en el norte, en la frontera con Angola. Sam Nujoma es su jefe. Buenos negocios hace mi cuñado, y mi hermana es su principal consejera. Mis ahorros en Suiza él es quien los sabe invertir. Como vamos bajando de la altura de Windhoek, iremos sintiendo cada vez más calor hasta llegar a la orilla del mar. Pararemos según encontremos bares de carretera e intentaremos comer en algún restaurante, Si Windhoek significa la esquina del viento, Walbys Bay es la bahía de las ballenas.

Primero la carretera los llevó hacia el norte. Cerca de cuatrocientos kilómetros les esperaban hasta alcanzar el mar. Contemplaron la cordillera de Erongo Berge, al norte, ya recorrido unos cuantos kilómetros. Pararon varias veces para contemplar bien los paisajes, sacar fotos y estirar las piernas, de forma que se les hizo de noche y tuvieron que detenerse en un lugar llamado Arandis. Menos mal que encontraron una posada donde pudieron dormir, limpia, pero nada de lujos. Al continuar el viaje, como en el día anterior, observaron varios controles de policía que no los pararon haciendo Bernstein el siguiente comentario:

-No nos paran porque somos blancos, muy diferente sería si fuésemos negros. En el norte buenos enfrentamientos tienen estos racistas con los del SWAPO. Lo comienzan a llamar guerra de las malezas, porque hay más vegetación que por aquí. Vean lo desolado del paisaje, y anoche pudieron ver el maravilloso cielo estrellado, que desde las ciudades no se puede apreciar. También llaman a esa guerrilla, guerra de frontera por su proximidad a Angola. Ahora conduce tú, Christopher hasta Swakopmund, vieja ciudad alemana, donde contemplaremos el mar, que hace tiempo que no lo vemos. Comeremos en la orilla, y luego hacia el sur, y por fin, Walbys Bay. Estamos en estos momentos en el desierto de Namib. Al norte, lo que suelen llamar la Costa de los Esqueletos, que debe ser por lo de ballenas varadas y barcos siniestrados. Dicen que es una zona peligrosa yendo por tierra. Tengo entendido que el que ahí se pierde, perece, Al sur, el Parque del Desierto de Namib, y más al sur, la zona diamantífera de ese desierto, casi tan grande como Austria y Suiza juntas, en la que está prohibido entrar. Al que traspasa los límites, sin el debido permiso, se le dispara a matar, y sus vigilantes tienen muy buena puntería. Si entras, no sales vivo. Así que alto peligro al norte por si te pierdes, y otro tanto al sur por los disparos.

-Y enfrente otro peligro, el mar, por si te ahogas - añadió Christopher.

Hicieron la parada del almuerzo y se dirigieron al destino convenido, Walbys Bay, principal puerto de Namibia, aunque no perteneciera a esa colonia, llegando a un hotel llamado West Point, en la Charles Dickens Street, de mucha menor categoría que el del cuñado de Samuel, pero cómodo y agradable, con precio muy razonable. Se quitaron el polvo del camino con una buena ducha, y se fueron a pasear. No quedaba lejos del mar, por lo que a la avenida marítima se dirigieron. Allí pudieron contemplar barcos cargueros y de pesca, y camiones procedentes de los barcos o que se dirigían a ellos. De todas formas el tránsito de vehículos no era muy intenso. Primero en una terraza tomaron café, después pasearon por las calles con buenos edificios y casas bonitas, pero nada de alturas. Muchas palmeras, Ya cansados, se sentaron en otra terraza a tomar refrescos. Hacía calor, pero a veces la brisa del mar echaba un aliento algo fresco y pudieron presenciar una magnífica puesta de sol. A cenar fueron al hotel.

-Mañana, hacia las tres, iremos al Hospital Livingstone donde está recluido el reverendo Lipton, el fundador del Saint Bartholomew, si es que nos permiten hacerle una visita. Está situado en la calle detrás del hotel. Es un viejo hospital, que según el reverendo Beagle, está completamente modernizado – dijo Bernstein

- Viendo este precioso mar, me dan ganas de lanzarme al agua– dijo Rosemary.

- No lo hagas porque te helarás, la corriente del sur, que viene del Océano Antártico mantiene la temperatura a diez grados. Gracias a eso es la gran riqueza pesquera de estas aguas. Mañana daremos una vuelta a la bahía con el jeep, e iremos hasta Punta Pelícano, que es la lengua de tierra que se introduce en el mar para formar esta gran bahía que da cobijo al puerto. Allí no hay un paisaje de árboles, son los mamíferos y aves marinas lo que dan vida y color a esa pequeña península-

A la cena, el camarero, un ovambo, les recomendó que al día siguiente fueran a almorzar a un restaurante de la avenida marítima donde servían buenas langostas y mariscos.

Al salir del hotel se fijaron que, enfrente, se encontraba una librería y entraron para ver si algo les interesaba. Una vendedora de unos cincuenta años los atendió. Bernstein se fijó en un periódico en alemán, el Allgemeine Zeitung, que era un rotativo local de los alemanes de Walbys Bay, y también compró tres libros en alemán y dos en africáans de escritores del país. Lo mismo hizo Christopher con dos novelas en inglés. Rosemary, unas revistas.

Emprendieron el paseo a Punta Pelícano, sonde pudieron contemplar muchas focas descansando y moviéndose sobre la tierra, abundantes pelícanos y otras aves marinas, que les alegraron la mañana. Un buen rato estuvieron allí, y al regreso, Bernstein les señaló las salinas.

-¡Blancas como la nieve! ¡Parece azúcar! – exclamó Rosemary.

- Sí, pero su sabor es muy diferente – le recordó Christopher.

- Y más allá se encuentra la gran base aeronaval sudafricana de África del Sudoeste. Pero allí no podemos entrar

Después de haber degustado los excelentes platos de langostas y mariscos, los tres amigos se dirigieron al Hospital Livingstone, donde les dijeron que el doctor Lipman ya no estaba recluido en el hospital, sino en su domicilio, el número 16 de la Charles Dickens Street, enfrente del hotel West Point. Al llegar a ese número vieron la librería donde estuvieron a primera hora de la mañana. Como sabían que su esposa trabajaba en una librería, Bersntein le preguntó a la vendedora por el doctor, que le contestó;

-Ahora los acompaño arriba. Hace días que esperamos su visita. Cierro la librería y subimos. Por suerte, la empleada de hogar, una confidente de la policía, tiene libre la tarde. Así podrán hablar tranquilos. Yo debo volver a atender el negocio, que es de la Iglesia Anglicana como la vivienda… Me consiguieron este trabajo para sobrevivir, pues tenemos dos hijos que mantener. A mi esposo también le dan una pequeña subvención.

Rosemary, se apartó un poco y entró en un dulcería en el edificio de al lado, comprando una tarta para ofrecerla de regalo

En el pequeño apartamento encontraron al doctor Lipman sentado leyendo un periódico. Saludos y alegría del encuentro, haciendo exclamar al desterrado:

- Esto me recuerda a la expresión de Stanley cuando encontró a Livingstone en lo más perdido de África: "El doctor Livingstone, supongo".

- Así es. Hemos recorrido un largo trayecto para encontrarlo, y gracias a Dios que ya no está recluido en el hospital. Ante todo, le he de dar un abrazo en nombre del reverendo Beagle, su sucesor en la dirección del Saint Bartholomew

-En el hospital, no, pero lo estoy en casa. Solo me permiten salir a la iglesia el domingo, pero no oficiar, no sea que dé alguna proclama antiapartheid. Durante mi encierro, podía ejercer de médico, sin cobrar, ayudando en la sección de medicina interna y en las consultas de puerta y urgencia, con lo que no olvidé la medicina, sino que incrementé mis conocimientos, pero de sacerdote, solo podía ser ayudante. Se me permitía atender a enfermos que necesitaran auxilio espiritual. Si salía del hospital o no cumplía las órdenes que me impusieron, "¡a la Isla de Robben, a hacer compañía a Mandela!". Así que opté por obedecer. Podía andar por todo el hospital, incluso subir a la azotea, para contemplar la ciudad y el mar. Permitido, únicamente recibir las visitas de mi mujer y de mis hijos, y determinados días, durante dos horas.

-¿Cómo se llevaba con los médicos y el personal de enfermería? – le preguntó Christopher.

- Pues muy bien. Incluso con aquellos que eran muy partidarios del apartheid. Treinta médicos para un hospital "ONLY FOR WHITE PERSONS" "NUR FÜR WEISE LEUTE" "NET BLANKETS", de algo más de ciento cincuenta camas, muy bien dotado. También recibíamos marinos de barcos europeos de los muelles o anclados en la bahía. La semana que viene comenzaré a trabajar allí con un contrato de medicina interna y de servicio de urgencia. Entonces me permitirán ir de aquí al hospital y viceversa, los domingos a la iglesia y cada siete días a firmar a la comisaría. Ganaré un sueldo decente. Así podré ayudar a mis dos hijos que estudian en la escuela náuticopesquera para ser capitanes de esos barcos, pues la pesca es muy abundante en estas frías aguas. El mayor ya tiene una novia, una alemana lutherana de Swakpkopmund. Mucho leí de medicina y de otros libros durante ese destierro en el hospital. Se puede decir que me he convertido en un internista de verdad y, además, en un hombre de cierta cultura…

-¿Tuvo contacto con los del SWAPO durante ese tiempo? – le preguntó Bernstein.

-La verdad es que no. Hasta aquí no llegan. Con simpatizantes del personal auxiliar no blanco, sí, pero eran muy prudentes. Lo mismo con dos médicos antipartheid, que de vez en cuando me daban noticias interesantes, Libros y otros regalos me traían con no rara frecuencia. Bueno, ahora cuéntenme ustedes cosas de Johannesburg. Comience usted, Rosmary, que me interesan las opiniones femeninas.

Mientras hablaba apareció la señora Lipman que dijo:

-Hoy, como día especial, cierro la librería una hora antes de tiempo para prepararles algo de té y comida. Son nuestros invitados.

Rosemary acabó pronto su disertación para acudir en ayuda de la señora Lipman dejando a los hombres hablando de la situación en Sudáfrica y en el mundo.

Contaba entre otras cosas Bernstein:

-A mí siempre me ha gustado darme grandes paseos por una ciudad, sobre todo si es la primera vez que la visito. Hace ya algún tiempo, los domingos por la mañana, si paseando me encontraba con una iglesia, ya fuera anglicana, metodista, lutherana, ortodoxa, católica o de lo que fuera, entraba y hasta comulgaba.

-¡Siendo judío, hacía eso…!

-Jesucristo también lo era, y me he leído La Biblia cristiana, pero no el Talmud.

-Un colega de Irlanda hacía lo mismo. Era anglicano, y comulgaba con todas. Decía que solo había un cristianismo, y no importaba la forma. Ahora está de misionero en Kenya – comentó Christopher al respecto.

-Sinceramente no les quito la razón, En cierto modo yo pienso algo parecido, aunque nunca comulgo en una iglesia que no sea de las mías. Ya he tomado la decisión, en el futuro me dedicaré profesionalmente a la medicina, y a la religión, como ayudante sin remuneración. Ahora no pago nada por la vivienda; otra cosa será cuando cobre del hospital. Tendré que pagar el alquiler. Espero que me la mantengan hasta que mis hijos comiencen a trabajar. El lugar en que se encuentra es muy bueno.

En esto aparecieron las dos mujeres portando bandejas con té, café y leche en una, y abundantes sandwichs, en otra.

- Hay más en la cocina. También, vino de Sudáfrica.

-Supongo que será de esos de consagrar, que siempre son los mejores – dijo Bernstein.

- Así es – contestó la señora Lipman.

El té y la merienda fueron algo más que una cena, y siguieron hablando de diversos temas, hasta que llegaron los dos hijos del matrimonio, Lionel y Ralph.

-Estos son los futuros marinos. Se convertirán en auténticos lobos de mar. Ya Lionel el próximo año iniciará las prácticas en un pesquero… Les recomiendo que mañana vayan a Swakopmund, que deberia llamarse Swamarkopmund, una ciudad auténticamente alemana, muy linda. Vayan temprano para poder desayunar en el histórico Café - Bar Anton, donde hacen un café con leche estilo alemán, o Milkaffe, con un delicioso Strudel de manzana, que ya lo he probado. Y para el almuerzo les recomiendo el escalope empanado de óryx, u Oryxscnitzel mit Sauerkraut, es decir, con col ácida, muy rica en vitamina C, y Kartoffelsalat, o ensalada de papas. El Café Anton existe desde el siglo XIX. El buen puerto siempre fue Walbys Bay, que era inglés. Los alemanes tenían que conformarse con Swakopmund que poca o casi

ninguna protección ofrecía a sus barcos. En el sur tenían Lüderitz, algo mejor, pero secundario por su poco calado… Como mis hijos por la profesión que han elegido se van a quedar aquí, el resto de mis días les haré compañía, y desde que pueda, me pasaré a un hospital para atender bantúes.

Muy temprano salieron a la mañana siguiente para visitar la antigua ciudad alemana. Hacía más calor que el día anterior. Durante el trayecto, Bernstein dijo:

- Hacia el norte…, a la izquierda, el mar, a la derecha, el desierto. ¿Tienes botas de caña larga, ¿Rosemary?

- No

- Pues cuando lleguemos, después del desayuno, te comprarás unas, porque en el desierto suele haber alacranes y serpientes, que eligen las piernas como lugares preferentes para picar y morder. También debemos comprar unos bastones para espantar a serpientes y otros animales no deseados. La pistola es un último recurso.

Llegaron a un punto en que Bernstein dijo:

-Este es el río Swamarkop, de donde viene el nombre de la ciudad, Swakopmund, desembocadura del Swamarkop.

- ¡Pero no lleva nada de agua! – exclamó Rosemary.

- Efectivamente, por arriba no, pero por debajo como ocurre en los desiertos, bajo tierra, sí que la lleva. Sé que lo explotaron mucho para plantaciones, y ahora circula poca agua. En todas partes el hombre destruye la naturaleza.

- Con este calor me lanzaré al agua aunque me hiele unos minutos. Después el Sol se encargará de secarme y de reanimarme. Tengo el bañador puesto –dijo Rosemary.

- Pero que hayan pasado dos horas del desayuno – le advirtió Bernstein –. En Durban y Port Elizabeth las aguas son menos frías.

Después del exquisito desayuno, se fueron a pasear, contemplar la ciudad y a comprar lo que habían dicho y otros objetos de artesanía namibia de los nativos. Contemplaron y fotografiaron las antiguas construcciones alemanas, muy bellas y bien conservadas, como la vieja cárcel, o Altes Gefängnis, la Noermannhaus, la Ankerplatz, o Plaza del Ancla, con unas bonitas palmeras y una buena araucaria, y por todas partes pintorescas casas alemanas.

-Hoy me encuentro a mis anchas, aquí parece que todo el mundo, por lo menos los blancos, habla el alemán, mi lengua materna, y me recuerda mi estancia en Hamburgo. En ese establecimiento, que parece de un bantú, o al menos estará empleado, compraré otros artículos de artesanía para la gente de mi servicio de oftalmología. Saldremos algo cargados de objetos. Por cierto Rosemary, cuando estemos de regreso, te regalaré una lata de carne de elefante de un kilo para que la pruebes, a ver si te gusta.

-Ni se te ocurra, porque carne de elefante ni de avestruz ni de canguro pienso probarlas – respondió la muchacha.

- Canguros no hay aquí, y para los aborígenes es un delicia la de elefante.

El vendedor les dijo:

- Aquí solo soy empleado, gano según venda. Soy ovambo del norte. Allá hay guerra y tuve que venirme. En realidad me pagan poco, y tengo que vivir en una casucha en la zona negra de la ciudad, nada comparable con las elegantes en las que habitan los blancos. Esos ganan más. Y no se les ocurra ir a la Costa de los Esqueletos, es muy peligroso ese desierto, el que se pierde que se dé por muerto

- Miren, un faro, ¡Qué bonito! Siempre me han gustado. Esas rayas rojas y blancas…Y vean la playa ahí mismo. No aguanto más este calor, ahora mismo me lanzo al mar.

Dicho y hecho, Rosemary se quedó en bañador, y corriendo se metió en el mar. Tres minutos aguantó… Salió tiritando.

-Solo fue el placer de mojarme, pero el frío pudo conmigo. Ya voy entrando en calor. Ahora el Sol pega fuerte. Esperemos un poco a que se me seque el bikini.

- Ahora echo de menos a Nadine. Algún día podrá acompañarme a una playa, a un teatro, a un cine… Pero esta es la vida que tenemos que llevar… desde que te seques, a comer lo que nos recomendó el doctor Lipman. Luego en marcha, que me espera otra reunión esta noche. Ustedes descansen o paseen, y contemplen la cantidad de palmeras que hay en Walbys Bay. Espero que me salgan bien en la película rodada.

En el restaurante comieron lo que les propuso el doctor Lipman, que mejor no podía estar, y Bernstein añadió una gruesa salchicha alemana, para envidia de los otros a quienes con el plato elegido no les cabía más en el estómago.

-Observen, hay mucha arena en la carretera. No conviene correr, Christopher - le advirtió Benstein -. Y más encontraremos por las tierras de interior colindantes con el desierto de Namib. Walbys Bay es una ciudad portuaria e industrial, Swakopmund es más bien una ciudad de gran valor artístico y turístico. Miren a la vía férrea, por ahí viene un tren en sentido contrario, debe ser el expreso que comunica las dos ciudades.

Pero no, era un tren mercancía.

Al llegar al hotel, Bernstein les recordó, que, como les había dicho, tenía que ausentarse y que llegaría tarde, que descansaran un poco y que aprovecharan el último día en ese puerto, que comieran en la avenida y contemplaran la puesta de sol.

En el desayuno volvieron a encontrarse los Palmer con Samuel Bernstein, que les contó que la reunión de la noche anterior se había prolongado demasiado.

-Menos mal que tenía unas latas en la habitación porque llegué muerto de hambre. Una reunión larga pero interesante. Fue en el barrio negro de la ciudad, que, como Soweto, deja mucho que desear. ¡Qué diferencias de calles y casas!... Después de desayunar, descansaré un poco, para compensar el sueño perdido. Comeremos en el

restaurante de la langosta y de los mariscos, y emprenderemos la larga marcha hacia los semidesiertos. El verdadero desierto está en el oeste, a la derecha de nuestra ruta hacia el sur

- Mejor es quedarnos un día más y disfrutar de Walby Bay un tiempo mayor. Así podré mojarme por lo menos los pies en el mar otra vez. Johannesburg es demasiado grande, y me gusta esta ciudad, pequeña y acogedora – opinó Rosemary, que en este viaje se limitaba a oír y escuchar, sobre todo a Bernstein, buen conocedor de esta parte de África, al menos, por los libros.

Se pusieron de acuerdo en lo de quedarse, volvieron a ver a la señora Lipman una vez más, pero no a su esposo porque la empleada, espía de la policía, estaría ese día mañana y tarde. Bernstein grabó con su cámara a la señora y a los dos hijos que en el momento de despedirse aparecieron.

-Serán hombres de mar. Eso en Johannesburg sería imposible. Allí ni mar ni río navegable – dijo la madre.

Bernstein compró una mejor guía turística de Namibia, y luego a pasear hasta la playa, donde se metieron en el agua hasta las rodillas con los pantalones remangados. Rosemary volvió a repetir la hazaña, del día anterior, aguantando esta vez casi los cinco minutos. Ahora los tiriteos fueron mayores.

-Yo, cerca de Ciudad del Cabo, una vez casi me congelo, y salí vivo de milagro. Ahora echo de menos a Nadine. Para poder estar juntos en una playa. Tendríamos que ir a un país lejano. El primer domingo, cuando estemos de vuelta en Johannesburg, nos casaremos, como hizo Muhamma Rahman, solo por las iglesias: la Judía y la Anglicana. Me da lo mismo, si aparecen hijos, que este régimen racista los considere ilegítimos. Para contentar a mi familia, los varones serán judíos, y si son niñas, serán cristianas. Ese es el acuerdo que tenemos. Lo celebraremos en la granja. Ustedes asistirán como invitados. Aquí he venido con una misión, y ustedes me han ayudado a que sea más agradable.

Esta vez, al mediodía, comieron ostras acompañadas de vino sudafricano y otras Delikatessen.

-Francamente la comida aquí es exquisita y los precios son inferiores a los de Johannesburg – opinó Christopher –. Si el agua no fuera tan fría volvería a Walbys Bay por dos semanas, pero el próximo año tendremos que viajar a Inglaterra durante las vacaciones.

La tarde de ese último día en la ciudad portuaria transcurrió sin novedad, salvo que al ponerse el Sol oyeron música en un local y entraron en el momento en que el violinista interpretaba la música de la película Moulin Rouge, muy del agrado de los tres. Al día siguiente, sobre las diez de la mañana, reemprendieron la marcha. Primero conducía Christopher. Al cabo de un rato de conducir, Bernstein dijo:

- Volvemos a dejar Sudáfrica y a entrar en Namibia. Esto es lo que se llama el parque Natural del Desierto de Namib, y al norte se encuentra un instituto de investigaciones biológicas. Aquí existen especies de plantas únicas en el mundo. También, como ya sabrán, se atribuye a Sudáfrica y a Namibia como cunas de la

Humanidad. Habrán oído hablar del australopitecus y del pytecantropus erectus, pero como no entiendo mucho de paleontología, como creo que se llama esa ciencia, no puedo hablarles de ese asunto. Tampoco los antropólogos se ponen de acuerdo en ese tema. Luego iremos subiendo hacia la meseta Namibia, zona semidesértica.

- A nosotros nos llaman ahora homo sapiens sapiens. ¿Qué nos creemos que somos? Estamos destrozando la naturaleza, haciendo guerras a la cual más absurda y otra barbaridades, que más nos valdría que nos llamaran homo estúpido, o mejor dicho homo estúpido estúpido – opino Christopher´

-Tienes mucha razón en eso, pero ahora miremos hacia allá. Diviso por allí una planta que debe ser un “priverts”. Paremos un momento y vamos a verlo de cerca. Parece un drago, con tronco y hojas similares, pero está emparentado con el aloe según dice esta guía turística, porque yo tampoco entiendo mucho de botánica. Usemos nuestras cámaras y saquemos unas fotos para la posteridad, Estas pobres plantas son las que nos esperan, así como granjas aisladas con sus molinos de viento para sacar agua de las capas freáticas, ya que las lluvias son muy escasas. Esto no es el desierto de Atacama, que dicen que es el más seco del mundo, pero no debe ser muy diferente. Pobre flora y pobre fauna. Durante esta larga carretera solo encontraremos especies de oasis, ya en forma de granjas, ya en forma de pueblos.

Bien vista la planta y el terreno, algo pedregoso, volvieron, envueltos en el calor, al jeep, reemprendiendo la marcha hasta Rostock, pequeña ciudad del desolado paisaje, donde comieron y repostaron gasoil.

-Esto es Rostock de Namibia, no el puerto alemán del Báltico. Por aquí, pero no puedo decir dónde ocurrieron los hechos, tuvo lugar un genocidio, como lo llaman, en que los alemanes, a principios de siglo, exterminaron a la mayoría de los hereros, habitantes de estas zonas, que viendo como los colonos europeos les arrebatan sus tierras, relegándolos a la miseria y al hambre, se sublevaron, siendo reprimidos salvajemente. El encargado de tal misión fue un alto jefe alemán, de nombre Goering. Tal como suena..., y se escribe como aquel célebre mariscal del Reich y jefe de la Luftwafe alemana, de tal forma que fue su padre, aunque no quien lo educó. De eso se encargó un rico judío, compañero y amante de su madre del que fue como su hijo adoptivo. Su odio hacia los judíos tal vez tuviera que ver con algún complejo de Edipo. Cuando la sublevación nazi de Munich fue herido, y se refugió en la casa una familia judía, donde lo curaron y cuidaron muy bien. En agradecimiento fue uno de los principales culpables de las leyes antijudías y del Holocausto, la Solución Final. Poco tienen que ver el padre con el hijo, pero su padre no dejó hereros en pie. Creo que los hay todavía en el norte. Al parecer, un gran error de los hereros, fue que su jefe, que sirvió en Ejército Alemán, se enfrentó a esos expertos en artes guerreras prusianas como si los hereros fueran ejércitos europeos, sufriendo una gran derrota. Prefirieron morir luchando a morir de hambre. Los hotentotes también se sublevaron contra el latrocinio de los alemanes, pero solo hicieron luchas de guerrillas. Así pudieron sobrevivir más, y por el sur andan. Son muy próximos a los bosquimanos, con su clic en el habla. También en Tanganica a principios de siglos hubo una terrible guerra porque los alemanes quisieron esclavizar a los nativos. Terminó con un acuerdo entre las dos partes. De los innumerables conflictos de nativos contra boers y contra británicos en Sudáfrica, el padre Mahlala, gran experto en ese tema, te hablará mejor que yo. Los zulúes y otros pueblos se defendieron contra la rapiña y prepotencia de los europeos,

desencadenándose verdaderas batallas que poco tienen que envidiar a las habidas entre las grandes potencias europeas.

El viaje hacia el sur continuó por aquel paisaje más desierto que habitable, con granjas aisladas con molinos de vientos y alguna palmera, especies de oasis, aunque muy diferentes de los del Sáhara, con tierras cultivadas propiedad de europeos trabajadas por nativos, pasando por algún que otro pueblo, siguiendo por una carretera secundaria, y no muy lejos, hacia el poniente, la zona prohibida diamantífera.

-El calor se está haciendo casi insoportable – le dijo Rosemary a Bernstein, que conducía en ese momento.

-Prefiero siempre la temperatura ambiente, pero tenemos aire acondicionado, y en la nevera hay agua y jugos de fruta frescos. Pero primero paremos el jeep para estirar las piernas, refrescarnos las gargantas y contemplar las Naukluft Muntains, y no perdamos de vista el suelo que pisamos por si puede aparecer alguna serpiente o alacrán. Así que ¡bastones preparados!

- Samuel, tienes razón cuando dices que el paisaje del desierto te fascina, a mí me está pasando lo mismo, me sobrecoge, y no lo pensaba así. Cada vez me gusta más, y para celebrarlo me tomaré una dosis de café bien fuerte y azucarado del termo. Vicio y recuerdo de cuando tenía que estudiar intensamente durante la carrera. Pero por aquí no veo ningún escarabajo ni una cucaracha… Tampoco nada de vertebrados – comentó Christopher.

-Ya aparecerán. Por esta zona no hay seres humanos, los mayores depredadores. Si esperáramos dos horas, quietos, vendrán. Se trata de una carretera secundaria. En Neuhof pararemos para repostar, e intentaremos encontrar alojamiento en Maltahöloe, si no, dormiremos en el jeep de cualquier manera. Miren allá, a lo lejos, ¡un perro grande corriendo! Debe ser un chacal…, ¿o será una hiena?

-Hemos visto algunas ovejas, cabras y un par de caballos. Pero de fieras, solo ese perro grande, y desde muy lejos – dijo Rosemary.

-Si tienen mucho interés lo mejor sería ir al Parque Nacional Kuger. Allí está de vigilante y de guardia forestal un hermano de Nadine, que según tengo entendido es del mismo temple que ella.

Por suerte encontraron el alojamiento deseado.

-

C A P Í T U L O XIX

SCHLOSS DUWUISIB – LÜDERITZT

Continuando por la meseta de Namibia, dijo Bernstein:

-Ahora conduzco yo. Vamos al Schloss Duwuisib, o castillo de Dubuisib, paraje histórico, digno de verse. Primero. Antes que nada, repostar: gasoil, refrescos y café bien fuerte.

-Me suena a francés esa palabra Duwisib – dijo Christopher.

- Aquí los franceses no pintaron nada. En otras partes de África ya hicieron de las suyas. Lo único fueron los calvinistas que huyeron de Francia para unirse a los holandeses y entre los dos formaron el idioma africáans y el grupo de los africaanders. Esta carretera al castillo es muy secundaria y no está en muy buen estado – aclaró Bernstein.

Al cabo de un rato de rodar por aquella estrecha carretera, señaló hacia arriba y continuó hablando:

-Ya estamos llegando al Schloss Duwuisib. Véanlo, parece una fortaleza prusiana bien construida.

Al llegar a la gran puerta principal se apearon. Entonces Rosemary dijo:

-Está cerrado y parece abandonado. Rojizo, torres almenadas, ventanas… ¿No vivirá aquí ningún conde Drácula?

-¡Nooo…! El castillo de Vlac Dracul está en Rumanía, y tampoco aquí hay fantasmas como en los castillos ingleses. Algo abandonado parece, o bastante. Mejor cuidados están los castillos del Rhin en Alemania. Una lástima que no podamos entrar y verlo.

-Pero como no tenemos prisa podemos descansar un rato, tomar café, y charlar. Miren allá, está un señor sentado en una silla con un trípode pintando un cuadro, y también un coche, que parece un Citroën 2 CV furgón, o dos caballos. Debe ser un artista pintando el castillo. Deberíamos hablar con él – propuso Christopher.

-Si él no tiene nada en contra, y no le molestamos en su trabajo, lo intentaremos después. Tal vez sea un simple aficionado – le contestó Samuel.

- Verdaderamente este castillo no tiene ningún parecido con la Alte Festung, o Vieja Fortaleza, de Windhoek – comentó Rosemary.

- Los alemanes fueron unos especialistas en construir fortalezas impresionantes en sus colonias, y más en Tanganica que aquí. Es lógico, África del Sudoeste estaba y está menos poblada.

Después de contemplar un buen rato el paisaje e intercambiar opiniones sobre lo que observaron, decidieron bajar para hablar con el pintor, que unas veces sentado y otras de pie, daba pinceladas sobre un lienzo. Al acercarse Bernstein, comprobó que era un kleurling, o Mischling en alemán, le dio los buenos días en ese idioma y le preguntó si le molestaban en su actividad. Contestó en la misma lengua y les dijo que se alegraba de hablar con alguien. No era un aficionado, sino un pintor profesional, que solo había estudiado en una escuela elemental de arte.

- Lamentablemente nunca pudo asistir a una buena academia. Vivo de mis cuadros y con eso logro mantener a mi mujer y mis tres hijos. Ahora hago una tournée por esta zona de algo más de veinte días y así llevar algo del campo a la ciudad. Pinto montañas, animales, granjas, pueblos, paisajes… Vivo en Windhoek, y a la gente de allá les agrada tener un poquito de estos parajes en sus casas. También me gusta pintar retratos. Los blancos pagan bien por eso, pero a nosotros, los de color no nos hacen esos encargos, y los míos, los de color, pueden pagar poco. Ahora estoy pintando el castillo, este es el tercero que pinto; lo hago desde distintos ángulos.

En este momento el pintor se dio cuenta de que Chritopher y Rosemary no entendían el alemán y cambió al inglés, preguntándoles de dónde venían, recibiendo por respuesta que de Liverpool, pero ahora estaba de misioneros en Soweto, Johannesburg,

-Mis abuelos eran alemanes, y mis abuelas, nativas namibias. El paterno murió en la guerra contra los anglosudafricanos en 1915. Mi nombre es Otto Müller, y dicen que se hospedaron en el Adamus Hotel de Windhoek. Allí trabaja un primo mío de camarero, Günther Müller, que me ayuda a vender algunos cuadros. En la tienda del hotel él se encarga de que siempre esté a la venta alguna de mis obras.

-Sí, uno alto y delgado. Lo conocimos y hablamos con él. Lo volveremos a ver a la vuelta. ¿Qué precios tienen esos cuadros?

La respuesta del pintor les pareció más que razonable, por lo que les compraron los dos ya pintados del Schloss Duwuisib.

-¿Ya no hay soldados en el Castillo? – le preguntó Rosemary.

-Ni los hay ni los ha habido nunca. Esto, pese a su forma, no es una fortaleza, sino un palacio, ya abandonado, pero palacio, y encierra una historia de amor. Al acabarse la guerra contra los hereros, en que fueron casi exterminados, hacia1908, un oficial alemán, de esos de la nobleza y con dinero, se enamoró de una bella norteamericana y le construyó este palacio. Felices vivieron en él hasta que en 1914 otra guerra, cruel como todas, troncó su dicha. Los alemanes la perdieron, y los anglosudafricanos los echaron. ¿Qué fue de la pareja? No lo sé. Desde entonces los racistas de Pretoria mandan aquí. Nosotros, los mestizos de alemanes y negros namibios, o Mischlings, formamos una minoría, algo así como étnica, en esta sociedad racista y de castas en que nos toca vivir.

- En este lugar, solo y alejado, ¿no tiene miedo? ¿Dónde duerme o habita en este descampado?

-Pues en mi Citroën. Un poco estrecho y acurrucado, pero marcha. No pago hotel, a veces difíciles de conseguir para nosotros, los de color. De fieras no hay por

aquí, pero sí serpientes y alacranes, por eso tengo este bastón al lado mío. Armas no me permiten.

-¿Y si llegan los del SWAPO? – se atrevió a preguntar Bernstein.

-Esos no vienen hasta aquí. Y si llegan, con nosotros no se meten. No pertenezco a ese grupo pero tampoco estoy en su contra, y de temerlos, nada. No se olviden de darle un saludo mío a mi primo en el Adamus Hotel.

Después de despedirse del pintor Müller, los tres siguieron hacia el sur y Bernstein les contó que conoció a un kleurling, ya mayor, que participó en la ocupación de África del Sudoeste en 1915 como combatiente en un batallón de mestizos. Dos de sus compañeros se quedaron en Walbys Bay.

Después de andar un buen rato, sin encontrar un pueblo ni un restaurante donde comer, se detuvieron para explorar de nuevo el terreno y comer las latas que traían, dando Chritopher su opinión sobre el paisaje que observaba:

-Esto, más que a la idea que tenía del Sáhara, se parece a los paisajes del Oeste Americano. Solo le faltan los cow boys con sus callos y sus pistolas al cinto.

-Pues no los eches de menos, porque por la carretera viene un grupo de ellos y con sombreros de ala ancha… ¿Serán cuatreros?... La pistola la tengo preparada en el bolsillo de la sahariana…, por las dudas.

Al acercarse pudieron comprobar que dos eran blancos, montados sobre caballos y con pistolas, dos negros, también a caballos, y más atrás, otros dos negros sobre mulos. Estos cuatros sin armas al cinto. Saludaron en inglés y siguieron su camino. Se trataba de granjeros.

-Ya es el cuarto control de policía con que nos topamos hoy. No nos paran porque somos blancos. Por esta carretera el tránsito de vehículos es poco intenso. Hay otra más al interior que comunica Windhoek y Sudáfrica que es mucho mejor y bastante más frecuentada. Esa es de primera clase Al oeste, la zona diamantífera, prohibida bajo pena de muerte – comentó Bernstein.

Siguieron, hicieron una nueva parada, y a poco de bajarse dijo Rosemary:

-Miren qué animal más raro. No se mueve ni se inmuta… Y es blanco. Parece un lagarto.

-Pero no lo es. Aquí, en la guía turística, lo pone como un camaleón, que está inmovilizado esperando a algún insecto para echarle su larga lengua. Son típicos de Namibia, y en realidad no son blancos, sino que toman ese color para rechazar las radiaciones lumínicas calurosas de estos desiertos. Otras veces son blancos por un lado y oscuros por otros, eso según la meteorología.

Poco después de este feliz encuentro, tuvieron otro no menos afortunado, el de un rebaño de óryces, con sus largos cuernos que corrían como espantados. Bernstein sacó su tomavistas y rodó esa escena.

-Hemos tenido suerte hoy, pero no me gustaría que un óryx me clavara uno de esos cuernos en la barriga. Hasta ahora no hemos visto serpientes ni detectado alacranes. Para las mordidas o picaduras de serpientes he traído antídotos. Hay escorpiones que son muy peligrosos, pero no los de esta zona… A no ser que se hayan extraviados. En cuanto a los antídotos de los ofidios no me fío mucho de ellos. Intentaremos dormir en Hemelringhauen si es que hay alojamiento en ese pueblo, porque no figura en mi guía. A veces no hay hotel, pero sí una casa donde admiten huéspedes. Por esta carretera no hay verdaderas ciudades sino pueblos, unos grandes y otros pequeños – comentó Berstein.

Encontraron donde dormir aquella noche en un albergue que en nada se parecía al Adamus de Windhoek ni al de Walbys Bay, pero donde pudieron cenar y dormir, con un desayuno decente, y siguieron la ruta deteniéndose para descansar y por si podían observar algo interesante. De serpientes hasta ahora nada, pero al fin pudieron ver un alacrán. Así. Al anochecer llegaron a Aus, que no era una ciudad como parecía en el mapa, sino un pueblo con un albergue o motel de carretera

-El motel está completamente ocupado,.. Es pequeño, y con pocos clientes se llena. Lo lamento – les dijo el dueño.

En fin, que esa noche tuvieron que dormir en el jeep, continuando viaje hasta Lüderitz según se hizo de día.

-Ahora vamos por el verdadero desierto. Se trata de un estrecho entre las dos zonas prohibidas, al norte y al sur. Sobre mediodía llegaremos a Lüderitz, antigua ciudad portuaria alemana, más pequeña que Walbys Bay y Swakopmund, con una bahía también más pequeña que la primera, y con menos calado, lo que limita el atraque de barcos de carga grandes, pero muy importante desde el punto de vista pesquero. Mañana tendré reunión. Esta tarde, libre. Comeremos aquí mariscos, para elevar nuestro ácido úrico, y comida alemana, que me gusta… Perdón, ustedes elegirán lo que quieran. También habrá comida inglesa y francesa, supongo – dio Bernstein.

Pronto pudieron distinguir la abundancia de construcciones de tipo alemán, por lo que dijo Rosemary:

-Esta ciudad se me parece bastante a Swakopmund, pero no es llana sino que tiene cuestas y es bastante más pequeña. Además, tiene calles de tierra, cosa rara en una ciudad importante. En aquella altura hay una iglesia… Sinceramente me gusta, pues parece una ciudad tranquila, como para descansar.

-Según la guía turística es la Felsenkirche, de la Religión Lutherana. Aquí los que dominan son los alemanes, a pesar de los que echaron. Esta no es una ciudad grande sino pequeña con su puerto pesquero.

Circulando sin rumbo llegaron a la Bismarck Street, donde dieron con el Zum Bären Hotel. No lujoso, pero agradable. Había otro mayor y de más categoría en esa calle pero no les interesó preguntar.

Ya descansados, bañados y cambiados de vestimenta salieron a pasear, dando vueltas por la nueva ciudad, encontrándose con varios nombres alemanes de sus calles como Zeppelin Street y la Moltke Street.

-La primera es en recuerdo del inventor del dirigible, el Graff Zeppelin, y el segundo, el nombre del general que venció a los franceses en la guerra francoprusiana del pasado siglo. Hay otros nombres germánicos que no sé a qué se refieren – dijo Christopher, y añadió –: Vamos hacia la zona marítima a buscar un restaurante a ver si consigo un auténtico Oryxschnitzel mit Kartoffelnsalat, como hace unos días.

-Y yo una buena langosta con mayonesa – dijo Samuel Bernstein -. ¿Y tú, Rosemary?

- Si hay ostras, me contento con eso. Durante el viaje por el interior la comida que conseguíamos era normal. No es que fuera mala, pero sabía un poco a la del hospital, y hoy deseo algo distinto.

Consiguieron, frente a la bahía, el restaurante que deseaban, y mientras comían, Brenstein recordaba a sus amigos algo de la historia de la esclavitud a la que los blancos sometieron a los negros durante siglos, mencionando a personajes como Toussaint Louverture. Harriette Beecher Stowe y Linkoln.

-…Después de la Guerra de Secesión de los Estados U nidos, criminales blancos inventaron el Ku Kux Klan y una vergonzosa segregación racial que perdura hasta nuestros días, y no conformes con eso, los gobiernos de ese gran país dieron unas órdenes que, para vergüenza de la Humanidad, significaban que solo un indio muerto, era un indio bueno. En noviembre de 1918, cuando se acabó la I Gran Guerra europea, el mariscal Foch, jefe del Ejército Francés, dio la orden de que las tropas negras del Ejército Norteamericano, que le ayudaron a ganar la guerra contra los alemanes debían abandonar enseguida el territorio galo… Buen agradecimiento de ese mariscal y de esa nación a quienes les ayudaron a salir del atolladero. La brigada Lafayette, compuesta por unos doce pilotos norteamericanos, entre ellos un negro, y que tan valientemente luchó contra los alemanes al lado de los franceses, y de la que murieron la mitad, cuando se incorporaron los Estados Unidos a la guerra, los supervivientes fueron movilizados para su ejército del aire menos el negro. Era una indignidad que un negro pilotara un avión militar de esa nación… Tuvo que dedicarse a pilotar aviones del servicio postal el resto de su vida laboral. Tal vez gracias a eso salvó su vida. En la II Gran Guerra, negros y blancos iban en tropas separadas…, y pretendían dar lecciones contra el racismo a los nazis.

-Miren ahí está la Hartmann Haus, antigua construcción alemana. De algún potentado tuvo que ser. Su nombre es igual al de un médico alemán, muy amigo nuestro, de la Tropical Medical School de Liverpool, que está escribiendo un libro sobre los experimentos de los médicos de la muerte en los campos de concentración nazis – dijo Rosemary.

-Debe ser una casa museo. En otra ocasión lo visitaremos porque ya se hace la hora de comer. Cuatro días estaremos aquí. Así descansamos. Nos sobra tiempo. Esta tarde de sábado, los dejaré libres de mí, pues tengo una reunión como las otras.

En la comida frente al mar, Bernstein le preguntó a Rosemary si tenía amistades con personas blancas en Johannesburg, a lo que contestó:

-Mi verdadera y única amistad en la ciudad es Nadine. Suelo ir a visitarla a su barrio, y alguna vez ha venido al apartamento. Con su trabajo y dos niños poco puede moverse. De blancas, solo tengo relación con dos señoras europeas que viven en el piso de arriba, la señora Brockmann, alemana, y la señora Nordstrom, holandesa. Como nos veíamos con cierta frecuencia en el portal, pues uso poco el ascensor, dedujeron que yo no era una usuaria de las varias oficinas del primer piso, por lo que hablaban conmigo hasta que una vez entablamos la amistad por invitarme la señora Bockmann, primero, y la señora Nordstoom, después, a tomar el té. Yo también las he invitado, y Christopher también las conoce, Interesantes fueron las historias de sus vidas que me han contado, y como tenemos tiempo te las voy a contar:

"- La señora Helga Brockmann está casada, y su marido, Karl, es Diplom Ingenieur, y dirige una plantación importante, propiedad de un alemán, Gerhard Fendel, hombre bastante rico. Ellos vivían en Farnkfort, donde su marido tenía un cargo importante en administración agrícola de la región, como un alto funcionario. Ella era secretaria, administrativa, y ocupaba también un cargo en su departamento. Como católicos muy convencidos, pertenecían a un partido de derechas que no admitía el nazismo y se oponía a él. Por más que les insistían en que se afiliaran, lo rechazaban, hasta que llegó un momento en que los amenazaron: o se afilian al NSAPD, o tienen que dejar los cargos. Y no les quedó otro remedio que afiliarse al partido del Monstruo, como ella lo llama. Tenían dos hijos muy pequeños. Si antes los Brockmann odiaban a los nazis, mucho más los odiaron después de su afiliación. Con las anexiones de los Sudetes y de Austria, el marido se quedó muy disconforme. "Eso no llevaría a nada bueno, porque después vendrían otras, y hasta pasaría como lo del cántaro que tanto fue a la fuente hasta que se rompió", decía el señor Karl Bocumann. Grande fue su disgusto cuando se invadió Polonia, y no solo de él, sino también de nuestros vecinos que no olvidaban lo del catorce… Pero con tantas victorias fáciles y rápidas la gente se iba entusiasmando. Un mes antes de la invasión de Holanda, mi marido fue movilizado como oficial, y entró triunfante en los Países Bajos, pudiendo contemplar a Rotterdam completamente destrozada… Al poco tiempo, como era de la Alta Silesia y entendía y hablaba polaco, lo mandaron a Polonia en una unidad de apoyo a las SS que combatían a los guerrilleros polacos, donde se pasó el resto de la guerra"

Hizo una pausa para tomarse un refresco y Rosemary preguntó a Bernstein si lo estaba aburriendo, porque una cosa es oír la historia de parte del que la vivió, y otra es oírla de segunda mano, pero Bernstein, muy interesado, le pidió que siguiera, con lo que continuó:

- El señor Brockman tuvo que presenciar cosas terribles, como enlace que era entre cuadros de la Wehrmacht y los temibles SS y Gestapo. Solo al final del conflicto tuvo que disparar, lo demás fue labor burocrática y en servicio de transmisiones. Vio torturas, pero lo más terrible para él era presenciar ejecuciones, o bien por horca, o bien por fusilamientos. Tenía que salir al campo para acompañar a sus camaradas de las SS en sus labores de limpieza, donde pagaban justos y pecadores. En el cuarenta y tres, desde un camión de transmisiones participó en la represión del levantamiento del Ghetto de Varsovia, estando muy enterado de todos los horrores que se sufrieron allí. Nunca perteneció a las SS ni lleva tatuado el grupo sanguíneo bajo el brazo como lo hacían aquéllos. Luego, cuando el levantamiento de Varsovia en agosto del cuarenta y

cuatro hizo lo mismo que cuando el Ghetto, con la represión y completa destrucción de la ciudad. Luego vino la retirada…Contaba que en cierta ocasión, no especificaba fecha, unos campesinos de los alrededores de la importante ciudad de Lublín, ayudaron a unos guerrilleros, y tuvo que presenciar como los SS, en represalia, asesinaron a unos veinte mil polacos de las aldeas de esa zona, Fue horrible, porque en uno de esos pueblos, solo quedaron vivos el cura y el sacristán que se escondieron en una cripta, y unas veinte mujeres, a las que el sargento encargado de liquidarlas les ordenó que se que se tiraran al suelo y que no se movieran de allí hasta la noche. El sargento disparó unas ráfagas hacia el techo, y al salir de la casa dijo que las mujeres estaban muertas.

- ¿Y cómo pudo enterarse de eso?

-Primero porque se lo contó el sargento, y segundo porque, como sabía polaco, se vistió de paisano e hizo indagaciones. Muy mal la pasaron después de la toma de Varsovia por los rusos, llegando momentos en que tuvo que disparar, huyendo a la desesperada, en camiones o a pie, hasta que con un grupito de SS llegaron a un aeropuerto en el sur de Polonia, Encontraron un Junker en un aeropuerto del que se apoderaron a punta de pistola, atravesaron las montañas y entraron en Checoslovaquia. Casi sin gasolina, y tras un mal aterrizaje, se encontraron en un aeropuerto alemán, donde permanecieron hasta la llegada de los soviéticos y checoslovacos. Había muchos SS en ese aeropuerto, de forma que los checos, al legar, apartaron a un lado a los SS, y al otro, a los normales de la Wehrmacht y Luftwafe. Con unas ametralladoras, mataron a todos los SS… Él decía que ya se vio muerto, pero no fue así, lo llevaron a un campo de concentración, cerca de Gablonz, donde estuvo trabajando hasta que se hartó de aquello y en compañía de otro compañero logró escaparse, pasándolo muy mal por el camino, donde todos eran enemigos, robando para comer, hasta que pisaron territorio alemán. Sinceramente, ya lo daba por muerto". ¿Te estoy aburriendo con el cuento, Bernstein?

-De ninguna manera. Lo encuentro muy interesante, Sigue,sigue…, que eso es como una novela.

- Y a mí hay detalles que no me contaste o ya los había olvidado. Cuéntanos ahora algo de la señora Brockmann durante ese período le recordó Christopher.

- Eso también fue interesante. En Frankfort la trasladaron a la sección de distribución de alimentos y racionamientos durante toda esa época. Tuvo que sufrir los bombardeos, el miedo y el terror de todo aquello, más la an– gustia de la ausencia de su marido, que solo apareció tres veces por su casa. Frankfort fue casi completamente destruida, pero su barrio quedó en pie. Como era de buen parecer, sufrió el acoso de los jerarcas nazis que dirigían aquellas oficinas, que querían usar y abusar de ella, prometiéndole incluso el traerle a casa a su marido si se les entregaba, pero nada consiguieron. Hubo uno que hasta la amenazó con enviarla a una fábrica de armamentos lejos de la ciudad, y así me contaba:

"Tuve que defenderme de los míos, y en aquel desastre, me refugié en mis hijos y en la Iglesia en la que fui educada. Mis familiares habían desaparecido, y mis amistades se fueron dispersando. Es verdad que surgieron otras, que con frecuencia venían a llorarme la muerte de un familiar en los frentes de Rusia. Allí desaparecieron mis dos hermanos… Y llegó el final, los americanos se acercaban, y nuestro jefe de barrio nos reunió a las mujeres diciéndonos que teníamos que defender nuestra dignidad

de mujeres alemanas hasta la muerte si era necesario. Nunca entregarnos, bajo ninguna circunstancia, a nuestros enemigos. Él era un pájaro de cuentas que bien se aprovechó de las que pudo. En cambio nuestro párroco nos dijo que sí mostráramos resistencia, pero no a costa de nuestras vidas, que eso no sería pecado ni deshonor. Habíamos perdido y mucho tendríamos que sufrir, pero que después vendría la calma y un nueva vida, surgida de las ruinas de la locura de unos desalmados, que no pocas fechorías obligaron a los alemanes a hacer en los países bajo dominio nazi. Se ocupó Frankfort, llegó la paz, y a los pocos días se presentaron unos soldados norteamericanos a registrar la casa por orden de la comandancia de las tropas de ocupación del barrio. Registraron y se llevaron las cosas de valor que tenía. Pocos días después apareció otra patrulla con la misma misión, y se llevaron otras cosas de cierto valor que habían quedado… Y no paró la cosa ahí, sino que otra patrulla volvió a la semana siguiente para registrar, llevándose lo poco que quedaba de algún valor… No pudiendo resistir más tanto registro y saqueo, me armé de valor y fui a ver al comandante norteamericano del barrio, que me respondió, que él, ciertamente, podía registrar las casa que considerara oportunas, pero que hasta este momento no había enviado a nadie a realizar ese cometido… Los muy sinvergüenzas me habían desvalijado la casa, no dejándome nada para vender en los mercados callejeros, y yo, sin trabajo, y mis dos hijos yendo a comer a los lugares donde daban la sopa de caridad…".

-En fin que así fue hasta que encontró un empleo.

- No, y esto no lo sabe ni Christopher, y hasta me da pena contarlo, porque Frau Brockmann es una persona muy agradable y amable, y no debería decírselo a nadie, pero ya que estamos lejos, y como confío en ustedes plenamente, voy a continuar. Pero de esto ni media palabra a nadie, y así continúa la historia:

-Pocos días después aparecieron un sargento americano de unos treinta años, con pistola en la cintura, y un cabo jovencito, que al llamar a la puerta les dio a entender que allí nada quedaba para robar, que se fueran. El sargento le dijo que ellos no venían a llevarse nada sino a acostarse con ella, por las buenas o por las malas. Que escogiera, y echaba mano a la pistola. No le quedó más remedio que llevarlo a su alcoba. Como ya dije, era y es una mujer guapa. Al acabar le dijo que atendiera bien al muchacho, que era la primera vez que lo hacía. Entonces pasó al joven, que no le hizo nada, sino sentarse en una silla y preguntarle cosas de ella y de su familia. Después de un rato, la señora Brockmann en la cama esperando otra violación, el joven le entregó unos dólares y se marchó. Bien le vino aquel dinero, y hasta desconsuelo sintió por el cabo. Desconsuelo que no duró mucho, porque a los seis días apareció de nuevo con un gran paquete con alimentos enlatados, chocolate y otras cosas. Y esta vez fue ella la que se lo llevó a la alcoba, porque él no se atrevía. Se enamoró de él por lo amable, educado y bueno que era. El muchacho, por sus amistades, le consiguió un empleo en el club de oficiales americano, con lo que las condiciones de vida de ella y de los niños mejoraron. Como era guapa volvió a sufrir de nuevo acosos en su lugar de trabajo por parte de los militares que no había cosa que no le ofrecieran. Pero ella ya tenía a su Harry, y no necesitaba de otros. Sintió que estaba embarazada, y se alegró de tener un hijo de él. Como la felicidad no dura mucho, un día lo destinaron a Grecia, y poco después recibe la noticia de que había fallecido en un accidente de tránsito, disculpa frecuente para minimizar bajas en acciones de guerra, sobre todo en las no declaradas. Una nueva frustración surgió cuando se dio cuenta que la criatura era el vivo retrato de su verdadero padre, el sargento violador, pero lo aceptó como un hijo más, como si fuera de Harry, el segundo gran amor de su vida, pues era el recuerdo que le quedaba de aquel

muchacho, más joven que ella pero al que tanto quiso. Por eso al niño le puso el nombre de Heinrich, para así no olvidarlo… Esto nos lo contó a Nadine y a mí. Ni su marido sabe que se enamoró del joven norteamericano. Sabe que no es suyo, pero lo aceptó como tal. Como decía es un mal menor que esperaba de la guerra. Actualmente es el más apegado al padre. Ni a su amiga íntima, la señora Nordstrom se lo ha contado.

-Entonces el señor Brockmann nunca le pidió cuentas por eso.

-Cuando llegó a su casa y verla en pie, completamente abatido por la guerra, el cautiverio, la huida y hasta la convicción de que su familia había desaparecido, se llevó una gran alegría al comprobar que su mujer y sus hijos continuaban en este mundo. Al ver al pequeñito preguntó "¿Ese quién es?", y ella le respondió "me violaron unos soldados"… "¿Rusos?, y le contestó "no, norteamericanos", "Menos mal", fue todo lo que dijo el señor Brockmann, y lo aceptó como hijo para siempre. Que esto quede entre nosotros, las dos familias, Bernstein y Palmer, pues Helga Brockmann es una gran señora y una buena amiga. Como nos vamos a quedar aquí cuatro días, mañana les contaré las peripecias de la señora Nordstrom, y tal vez la segunda parte de la historia de los Brockmann. Ahora voy a darme un baño como en Walbys Bay.

Esta vez aguantó cinco minutos, saliendo de nuevo titiritando y encontrándose a sus dos acompañantes tumbados en la playa sin camisas, para poder tomar un poco de sol, y oyó que Bernstein decía:

-Toda la tarde la tendrán libre de mí, y volveré a la noche. Hasta el desayuno no los volveré a ver. Tengo que cumplir la misión que me encargaron.

Después de descansar un rato tras el almuerzo, lo que se dice hacer una pequeña siesta, los Palmer salieron a dar otro paseo y a sentarse a contemplar la bahía con sus numerosos pesqueros, gaviotas revoloteando, algún que otro pelícano, personas paseándose, a veces con su perrito o un gran perro. Pero esta vez no contemplaron la puesta de sol sino que se encontraron un cine en que se proyectaba una película, "Woemen in Love" (Mujeres enamoradas), con Barbara Streisand, que, por ser una de las actrices preferidas de Rosemary, entraron a verla.

Al desayuno volvieron a ver a Samuel Bernstein, que les dijo que había vuelto tarde aquella noche, y que en su momento les contaría de que se trataba, pero que, en Namibia, no convenía decir nada. Lo mejor era ir con el jeep a ver las focas y las aves marinas a la barrera que, como en Walbys Bay, formaba la bahía, a lo que respondió Rosemary:

-Eso, lo mejor es dejarlo para la tarde, nosotros no debemos olvidar que somos misioneros y hoy es domingo. Debemos buscar una iglesia para la misa.

-Pues bien, vamos. Hace tiempo que no piso una iglesia cristiana – le contestó Bernstein.

Y en su búsqueda salieron hasta encontrar una, frente al mar, en la que esperaban fuera tres blancos y cuatro bantúes. Resultaron que eran el capitán y dos tripulantes de un pesquero español y cuatro bantúes angoleños, también pescadores, hablando entre sí amigablemente. En esto salieron varios bantúes de la iglesia. Al preguntarles de a que religión pertenecía la iglesia, le contestaron que a la católica, y

que los que salían habían participado en la misa en lengua ovambo, y que ahora comenzaba la segunda, en idioma alemán, a la que ellos asistiría a esa. La tercera, sería en inglés Al preguntarles por una anglicana, uno de los angoleños les dijo:

-Por esa calle que sube, al pasar la segunda cuadra, a la derecha la encontrarán.

-¿Y en qué idioma se entienden ustedes? – preguntó Christopher al capitán español

-Nosotros somos de Galicia, al noroeste de España, donde hablamos un idioma muy parecido al portugués, que hablan estos angoleños, y nos entendemos perfectamente.

Y hablaron un rato hasta que llegó un blanco, algo mayor, que les recriminó, en africáans, que estuvieran confraternizando con negros.

-¡Váyase al cuerno, viejo racista imbécil! – le respondió, también en africáans Bernstein.

Y aquel individuo se alejó lanzando improperios y amenazando con el puño en alto. Unos cuantos blancos, cinco mestizos, dos bantúes y los pescadores entraron en la iglesia. Los tres amigos fueron a buscar la que deseaban, no tardando en encontrarla.

-Aquel bestia, con gusto, ´nos hubiera denunciado a la policía – comentó Bernstein.

Por la tarde fueron a la barrera que protegía a Lüderitz para ver animales y mirar desde otro ángulo la ciudad y los atracaderos.

-Vean el espigón que construyeron para que pudieran atracar grandes pesqueros. Al revés de Walbys Bay aquí no se ven grandes cargueros. El poco calado de la bahía lo impide

Cuando se cansaron de los juegos de los animales marinos volvieron a la ciudad, y allí sentados en un banco, a la sombra de un arbolito, Samuel Bernstein le pidió a Rosemary que continuara con la historia de los Brockmann.

-Según llegó a Frankfort Karl Brockmann, intentó por todos los medios recuperar su puesto de funcionario de la administración. Era a finales del cuarenta y siete, y todavía regían leyes de desnazificación, que a él se las recordaron los funcionarios en activo, y más aquellos que fueron auténticos nazis, y que se caracterizaron por hacer daño a otras personas. “Tú fuiste un peligroso nazi, miembro de las SS y de la Gestapo. Procura no remover nada porque puede ser peor para ti”. Él protestaba, arguyendo que él no hizo nada, y que dónde quiera que estuvo, si hizo mal fue porque lo obligaron. “No nos vengas con argumentos falsos, que sabemos perfectamente la clase de persona que eres, y no insistas ni nos hagas perder el tiempo, porque es en la cárcel donde deberías estar. Ahí está tu expediente, y eso va a misa. Búscate un empleíto en lo privado, ahora que empiezan las industrias a funcionar y no armes ruidos hasta que se vaya olvidando lo pasado”, le decían entre otras cosas y amenazas. Solo en la construcción encontró trabajo, y mal pagado, pues fuerzas no tenía

muchas. Ya pesaban sus años. y las energías que tuvo, las había perdido en la guerra. A su mujer, siendo guapa, y que no se entregaba a ciertos oficiales del club, la despidieron, viéndose obligada a trabajar de limpiadora- y continuando la historia de la señora Brockmann, contaba:

"- Mi marido me decía que él, pese a la prohibición de confraternizar con las polacas, tuvo relación con una, pues así mataba las angustias que le entraban ante los horrores que veía. No era mala intención ni que se olvidara de mí, eran las circunstancias, y así violaba una ley de aquellos malditos. Su familia verdadera estaba en Frankfort. ¿Dejó embarazada a la polaca? No lo sabrá nunca… Le daba dinero y comida, pues tenía que mantener a un hijo. Eso fue en una ciudad; en otros lugares, cada vez que tenía que presenciar una ejecución, se emborrachaba y se iba a un burdel".

"-Viendo lo mal que andaban las cosas, aunque vislumbrándose un milagro económico, comprendió que su situación en Alemania no era nada propicia, y como varios conocidos habían escogido el camino de la emigración hacia mejores oportunidades, se acordó de que en Sudáfrica tenía un buen amigo, ingeniero, aunque no superior, o Diplom Ingenieur, llamado Gerhard Fendel, emigrado desde el año treinta, cuando contaba veinticinco años, y le escribió una carta solicitándole un empleo, si era posible, en ese país de gran riqueza agrícola. El señor Fendel, un hombre alto y bien parecido, a poco de llegar allá se casó con la hija de un terrateniente africaander, poseedor de buena plantación de frutales y hortalizas para las industrias de enlatados, viñedos con vinos de marca reconocidos, ganadería y otros productos. Hombre activo e inteligente supo incrementar aquel patrimonio, y al recibir la carta de su amigo, no tardó en contestarle que se viniera, que lo necesitaba en su hacienda como administrador, pues bien conocía sus cualidades. Karl Brockmann enseguida vendió su casa y con su familia se puso en ese país del hemisferio sur. Su plantación estaba a unos ochenta kilómetros al sudoeste de Johannesburg, y el señor Fendel no tenía una casa, una sino una mansión, y su principal orgullo eran unos caballos de carrera. Allí había de todo lo que una buena hacienda agrícola necesitaba. Al recién llegado le correspondía una bonita casa muy próxima, digna para un jefe blanco, mientras otras cuatro menores cercanas eran para los capataces, todos kleurlings. El resto de los trabajadores eran bantúes que vivían en poblados cercanos, unos fijos, y la mayoría, temporeros. De su matrimonia no obtuvo ningún varón, pero sí cinco hijas. Durante el período de la guerra, desde el cuarenta hasta el cuarenta y cinco estuvo internado en un campamento para alemanes, pero con ciertos privilegios, como el de las visitas de su esposa e hijas, dándose el caso de que una nació en ese período, la llamada Rita. Nunca perteneció al Partido Nazi, pero simpatizó con él hasta que el desembarco en Normandía le dio a entender que su suerte estaba perdida".

-¿Y las amistades del señor Brockmann cómo eran aquí?- le volvió a interrumpir Bernstein.

-Pues la señora Helga me contaba que eran muy selectivos después de las horribles experiencias de la guerra:

"Para nosotros, Sudáfrica era un dominio británico, miembros de los aliados, donde convivían restos del colonialismo y de la democracia europea, con una civilización cristiana occidental, con cierta discriminación hacia los negros, por su atraso cultural que venía de siglos, pero, ciertamente, no nos esperábamos este salvajismo del apartheid, similar al que tuvieron que sufrir los judíos en el Tercer Reich.

Encontramos libertad y tolerancia religiosas, y ciertas libertades para partidos políticos, así como de prensa, y hasta cierta justicia, pero solo cuando se trataba de blancos. Nos repugnaron muchas cosas, pero ¿qué íbamos a hacer? Ya estábamos aquí. Sabíamos de peligrosos nazis que encontraron refugio en este país, y de otros alemanes que no lo eran. Su decisión fue solo tener amistad y contacto con los más moderados, e ignorar a los exaltados, varios de los cuales ocupaban cargos en la Policía y en la Administración de Sudáfrica. También en altas empresas. En fin, nos aislamos un poco, y disfrutamos del campo y de un buen sueldo. Educamos a nuestros hijos, siendo uno, abogado, con un buen bufete, y el otro, químico, en una importante industria. El tercero estudió ingeniero agrícola, y se ha hecho novio de la más joven de las hermanas Fendel. Desde niños eran muy amigos, y me da la impresión de que será inquilino de la mansión. Actualmente es el administrador. El padre le ayuda y aconseja, y se pasa semanas con él. Todas las hermanas estudiaron. Dos están casadas con altos funcionarios de los ministerios de pretoria. La cuarta, es de la Policía de Johannesburg, casada con otro de su oficio. Ingrid estudió derecho y es una antiapartheid muy comprometida, partidaria y bastante amiga de una revolucionaria, diputada del Partido Progresista, Helen Suzman".

-Y de la señora Nordstrom, ¿que nos cuentas?

- Eso es mejor dejarlo para otra ocasión… Ya pronto se pondrá el sol, y quiero volver a cenar ostras.

-Y nosotros también – dijo Christopher.

-Pero a partir de mañana, nada más de maricos. Debemos tener cuidado con el ácido úrico – comentó Bernstein, y añadió -. ¿Pero existe alguna cosa que no haga daño o que no sea alergénica?

-Según Nadine, no, y lo mismo dice la doctora Muy–Sang, que tanto sabe de niños.

Mientras comían, Rosemary para dar por concluido el capítulo de los señores Fendel y Brockmann, les contó:

-La señora Helga también me comentó que el señor Fendel tenía una especial debilidad por las chicas morenas, procurando tener siempre en casa una empleada joven y guapa bantú que se las buscaba uno de los capataces en las aldeas de los alrededores. Así que a tres de ellas, por lo menos, dejó embarazadas, pero estas veces no de niñas, sino de varones. Cuando Frau Fendel se daba cuenta de eso, las echaba, llegando un momento en que ella se encargó de elegir el servicio: mujeres mayores y hombres. Pero él no abandonó a sus hijos naturales. Al primero, lo hizo chófer de camiones y le compró uno grande y climatizado para el transporte de frutas y hortalizas, y le hace servicios a su plantación. Al segundo lo colocó en una escuela formación especial de mecánicos, y hoy trabaja en la reparación de ferrocarriles. Al tercero le pagó los estudios de economía en la Universidad de Fort Hare, y actualmente trabaja en una sucursal bancaria del barrio donde vive Nadine. Los varones que no pudo obtener por la vía legítima, los consiguió por otros conductos.

-Vean ese pesquero que se aleja. Volverá cargado de peces – le interrumpió Bernstein, y añadió -: Y ustedes, ¿Cuándo van a tener hijos?

- Dos días antes de salir de Johannesburg, Nadine me dijo que ya estaba de dos meses – le contestó Rosemary.

- ¡Y yo, que soy el responsable, sin saber nada! ¡No te lo perdono, Rosemary! – gritó Christopher, de tal forma que el camarero acudió por si pasaba algo, pero Bernstein le explicó la causa de la alteración, recibiendo la felicitación del empleado, y les explicó:

-Como los sueldos que ganan en el Saint Batholomew´s Hospital son muy bajos, te tengo reservado un puesto en el Jericho, Christopher:

-Yo no puedo trabajar fuera de Soweto. Estoy aquí en calidad de misionero. No me autorizarán para otra actividad.

- No te preocupes, es un trabajo, pero no es un trabajo. Serás un becario en el Jericho, relacionado con la Universidad. El trabajo será de cinco horas diarias, durante seis días a la semana.

-¿Y cómo lo compagino con el Saint Bartholomew?

- Soy accionista y directivo del Jericho, y todo lo tengo estudiado. La cuestión de los horarios, de las guardias y otros asuntos. Ya te lo iré explicando, y verás que serás menos esclavo que los médicos en Inglaterra. Eso será para dentro de tres meses. Piénsalo, a no ser que decidas volver a tu país. Con el reverendo Beagle ya he hablado sobre el asunto y no tiene inconveniente… Conque prepárate a tratar a los tubabs, como llaman en Senegal a los asquerosos blancos.

-Sin decirme nada. Tú, embarazada, con estos solajeros que nos han puesto colorados, bañándote en la playa con esas aguas tan frías, esos largos recorridos en coches… ¿Qué disparate nos queda por hacer?

- Y mañana pienso bañarme otra vez. Cuanto menos se acuerde uno de que está embarazada, mejor. Hacer vida normal. La criatura saldrá cuando le corresponda.

-Eso será después de visitar la Goerke Hous, otra mansión, esta vez de un teniente Goerke, de 1909. Dice que es un monumento histórico, digno de verse. Habrá que subir una cuesta empinada hasta llegar allí – propuso Bernstein.

Hubo baño pese a las protestas de Christopher, paseo, comida sin mariscos, y por la tarde, sentados frente al mar, vieron salir un pesquero a eso de las seis y media.

-Algún día les hablaré de ese pesquero. ¿Piensas tomar precauciones con el embarazo?– les dijo Bernstein.

-Mientras no tenga molestias, ninguna, y si las tengo, o no las tomaré, o serán las mínimas. Los controles dirán. Cuanto menos me ocupe de eso, mejor.

-No hay nada como salir de su país para comprenderlo mejor y enterarse de asuntos que nos sorprenden. Mucho he meditado sobre Sudáfrica durante la estancia en Namibia, aunque sea una colonia de los racistas de Pretoria. El bosque se ve mejor desde fuera, porque desde dentro los árboles impiden su visión.

C A P Í T U L O XX

ADIÓS MAR, ADIÓS DESIERTO

Y llegó la mañana en que los tres amigos se despedían de Lüderirz y del Atlántico.

El cielo tenía un tinte marrón y el Sol apenas se vislumbraba a través de ese color

-Esto es la calima, el polvo del desierto, cosa que hace sufrir bastante a los asmáticos y a los que padecen de bronquitis…, y a los que son ansiosos, los saca de quicio. Que tengan buen viaje y regreso a casa – les dijo e conserje del hotel al despedirlos.

-.El jeep tiene mucho más polvo que ayer…A diez kilómetros de aquí visitaremos Kolmamskop, una antigua ciudad diamantífera alemana, muerta ya…, en este desierto. Esta calima nos acompañará hasta Windhoek. Veremos las arenas, que está enterrando esa otrora maravillosa ciudad.

Ya en Kolmanskop, entre la calima y las arenas que cubrían el suelo, pudieron ver las elegantes casas de entonces, unas, en pie, todavía mostrando el esplendor. y otras, semiderruidas.

Al verlas, Rosemary exclamó:

-¡Qué casas más maravillosas! Muchas conservan los techos y las ventanas…, y suelen ser más bonitas que las que nos enseñan en las películas del Oeste Americano. Las puertas están abiertas, entremos en esa para ver cómo son por dentro.

Dentro de la casa, Christopher dijo:

-Tuvo que ser propiedad de una persona muy rica, y la escalera está muy bien conservada. Voy a subir a la parte alta.

-Cuidado no se te rompa un peldaño o te caiga una viga encima, aunque parezca sólida la construcción – le advirtió Rosemary.

- Un poco hacia el norte es zona prohibida. Esta fue una importante ciudad, que tenía todo lo que se puede desear: buenos comercios, salas de fiestas, clubes, iglesias…, para qué decir más… Muchos diamantes había en esta zona. ¡Cuánto dinero dejaría! Pero todo tiene su fin. Aquí hubo una grandeza que se vino abajo, como cayó el Imperio Romano. Se agotó la fuente, y la gente tuvo que marcharse… Casas que se las tragan las arenas del desierto de Namib, que dicen que es el más viejo del mundo. ¡Cualquiera sabe! En realidad debería llamarse, o creo que lo llaman, el desierto de la muerte. ¿Hay alguno que no lo sea? Probablemente muchas casas bonitas estarán bajo las arenas.

-A decir verdad, los alemanes sabían hacer casas preciosas, con un gusto exquisito. También en orden y disciplina nos superaban a los ingleses. ¿De dónde habrá salido aquel tontaina de Wilhelm II para hacer aquella guerra?- comentó Christopher.

-Pues del vientre de su madre, que era inglesa. La reina Victoria fue su abuela materna – le contestó Bernstein.

-Pero sus dos abuelos, el príncipe Albert y el emperador Wilhelm I eran alemanes.

-¿Y quiénes fueron los imbéciles, y con qué derecho, que le regalaron al rey Leopoldo de Bélgica un territorio de dos millones y medio de kilómetros cuadrados sin pagar un céntimo ni pegar un tiro? ¡Un regalo!... ¡Asombroso!.. Y el señor se creyó con derecho a horca y cuchillo sobre los habitantes de ese Congo. Y en los acuerdos de Versalles se consideró que los alemanes, por su brutalidad, no estaban capacitados para administrar colonias. ¿Es que los otros eran mejores? Los racistas sudafricanos aprendieron de esas bestias europeas…, entre las que tú y yo nos incluimos – así concluyó Bernstein la conversación.

Bastantes fotografías y unos royos de película sacaron del lugar antes de despedirse de ese lugar que tanto les impresionó.

De nuevo en la carretera principal, vieron venir en dirección a Lüderitz un tren.

-Viene de Keelmanshop, nudo de ferrocarriles y cruce de carreteras, la puerta de entrada desde Sudáfrica. También dispone de aeropuerto comercial. Según la guía tiene más habitantes que Lüderitz. No sé cómo no me encargaron nada para esa ciudad. Desde ahora haremos trayectos un poco más cortos, para que Rosemary no se canse demasiado. Por suerte, la carretera de Keelmanshop a Windhoek es de primera clase.

- A mí se me trata como a otro cualquiera. El embarazo no es ninguna enfermedad – protestó Rosemary.

- Entonces, ¿para qué se inventó la obstetricia? ¿Para que los médicos jueguen al ajedrez en sus guardias de hospital?

A poco de llegar a la carretera principal, unos coches de policía les dieron el alto y les pidieron documentación mientras les apuntaban con sus armas, rogándoles disculpas al ver el carnet de comando antiterrorista de Bernstein.

- Perdonen, pero esta formalidad tenemos que cumplirla, han atracado un banco en uno de estos pueblos y hemos de registrar todos los vehículos. Damos por descontado que ustedes nada tienen que ver con el asunto.

- ¿Cosa del SWAPO o de delincuentes comunes…?- preguntaba Bernstein cuando fue interrumpido por un policía que venía de un coche.

- Los tres atracadores ya han sido abatidos. Se metieron en zona prohibida, y los vigilantes, buenos tiradores, los mataron. El dinero ha sido recuperado. Dejen pasar a los coches.

Siguieron su camino y llegaron a Aus. El calor, a pesar de la calima había disminuido, y se acordaron del frío que sintieron en el jeep la otra vez que pasaron. Se detuvieron `para comer en el albergue de ese pequeño pueblo, donde les sirvieron cordero.

-Tengan en cuenta que esto fue un campamento militar alemán en 1914, que al tomarlo los sudafricanos, en el quince, lo hicieron pueblo. Verdaderamente no ha crecido mucho desde entonces. A esta altura es más fresco que Lüderitz. Allá el calor es insoportable.

-Vamos a dar un paseo por los alrededores por si vemos una serpiente. Llevemos los bastones, y tú, Bernstein, ten preparada la pistola por si acaso.

Anduvieron un buen rato y no vieron, para su desilusión, ningún reptil pero sí encontraron una planta rara, de la que dijo Bernstein después de consultar la guía turística:

- Se parece con esta de la foto del libro, con sus hojas retorcidas y unas cosas parecidas a flores en el centro, debe ser una welwichia. Algo similar a un henequén marchito. Rara flora de este país. De botánica no entiendo mucho, y menos de especies exóticas. Saquémosle fotos. ¿Sientes cansancio, Rosemary?

- Ni el más mínimo. Podemos continuar porque aún está lejos la ciudad que dijiste…

- Keelmanshop. El nombre se lo debe a un hombre de negocios alemán, que dicen que la fundó, dejando ese encargo a unos misioneros, porque él nunca la visitó. Hoy es la capital de esta región.

Poco después, Rosemary advirtió:

-Detente un momento para poder contemplar a esa manada de caballos que viene corriendo hacia acá por la derecha.

Bernstein detuvo el coche a la orilla de la carretera y así pudieron ver a los callos cruzar hacia el norte, y usó el tomavistas para rodar esa bella escena, mientras explicaba;

-Dicen que estos caballos salvajes son descendientes de los que dejaron los soldados alemanes en el año quince. Están adaptados a vivir en esta zona desértica, su número va descendiendo. Probablemente algún día desaparecerán si nadie se ocupa de ayudarlos a sobrevivir. De este país solo interesan los diamantes.

Y haciendo tres pausas por el camino, sobre todo para no cansar a Rosemary, con una noche que refrescaba en esa meseta, llegaron a la ciudad de Keelmanskop encontrando pronto un hotel disponible, donde decidieron permanecer dos noches. Y así descansar. Bernstein estaba más preocupado por Rosemary que Christopher. “¿Por qué Nadine no me avisó?”, se preguntaba Chistopher que parecía ser un ejemplar de la flema inglesa. En aquel descanso de carretera, se dedicaron a visitar el

centro de la ciudad, comprobando que tenía menos cosas de valor que las otras ciudades anteriormente vistas y que las ruinas de Kolmanskop.

-Esta no es una ciudad turística sino más bien industrial, comercial y ganadera, y tiene bastante vida y animación. Y una ventaja, la de estar a más de mil metros, de altura por lo que no sufriremos los calores de Lüderitz.

Después de hacer unos paseos, comer y descasar con una siesta, Rosemary comenzó a contar la historia de la señora Nordstrom:

-El esposo de la señora Ina Nordstrom era propietario de un plantación de caucho en Sumatra, en Indonesia, entonces colonia holandesa, dice que no muy grande, pero que le permitía tener siete criados y vivir como una gran señora. Había acabado los estudios de maestra, cuando su hermana, esposa de un médico, le propuso que se fuera a ver a su cuñado por si se gustaban y se casaban. La hermana le pagó el viaje, y la cosa resultó. Eso fue a principios del treinta y nueve. Todavía había paz en el mundo. Comenzó la guerra en Europa, y luego en Asia y Oceanía. Al ocupar los japoneses Indonesia, todos los holandeses que allí vivían, fueron internados en campos de concentración. Hombres, en unos, mujeres y niños, en otros. Hambre, miseria y malos tratos sufrieron durante cuatro años. Varias mujeres fueron torturadas, y no pocas fueron asesinadas vilmente, otras murieron por enfermedades que no debían padecer. Lo mismo pasó con los niños. Y todo este tiempo sin saber nada de su marido. Hasta lo creía muerto. En cierta ocasión un niño se encontraba muy mal, armándose de valor fue a ver al comandante del campo y le planteó que debía salvar al pequeño. Al final cedió y le dio comida y frutas para la criatura, que se salvó. Entonces las compañeras dijeron que eso lo consiguió por haberse acostado con el comandante japonés. “¿Cómo podía demostrarles que eso no fue cierto?”, me contó, y continuó: “y así, un día, cuando ya no teníamos ninguna esperanza, se abrieron las puertas del campo, los soldados comenzaron a marcharse, el comandante nos dijo que hiciéramos lo mismo, como hicimos, sin saber a dónde ir, y menos mal que los campesinos nos acogieron, nos dieron de comer y se portaron bien con nosotras, y al poco tiempo me reencontré con mi marido. Fue como un milagro”

Después de una pausa, Rosemary continuó:

-Todo volvió a la normalidad de antes y hasta tuvieron dos hijos varones, pero como lo bueno no dura mucho, según salieron los japoneses, comenzó la lucha por la independencia, enfrentamientos que, por suerte, siempre tuvieron lugar lejos de su plantación. Ellos no notaron nada, hasta que llegó la independencia, y el malvado de Soecarno subió al poder y comenzó a dar leyes contra los holandeses y también contra los pobres indonesios, de tal forma que optaron por irse de ese país. Su marido escribió a un amigo que tenía en Sudáfrica, como hizo el señor Brockman, que le consiguió un puesto de administrador en una plantación contigua a la del señor Fendel. “Y aquí nos vinimos a vivir tranquilos en una casa más pequeña y con menos criados que allá. Por suerte, como Dios siempre castiga a los malos, un general de nombre Suharto lo derrocó y exterminó a todos los comunistas, ¡los muy malvados!, que dominaban aquel país, y la paz y el bienestar volvió a Indonesia. Mi marido falleció, y tengo dos hijos que hicieron estudios comerciales. Actualmente están empleados con buenos puestos, en un banco de Johannesburg”.

-¿Y no mencionó a Rockefeller? – le preguntó Bernstein.

-Nada me dijo de ese señor.

-Pues tuvo mucho que ver con todo aquello.

En el momento de partir hacia el norte, ahora por la carreta principal de la meseta, la calima se había disipado y a la salida de la ciudad se tuvo que detener el jeep porque pasaba un convoy militar de numerosos camiones, algunos de los cuales arrastraban cañones.

-Van hacia la frontera con Angola, allí tienen algo de jaleo, todavía no mucho, pero va in crescendo. Christopher conduce con cuidado. No te olvides del estado de Rosemary. Si lo hubiera sabido, no la habría metido en este viaje.

- No te preocupes que yo sé que la criatura está bien agarrada. De vómitos y malestar, nada, y en cuanto a antojos, solo el de las ostras – le respondió la chica-. Por esperar un hijo no me voy a encerrar en casa. De la misma opinión es Christopher que no se inmuta por nada, y solo vive pendiente de sus tazas de café, bien negro y azucarado.

- Otro perro grande allá a lo lejos. Lamentablemente no puedo distinguir lo que es. Poca fauna salvaje hemos visto por estos caminos… Salvo los camiones del Ejército Sudafricano dispuestos a exterminar al SWAPO. Sinceramente son pocos aún, y la población de este país es pequeña. A veces temo que vaya a repetirse lo del exterminio de los hereros. Entregué todo el dinero que me dieron en Johannesburg, pero eso es solo para gastos de propaganda y concienciación. Será una lucha larga como la nuestra…, y es muy probable que muchos tiren la toalla.

Durante la mañana parando un par de veces, contemplando alguna granja o pequeño pueblo cerca de la carretera, siguieron el camino hasta Asab, donde pararon para comer.

-Mirando el mapa parece que se trata de ciudades, pero en esta meseta semidesértica, solo son pueblos. Esta carretera es mejor que la otra y el tránsito de vehículos también es claramente más intenso. En realidad es la principal de Namibia por comunicarla con Sudáferica. Aunque podamos correr, no lo hagamos. Llegaremos con tiempo a Windhoek para tomar el avión.

Por la tarde, continuando el viaje hacia el norte, se detuvieron en una estación de gasolina en que las tres bombas eran manuales. El servidor era un hombre bajo, algo amarillento, que hablaba bien el alemán y chapurreaba algo de inglés. Bernstein mientras llenaba el tanque entabló conversación con él, que le pareció ser un hotentote. Un gran perro estaba tumbado delante de la puerta de la casa.

- …Efectivamente lo soy. Me crié en una misión evangélica alemana en el sur del país. Me hice lutherano y aprendí a leer y escribir en alemán, también en hotentote. Cuando tenía trece años me enviaron a Lüderitz para trabajar en un taller de coches de un alemán y aprender el oficio de mecánico. También me entró algo del ovambo, de africáans y del inglés. Me casé con una ovambo del norte. Cuando el jefe me propuso trabajar en una gasolinera de su propiedad, me vine a este descampado, alejado de las humillantes segregaciones del apartheid. No tenemos electricidad, y ese molino que ven sobre la casita lo puse yo para cargar unas baterías y que funcione una

pequeña nevera, La casita es de dos habitaciones, y en la tiendecita que está allí, ahora mi mujer les da clases de lectura a mis hijos. No hay escuelas en estos alrededores.

-¿Y cómo se las arreglan con la compra de comida y otros servicios?

-Tengo un viejo Volkswagen que estaba abandonado en el taller y que lo reparé. Con él voy al pueblo más cercano a buscar lo necesario para la semana. Un camión nos trae el agua y llena la cisterna. Lo mismo hace el de las gasolinas. El agua la tenemos muy racionada. De gasolina siempre hay de sobra. Por el negocio, siempre se preocupa el dueño de que esté bien surtida la estación.

Rosemary había entrado en la tienda y hablaba con la señora, pasando ese tiempo en charla con ella.

-Vean esa caseta de piedras hecha por mí. Ahí guardo herramientas para reparar alguna avería de vehículos. Unos pocos repuestos tenemos, y vendemos en la tienda aceite, lubrificantes… Según oscurece cerramos. Los letreros lo avisan, y no abrimos hasta que aclare el día… Tengo unos machetes preparados en determinados lugares por si algún malandro se le ocurre hacer algo… Los retretes están detrás de aquellos muros de piedra, y son al aire libre.

De nuevo en camino, Christopher le preguntó a su mujer sobre qué habló con la esposa del gasolinero.

-De todo. De cómo vivían tan alejados de la población, de los hijos, de sus comidas. Me enseñó el corral donde tenían cabras y gallinas, delimitado por un muro con cristales de botellas rotas en su parte alta. Por lo general, un día a la semana va él o ella en el Volkswagen al pueblo más próximo a comprar. Siempre debe quedar uno en la gasolinera. Los domingos, uno va a la misa lutherana con los chicos, mientras el otro se queda. Aunque son cristianos, todavía, y sobre todo ella, conservan creencias animistas.

-Aunque habla bien el alemán, se le nota su origen hotentote por cómo pronuncia. Hotentote es un término despectivo que emplearon los holandeses al considerarlos tartamudos por emplear el clic, o chasquido, al hablar, cosa que nosotros no hacemos. Sí lo hacen los bosquimanos, parientes suyos. Otras minorías de Sudáfrica también lo emplean - aclaró Bernstein.

Continuaron hacia el norte, durmieron en un hotel, en Mariental, y siguieron al día siguiente, subiendo por las Montañas Auas hasta llegar a Windhoek.

-Ya me han dado la dirección de un restaurante donde siempre se sirven ostras. Invito yo, y mañana…, a volar de nuevo.

C A P Í T U L O XXI

Ya convertido en matrimonio secreto la pareja Samuel Nadine, y por lo tanto más expuestos a las absurdas represiones del régimen del apartheid, un buen día Bernstein le dice a Chistopher Palmer:

-¿Aceptas la proposición que te hice de ser becario por treinta horas semanales en el Jericho´s Hospital? ¿Lo has pensado bien? Mira que será más trabajo aunque, económicamente, será rentable.

-Durante casi ocho años fui interno en el Southern Hospital y lo resistí, Creo que ese trabajo sobreañadido lo podré soportar unos años más. El trabajo en el Saint Bartholomew no me agota. Con mucha razón el director Beagle dice que evita agotamientos del personal para que puedan ganar algo más en otros sitios. Probaré, y si no me conviene, lo dejaré. En mi país, a los que estamos aprendiendo una especialidad, todo nos lo echan encima. Sí, una especie de esclavitud moderna… Además, aunque con menos frecuencia, también tenemos enfrentamientos con borrachos y drogadictos.

- Pues ahora aprovecha para descansar. Diviértete como puedas, pásalo bien con Rosemary, en teatros, conciertos, rugby… En fin, en lo que puedas, pero te impongo otra obligación, que es la de servir a la causa encargándote de guardar en tu casa la propaganda destinada a las agrupaciones sanitarias de Johannesburg, Siempre si es que la aceptas… La tendrás en casa bien guardada y escondida. No participarás en ningún acto de protesta o político, ni en el centro de la ciudad ni en Soweto. Tendrás que ir a recogerla a determinado sitio y hora. Tres personas irán a tu casa a buscar parte de ese material para luego distribuirlo, y tú llevarás otro tanto a tres sitios diferentes. En algunas ocasiones uno de los tres te las llevará Eso durará un año. Te parecerá que no haces nada contra el apartheid, pero es muy importante y las medidas de seguridad así lo exigen. Si te atrapan pagarás algo caro tu atrevimiento. ¿Aceptas?

- Sí, acepto las dos cosas, y por supuesto ya estoy harto de esos anuncios “ONLY FOR WHTE PERSONS” o “NET BLANKES”. A propósito, a Rosemary ya no le gustan las ostras, ahora prefiere carne. Ese es su antojo, por lo demás, ni una molestia.

-¿Te acuerdas de aquel pesquero que vimos salir de Lüderitz a eso de las seis y media de la tarde? Pues allí iba un médico namibio, angloalemán, que salía para Angola a curar heridos del SWAPO y de MPLA, o movimiento para la liberación de Angola, en la guerrilla que llevan en la frontera. En alta mar cambiaría a un yate que lo llevaría a una playa o a cualquier otra orilla. Difícil es desembarcar, difícil es llegar a los lugares de combate, y más difícil es permanecer con vida allí. Era el único blanco que participó en las reuniones en que estuve. Esos que luchan hasta las más infames torturas y la muerte, pese a los que muchos opinen, son personas muy apegadas a la vida. Un consejo que me dieron y que te lo transmito, si te torturan, nunca hables,

porque si delatas a alguien o a algo, el dolor que te acompañará toda la vida, será mucho mayor,

Christopher Palmer comenzó con su tarea de encargado de propaganda, que no le resultó difícil ni penosa, por lo menos de momento. Y más confianza le dio el que fuera un conocido, Tobias, resultando ser el único encargado de proporcionársela, y siguió los consejos de Bernstein de llevar a Rosemary a espectáculos, incluido el rugby.

-Estoy en el ANC desde hace cuatro años. Mi labor es más bien de chófer. Llevar cargamentos o personas de un lugar a otro.

- ¿Le pagan por eso?- le preguntó Christopher.

-No, a mí me paga la Iglesia Anglicana por los servicios que presto de ayudante en los oficios religiosos, por tocar el órgano y por ser conductor del furgón para toda clase de sus necesidades, como llevar medicamentos, alimentos y otras cosas al Saint Bartholomew. Ya soy maestro, pronto dejaré de servir a la Iglesia menos en lo de tocar el órgano, porque me gusta demasiado la música. Los del taller del reverendo Losada me están reparando un furgón algo antiguo, que pagaré a plazos, aunque me lo venden muy barato. Me dedicaré también al transporte de mercancías, con lo que ganaré algo más de dinero que con solo el sueldo de maestro. También, como transportista, seguiré sirviendo a la causa antiapartheid como hasta ahora. Otra actividad política no sé hacer.

Todo transcurría con normalidad, mientras las protestas y huelgas aumentaban pero Christpher debía ser ajeno a eso. Tenía conocimiento de detenciones y torturas, y él también tuvo que atender a un herido, que fue tratado como accidente de tránsito, al que le tuvo que extraer una bala. La enfermera que lo ayudó, y por la cual llegó al hospital, era de plena confianza. El chófer que lo trajo fue Tobías.

Y así llegó el día en que Bernstein le dijo:

-La semana que viene tienes que venir conmigo al Jericho para firmar los papeles de la beca. Tendrás dos compañeros más, pero son principiantes del todo. Tú serás algo más que un simple becario y recibirás, bajo cuerda, una remuneración extra. En ese hospital, un médico británico es una persona muy valorada, y más lo serás cuando los colegas vean lo preparado que estás. Te lo aseguro. Cuidado con los médicos. Un tercio son racistas in extremis, otro tercio, ni fu ni fa, y el otro tercio son antirracistas. En este grupo están la mayoría de los que son judíos como yo. Ten cuidado con lo que hablas, escucha y catalógalos. Ya te iré indicando en cuáles puedes o no puedes confiar… Aquí, al contrario de lo que pasa en el Saint Bartholomew escasean las personas de plena confianza. Por mi formación en Alemania, por considerarme como a Reddy Raja Konda un manitas de oro, por ser judío y por el administrador, soy uno de la junta directiva…, aparte de ser accionista. Como ganarás más, y para que respires mejor, sería conveniente un apartamento algo mayor y más cómodo. Encima del tuyo hay uno, también de la Iglesia Anglicana, que pronto quedará libre… Así Rosemary estará más cerca de sus amigas, las dos señoras que bien conoces, la alemana y la holandesa.

-Según me parece, la alemana, señora Brockmann, es muy de confianza, y se ha ofrecido para ayudarla en todo durante el embarazo. Hasta nos ha invitado a una comida en la casa de campo de la plantación.

Más trabajo suponía para Christopher el ser becario del Jericho´s Hospital, pero lo soportaba bien, sin llegar a estresarse. Siempre había problemas, pero el disponer de muchos más medios, como aparatos de diagnostico, medicamentos etcétera lo tranquilizaban, y al advertir los médicos, de que dominaba la cirugía, delegaban en él funciones que le facilitaban sus trabajos, y no solo cobraba su sueldo, sino también algunas gratificaciones, bajo cuerda, nada despreciables, con lo que los Palmer mejoraron sus condiciones de vida. Pacientes los había privados, de mucho dinero, y de mutuas y seguros muy costosos, explicándose así que Bernstein dijera aquello de" me da vergüenza lo que gano". Verdaderamente, este oftalmólogo era de los médicos mejor valorados en el hospital. A operarse con el doctor Bernstein venían no solo pacientes del Transvaal, sino también de toda la República. Así Christopher se fue dando cuenta de la cantidad de ricos que había en aquel país, y que su amigo, a pesar de su sencillez, era como un doctor Barnard de la oftalmología. Así como en el Saint Bartholomew conoció a los parias de la tierra, en el Jericho conoció a los que poseían y manejaban oro, diamantes, platino, otros minerales preciosos, grandes propietarios de plantaciones, banqueros..., y hasta traficantes de drogas y de armas. En el hospital de Liverpool atendía a todo tipo de pacientes, desde indigentes hasta millonario, pero la inmensa mayoría pertenecían a las clases medias europeas que surgieron a mediados de ese siglo XX.

-Me parece que te vas acostumbrando a este ambiente, y que ya nunca te podrás zafar de él – le recordaba Bernstein.

- De eso, ni hablar. Siempre seré un médico del Southern Hospital y del Saint Barthomew, atendiendo a trabajadores modestos. Nunca me pondré un smoking o un frac ni entraré en el Palacio de Backinghan. Tampoco jugaré al críquet con los médicos de aquí.

-¿Y si te solicitan ir a Palacio, te negarás?

-Eso no ocurrirá nunca.

-¿Problemas con la custodia o el reparto de la propaganda?

-De momento, ninguno. Tobías me dio una clave con el teléfono, por el que puedo ir a buscarla sin intercambiar palabra o él me la trae a casa, de ese modo también cito a otros. Son puntuales y disciplinados.

Como Rosemary se negó a dejar su trabajo, el parto tuvo lugar en el Saint Bartholomew. Primera niña blanca que nacía en ese lugar, pero Christopher hizo figurar que nació en el Jericho. El nombre elegido fue el de Nadine, y la doctora Jonker se encargó de buscarle una niñera bantú. Las dos señoras amigas contribuyeron ayudando a Rosemary.

Al tener noticia del nacimiento de la nieta, las dos abuelas, y perdiendo el miedo a volar la señora Sullivan, emprendieron un viaje en avión a Sudáfrica. La abuela materna se alojó en casa de su hija, y Sheila Palmer en la de la señora Brockmann, que

miraba a la pequeña Nadine como de su propia familia. Durante los quince días de estancia las dos señoras no abandonaron el centro de la ciudad.

C A P Í T U L O XXII

Nadine le preguntó un día a Christopher si no estaba agobiado con los dos trabajos, a lo que respondió con un refrán chino:

-Trabajo que se hace con gusto no es un trabajo. Sumados los dos esfuerzos es equivalente al que hacía en el hospital de Liverpool. La desventaja consiste en que ahora soy criado de dos amos. Me da pena de la escasez de medios en el Saint Bartholomew, y no me gusta, aunque en cierto grado me agrade, la abundancia de medios en el Jericho, pero eso me ayuda a estar al tanto de los adelantos técnicos. Yo diría que son dos medicinas algo diferentes, una antigua, algo pasada de moda, y la otra, muy moderna.

-A mí me pasa algo parecido, el hospital de las mutualidades de kleurlings e indios está mejor dotado que el Saint Bartholomew, pero no al nivel del Jericho.

-Como suelo dormir bien, no tengo problemas, pues aprovecho cualquier pausa para echar una cabezada. El café fuerte y azucarado me ayuda a las dos cosas, a dormir y a estar bien despierto cuando tengo que hacer un trabajo nocturno. Otros médicos tienen la costumbre de tomarse un diazepam, en las noches de guardias. Así no se enfadan cuando los llaman, y algunos, en su lugar, se toman dos o tres copitas de whisky. El jugar a las cartas o al ajedrez en las noches de guardia es tan costumbre aquí como en Inglaterra. No he de negar que varias noches, la pequeña Nadine con sus llantos me altera el sueño, pero eso es un asunto menor.

-Samuel quería que dejara el trabajo en el hospital de las mutualidades. Me negué a eso porque debía mantener a dos hijos. Él me dijo que no me preocupara porque tenía dinero de sobra. No lo admití, pero siguió insistiendo, y al final llagamos a un acuerdo: él apadrina y mantiene a Rembrandt, y yo a Critjn. De esa forma, en vez de hacer dos tardes en ese hospital, solo hago una a la semana – le contó por último Nadine.

Pronto se le acabaría a Christopher su misión de custodiar la propaganda antirracista en su casa y, ya más comprometido que antes, viendo la opulencia del Jericho se veía en la obligación de combatir el apartheid y con fuerza.

-Debo hacer algo, aunque sea poco, por la causa – le decía Christopher a Mac Leod -. Aunque sea poco… Reconozco que ni soy tan fuerte como se es necesario ni tenga mucho valor para la lucha. No puedo premamnecer inactivo ante tanta injusticia, aunque sé que soy un ser muy pequeñito.

- Mire cómo son los virus de pequeños y cómo matan. Seamos como ellos. En el Jericho´s Hospital debe tener mucho cuidado con los médicos racistas, aquí ya conoce a los chivatos. Allá debe desconfiar en todo momento de la doctora Charlotte

Diebrücke, la odontóloga, que es la jefa de uno de los llamados escuadrones de la muerte. Cuando llegó Bernstein ella estuvo intentando ligárselo, pero él no le hizo caso. Todavía le tiene cierto aprecio. Tal vez por eso no ha actuado contra su persona.

-Me la presentó una vez Bernstein, pero apenas hablé con ella. No parecía mala persona, pero no me interesó ni tengo tiempo de tener amistad con ella. Algo me advirtió, pero como son tantos los médicos racistas en ese hospital, no le di importancia al asunto

-Siga sin tratarla, pues está involucrada en asesinatos. Bañada está en dinero: el que recibe del hospital y el que le da la Policía. Y también en sangre. Esa gentuza nada hace gratis.

Como las protestas y acciones reivindicativas de carácter huelguístico iban en aumento, Christopher Palmer se sintió obligado, a pesar de su no escaso trabajo, a comprometerse en las luchas sociales de los grupos antiapartheid participando en manifestaciones no violentas, reparto de propaganda, pintadas en las paredes, borrando los carteles que indicaban lugares o zonas para blancos y no blancos… Para misionera servía Rosemary, aunque pudiera hacer poco, pero que algo hacía…, pero él no encontraba su puesto en esa actividad. Así, que una noche, con su buen todoterreno llevando a Mac Leod por un descampado en dirección a un township al norte de Johannesburg, vieron venir de frente a un coche patrulla de la policía y le dijo a su amigo:

-Cargados de panfletos como vamos, si esos esbirros nos agarran, nos matan aquí mismo. No niego que siento cierto temor, no por mí, sino por la niña y por Rosemary.

- A mí me pasa lo mismo, pero hay una cosa que me tranquiliza. ¿No se ha fijado en el pequeño canal de riego que separa la carretera por donde vamos del camino por dónde vienen? Eso es un escollo difícil de saltar. Tranquilo no nos pasará nada, sigamos a la misma velocidad, como si no tuviera nada que ver el asunto que les lleva con el nuestro… Además a estas horas ya deben estar cansados y deseando llegar a su acuartelamiento o a sus casas para echarse en una cama.

Se cruzaron los dos coches sin que sucediera nada y llegaron a su destino entregando los paquetes, sin balas en sus cuerpos ni en la carrocería del vehículo. A la vuelta Mac Leod le dijo:

-¿Tiene libre el sábado por la tarde?

-Pues sí.

-¿Le importaría venir a una reunión para charlar un rato en la Misión Católica? Vendrán unos compañeros. Se trata solo de hablar. Vendrá Chipeto que, aunque muy independiente, es un hombre muy comprometido y muy enterado de cómo van las cosas. Tengo plena confianza en él. También sentí temor al ver a aquellos que se acercaban, pues bien que los conozco. El encuentro con compañeros tendrá lugar en la Misión Católica el sábado a la tarde, después de la sesión clínica. Tomaremos café e iremos.

En aquella tarde de reunión, fueron llegando los convocados poco a poco. El padre Mahlala ya los estaba esperando, siendo los primeros Mac Leod y Christopher, luego aparecieron Chipero y Reddy Raja Konda, que iban pasando a la sacristía sentándose en los dos sillones y en sillas. El elemento femenino se vio representado por la doctora Muy – Sang, la hermana Fanny, la más joven de las enfermeras blancas y una bantú, maestra graduada. Por último llegó un mecánico del servicio de mantenimiento en compañía de Mda. Fue el doctor Chipeto el que comenzó la tertulia:

-Con lo que gano, sin ser rico, podría vivir tranquilo y cómodamente, sin preocupaciones y sin importarme el apartheid, pero eso sería muy cómodo, como hacen varios de mi grupo, kleurlings, o incluso bantúes acomodados o de su nobleza, por pertenecer a clase de los príncipes. Mandela a pesar de pertenecer a esa nobleza bantú ha enarbolado la bandera de la lucha sin importarle ir a la cárcel ni a la muerte. Tomemos ejemplo de él. Yo tengo un hándicap para todo esto, aparte de no ser un hombre valiente, soy un depresivo crónico, y de vez en cuando tomo imipramina, y además, en algunas épocas diazepam para superar mi estado, y considero que mucha mayor sería mi depresión si me encerrara en mi casa o en mis consultas sin hacer nada… Nuestro temas de hoy a tratar, es el de Gandhi en Sudáfrica, y que cada cual exponga su opinión. Lo bueno hubiera sido traer a un gran experto en el tema, que los hay, y yo conozco a uno de la Withawatersrand´s University, pero que se me ha escapado. Hoy está en Durban dando una conferencia. Colaboro con varios grupos antiapartheid pero no pertenezco a ninguno. Mi fobia a las disciplinas me lo impiden, pero no dejo de contribuir económicamente a ellas y el de participar en acciones, que me han llevado a comisarías e incluso a la cárcel, y a pagar alguna multa. Admiro a todos los movimientos, y sin duda más, al Congreso Nacional Africano, pero también al valor del uMkhonto we Ziswe y al partido Pan – Africano cuyos miembros se están jugando la vida diariamente como en los peores frentes de guerra. ¿Qué opinan ustedes?

Y el padre Mahlala respondió:

-Yo opino lo mismo, y que lo ideal sería hacer una guerra para echar al mar a esos energúmenos de los racistas, pero Mandela no opina igual, sino que hay que evitarla a toda costa. Mal está la gente como estamos, pero peor lo estaríamos con una guerra declarada cuyas posibilidades de éxito serían nulas, pues los amigos europeos y norteamericanos de los racistas no permitirían que venciéramos. Nosotros los bantúes somos la mayoría, pero sin una unidad lingüística ni nacional única, con rivalidades que vienen de siglos... Para Mandela los blancos son una nación o tribu sudafricana más, de la que no podemos prescindir a pesar de las ofensas recibidas. Tienen el mismo derecho a vivir y a trabajar aquí como los miembros de la tribu más antigua, pequeña y olvidada de los oriundos de este país, y los necesitamos. Solo una lucha pacífica y larga puede vencer a los elementos recalcitrantes Las guerras siempre traen desgracias que no podemos prever…- y siguió con otras consideraciones

-Hay que reconocer que el Mahatma Gandhi, durante los veinte años que estuvo aquí no se preocupó para nada de los negros, a los que llamaba Kaffirs, cafres, como los árabes llaman a los herejes, gente inferior. Por lo tanto no podemos tomarlo como ejemplo a pesar de su lucha por los alrededor de ciento cincuenta mil indios que vivían aquí entonces, trabajando en condiciones similares a las de los bantúes de hoy,

en los trabajos más duros, como el corte de la caña, pero para él, nosotros fuimos un cero a la izquierda – opinó Mda.

A lo que Chipeto respondió:

-Tiene razón, doctor Mda, en lo que ha dicho. El Mahatma (Alma Grande) Gandhi, vino a Sudáfrica para defender a los intereses de los indios. Lamentablemente, ni aquí ni en ninguna parte del mundo a finales del siglo XIX, y vergonzosamente, los negros estaban mirados como seres con derechos a pesar de la abolición de la esclavitud, la persecución de la trata y de otros retoques cosméticos que hacía los blancos, olvidándose o dando la espalda al cristianismo que dicen que profesaban. Pocos eran los que se daban cuenta de eso. Gandhi era un indio de una casta superior, y eso se lo metieron hasta la médula en su educación, de lo que estaba muy convencido. Estudió, primero en la India, y en esos principios, como yo, perteneciente a una clase media alta dentro de los kleurlings, hasta que me di cuenta del error en que estaba, luego lo mandaron a la Inglaterra victoriana, país muy clasista, con unas universidades para formar gente en esos principios. De allí salió muy convencido de que los indios eran, en todo, similares a los británicos, pero nada más. No se fue de Inglaterra ni con las ideas de Marx ni de Engels, ni de Bakunin, ni de otros revolucionarios de la época. Cuando lo mandaron para acá llevaba muy marcadas las ideas de las castas indias, y de esas, las de las superiores, y las de las clases altas británicas. Él, muy probablemente, se consideraría un ser superior, pero se encontró que sus compatriotas estaban más subvalorados que en la India, por lo que se sublevó contra lo que él consideraba un doble atropello: los indios en Sudáfrica eran infrahombres, como los bantúes, considerados sin derechos y sin dignidad. Y creyó que los indios debían tener más derechos que los bantúes, luchando con acciones, movilizaciones y también con negociaciones para alcanzar pequeñas ventajas y condiciones de vida. ¿Hizo bien o hizo mal quedándose ahí? Opino que un hombrecito como él, con su voluntad de hierro, algo consiguió, El general Smuts, los ingleses y los blancos en general no le permitían más. Apoyó a los ingleses en la lucha contra los boers, tal vez por considerarlos más tratables que a los africaanders. Incluso organizó unos batallones indios de apoyo, para servicios, no para combatir, pues tropas salvajes no podían luchar en aquella guerra.

- Es decir que se quedó corto, y se volvió a la India con el trabajo a medio hacer – opino Mac Leod.

- Efectivamente, así fue. ¿Pero quién en este mundo lleva a feliz término un trabajo de esa envergadura? Piense en otros, por ejemplo, en Toussaint- Louverture el primer dirigente que consigue la victoria de una lucha contra la esclavitud y fundar un estado negro en Haiti. Fue esclavo y liberado por su amo, que le dio cierta cultura y alguna propiedad, llegando a tener hasta trece esclavos propios. Los liberó, e, influido por la Revolución Francesa, se sublevó contra el colonialismo francés. Llegó a ser general del Ejército Español, cosa anacrónica porque España era una nación esclavista como todas las europeas. Luchó toda su vida contra la opresión, y, como premio, murió, en condiciones horrorosas, en una cárcel francesa. El mismo Lincoln, luchador contra la esclavitud y que conocía poco a los negros, dudaba de la capacidad de esa población de poder desenvolverse y encontrarse como hombres libres en los Estados Unidos, de tal forma que un dirigente negro le dijo: “si durante doscientos años hemos trabajado como esclavos para alimentarnos a nosotros ya a ustedes, ¿no vamos a saber hacerlo cuándo seamos libres?”

- En fin, que no hay que luchar solo contra el enemigo, sino también contra nuestras propias contradicciones – dijo Mac Leod.

- Así es, y esa lucha es muchas veces más difícil que contra el enemigo declarado. Provocaciones y lucha pacífica fueron sus armas principales. Mandela, con su mensaje desde la Isla de Robben es algo así como los que Gahndi mandaba con sus ayunos y prisiones. Su mujer murió en la cárcel. ¿Qué pasará con Mandela? ¿Le espera el fin del gran Luthuli, asesinado en 1967? Aquella marcha de la sal, organizada por Gandhi en la India para no pagar impuestos a la Corona Británica o de sentarse al lado de la rueca para hilar y no comprar tejidos británicos eran luchas pacíficas que exasperaban a los ingleses. Churchill poco menos que lo odiaba porque hacía tambalear al Imperio Británico. No le dieron el Premio Nobel de la Paz porque decían que siendo un gran luchador pacífico, cuando actuaba en política era tan mezquino como los demás. Él nunca ocupó un puesto político, y Churchill sí, y le concedieron un Nobel de literatura. Fue otro gran luchador, pero dar ese premio por escribir telegramas pareció algo excesivo, y lo es. De Gandhi aprendimos mucho, y su espíritu no planea solo sobre la India sino también aquí. ¿Hubieran seguido los bantúes de entonces a un llamamiento de un indio?...

A las seis, Christopher Palmer tuvo que irse, pues una guardia le esperaba en el Jericho. La reunión continuó, durando un par de horas más, en la que se plantearon otras ideas filosoficopolíticas.

El lunes siguiente, durante una pausa en quirófano, Christopher tuvo ocasión de hablar con la monja enfermera blanca joven, con la que tenía poca relación, y le preguntó cómo terminó la reunión, recibiendo por respuesta:

-No acostumbro asistir a reuniones de tipo político, pero como esta vez se trataba del Mahatma Gandhi, a quien admiro, no pude evitar la tentación de asistir. Por ser antirracista estoy en Soweto sin los permisos necesarios, pero no soy política. Para mí Gandhi era un hombre muy parecido a Jesucristo, y, aunque no era cristiano, según aclaró bien el doctor Chipeto, mantenía una buena relación epistolar, durante su estancia en Sudáfrica, con León Tolstoy, hombre muy cristiano, y luego con Rabindranat Tagore, que, aunque hindú de religión, era más cristiano que los que así se llaman. Es verdad que Gandhi no hizo nada por los bantúes, y hasta dicen que los menospreció, pero le hubieran permitido los británicos o los africaanders que se proclamara libertador de la mayoría de la población. Los indios solo eran una minoría, y él era un hombre pequeño y enclenque, algo así como Charles Chaplin que hizo reír a todo el mundo con su tipo, sus gestos y sus provocaciones. Porque Charles Chaplin provocaba en sus películas a todo el que podía para producir hilaridad. Gandhi hacía algo parecido, pero para combatir las injusticias contra los indios en Sudáfrica. ¿Hubieran seguido los bantúes de aquí a un extranjero que desconocía sus lenguas, sus costumbres y que les producía desconfianza? Probablemente se hubiera estrellado como tantos misioneros europeos que intentaron ayudarlos. El grado de analfabetismo era muy grande. Para los europeos Gandhi era un negro, y para los bantúes era un blanco. ¡Cuidado con él!... creo que bastante hizo con intentar defender a esos ciento cincuenta mil indios. No tenía capacidad paras más.

-¿Y de su actividad en la India que se opinó?

-En eso todo fue positivo. Hay cosas incomprensibles para nosotros y que no debemos imitar, pero sí lo de que un hombre de casta superior se acercara a los parias y a otros inferiores a estos y los considerara como sus iguales. Lástima que de eso no se acuerden muchos indios. El doctor Reddy Raja Konda lo toma como ejemplo para su vida, siendo vegetariano integral como él. Lo alabó al máximo, y dijo que la lucha de Mandela está inspirada en Lenin, por la cuestión social, en Jesucristo, por el amor al prójimo, pues es metodista, religión que basa su creencia en los orígenes del cristianismo, y en Gandhi, como lucha pacífica… ¡Cómo un hombre que apenas tenía tan poco cuerpo pudo movilizar a tanta gente! Todo ser humano tiene contradicciones y los próceres no están exentas de ellas.

Y la conversación se interrumpió por tener que hacer otra operación.

Hablando con Bernstein, un día Christopher le comentó la opinión de un paciente europeo, turista, que le decía que Sudáfrica era un paraíso porque a dónde quiera que iba solo encontraba maravillas: preciosas casas de campo, palacetes, mansiones, edificaciones, campos bien cultivados, espacios de golf, de críquet, de polo, maravillosos jardines, deslumbrantes clubs náuticos con buenos yates, hipódromos, grandes avenidas arboladas.... ¡Qué plazas!...

-Sí, sí. Todo, verdad, pero seguro que nunca estuvo en un barrio reservado para los bantúes, y tampoco visitó la Isla de Robben ni otros hoteles similares.

El tiempo pasaba y tanto la lucha soterrada como a pecho descubierto continuaba y se incrementaba, así como la conciencia de los Palmer contra las injusticias. Era verdad que no se parecía a la guerra de Argelia ni a las de los vietnamitas por sus independencias, pero era una lucha larga y penosa. Una triste marcha, que no se podía detener.

En este ambiente de enfado, se convocó una manifestación de protesta, solo para blancos en una zona céntrica de Johannesburg. Sería una manifestación relámpago, gritar, lanzar panfletos y dispersarse, y se calculaba que asistirían entre doscientas y trescientas personas, gente muy concienciada, pero se unieron kleurlings, algunos asiáticos y hasta bantúes, superando la cifra de cuatrocientos. “Era una manifestación racista y machista porque solo estaban convocados blancos, y por miedo a la bofia, no deseábamos mujeres”, decía Bernstein que venía acompañado de otro médico del Jericho. En ella estaban, superando los pocos minutos calculados para dar gritos contra el gobierno de Pretoria y lanzar los panfletos, cuando apareció la policía dando disparos al aire y porrazos a quienes podían, o golpeando con cadenas. Todo el mundo corrió hacia donde pudo, menos unos pocos que fueron atrapados y metidos en los coches celulares. Algunos quedaron tendidos en el suelo revolcándose o casi sin sentido. Bernstein y el otro médico corrieron en una dirección, y Christopher en otra diferente, y mientras corría sintió como un fuego en el lado izquierdo del tórax. Estando cerca de una esquina siguió corriendo, la dobló y presintiendo que lo perseguían, al ver una puerta abierta rodeada de unos grandes escaparates exhibiendo unos coches elegantes, se introdujo en aquel negocio. Enseguida se fijo en una mesa grande con numerosos papeles encima, y detrás, un sillón. “Sería para el vendedor”, pensó. Se sentó en él y tomó un papel haciendo que lo leía. Como llevaba chaqueta y corbata, en nada se diferenciaba de un verdadero vendedor de vehículos.

No pasados aún dos minutos irrumpieron en el negocio tres policías, dos uniformados y otro de paisano, que preguntaron:

-¿Ha entrado alguien aquí apresuradamente en estos instantes?

-No. Hace ya más de media hora que no ha entrado nadie, y fue para dejar este paquetito – respondió Christopher sin perder su calma o flema habitual -. Esta tarde no hemos tenido ningún cliente. Esto es una tienda de coches de alta gama y no es frecuentada sino por personas de cierto poder adquisitivo.

-¿No ha oído el barullo procedente de la calle de al lado?

- Estoy enfrascado en el papeleo de los tres coches que vendimos esta mañana y no presté atención a esos ruidos de la calle que usted menciona.

-Bueno, pues adiós. ¡A ese canalla tenemos que echarle el guante! Está herido, no puede estar muy lejos. Rara vez fallo cuando disparo. ¡Sigamos hacia allá!

Al marcharse fue cuando Christopher se dio verdaderamente cuenta de que aquel era un lugar de ventas de coches alemanes de los caros y que la chaqueta la tenía manchada de sangre por el lado izquierdo. Una chica de buena apariencia y en uniforme, que le caía muy bien, apareció en este instante y le espetó:

-¿Qué hace usted sentado en mi mesa?...¿Pero si está sangrando! ¡Herman venga rápido, traiga el botiquín de urgencias! ¿Se siente muy mal?

- Bien no me siento, pero me parece que puedo aguantar.

-Llevémosle al despacho del jefe. Allí en el sofá lo atenderemos mejor.

Y lo llevaron mientras gotas de sangre manchaban el suelo de un despacho elegante. Le quitaron la chaqueta y la camisa y comprobaron que la herida era superficial, aunque la costilla estaba ligeramente rozada por una bala. Usando el botiquín de la empresa, le pusieron desinfectante y todas las gasas que tenían y le vendaron alrededor del pecho, con lo que detuvieron la hemorragia.

-En Alemania fui colaborador de la Cruz Roja y me enseñaron a hacer vendajes. También en el cuartel. Oímos el escándalo en la calle. Nosotros somos alemanes y no nos agrada eso de la segregación…, pero vendemos coches, y aquí estamos, mi compañera Edeltraut y yo.

-Se ha manchado de sangre la alfombra del jefe – dijo la joven.

- No importa. La retiramos y le decimos que la hemos mandado a limpiar porque estaba sucia. Mañana lo debe ver un médico de su confianza. La chaqueta, por estar manchada, debe llevarla en una bolsa, y usted se pondrá una bata azul del personal de limpieza para ir a casa.

Bien cuidada por sus colegas del Saint Bartholomew, la herida sanó en pocos días quedándole una cicatriz, recuerdo de la lucha.

-Para las señoras Brockmann y Nordstrom, la pequeña Nadine la consideraban como si fuera una nieta. No son pocos los regalos que le hacen – le dijo un día Rosemary a Christopher, que le contestó:

- Pues tenemos que corresponderles en algo. Y también llevar una caja de bombones a los vendedores de coches que me atendieron cuando me hirieron.

La doctora Nadine quedó embarazada, y ella y Samuel, volaron en un avión de Transportes Aéreos Portugueses a Lourenço Marques, donde se casaron por lo civil en el Consulado Alemán. Mozambique seguía, pese a su lucha, siendo colonia portuguesa. Pero el matrimonio, en Sudáfrica, seguiría siendo secreto.

Una tarde, cuando llegaron del hospital, se encontraron en el buzón de correos una carta gruesa, procedente de Kenya y un aviso de que tenían que pasar por la Oficina Postal de su zona para recoger un paquete de Alemania.

La carta era de sus compañeros de la Tropical Medical School, James Wilson y Norma Wood, en la que les comunicaban una serie de novedades sobre la vida en ese país, la medicina y que James ya había visitado el célebre valle del Rift que parte en dos a África, y seguía:

-…Kenya, a pesar de los inconvenientes del trópico, su clima peligroso, sus enfermedades, escaseces…, a nosotros nos ha sentado maravillosamente. Gracias a ese clima y a un mejunje que nos ha dado nuestra concurrencia en el poblado, el brujo curandero, hemos cambiado completamente, convirtiéndonos en personas normales, de tal forma que Norma ya espera un hijo, no adoptado como los otros, Wodrow y James, sino propio, con lo que seremos cinco en la familia. De los dos primeros todavía no nos han concedido la adopción. "Eso es cosa de la burocracia, que nos la implantaron ustedes, los británicos, y siempre va lenta", nos dice el alcalde pedáneo y juez de paz, aparte de otras cosas. Nuestro principal amigo aquí es el jefe de vigilantes de esta zona de la Reserva Natural de Amboseli, y también su esposa, una indiokenyata, cristiana. Él es, a su vez, policía mantenedor del orden en este distrito. Unas veces vamos a la comandancia a hablar con ellos, personas muy enteradas de la flora y de la fauna de la reserva, y otras vienen ellos al hospital para hablar con nosotros, con los misioneros y el alcalde. Así nos entretenemos y tenemos una tertulia. Ellos pueden visitar el hotel cada vez que quieran, nosotros lo tenemos restringido. Debemos dar ejemplo de humildad, pues los habitantes del poblado no pueden permitirse ese lujo. Nosotros, con nuestros sueldos…, tampoco. Un día me llevó el jefe en su jeep a una zona de la Reserva donde se podía ver el Kilimanjaro en todo su esplendor. Lástima que la enemistad entre Kenya y Tanzania no nos permita atravesar la frontera. Pero así es. En cambio los masais la atraviesan sin preguntar, y sin importarles si están en un país o en otro. Ya hablamos bastante el swahili, y algo del masai. No hace mucho estuvo por esta zona el célebre antropólogo Leakey en compañía de otros científicos y pudimos asistir a sus charlas en el hotel. Ellos charlaban y nosotros escuchábamos, sin decir ni mu. ¿Qué íbamos a decir sobre el origen del hombre, si no teníamos ni idea?"

Acababa la carta contando que habían recibido visita de dos familiares: del hermano ferroviario de Norma y del hermano dentista de James.

El paquete de Alemania contenía el libro del doctor Hartmann sobre la medicina en los campos de concentración nazis. Como estaba en alemán se lo pasaron a Samuel Bernstein, que les dijo:

-Con toda seguridad la Universidad de Withwatersrand se encargará de hacer los trámites para su traducción y de publicarlo. De la parte concerniente a la oftalmología me encargaré yo. Ten en cuenta que esa universidad es un oasis de cultura y de progresismo en este océano retrógrado, reaccionario e intolerante. Es una especie de vanguardia a la que el Gobierno respeta y hasta le tiene miedo. También la llaman el Moscú de Sudáfrica.

C A P Í T U L O XXIII

En la mesa de la cantina, durante el almuerzo, coincidieron Mac Leod, Mda, Nadine, Rosemary y dos enfermeras más. Christopher no podía estar porque tenía entre manos una operación difícil que duraría un buen rato aún.

-Me parece que Christopher no podrá comer aquí, porque tendrá que salir rápido para la guardia en el Jericho. Esta tarde no le quedará otro remedio que conformarse con un sándwich allá. Pero dígame doctor Mac Leod cuál es la verdadera sensación de ustedes, bantúes, ante el apartheid, y perdone esta pregunta cuya respuesta ya debía saberla del todo – preguntó Rosemary

-Pues de indignación, humillación, repulsa, deseos de venganza…, y a veces de hacer lo que con sumo gusto hacen los energúmenos y engreídos de este régimen…, ganas de matarlos, que nuestros dirigentes políticos y religiosos nos lo tienen prohibido… Pero hay quienes no se pueden contener, y los comprendo. Para ellos, los reformados racistas, somos los descendientes de Cam, el hijo malo de Noé, por eso debemos ser castigados. Ya lo he dicho aquí alguna vez que, cuando estudiaba la segunda enseñanza, estaba convencido de que los blancos nos ayudaban a salir de nuestro atraso, y eran como una bendición de Dios el que gobernaran en Sudáfrica. ¡Cuán equivocado estaba! Mda y yo, como no trabajamos en la zona blanca de Johannesburg, no tenemos derecho al pase para ir al centro. También sentimos simpatía por los blancos que luchan junto a nosotros, y que se juegan su futuro y su vida. De niño trabajé de caddy, es decir, llevando los palos de golf y las pelotas de aquellos ricos del club en que trabajaba mi padre que, con las propinas que allí recibía, podía costearme una carrera, me mandó a estudiar medicina. A mi otro hermano, como era poco aplicado, le consiguió un puesto en las cuadras de los caballos del club.

-Mi primer trabajo consistió en prepararle las maderas a mi padre para las figuras o esculturas que hacía. Al ver que era aplicado, como su negocio fue mejorando, me mandó a estudiar. Nosotros, los bantúes, no tenemos los privilegios de los kleurlings o los asiáticos que disponen una especie de cámara representativa y pueden andar sin pases por el centro de las ciudades – contó Mda.

-Eso de privilegios, nada. Estamos segregados. Ese parlamento es nada más que una farsa, tenemos que vivir en barrios separados, somos no blancos para todo, y nos llaman bastards porque nos consideran hijos ilegítimos, es decir, de los señores blancones con sus sirvientas, además de descendientes de Cam…, y otras cosas más – protestó Nadine.

Un buen día hablando Christopher con Samuel Bernstein sobre el caso de sus amigos de Kenya, los Wilson, le preguntó si tenía conocimiento de algo parecido en Sudáfrica, de cómo era posible que un curandero hechicero de un poblado de la selva

pudiera conseguir, sin conocimientos científicos, vencer la asexualidad y la infertilidad de la pareja con unas yerbas.

A los que contestó Bernstein:.

-La medicina no es patrimonio de los que estudiamos en universidades más o menos prestigiosas. Ten en cuenta que fueron curanderos los que comenzaron con los tratamientos. Se dice que las vacas descubrieron la digitalis lanata, hiebas que cuando llegaban cansadas de una larga caminata se las comían para recuperarse, y hoy se utilizan para reforzar el corazón. Hipócrates, el padre de la medicina científica, no estudió en ninguna universidad que yo sepa. Tuvo que comenzar de curandero. Cuando un perro con rabia mordía a alguien, era el herrero del pueblo el que le aplicaba un hierro incandescente en la herida para matar a los virus y evitar la enfermedad. Pasteur, uno de los padres de la medicina moderna, no era médico sino un químico. La quinina la descubrieron los incas del Perú para combatir el paludismo. El curare que se usa en anestesia, lo descubrieron los indios caribeños para envenenar sus flechas, que al producir una relajación completa mataba a la víctima por no poder respirar. Habría que estudiar todas las yerbas y remedios que usan los curanderos para ver qué nos puede ser Ahí está la yohimbina. En China, en el Tíbet, hay una facultad en que, junto a la medicina moderna, se estudia la tradicional tibetana, y sus médicos van por los campos y montañas en busca de esas yerbas. Suelen llevar escopetas por si los osos los atacan. En Mongolia tienen otra facultad de medicina similar a la de los tibetanos, y así como estos se toman las medicinas en infusiones, los mongoles se las toman tal y como las recogen. Miles de mujeres fueron salvajemente quemadas en Europa acusadas de brujería. La mayoría eran curanderas. En esas sentencias de muerte hubo oscurantismo, maldad y machismo, superando a la inquisición, Fue un ensañamiento con las mujeres,. Muy probablemente, las científicas de las edades Media y Moderna. ¿No has leído “Las Brujas de Salem” de Arthur Miller?... Sí, ese escritor que se casó con Marilyn Monroe… Gandhi fue un gran defensor de la medicina natural y de los curanderos, y decía que nosotros, los de la medicina científica, lo que hacíamos era añadir barro a las enfermedades de nuestros pacientes, y considero que algo de razón tenía. Tal vez esos yerbajos mejoren al paciente, su rezos refuercen su sistema nervioso y, sin duda alguna, tienes un gran valor psicológico, y así actúa mejor el sistema defensivo del enfermo. Pero yo poco de científico tengo, pues no sé mucho de farmacología ni de fisiopatología…

- Todo lo que me has dicho lo comprendo, ¿Pero cómo te explicas este caso que te he expuesto?

- Al parecer toda mi medicina está en mis dedos, que, según dicen, tienen una gran habilidad para la microcirugía ocular. Tal vez la misma que mi hermano Joshua, el sordomudo, para diseñar y hacer muebles de gran valor artístico, pero nunca me he dedicado a las artes. Lo cierto es que lo que yo practico, me da a ganar buenos rands… No rechazo a los curanderos.

-En conclusión, que no eres enemigo de esa medicina, que hoy en Europa consideramos primitiva y absurda.

- Ahora te contaré una historia de un médico del Jericho´s Hospital, muy amigo mío, el mejor que tenía allí. Llevaba casado varios años, y su mujer era muy agradable. Muchos deseos de hijos tenían, pero no llegaban. Consultaron con varios

ginecólogos; todo en vano. Intentaron adoptar uno, que fuera blanco, pero no resultó. Las leyes son muy estrictas aquí, y las solicitudes para niños de esa raza son muchas, y la oferta, escasa. Perdidas todas las esperanzas, siguió la esposa el consejo de su sirvienta bantú de hacerle una visita al curandero hechicero de su poblado al norte de la República, lindando con Botswana, que con sus tratamientos de yerbas y exorcismos conseguía vencer la esterilidad. Rara era la mujer que no conseguía llegar a ser madre. Y allá se fueron la señora y su empleada doméstica, con tan buen resultado que al poco tiempo resultó embarazada para gran alegría de la pareja. La noche del parto me la pasé acompañando a mi amigo, pues me lo pidió por lo nervioso que estaba. A las seis de la mañana, ya muertos de sueño, apareció la criatura…, un varón como tanto deseaba el padre…, pero…, pero…, de color bien negro,… ¡Cómo se puso!...¡ Quería matar a la madre y al hijo! Primero tuvimos que sujetarlo yo y dos enfermeras… Como nos faltaban fuerzas, y no podíamos más, aparecieron en nuestra ayuda dos hombres forzudos del personal de seguridad, que me permitió inyectarle una dosis fuerte de diazepam hasta dejarlo medio grogui. Ya libre de él, llamé a una ambulancia para no blancos y mandé a los dos al hospital de las mutualidades para mestizos y asiáticos, donde trabajaba Nadine. Allá los ingresaron. Al niño lo adoptó una pareja hindú, sin hijos, que con el tiempo se fue aclarando un poco pudiendo pasar muy bien por indio un poco oscuro de piel. La madre era de piel muy blanca y rubia, como africaander que era. A la sirvienta la busqué y le dije que desapareciera, pues su vida corría peligro.

-¿Y qué hiciste con la señora?

-Al salir del hospital me la llevé a casa de mi padre, donde la cuidamos hasta que se repuso. Mi hermano Daniel le dio un empleo en las oficinas de su inmobiliaria, en Durban, pues era secretaria profesional. Allá sigue y, según tengo entendido, tiene intención de casarse con un compañero de trabajo. En cuanto al marido, no pudiendo soportar la vergüenza, se fue a Ciudad del Cabo donde trabaja en un importante hospital. Tal vez el Groote Schuur… Cuando lo vi a la semana del parto me dijo:”si la veo la mato, y no si no la encuentro, no me divorcio, sino que la repudio, como hacen los árabes”… No sé más de él. Un compañero médico de este hospital me dio la siguiente explicación: “seguramente, el hechicero tenía a su disposición dos sementales, uno negro, para las bantúes, y otro, blanco, para las de esta especie. Les daba un brebaje que las dejaba dormidas, entonces el semental de turno hacía su trabajo. En este caso, el del blanco no dio resultado, y el negro, al ver aquel bombón dormido, pues la mujer bien guapa es, no se pudo resistir y la utilizó o violó como se quiera llamar a eso, con tan buen resultado como has visto”. Tal vez pasara esto con tus amigos, o mejor dicho, me da la impresión de que fue así.

-No lo creo en e caso de mis dos amigos de Keniya. Los conozco bien, y fue en el mismo pueblo y consiguieron relaciones normales con el tratamiento del curandero.

- ¡Mucha yohimbina tuvo que haber utilizado ese hechicero!... Cuando estaba en el hospital de Eppendorf, me contaba un compañero ginecólogo que trabajó unos años en un hospital de un país africano, que como allí era una vergüenza para un hombre el no tener hijos, llevaban a sus mujeres que no quedaban embarazadas a cierta ciudad europea, donde las trataban y volvían todas con su hijo en el vientre. Muchos de esos padres carecían completamente de espermatozoides, la azooespermia. ¿Qué harían esos médicos europeos?

En esto se presentó, sin previo aviso, en Johannesburg el mayor William Spencer Palmer, cuyos dos objetivos principales eran conocer a su nieta y ver Ciudad de El Cabo, o Captown, de la que bastante le hablaron durante sus cuatro años de estancia en Freetown, de donde procedían muchos barcos para hacer escala en ese puerto. Christopher, como tenía muchos deberes en esa época, solo pudo acompañarlo un poco por la ciudad y a dar un paseo a Pretoria. Una agencia turística se encargó de hacerle agradable su estancia en la Provincia de El Cabo. Desde Inglaterra no planeó el viaje, porque decía “si lo planeo, no vengo”. “La pequeña Nadine me hace recordar mucho a mi hermana Lylian, que murió en circunstancias extrañas, y de la que algún día te hablaré”. Era la primera vez que mencionaba a alguien de su primera familia. Christopher y Rosemary le prometieron que en las próximas vacaciones se verían en Liverpool.

Como las sorpresas no vienen solas, a los pocos días de partir el mayor Palmer, Rosemary recibió un pequeño paquete con un libro titulado “Las desventuras de un hippy”, escrito por su hermano Kevin, junto con una carta, procedente de Aberdeen, Escocia. El libro trataba de la vida llevada por el autor durante su desaparición de cuatro años contada en forma de novela. Primero leyó la carta, dejando la novela para leerla con calma algo después. Le comunicaba que pronto acabaría los estudios de motorista naval, y comenzaría a hacer las prácticas en un pequeño pesquero, donde la vida no sería muy cómoda, pero que estaría bien pagado. Correría riesgos, ya que no era raro que naufragara alguno de esos barcos en aquellos mares del norte, frecuentemente encabritados, y con no pocas pérdidas humanas. El hijastro de su hermano Gregory estudiaba lo mismo, pero más a lo grande, ingeniería de máquinas navales. Le decían que continuara estudiando para alcanzar el grado superior, pero él ya se consideraba mayor para emprender más estudios, y con tanta matemática, física, mecánica… ¡Demasiado para él! Seguía tocando el violín, y gracias a las lecciones de la academia, ya podía leer las partituras. Había conseguido no tocar solo de oído… Y del alcohol, abandonado por completo. “Como toco el violín y participo en actos para recaudar fondos con fines caritativos, me hice miembro de una asociación benéfica que es la que me ha publicado el libro; unos mil ejemplares. Las ganancias, que no son muchas, son para obras de caridad. Como son presbiterianos, muy puritanos, me censuraron algunos párrafos que consideraba interesantes. Hasta ahora la familia me ha pagado mis gastos, pero desde que comiencen las prácticas debo arreglármelas con lo que gane.

A los pocos días, Chritopher le preguntó a Rosemary que le dijera algo del libro, y ella le explicó:

-Comienza diciendo que la historia se la relató un compañero de trabajo. Según avance en la lectura del libro, te iré contando en las locuras en que se metió mi hermano.

- No me asombraré con lo que pueda escribir, porque en mayor locura nos hemos metido nosotros – le contestó Christopher que en aquel momento atendía a la niña que comenzaba a llorar.

Como ya era un domingo fatídico en que se agotaban los medicamentos y los materiales para curas y operaciones, el doctor Bernstein se encontró que en aquella mañana no podía operar.

-Lo dejaré para el domingo próximo.

- Esta vez la cosa es fatal. Tan solo podemos hacer una operación. Si vienen más urgencias, como vendrán, no las atenderemos por falta de medios - le dijo Chritopher que ese festivo estaba de guardia.

Pero en este momento llegó el director Beagle en un furgón conducido por Tobias con medicamentos, anestésicos y otros insumos que permitían continuar la guardia, con cierta tranquilidad, hasta el martes en que vendría el contenedor.

-Me costó cierto trabajo conseguirlos, pero con esto nos remediaremos. Debemos reforzar nuestras medidas de ahorro. Hasta en la comida, que siempre deja algo que desear, ha empeorado en estos días. Para qué contarles si lo saben mejor que yo. Nos hemos excedido en gastos.

-¡Ahorrar más! ¡Eso es imposible! – le espetó Christopher Palmer.

Y como en aquel momento había calma, se entabló una conversación sobre la que mucho agradaba hablar al reverendo Beagle: la de su visita al doctor Albert Schweitzer en su hospital de Lambarene a poco de comenzar su vida profesional.

A lo que comentó Bernstein:

-La labor que hizo ese hombre fue grandiosa. Su hospital, con mucha falta de medios, sin verdaderas salas de atención a los enfermos, comparándolo con este Saint Bartolomew, significa una diferencia como la de este con Groote Schuur o la Clínica Mayo. Los enfermos, o gran parte de ellos, tenían que dormir en chozas como en sus poblados. Con carencias de todas clases, sin duda alguna, hizo una labor encomiable. También, y por lo que le dieron el Premio Nobel de la Paz, fue por su llamamiento al mundo contra el arma atómica, desde aquel lugar olvidado de Dios y del mundo.

-Casi olvidado del mundo, puede ser, pero de Dios, no, porque primero fue teólogo y después se hizo médico. Un verdadero cristiano. Además fue músico, compositor, filósofo. Cuando la primera Gran Guerra, como era alemán de Strasbourg, los franceses lo internaron en un campo de concentración en la que fundó una universidad. Un compañero de campo le preguntó qué podía hacer él en ese centro cultural si no era más que un carpintero y no sabía de otra cosa. “Pues enseñarás carpintería”, le contestó. En cierta ocasión le pidió a los franceses un piano, pero se lo denegaron por considerarlo un instrumento peligroso en un campo de internamiento. Durante mis estudios el doctor Schweitzer fue mi ideal. Hasta quería ser como él, por eso estudié la medicina y la teología al mismo tiempo, cosa nada fácil, porque no se puede abarcar mucho si no se es un genio, y yo no lo era..

-El doctor David Livingstone también fue las dos cosas.

-Sí, es cierto, Tuvo una niñez muy miserable, y más que teólogo o médico fue un gran aventurero y explorador de África… Según acabé los estudios me mandaron con mi mujer a una pequeña ciudad de la Provincia de El Cabo, más bien un township

para bantúes, donde ejercía de sacerdote y de médico, y mi mujer, de maestra. Admirando al doctor Scweitzer, solicité ir de misionero al Gabón, que después de mucho insistir, y tal vez para que los dejara tranquilos, me concedieron ese permiso, pero mi mujer debía quedarse en el township con mi primer hijo. En la Misión me concedieron una semana para visitar a Schweitzer: dos días de ida, dos de vuelta, y dos para estar en su hospital y verlo. Nunca podré olvidar la emoción de ese encuentro. Para siempre han quedado en mi memoria aquellos momentos. Su conversación, sus consejos, sobre todo aquella noche en que tocó el órgano, maravillosamente por cierto, con muchos, o todos los pacientes, sentados en el suelo en una plazoleta, en el máximo silencio, embelesados, oyendo lo que tocaba. Personas no educadas ni en lo más mínimo para oír música europea. Imitarlo es imposible, pero algo se me ha quedado de él. En las ciudades, más bien townships, en que he ejercido, tanto de médico como de clérigo, siempre he atendido a pacientes pobres y mi remuneración ha sido fija. Mi mujer, siempre ha tenido alumnos bantúes, también con sueldo bajo.

-¿Y usted que se considera más, médico o sacerdote? – le preguntó Chritopher.

- Pues si quiere que le diga la verdad, ya no lo sé.

-Opino que usted es un buen discípulo del doctor Schweitzer. Ha seguido su ejemplo, y no en la selva, sino en otros lugares peores, en la supercivilizada Sudáfrica. Soy judío, pero nunca leí ni la Torá ni el Talmud, pero sí La Biblia cristiana – dijo Bernstein, y añadió -: No me explico como uno de los colaboradores de Shweitzer pudo convertirse en médico de la muerte en aquellos campos de concentración.

Y como suele ocurrir siempre, una urgencia interrumpió la charla.

C A P Í T U L O XXIV

LAS DESVENTURAS DE UN HIPPY

Rosemary le dijo una tarde a Christopher:

-Ya he leído el libro de Kevin. Se trata de esos cuatro años perdidos, contados en forma de novela. No está mal escrita. Se nota que tiene algo de escritor. No es el protagonista, pues a él se la cuenta un conocido y cambia ciertos lugares y personas, pero como me dijo en la carta, todo ocurrió. ¿Quieres leer la novela?

-Ahora no tengo tiempo, debo preparar la conferencia sobre parasitosis y cirugía que me encargó Bernstein y que debo dar en la Universidad. Cuéntame algo de cómo es la cosa y ya la leeré más adelante.

-Pues te la contaré poco a poco y resumida, porque durante esos cuatro años de aventuras, ocurrieron muchas cosas. A ver cómo te lo explico…, pues él, estudiante de filología y literatura en una universidad de Inglaterra le consulta a un profesor sobre su proyecto de ser escritor, y este le aconseja que después de dos años estancia en aquel antro universitario, donde bajo los trajes talares, se ocultaban mil años de moho, que se fuera por el mundo a buscar temas interesantes para escribir. Allí solo le cuadricularían la cabeza, de forma que solo serviría para ser profesor, triste destino. Una vez desintoxicado de academicismos que volviera a completar lo empezado, y quizá a perfeccionarse un poco.

"-Como mi hermano estaba relacionado en la universidad con un grupo pacifista, muy idealista, cuando le dijeron que durante las vacaciones de verano se iban a derribar esos feos búnkeres de la llamada Muralla del Atlántico que aún quedaban en pie a pesar del tiempo transcurrido, símbolos de la guerra, del nazismo y de vergüenza de la Humanidad, se unió a ellos, para que, con picos y palas, `pudieran desaparecer de la bella costa del norte de Francia. Allí hizo nuevos amigos, todos pacifistas muy convencidos, pero con el que mejor congenió fue con un médico alemán, que, cansado de ser un burgués, se convirtió en un hippy de larga barba y melena, y con una vestimenta tipo hindú, a la que había añadido tres largos collares. Aparte de saber mucha medicina era un hombre muy enterado en asuntos humanísticos, lo que se dice, un hombre muy culto al que daba gusto escuchar y acompañarlo a tomar unos vasos de vino, a los cuales era más que aficionado… Más bien, un adicto a ese rico néctar. También había hecho una especialidad médica, pero nunca supo cuál. Lo cierto es que el inglés, Kevin, al que se considera en la novela como irlandés, y el alemán se hicieron muy buenos amigos. Este era el que más se esmeraba en su trabajo, debido a su profundo odio a la guerra, pues picaba con más fuerza que nadie. Poseía un violín que sonaba muy bien y también lo tocaba de maravilla, de forma que algunos le preguntaban si era un profesional de la música. Como nunca dijo como se llamaba, al alemán, le pusieron el nombre de Gerhard, y así se quedó, pues el narrador, mi hermano, que se puso el nombre de Oliver en la novela, no se preocupó de averiguar la verdadera

identidad de su nuevo y entrañable amigo. Nuestro Oliver poseía una armónica, que al soplarla salían unos sonidos que poco podían ser considerados como música. Alojados en los búnkeres en pie, próximos a los que estaban destruyendo, fue perfeccionando algo sus soplidos, llegando a interpretar canciones fáciles. “Con constancia conseguirás algo más”, le decía el Gerhard . Sus camas eran sacos de dormir sobre el duro suelo de cemento de aquellas construcciones. Y llegó el fin del verano, en que todos volvieron a sus universidades, escuelas y oficios, menos Gerhard y Oliver”.

“- Estos dos, el alemán y el irlandés, se lanzaron a una vida de bohemia, yendo de pueblo en pueblo y de ciudad en ciudad, por el norte de Francia, tocando sus instrumentos en busca de limosnas. El violinista siempre ganaba más que el de la armónica, de forma que Oliver comía a veces de lo que le sobraba a Gerhard. No pocas veces lo hicieron en locales sociales o en centros caritativos de alguna iglesia de ayuda a menesterosos. Alguna vez, un trabajo ocasional les ayudaba. Dormían en cobertizos, casas abandonadas, bajo soportales, a la belle étoile, es decir al sire libre de los franceses, y como algo lujoso, en algún albergue caritativo o juvenil, donde simbólicamente pagaban una mínima cantidad. Agudizando sus sentidos fueron superando el frío invierno. “Peor sería en Rusia para los alemanes de Hitler y las topas de Napoleón”, decía el alemán, que bien se calentaba por dentro con el buen vino francés, y que arrastraba a su amigo lentamente a esa costumbre, Nunca robaban, pero alguna gallina rondando por las cercanías de su correspondiente granja, les sirvió para un ágape. ¿Porqué las dejaban sueltas sus dueños?... ¡Ave que vuela, a la cazuela!…, Y a ave de paso, ¡cañonazo! Así llegaron a París en el mes de abril del sesenta y ocho, alojándose en un panteón de un cementerio ya en desuso, y a tocar los instrumentos por sus calles, donde no les iba mal. Ya Oliver soplaba mejor la armónica, y Gerhard le enseñaba a tocar de oídas el violín, ante su asombro, ya que le salían las notas… En esto llegó mayo con una huelga general en toda Francia, a la que se añadieron unas algaradas en las calles producidas por estudiantes y otras clases de jóvenes que les impidieron realizar sus labores callejeras, debiendo interrumpirlas”.

“-Ante la situación revolucionaria en París, optaron por refugiarse en la sede de unos dirigentes de los altercados callejeros, el Odeón, donde había un ambiente de comuna, formada por hombres, mujeres y niños, y hasta podían comer gratis. Salían a la calle, de vez en cuando, a manifestarse, tirar piedras, adoquines y otros objetos a los policías, armando el mayor barullo posible. “Tiramos piedras a los que provocan las guerras”, decía Gerhard para justificar esa postura, en cierto modo, belicista. Muchos estaban ansiosos por asaltar el Palacio del Elíseo y llevar al presidente a la Plaza de la Concordia y gastarle la misma broma que a María Antonieta, pero no lo consiguieron. Otros se lamentaban de que no pudieran entrar en las fábricas para destruirlas por dentro y que esos acaudalados burgueses dejaran de recibir, de una vez por todas, esos dineros, producto de la explotación de los trabajadores, pero los obreros se organizaron para impedir que elementos extraños pudieran realizar actos vandálicos en sus lugares de trabajo. El médico que ya en los búnkeres fumaba marihuana, prosiguió en París con esa costumbre, encontrando siempre amigos que se la ofrecían. A Oliver también, pero la rechazaba porque no le gustaba fumar. Al finalizar el mes, la huelga y las algaradas se calmaron, y un día, el único dirigente que no había desaparecido del Odeón, llegó a un acuerdo con la Policía al explicarles que en aquel lugar, el Odeón, prácticamente solo quedaban mujeres y niños, y que entrar a saco podría causar desgracias, por lo que la Autoridad los dejó salir sin tomar represalias. Dijeron que los trabajadores obtuvieron un aumento salarial de casi un treinta por ciento, mientras que los estudiantes no

consiguieron nada, y muchos fueron a parar a las listas negras en lo que a becas y empleos de postgrado se refiere. Nunca llegarían a ocupar puestos de responsabilida… La mala yerba hay que segarla, y aún mejor arrancarla de raíz”

“- De aquel elegante lugar, junto con otros compañeros y compañeras de aquella singular lucha, fueron a parar a una casa de okupas, lugar abandonado por sus dueños, En el entresuelo se encontraba un amplio local, que, por los mostradores y anaqueles cubiertos de polvo, debería haber sido un buen comercio, y tres pisos más, en lamentable situación, pero donde se podía dormir bajo techo. En el piso que les tocó, dormían cinco alemanas jóvenes, de buen parecer, otro alemán, un francés muy apegado a una belga flamenca, y ellos. Pronto el otro alemán se emparejó con una de las alemanas, y al poco tiempo retornaron a su país. Gerhard dormía en una habitación con dos alemanas, y Oliver con las restantes. El verano fue bueno, porque, con la llegada de turistas, las recaudaciones de los músicos callejeros aumentaron, y también las chicas encontraban trabajos ocasionales en bares, restaurantes, organizaciones juveniles… Trabajos mal pagados, pero que daban algo de dinero. Todo fue bien y lo pasaron de maravilla en la capital de Francia, pero a principios de octubre, el alemán le dijo a Oliver: “ mi compañera de habitación, Gertrud, me ha dicho que ella no está embarazada, pero tus dos compañeras y la otra que está conmigo, sí lo están, y han decidido seguir adelante, por lo que dentro de unos meses, entre cinco y siete, serán madres; lo desean porque son mujeres, y en sus casas tienen medios económicos para afrontar esas situaciones, pero nosotros, por las dudas, debemos marcharnos lejos”. Así que decidieron huir hacia el paraíso europeo de los hippys, Ibiza, una precisa isla en el soleado Mediterráneo. Para emprender ese largo viaje buscaron ropa sobre los contenedores de basura, costumbre del lugar, donde las viudas dejaban trajes de valor de sus desaparecidos esposos, o de aquellos que habían renovado su ajuar, y encontraron cosas apropiadas: Oliver un excelente abrigo y un terno, caros de verdad, y Gerhard un buen anorak. También zapatos para la larga marcha que les esperaba”.

“-Antes de que amaneciera y de que las muchachas se despertaran, los dos amigos, abandonaron la casa okupada y emprendieron el viaje hacia el sur, tocando sus instrumentos para recaudar algo de dinero, durmiendo donde podían y cómo podían, repitiendo lo que hicieron en el norte del País Galo. Los albergues para desamparados y jóvenes, seguían siendo para ellos como si fueran hoteles de lujo. El vino francés los calentaba y les daba ánimos para seguir el viaje, añadiendo el alemán que la marihuana le daba fuerza para caminar y que le embellecían los paisajes y pueblos.”Bajo el efecto de la marihuana, los colores del campo son más intensos y bonitos”, repetía. A pie, en trenes y en autobuses, tocando sus instrumentos, llegaron a un gran pueblo donde dieron con una fábrica o taller de desguace de productos electrónicos para obtener piezas y materiales con destino al reciclaje. El operario que los localizó y los llevó al encargado, les fue diciendo que aquello era un establecimiento ilegal, como clandestino, y los trabajadores, todos inmigrantes ilegales del tercer mundo, cerca de cuarenta, dormían juntos en un barracón con literas. Les daban la comida, el alojamiento y algunos francos según la labor que hicieran. Al pueblo no podían ir, pues, el alcalde, el propietario, no se los permitía. Si querían ver algo de civilización, los pocos días libres, tenían que ir a un pueblo más lejano. Allí pasaron el invierno, resguardados de las inclemencias, y Oliver tomando notas taquigráficas, como era su costumbre, de lo que veía y lo que decían sus compañeros de trabajo. La calefacción del dormitorio, que el presupuesto no dejaba que fuera la apropiada, se veía compensada por el hacinamiento y los abrigos que trajeron de París. Ya avanzada la primavera reemprendieron el viaje,

pudiendo disfrutar del Sol y de los bellos paisajes de la Provenza de Van Gogh. Al llegar a la frontera con España se cortaron las barbas y las melenas para parecerse a las fotos de los pasaportes. No tuvieron que cambiar sus costumbres en este nuevo país, sino que haciendo y viviendo de lo mismo, llegaron a la ciudad de Valencia, donde tuvieron que permanecer unos días hasta recaudar lo suficiente para pagarse el viaje por mar a Ibiza, isla a la que al fin llegaron. También en España, el alemán con su violín ganaba más que el irlandés".

"-En la Isla se encontraron a sus anchas, pues muy pronto dieron con buenos amigos muy aficionados al vino, más barato que en el resto de Europa, y adictos y suministradores de marihuana y otras exquisiteces de esa índole, o más potentes, y un nido de ametralladoras amplio, entre matorrales, no lejos de la capital de la isla, lugar de residencia de otros hippys, que bien situado y bien camuflado, seguía en pie pese a que muchos habían sido derribados para dar paso a urbanizaciones turísticas.¡ Buen negocio fue el turismo…! Desde que unos adelantados hippys dieron con ese refugio, fue lugar ininterrumpido de residencia para esas personas. Los búnkeres alemanes eran mansiones al lado de esa chapuza de nidos españoles, pero el entorno tenía un atractivo especial. El alemán se hacía cada vez más adicto a las drogas, pues la convivencia con los demás le animaban a eso, mientras que Oliver lo hacía al alcohol, sin necesidad de mucha ayuda. Por no desairar a los compañeros veces hacía como que fumaba, pero nunca metía ese humo para sus pulmones; o lo echaba rápido de la boca o no halaba La dependencia a las drogas le impedían al médico alemán salir a hacer su trabajo muchos días, por lo que su amigo se llevaba el violín y a tocar por calles, plazas y playas de Ibiza, comprobando una vez más que se sacaba más dinero que con la armónica, aunque distara mucho de ser un Yehudi Menuhin o un David Oistrakh. El violín era fabuloso como instrumento callejero, Siempre compartía esas ganancias con su propietario. Los moradores del pequeño búnker cambiaban con cierta frecuencia, no permaneciendo mucho tiempo, así que de conocer gente nueva no se podían quejar, y de los más diversos países. Durante su estancia en esa residencia pudo Oliver bien disfrutar de vino, de mujeres, fiestas, bacanales, aquelarres, carnavales y de todo lo bueno que hay en esta vida, mientras que el médico, cada vez más dependiente de las drogas, iba perdiendo el interés por el bello sexo y por lo que se consideran placeres humanos, encerrándose en su mundillo de sueños placenteros. " Te encargarás tú, Oliver, de ellas, le solía decir, y la mayoría de las hippys eran jóvenes, atrayentes y de posiciones acomodadas, que venían en busca de experiencias estrambóticas. Así transcurrieron casi un número indeterminado de meses, y como todo, suele ocurrir que ese lugar pasó de moda para los seudoturistas, quedando por último los dos amigos en compañía de una pareja de homosexuales y de dos jovencitas españolas, de entre dieciosiete y veinte años. Los varones eran, por el contrario, más bien pobretones. Oliver se encargó de las dos, pues Gerhard ya era un hombre acabado por las drogas, de tal forma que una mañana apareció muerto en el banco de una gran plaza cerca del muelle de Ibiza capital. No llevaba documentación. Oliver, como ilegal tampoco se atrevió a decir nada. Las cosas se ponían feas, y más, cuando comprobó que las dos compañeras de vivienda estaban embarazadas de entre tres y cuatro meses. Buscó los documentos de su amigo y no los encontró. Ya nada podía comunicar a sus familiares ni a las autoridades".

"-Oliver hizo desaparecer todos los objetos de Gerhard menos el violín, su valioso instrumento para obtener limosnas. Un mes transcurrió, a las chicas se les notaba ya la gravidez, de cuya paternidad no le cabía la menor duda, porque los otros convivientes estaban libres de toda sospecha, cuando un día, al volver de la ciudad, se encontró con

tres coches de policía parados en la carretera, muy próximos al nido de ametralladoras, y vio cómo los agentes empujaban a los dos compañeros, mientras les pegaban con las porras y les lanzaban toda clase de insultos. Detrás venían las chicas empujadas por un señor muy elegante que las increpaba:”¡desgraciadas, sinvergüenzas, esta es la educación que os hemos dado; ya veréis cuando lleguéis a casa!” Y dirigiéndose a los policías, les decía: ¡a estos dos, una buena paliza en comisaría, y luego les redactan un expediente para que el juez los meta cuatro o cinco años en la cárcel, y mañana, sin falta, tapian ese maldito búnker, o mejor, lo destruyen; ya no hacen falta para nada…, si no es para degenerados como estos!”. Esperó, y cuando el campo estuvo despejado, Oliver entró en el búnker cogió las ropas buenas, se las puso, se fue a una barbería, se cortó el pelo y se afeitó. Ya parecía otra persona, lástima que los zapatos estuvieran deteriorados…, y con su nuevo aspecto, tomó el primer barco que salía para Valencia. La bella y maravillosa isla de Ibiza quedaba atrás para siempre”.

“-Luego, otro recorrido hacia el sur, tocando el violín para comer, pagarse el viaje y el vino del que dependía, hasta llegar a Torremolinos, donde sentó sus reales, trabajando de todo: mesero, friegaplatos, vigilante de la playa, alquilador de hamacas, ayudante de jardinero, guardacoches con limpieza de estos vehículos, en un parque de atracciones de feria, en un circo, de sparring…, y en otros varios oficios ocasiónales de zonas turísticas. Vivía ya en una casa con varios compañeros como él, dependientes de trabajos informales. Por no perder la costumbre, algunas noches iba con su violín y su mejor traje a tocar en las terrazas de los restaurantes, donde alguna propina sacaba, a pesar de no necesitar esas pocas pesetas que le daban. Lo cierto es que ya se consideraba un alcohólico, y así, una mañana, unos policías lo encontraron en una playa tirado, en muy mal estado, y lo llevaron a un hospital en Málaga, a donde fue a buscarlo hermano Gregory”.

-Mal fin tuvo su colega alemán- le dijo Rosemary a Christopher.

- Y muy bien atendió tu hermanos a las dos jóvenes españolas y a las dos alemanas, pues a esas alturas del embarazo abortar era ya era imposible. Así que tienes cuatro sobrinos más… Leeré la novela, pero no creas que nuestro destino aquí va a ser mejor. Varias veces me dan ganas de irme, pero hay una fuerza interior que me lo impide.

CAPÍTULO XXV

Una tarde, al acabarse la jornada en el hospital, Muhamma Rahman le preguntó a Christopher:

-¿Tiene guardia hoy en el Jericho?

-No, tengo la tarde libre.

-En ese caso tiene que ayudarme a sacar unas balas a un herido de las protestas en las minas. Tobias que traía un cargamento de sábanas desechadas de un hotel lo trajo escondido entre ellas y hay que operarlo. No puede ser en el hospital sino en nuestro quirófano secreto. Ya sabrás que el bueno de Tobias ya está dando clases en el orfanato del township donde trabaja la señora Beagle. Rosemary puede volver al centro de la ciudad con la doctora Jonker – y lo llevó al lugar.

-¡Pero esto es la Misión Católica!- exclamó Christopher al ver el lugar.

Al entrar en la iglesia se dirigieron a la sacristía, donde, por una puerta bien disimulada, bajaron al sótano, en el que vio un diminuto quirófano con un hombre sobre la mesa, al padre Mahlala, a la doctora Muy - Sang y a dos monjas enfermeras.

-Estamos debajo del altar mayor. Nunca habrá visto un quirófano tan pequeño, pero en los túneles de los vietnamitas, el espacio es más angosto aún y las condiciones higiénicas, mucho peores. Tiene que aprender a moverse sin espacio. Y en ese cuartito de al lado, la convalecencia.

Y el padre Mahlala añadió:

-Este lugar nada tiene que ver con el Saint Bartholomew, ni me pertenece como encargado de la Misión, sino a una organización antiapartheid. Así no desobedezco la orden de dedicarme exclusivamente a la labor pastoral. Ahora me retiro para que puedan trabajar más cómodos. Aquí sobro.

En algo más de una hora la operación se terminó y Christopher pudo marcharse. Los demás quedaron al cuidado del operado. Mientras se despedía el doctor Rahman le decía:

-Apenas un metro separa la puerta de mi casa de la puerta lateral de la Misión, con lo cual mis entradas y salidas para estos casos suele pasar desapercibida. Dentro de tres días alguien lo recogerá para llevarlo a otro sitio… Tendrá que esconderse y, tal vez, irse al exilio… Este lugar no existe. La doctora Muy - Sang, poco habla, pero, como ha podido comprobar, es buena pediatra, buena médico y buena anestesista. De los enfrentamientos por la huelga minera, se comenta de un par de muertos y varios heridos, y eso que es de las pequeñas.

En el domingo siguiente a esta operación Mac Leod y Chistopher tuvieron guardia, juntos, y mientras hablaban de la situación en Sudáfrica, Mac Leod contó lo siguiente:

-Tropas sudafricanas han entrado en Lesotho y han impuesto a ese país condiciones humillantes. De camino se trajeron unos cuantos exiliados que encontraron desprevenidos. En la frontera de Namibia con Angola se están desencadenando combates de cierta intensidad con los miembros del Frente de Liberación de África del Sudoeste. También han entrado en Angola para combatir al SWAPO y al MPLA. Caro le está costando a Vorster tanta aventura…, y a todos nosotros. Nos reunimos, hablamos y hablamos, pero no avanzamos nada. Deseos me entran de hacer como los angoleños y mozambiqueños, el de lanzarme al campo con un arma en la mano y liquidar racistas,

Y con cierto retraso, este año llegaron las vacaciones para los Palmer. Esta vez tomaron un avión comercial y se pusieron en Inglaterra para ver a sus familiares en Liverpool y en Plymouth. El hermano de Chirstopher, Henry, vino desde su base aérea para verlos, y el hermano de Rosemay, Gregory, fue a Plymouth para así conocer a su sobrina y encontrarse con su hermana y su cuñado.

-La oveja negra de la familia, Kevin, no puede venir pues está trabajando en alta mar, en un pesquero. Sigue tocando el violín y escribiendo. Ahora se ha inventado un personaje, el inspector Mac Pherson, de la Policía Escocesa, que es un raro ejemplar entre Sherlock Holmes y Hercule Poirot, con no mucho éxito de tirada. De las plataformas petrolíferas no quiere saber nada, pero se ha conseguido lo principal, pues, de momento, ha dejado el alcohol completamente. De sus posibles cuatro hijos, nada sabe. No entiendo de instrumentos musicales, pero su violín me parece de categoría. Aquí nos dio la sorpresa Elizabeth al casarse con el italiano Aldo Mazzotí, que se encargará del pub en el futuro,

Y el mayor William Spencer Palmer le decía a su hijo:

-Tu hermano Henry asciende rápidamente, pues al tener la segunda enseñanza completa se le ha enviado a escuelas especiales y se le considera militar de academia. No te extrañe que pronto sea mayor. Yo, sin estudios medios, tuve que esperar más de treinta años para ese ascenso, e ir a guerras. Tu hermana Lylian y su marido, Harold Watson, siguen en la empresa de fabricantes de aparatos electrónicos, y me parece que tu sobrino William, el de Henry, quiere dedicarse a lo mismo.

En el Slavery Museum tuvieron un encuentro Christopher y Rosemary con activistas pro derechos humanos, explicándoles lo que habían visto en Sudáfrica. Esta reunión fue a puertas cerradas y sin dar sus nombres, y procurando no mencionar lugares ni personas. Un profesor de la Tropical Medical School le pidió a Christopher que les diera una charla referente al trabajo que estaba haciendo sobre parásitos. También tuvieron una entrevista con el reverendo Maxwell que ya no se ocupaba de las misiones en África, sino que estaba en un barrio marginal de la ciudad, y que al respecto comentaba:

-Aquí estos barrios medio abandonados, de donde surgieron personajes como los Beattles, los misioneros son tan necesarios como en África. Hay mucha gente pobre, miserable y olvidada de la sociedad. El estar intentando ayudarles no significa ningún mérito, sino que es un deber, y nadie tiene que agradecértelo. La única

satisfacción está en la alegría que puedas tener al sacar del atolladero en que están metidos a personas de casos complicados…, pero, desgraciadamente, son pocos los que se consiguen. Y en cuanto a que ustedes, si no pueden hacer casi nada para explicar el cristianismo a los bantúes por vivir en una zona blanca, pues predíquenselo a los blancos, que buena falta les hace introducirles unos conceptos más humanos en sus mentes. Todo esfuerzo da sus frutos. Veo que la hija también es pelirroja como su madre. Deseo que se parezca a ella cuando sea mayor. El reverendo Walter Beagle ya me contó la gran labor que han realizado y me ha dado las gracias por haberlos enviado. He de reconocer que algunos, aunque pocos, por suerte, me defraudaron. No son poco los que a los dos años, o antes, regresan extenuados. El Gran Hospital Hawthorne ya ha está construido. Ahora, tienen que equiparlo. Lo más caro y complicado. Si vuelven, ahí pueden, tal vez, encontrar plaza de trabajo en Liverpool.

Tres días antes de que concluyera el mes de vacaciones ya estaban de vuelta en Johannesburg.

C A P ÍT U L O XXVI

Al presentarse en el hospital de Soweto, los Palmer se encontraron con la sorpresa de que el doctor Mac Leod y la enfermera Fanny, la más joven de las tres monjas blancas habían desaparecido sin dejar rastro. ¿Los habría detenido la terrible Policía Sudafricana? Y el reverendo Beagle decía al respecto:

- Nadie quiere darme cuenta de ese asunto, y estoy seguro que varios saben lo que ha sucedido. Si le pregunto al padre Christiaam Mahlala, me responde con evasivas. Tal vez sea un secreto de confesión, Tampoco las otras monjas sueltan prenda, y esas no tienen ese juramento. Reconozco la labor y el valor de esas mujeres que visitan y atienden a enfermos en sus casas, incluso en las zonas más peligrosas de este barrio exponiendo sus vidas… Este silencio me saca de quicio. Me da la impresión de que todo el mundo sabe algo menos yo, el primero que debería saberlo. Y ustedes, ¿saben algo al respecto?

-Absolutamente nada. Hace apenas tres días que volvimos de Inglaterra y aún no hemos entrado en contacto con nadie.

Y dirigiéndose a Rosemary le pidió que se retirara y fuera a su trabajo.

-Ahora vendrá el doctor Mda, y aunque no quiere hablar del asunto, vamos a ver si ante su presencia, doctor Palmer, se aviene a contar algo.

Después de insistir mucho y contestar con evasivas, Palmer le dijo:

-Esto no tiene nada que ver con el juramento hipocrático, y no podemos continuar preocupados y en ascuas sobre esas desapariciones. Tiene que decir al director lo que pasó. Eso sí que es un deber. ¿Y si necesitan ayuda?

-Me prometí y les prometí a los dos no decir nada del asunto, pero al ver que ustedes van a hacer como la terrible Policía y no dejarme en paz hasta que desembuche, diré que nos encontramos ante un asunto del amor, asunto del que solo entienden los afectados por esa flecha de Cupido. La mujer de Mac Leod lo abandonó hace dos años. Se fue con un camionero de Port Elizabeth. Sí, de esas gandolas grandes que hacen largas distancias. Allá, en esa ciudad portuaria del Océano Índico viven. Ella se marchó dejándole el hijo a cargo de su padre. Mac Leod. Un buen camionero, con vehículo propio, como en este caso, gana unos buenos rands, y nosotros en este hospital pasamos penalidades. Creo que en este caso el dinero pudo más que la cultura de Mac Leod.

-¡Y usted sabía eso desde hacía dos años y no me avisó! Bien sabe que aquí no pueden trabajar médicos ni hombre alguno soltero, y al que se divorcia se le dan seis meses de plazo para encontrar pareja, y si no, que se vaya a otro sitio. Al que se queda viudo se le concede un año, por el dolor que eso supone. Hombres solteros o solos son siempre un peligro en un lugar donde trabajan tantas mujeres. ¿Por qué no me los dijo desde un principio?

-Me callé porque no tengo vocación de chivato. Y a mi mejor amigo, Mac Leod, no lo iba a delatar. A pesar de sus normas, en este hospital no faltan líos.

- Y no crea que no estoy enterado, pero muchos menos que en otros hospitales. Ahora, ¡amoríos entre un anglicano y una monja católica, que tiene unos votos de castidad¡ Hay normas en este hospital que pueden chocar, pero las considero necesarias para el buen funcionamiento de la institución. Cuando la ley seca en Estados Unidos, las mafias y otros muchos inventaron mil triquiñuelas para burlarla y hacer sucios negocios. Pues bien, aparte de disminuir los líos de los borrachos, ya que pese a lo que dicen, se consumió mucho menos alcohol, se observó un importante descenso de las enfermedades hepáticas, cuando no había, ni apenas los hay actualmente, medicamentos para combatirlas. Al fin vencieron los partidarios del dios Baco, y con la abolición volvieron esas dichosas enfermedades y los líos del alcohol. Varios de los hombres que aquí trabajan están casados con mujeres empleadas del hospital. Pocos hombres acuden a nosotros para emplearlos. Los bajos sueldos que pagamos no les hacen atractivos estos puestos. Los de mantenimiento, como tienen un sobresueldo por sus servicios de seguridad, los aceptan. Ya sabemos que el varón, por sus hormonas, es más violento y osado que las mujeres, de ahí vienen los malos tratos hacia el género femenino, y más cuando beben. En una época de mi vida, difícil por cierto, me dio por beber más de la cuenta, hasta que me di cuenta de que eso no podía ser para un hombre de mi condición. Uno de los de mantenimiento, se divorció, le hablé, y al poco tiempo se casó con una muchacha de lavandería. Otro enviudó y se casó a los seis meses con una auxiliar de enfermería. El matrimonio aplaca los impulsos de los hombres. En cuanto a las mujeres, debo decir que siempre las prefiero como enfermeras. Me da la impresión de que tratan con más dulzura a los pacientes y se conforman mejor con los bajos sueldos que pagamos. Y ustedes, doctores, casados con enfermeras, ¿piensan divorciarse?

-De eso, nada – respondió Christopher, y Mda asintió.

-De todas formas considero que es una injusticia que a los hombres se nos obligue a casarnos si queremos trabajar aquí, y a la mujer, no. Sus razones no me convencen – le respondió Mda al director -. Usted discrimina a los hombres.

- En una sociedad racista, clasista y machista como esta, siempre he de tener cuidado con los hombres. Tengan en cuenta las características de este barrio, que es, sin duda alguna, el más pobre de la ciudad. En estas condiciones los hombres tienden s mostrar su prepotencia, es decir, a ser más impulsivos y a descargar su agresividad sobre los seres más débiles, que son sus mujeres. Estas se conforman con menos. Son más sosegadas, y hasta parecen felices bordando, cosiendo, haciendo crochet para encajes… ¡Qué digo yo!... ¡Hay que ver, cómo dentro de su pobreza, el amor con el que cuidan a sus pequeños!

No conforme con esas explicaciones, Mda le dijo:

-A usted, como de puro origen inglés, le pregunto; ¿considera que la reina Elizabeth I o la reina Victoria, forjadoras de ese gran Imperio Británico tenían menos agallas que los hombres?

-Ellas nunca salieron de la Gran Bretaña. Fueron sus generales, almirantes, corsarios o piratas bajo sus órdenes los que realizaban las fechorías que, con razón, se critican. No me cabe la menor duda que esas señoras de santas no tenían nada, pero hay otras damas que debemos tener muy en cuenta como Florence Nightingale, la fundadora de la enfermería moderna, y de la dignidad de esa profesión. Miss Kelly, la enfermera australiana, primera persona que comenzó a tratar la parálisis infantil, en la cual el

amor a los niños jugó un gran papel, y no olvidemos nunca a Harriet Beecher – Stowe la autora de “La Cabaña del Tío Tom”, que tanto conmovió a la gente, incluso a Abraham Lincoln, incitándolo a la lucha contra la esclavitud de los negros…

- A propósito, aquí le traigo un recuerdo de Liverpool – y colocó sobre la mesa un paquetito, que al abrirlo, el reverendo Beagle exclamó:

-¡Precioso busto de mármol de Lincoln! ¿Se trata de un regalo?

-Es tan solo un pisapapeles que adquirí en la tabaquería de unos buenos amigos míos y de mi familia, los Brawn, que empezaron de nada y hoy son propietarios, yo diría, que de la mejor tabaquería de Liverpool.

-¿Y Lincoln fumaba?

- Pues lo ignoro.

El director, emocionado por el regalo, dio las gracias, y añadió:

-Debemos saber dónde están, porque en este país corren un gran peligro. Por las leyes de prohibición de relaciones inter raciales, deben necesitar ayuda.

Lo cierto es que según volvieron los Palmer de Inglaterra, la lucha contra el apartheid se recrudeció. Los bantúes y sus partidarios se envalentonaban con protestas callejeras, huelgas menores reivindicativas, grupos violentos que colocaban petardos de baja intensidad pero que ponían nerviosos a lo blancones racistas, y que les obligaban a armarse mejor ante una posible sublevación en campos y ciudades… Era Nelson Mandela, que desde el silencio de su encierro en la isla de Robben, el que dirigía todo aquel movimiento. Acción sí, pero no guerra, que produciría derramamientos de sangre incalculables y que los racistas utilizarían para enfrentar a las diversas etnias, en lo que ya tenían gran experiencia, dando al traste con los esfuerzos de la lucha antiapartheid.

-Mucha paciencia y valor que tiene ese hombre. Debe ser el mejor discípulo de Gandhi en este mundo, que tanto tiene de cruel, de tal forma que el racismo de este país llega hasta las cárceles, donde los presos políticos y comunes blancos, son mucho mejor tratados que los no blancos – comentaba el director Beagle -. Y hasta la fecha ni noticias de Mac Leod.

Días después, en el Jericho´s Hospital, mientras Christopher Palmer aprovechaba una pausa para tomarse una taza de café bien fuerte y bien azucarado, apareció Bernstein en compañía de otro hombre, alto, atlético, y blanco como todos en aquel lugar, pero de pelo bien negro, y se lo presentó:

-Este es el doctor Edward Blake. Un cirujano que también trabaja aquí, pero solo lo hace en los quirófanos de programados. Las urgencias las hace en el hospital de mutualidades para no blancos, donde atiende también a gente sin medios económicos. En él puedes confiar plenamente. No pertenece a ningún partido político, pero ayuda a varias organizaciones caritativas de la lucha antiapartheid.

-No pertenezco, porque no me fío de ninguno, pero como ya Samuel me ha hablado mucho y bien de usted, le diré que colaboro con ellos cuando algo falta y si me lo piden, y para que sepa algo de mi vida, pues ya sé algo de la suya, le diré que estuve

casado con una mujer de lengua inglesa, de la que tuve un hijo, pero a los dos años se enfermó de leucemia y falleció. Como tenía amistad con un grupito de chinos maoístas, que no son muchos aquí, pero relacionados con nuestra lucha, conocí a la hermana de uno de ellos y me casé, en secreto y por el rito budista con ella, de la que tengo dos hijas. Un matrimonio secreto como el de Samuel. El hijo del primer matrimonio vive con mis padres, cuyo domicilio también es el mío oficialmente. De esto, que no se enteren los médicos de aquí, que son muy reaccionarios Por lo tanto me veo obligados a llevar una doble vida. Mi abuela paterna era la sirvienta de un tal señor Blake, que la dejó embarazada y le nació un hijo, mi padre, más bien blancón, que lo mandó a estudiar a Cambridge, donde se hizo médico cirujano como yo. A la vuelta se casó con una blanca, y de ahí nací yo y mis hermanos, todos considerados de la raza superior. Estudié e hice la especialidad en la Universidad de Withwatersrand. Mi mujer actual es una alta empleada de una empresa de importación de productos de Taiwan y de Hong Kong. La organización de los chinos, que considero perfecta en muchos aspectos, hace que no eche de menos a un hogar. Mi mujer, como signo de solidaridad con los bantúes, viste siempre de negro, pero de moda china. Así la prefiero.

- Y en cierta ocasión se escaparon, fueron a China y se casaron por el rito comunista, es decir, por lo civil – añadió Bernstein

- En fin, que usted y Samuel son las ovejas negras en este rebaños de ovejas blancas que es el Jericho.

- También hay una doctora que está casada en secreto con un bantú, ingeniero de Fort Hare, y que trabaja para una empresa como chófer, pero que es un importante dirigente del Congreso Nacional Africano. A sus dos hijos se los cuida su abuela en un township al sur de Johannesburg. Ella se las arregla para verlos. Pero con la que hay que tener mucho cuidado en el Jericho´s Hospital es con una mujer muy peligrosa, creo que ya te la he presentado, la doctora odontóloga Charlotte Diebrücke, jefa de una banda de paramilitares, o mejor dicho, de un escuadrón de la muerte, que unas veces actúa por indicación de la Policía y otras, por cuenta propia. De muy buena presencia, bastante guapa. Varios asesinatos tienen en su cuenta los de ese grupo – refirió por último Bernstein.

-A esa y a algunos de los suyos ya los tenemos bajo nuestros ojos. Que se vayan preparando. ¡Ellos no tienen piedad con nadie…, nosotros tampoco! – exclamó Michael Blake.

-Al doctor Beagle le traje un pisapapeles de Abraham Lincoln, y a ti, Samuel, para que veas que no me olvidé durante mi estancia en Liverpool, como buen judío que eres, te traigo otro del Moisés de Miguel Ángel. Los cuernos que tiene ese profeta deben ser que se los puso su esposa Séfora, supongo – dijo por último Christopher Palmer.

- Nada indica en la Biblia de que fuera infiel. Tal vez intentó Miguel Ángel convertirlo en un minotauro. Esas astas en la frente poco tienen que ver con los rayos de luz que salían de su frente.

Por la conversación y por las reacciones del doctor Blake, dedujo Christopher de que debía ser miembro del oMkhonto we Ziswe.

A la noche siguiente, cuando ya estaba Christopher medio dormido, sonó el teléfono y oyó la voz de Bernstein que le decía entre otras cosas:

-¿Tienes libre el domingo en la mañana?

- Sí.

-¿Y Rosemary?

- Ella tiene un compromiso con la parroquia. Misa y una clase, o catequesis, para los niños.

- Entonces no podrás venir al gran espectáculo folklórico zulú en la zona minera. Tendrás que ocuparte de la niña.

- Ese día la niñera se encargará de la niña durante unas horas. Podré asistir.

-Nadine tiene guardia ese día y no podrá. El folklore zulú, para mí es el más vistoso y alegre de Sudáfrica, y lo considero el más elegante. A mí me emociona. El espectáculo será en un estadio cerca de minas y de dos townships del norte. Los blancos se sentarán en una parte del estadio, y los bantúes y las otras etnias, en otra.

- Al espectáculo fueron Christopher, Bernstein y Blake que se sentaron en los asientos de los blancones, en las que no quedó sitio libre al estar organizado por la dirección de uno de los grupos mineros. También la bancada de lo bantúes y otras etnias estaba llena. Ambiente festivo desde que entraron, con música de diversos orígenes hasta que empezó el festival.

-Allá diviso a la doctora Charlotte Diebrücke en compañía de su novio, un jefe de policía y de dos médicos del Jericho. Racistas, sí, pero no comprometidos con acciones violentas ni de torturas; son de esos que se conforman con decir es mejor que las cosas sigan como están. También está la señora de uno de ellos, enfermera de pediatría- dijo Bernstein.

Los cantos y bailes fueron maravillosos y llovieron los aplausos desde todos los rincones del estadio, pero al finalizar, un grupo comenzó a gritar con el puño en alto:

-¡Amandla!

Y otro contestaba:

-¡Awethu!- también con el puño en alto.

Los blancones que habían comenzado a levantarse se apresuraron a marcharse del estadio, con claros signos de susto en sus caras, quedando solo unos cuantos de estos sentados en sus butacas, que también levantaban el puño coreando la misma consigna, entre los que se encontraban los tres amigos.

-¿Qué significan esas consignas? – preguntó Christopher.

- ¡El poder para nosotros! Cosa que pone nerviosos a los blancones. Es un grito de combate de los bantúes, como lo fue la V de la victoria en la segunda Guerra

Mundial, el célebre punto, punto, punto, raya, de la BBC de Londres, o comienzo de la sinfonía de Bethoven. Tienes que aprenderla – le dijo Blake.

Los gritos, a los que se sumó Christopher continuaron en la calle, a los que se sumaron cantos bantúes, poco parecidos a los espirituales negros norteamericanos, pero con el mismo significado de protesta. Policías bien armados y pertrechados había en los alrededores, pero no actuaron, y la protesta se fue disolviendo sin incidentes. Para actuar hubiera sido necesario que llegaran refuerzos, y no valía la pena emplearlos en una zona alejada de sitios estratégicos. Que se desahoguen un poco ahora, porque momentos de palos ya habrá, se decían los jefes de policía.

Tres días después de este espectáculo, al reverendo doctor Beagle le entregó una carta, procedente de Maseru, capital Lesotho, que le trajo un viajante de comercio. La carta era de Mac Leod, en la que le pedía disculpas por haberse ido sin avisar. En esa ciudad estaba ya empleado en un hospital, más o menos de la categoría del Saint Barholomew, en compañía de la monja Fanny, que lo hacía de enfermera. También se habían traído a su hijo. Fanny cruzó la frontera por el puesto fronterizo, porque, como blanca, poseía un pasaporte en regla. Él, bantú, al carecer de ese documento, tuvo que hacerlo, con su hijo, por una zona montañosa, ilegalmente. Para pagar al guía y los otros gastos del traslado tuvo que vender su casa-chabola. Pronto se iban a casar. Ganarían aún menos que en Soweto, pero en ese país no existían esos horrorosos anuncios racistas, de solo para blancos, para no blancos, etcétera… Y que allí no estaban prohibidos los matrimonios inter raciales.

En una carta aparte, dirigida a Mda, y no al doctor Beagle, por no disgustarlo, le comunicaba que en el Obispado de Maseru, le aconsejaron que para acelerar las dispensas y permisos para casarse, lo mejor sería que él y su hijo se convirtieran al catolicismo, cosa que ya estaba decidido. ¡Qué más daba Londres que Roma!

-Sí, ese país está completamente dominado por los sudafricanos, pero en materias raciales no se meten fuera de sus fronteras. Pero cuando entran en el país siempre se traen a uno o a algunos sudafricanos que agarran por sorpresa, que no tuvieron tiempo de esconderse. Tal vez algún día se traigan a Mac Leod.

Un sábado por la tarde, Nadine y Rosemary, acudieron a una iglesia metodista para una asamblea de mujeres organizada por el grupo de Helen Suzman y de Ingrid Fendel. En ella hablaron tres mujeres, ex reclusas, una, por delito común, y dos, por política. Contaron cómo fueron vejadas y maltratadas en las cárceles, donde se ensañaban más con las presas políticas, explicando ´como fueron torturadas, humilladas, violadas…Una de las diversiones favorita de los carceleros, era, cuando tenían la regla, no darles compresas higiénicas, sino exponerlas con la sangre chorreando por las piernas, al aire libre,

C A P Í T U L O XXVII

Pasó el tiempo y vino al mundo un hijo varón de Samuel Bernstein y de Nadine, que fue circuncidado según la Religión Judía a la que debía pertenecer, y se le puso el nombre del abuelo paterno, Moshe. Como era ilegítimo de acuerdo con las leyes, llevaba el apellido de la madre Jonker, pero de segundo nombre llevaba el del apellido del padre, Bernstein. Así era Moshe Bernstein Jonker. Algún día lo arreglarían, cuando pasara la noche del apartheid, que vendría seguro. A escondidas tenía que ver en la ciudad Samuel a su esposa y a su hijo, un kleurling o coloured, pero no en la casa de campo familiar de los Bernstein donde también el niño podía estar junto a la hija de los Palmer, cosa no permitida en la ciudad, pues esa convivencia estaba prohibida en los parques y plazas donde Rosemary llevaba a su hija a pasear.

Una tarde, en el Jericho´s Holpital, le dijo Bernstein a Chistopher:

- Dentro de unos días comenzará una huelga de mineros del platino, de las que están al norte de Johannesburg, y nosotros, los blancones, debemos prestarles una pequeña ayuda. El sacrificio de esta lucha no lo deben sufrir solo los bantúes, también los demás hemos de arriesgarnos para conseguir una democracia para este país. Nuestro encargo, es la voladura de una torre de distribución eléctrica al norte para dejar sin corriente un sector céntrico de la ciudad. Es arriesgado, pero tenemos que hacerlo. Se trata solo de un acto de miniterrorismo, pero hay que poner nerviosos a los blancos y que se enteren de que aquí algo se mueve…, que sepan que los bantúes no se andan con chiquitas y deben respetarlos. Si nos detienen, nos detienen, si nos torturan, nos torturan, y si nos matan, nos matan... Así es la vida y la lucha.

- He de decir que a nada de eso ya le tengo miedo, no es que me guste, pues no soy masoquista, pero lo que me da pánico es que me dejen inútil, porque no soporto que me cuiden…Eso de depender de los demás…, prefiero la muerte… Cuenta conmigo. También mi padre se arriesgó defendiendo Londres en los cuarenta en circunstancias similares, y tuvo suerte.

- Vendrá con nosotros Blake, un buen experto en explosivos. Iremos armados con pistolas y un par de bombas de mano. Si hay que matar se mata, porque ellos no dudan en hacerlo en estos casos. Están muy bien preparados para eso. ¿Has disparado un arma alguna vez?

- Nunca, pero he visto cómo se hace en la películas.

- Mañana te daré una lección de tiro. Sin balas, por cierto. No podemos hacer ruido en la ciudad. Ninguna piedad con ellos, porque a ti te matarían con sumo placer a la menor sospecha… Y nada de remordimientos. Utilizaremos un todoterreno con matrícula y documentación falsas. Blake, que bien conoce el camino, conducirá. Tú irás como yo con la pistola a punto. A Blake, los comandos racistas lo instruyeron a conciencia. Está mejor preparado que yo, pues es un experto en explosivos. Saldremos mañana antes del anochecer, hacia el bosque al norte de Withwatersrand.

Ya en camino, por la carretera principal no hubo obstáculos. Blake, conduciendo le recordaba a Christopher:

-Si se presenta la ocasión, no dudes en matar, y si se puede, hacerles el mayor daño posible, como suelen hacer ellos. Si no se inmutan cuando hacen el mal, nosotros tampoco, cuando hacemos el bien, que es eliminarlos a ellos… ¡Sinvergüenzas! Esos creen los dueños del mundo. Yo ya tengo a algunos de esos en mi haber. Se la buscaron. Ten en cuenta que son peores que los célebres gánsteres de Chicago.

Entraron en el bosque por un camino sin asfaltar, algo ancho, que a algo más de quinientos metros se bifurcaba, en uno a la izquierda igual de ancho, y otro más estrecho a la derecha.

-Iremos por el de la derecha, que por ser muy secundario debe estar menos vigilado – opinó Blake –. Pero estén bien preparados, pues en cada curva nos puede sorprender algo desagradable.

En este momento oyeron unos disparos procedentes del lado derecho.

-Ya atraparon al otro coche que llevaba otra misión. Preparados para actuar rápido – dijo Bernstein.

-Y disparar también rápido si se presenta la ocasión – añadió Blake.

Pasado un cuarto de hora, Bernstein avisó:

-El objetivo está a un kilómetro de aquí. Ahora debemos hacer el resto del trayecto a pie, por la dudas… Mala cosa, llovizna… Nos mojaremos, y los explosivos también.

-Esos son a prueba de agua. Nada que temer al respecto. ¡Armas preparadas y adelante! – dijo Blake mientras se ponía en camino.

Faltarían doscientos metros cuando Blake dio el alto y advirtió:

-Esta noche, aparte de mojarnos, nada que hacer. Torreta rodeada de policías. Hacia atrás, y, como antes, máximo silencio… Esperaban algo, esfuerzo perdido.

- Creo que no. Por aquí cerca hay una estación telefónica secundaria. Una vez me la enseñó mi hermano Aaron. Intentemos aprovechar los explosivos. Conozco ese camino. Yo conduciré – indicó Bernstein.

Por un camino estrecho el oftalmologo los llevó. Algo o bastante escondido estaba el puesto telefónico y nadie lo custodiaba en aquella noche lluviosa. Blake con la ayuda de Christopher colocaron los explosivos, mientras Bernstein vigilaba. Terminado el trabajo, y ya de vuelta, Blake les dijo:

-Dentro de una hora volará el puesto, Estaban de sobreaviso, por eso tenían tan vigilada la torreta eléctrica, pero olvidaron este puesto secundario, tal vez por estar muy apartado. De momento no hemos matado a nadie ni nos han liquidado todavía. Prepárate Christopher que en otras misiones te verás envuelto.

-Mañana mi hermano Aaron tendrá que venir a calcular los daños, pues quedarán cortadas algunas comunicaciones con el norte,

Así Christopher comenzó sus contactos con el temible oMkhonto we Ziswe, y tuvo que participar, aparte de las protestas pacíficas, en otras violentas, aunque de baja intensidad. Había llegado a ser un miniterrorista. Charlotte Diebrücke era una perra racista, y Blake, que trabajaban en el mismo hospital, la combatía con sus mismos métodos, No le cabía a Christopher la menor duda de que Blake era un importante dirigente de la Lanza de la Nación.

Un día coincidieron en la cantina Nadine y Rosemary con una empleada de la lavandería. y Nadine le pidió que contara su historia, a lo que respondió:

-Mi familia se componía de mis padres y cuatro hermanos. Mi padre era un trabajador ocasional. Unas veces tenía trabajo, otras, no. Se colocaba en una plaza y allí esperaba que lo fueran a buscar, Casi siempre para trabajos de pocos días, es decir, que muchos días prácticamente no comíamos. Suerte era, cuando conseguía un trabajo de larga duración. Entonces teníamos comida todos los días. La vivienda era una choza que nos protegía del viento y del frío. Aunque estaba acostumbrada a aquella miseria, reconozco que la pasábamos mal. Ni a la escuela íbamos… Pedía limosnas por las calles, que para muy poco servía. Un día una kleurling, me vio en una calle y me preguntó si quería trabajar. Le respondí que sí y me empleó en su tienda de comestibles. Poco ganaba, pero menos era nada, y de la pobreza no salíamos. Crecí, y a mi padre lo mataron en una reyerta. Nuestra situación empeoró, y yo, viendo tantas cosas buenas en la tienda, llegó un momento en que me dio por llevarme a casa algo de todo aquello. Me parecía que no se daban cuenta, pero un día me agarraron y me detuvieron, metiéndome en la cárcel, condenada para año y medio. Había más presas comunes que políticas, ensañándose los vigilantes más con las políticas. Abusaban de nosotras lo que querían. Nos violaban y nos vejaban. Tal vez a mí me consideraron política. Una noche me sacaron de la celda y me emborracharon, y, según me parece, todo el cuerpo de guardia me violó. Esto era frecuente que lo hicieran con las políticas, que, junto a eso las vejaban al máximo.

-¿Es cierto que a las políticas no les dan compresas higiénicas durante la menstruación y las exhiben en el patio chorreando sangre por las piernas para burlarse de ellas?

- Muy cierto, además del peor trato que a las otras, y torturas. De mí se encaprichó la jefa de galería y me metió en una celda aparte para su uso personal. ¡La muy asquerosa! Aunque me daba mejor comida y trato, me repugnaba el verla. Hubiera preferido la tortura. Una semana se ausentó, y el jefe de la guardia, que la odiaba, me llamó, me puso en la puerta y me dijo: “vete, y en aquella segunda esquina que está a unos cien metros, doblas a la izquierda, y a otros cien metros hay una misión cristiana, creo que católica; pídeles ayuda, que seguro te la darán, corre ya”. No lo dudé un instante El padre Mahlala me acogió, y me trataron como una persona. ¿Cómo arreglaron mi situación?... Pues en este hospital de Saint Bartholomew murieron dos mujeres, una mayor y otra joven. Deberían ser muy delgadas, porque a las dos las metieron en el mismo ataúd, pero con el certificado de defunción de la mayor. A la joven le dieron el alta por curación, documento que es el que yo porto. Las dos fueron

enterradas juntas, y yo pasé a ser la joven, muchacha sin familia, abandonada y dedicada a la prostitución. Me emplearon aquí para trabajar en la lavandería. No sabía que estaba en Soweto ni dónde vivía mi familia, cuyo contacto he perdido del todo. Pasado algún tiempo, me casé con el conductor de una furgoneta dedicada al reparto de comidas. Ya tengo dos hijas, y estoy considerada como animista.

Un día le confió Bernstein a Christopher que Blake y él, en compañía de otros, habían participado en una acción parecida a la de la torreta, que también fracasó, pero que tuvieron un tiroteo con los policías, abatiendo a uno de ellos. De los suyos, un herido sin importancia.

-

C A P Í T U L O XXVIII

-¿Qué se siente usted más doctor Beagle, médico o clérigo? – le preguntó Bernstein al director un domingo en que coincidieron en el hospital.

Esa reunión transcurría en el despacho de la dirección del Saint Bartholomew´s Hospital, y estaban presentes, además de los mencionados, Christopher Palmer y Nadine Jonker, médicos de guardia, contestando así el jefe:

- Mientras estuve destinado en las cuatro pequeñas ciudades o townships y el corto tiempo de misionero en Gabón, me consideraba las dos cosas. Me organizaba y compartía a partes iguales. Tal vez más, en el curso de mi vida, me he inclinado a lo de médico, porque para eso me llamaban a horas intempestivas. En los dos últimos townships, mi labor la hacía en pequeños hospitales atendiendo las consultas externas y urgencias, como médico general. Me interesé por la diabetes, y procuré estudiarla bien, pero no soy un especialista. Nunca tuve que ver con la administración de hospitales, y ahora me veo de director de uno. Menos mal que el administrador, a pesar de ser un chivato, es un excelente contable, y su secretaria, me parece que lo supera en administración. Yo carezco de esa ayuda, y cuando necesito colaboración, llamo a una de las dos auxiliares de clínica que entienden de asuntos burocráticos.

- Una de esas auxiliares fue la que hace tres noches apuñaló su marido, aquí mismo, a causa de malos tratos recibidos – dijo Christopher, y añadió -: Por suerte va mejor y él se niega a presentar denuncia, arguyendo que la justicia en Sudáfrica es solo para los blancos. Muy borracho estaba cuando vino a pegarle.

- El alcohol y las drogas causan verdaderos estragos en estos barrios de máxima pobreza. Al marido lo despidieron del trabajo y llevaba borracho desde hacía cuatro días… Y no se le ocurrió otra cosa que arremeter contra su mujer. Probablemente en el Jericho no ocurran estas cosas.

-También pasan esas cosas en los buenos hospitales de los elegantes barrios de lo blancos, doctor Beagle – le respondió Bernstein -. Hace veinte días en el Jericho, Christopher tuvo que estar curando a la esposa de un compañero que recibió una paliza de su marido al enterarse de que tenía un amante… Ahora viene el divorcio, y los dos niños sin un hogar adecuado… Menos mal que los abuelos paternos los han acogido. El médico lleva varios días en la cárcel. Entre nosotros no es nada raro que los médicos, pasados los cuarenta y tantos y cargados de dinero, se dejen deslumbrar por enfermeras jóvenes y guapas, y abandonen a sus mujeres que ya perdieron la lozanía de su juventud. A esas muchachas lo que más les deslumbra suele ser el dinero… Y no niego que hay casos en los que el divorcio está justificado por la incompatibilidad de caracteres.

-Aquí, en este hospital, hemos visto de todo. No los voy a enumerar. Solo mencionar la mujer que vive con su esposo y el amante masculino de su cónyuge. Y el extraño caso del doctor Reddy Raja Konda, un vegetariano total, que ni usa zapatos ni

correas de cuero. Un día se encontró a su mujer y a sus dos hijos comiendo pollo al curry en un restaurante. Pidió el divorcio enseguida. Se lo concedieron, y, como es norma en esta casa, le dije que tenía que encontrar compañera para casarse en seis meses o abandonar el hospital, a pesar de la gran pérdida que para nosotros eso significaba. Su mujer y sus hijos no eran vegetarianos integrales, pues comían huevos y leche y sus derivados. A los seis meses me vino a decir que se volvía a casar. No me alegré en ese momento, pero sí cuando me dijo con quién, porque era la misma de antes… Sé que ella cumple la promesa de no volver a comer ni carne ni pescado, pero sus hijos, a escondidas, van al restaurante y se comen sus buenos trozos de pollo con la salsa curry- comentó el reverendo Beagle.

-Así que ustedes no aceptan que una persona joven se enamore de una mayor o de una con bastante dinero. La mayoría de las enfermeras, ya sean blancas o bantúes se casan con hombres de pocos recursos, y son bien avenidos toda la vida. También sé de muchos casos de mayores con menores, tanto de hombres como de mujeres, que les va muy bien – comentó Nadine -. No existen reglas en esta materia.

-Usted es muy rígido con los hombres, doctor Beagle. A las mujeres no les exige tanto…- comentó Bernstein.

-¡Cómo que no! Les exijo que sigan el modelo de Florence Nightingale que ya es bastante. Por cierto, para reemplazar a las dos bajas que hemos tenido ya tenemos sustitutos; una monja católica, enfermera titulada, y un médico joven, Los dos bantúes. La monja nos la cede, el padre Christiaam Mahlala por cinco horas, como la hermana Fanny. El médico, es joven y ha trabajado en un township durante dos años como médico general, y pretende aprender cirugía. Se considera sincretista, es decir, mezcla de animista y de cristiano. Su familia era animista pero se educó en una escuela cristiana. No sé de qué confesión. Esas monjas y la doctora Muy – Sang nos resuelven muchos problemas, y tienen un gran valor yendo a pie a donde se las llame. Los problemas de este hospital siguen sin resolverse. Treinta camas, es decir, casi una sección no se puede usar por falta de medios, y otras treinta están ocupadas por personas mayores, que sus familiares soltaron aquí y no vienen a recogerlos. De vez en cuando mandamos a algunos a un centro de crónicos, pero esos escasean… Problemas, problemas…, y siempre más problemas.

El racismo y la segregación seguían en pie, sin hacer caso al incremento de protestas. Bien es cierto que el número de estudiantes universitarios no blancos aumentaba, aunque no fuera mucho, y de que se iban a permitir competiciones deportivas inter raciales, pero la niña de Christopher y el niño de Bernstein solo se podían ver en la casa de campo de esta familia. Samuel y Christopher eran cada vez más amigos y participaban, cuando el trabajo no se los impedía, en mítines y manifestaciones de protesta. En una de estas, Bernstein recibió tal tunda de porrazos que tuvo que dejar de trabajar durante unos días justificando su ausencia por un accidente de moto. Palmer, un par de veces tuvo que extraer balas de heridos en el sótano secreto de la Misión del padre Mahlala. Medicina vietnamita decía, y en urgencias atendió también a algunos heridos de huelguitas y manifestantes de menor cuantía, atribuyéndoles heridas por diferentes causas, Accidentes de diversos tipos para que el administrador no se enterara. Bernstein, para vengarse de la tunda recibida, una

noche lanzó un cóctel molotov contra el escaparate de un propietario racista. El seguro le cubrió todos los daños. “Pero el susto, no”, se dijo a sí mismo.

Una tarde, estando Christopher Palmer de guardia en el Jericho´s Hospital, llegó al servicio de urgencias un representante comercial japonés afecto de un abdomen agudo.

-¿Podemos atender en este hospital, exclusivamente para blancos, a un asiático? – preguntó a la enfermera jefe.

- Sí, porque los japoneses en Sudáfrica son blancos honorarios – fue la respuesta.

- Pues ahora me viene a la memoria de que, cuando los nazis ocuparon Viena, al genial compositor de operetas húngaro, Franzs Lehar, autor, entre otra de “La Viuda Alegre”, le ofrecieron el título de ario honorario y lo rechazó. Los húngaros dicen que son de origen asiático. En realidad son una mezcla, de germanos, eslavos, asiático y no sé qué más.

Fue una perforación gástrica que fácilmente resolvió, quedando ingresado unos días en el Jericho, donde dejó unos buenos yenes.

C A P Í T U L O XXIX

Un buen día, y sin previo aviso, se presentó en la vivienda de Christopher y Rosemary, Kevin, el hermano que se consideraba oveja perdida.

Grande fue la sorpresa de los dos, pero mucho mayor la alegría de su hermana, que le dijo:

- Quédate en casa. Tenemos habitación con cama, y tendrás toda la libertad que quieras. Ya deducirás que este es tu cuñado Christopher, y la niña que está en el suelo, jugando, tu sobrina Nadine,

- Gracia por el ofrecimiento, pero estoy en un hotel barato, así estaré a mis anchas y podré moverme como quiera. Ya soy un graduado en motores navales, y con el dinero que gané durante las prácticas, me estoy pagando este viaje. Allá, en la civilizada Europa, estaba cansado de ver solamente una especie de animales salvajes, el hombre. Por eso me decidí a venir a África para ver otras especies más interesantes, como la del Parque Nacional Kruger… A la vuelta, cuando me haya gastado todo, tengo dos oportunidades, volver a embarcarme en un pesquero o trabajar de ayudante de Andrew el hijo de Vera, la mujer de Gregory, que es ingeniero de máquinas en un ferry del trayecto Aberdeen Islas Shetland. En el primer empleo pagan más, pero el segundo es menos fatigante y riesgoso…Ya lo veré a la vuelta, en Aberdeen.

-Si necesitas dinero no dudes en pedírnoslo. Estamos para todo lo que necesites. El domingo sería bueno que vinieras con nosotros a la casa de campo de nuestros amigos, los Bernstein. Conocerás a mucha gente, y seguro que lo pasarás bien. Además, allí no hay tan rigurosa segregación racial como en Johannesburg.

- Hasta ahí, bien, porque el lunes me pondré en marcha hacia el norte,

- ¿No estás cansado de ir al norte con los barcos de pesca? – le preguntó Christopher.

- En Aberdeen, ir hacia el norte, significa ir hacia el frío. Aquí, es todo lo contrario, es ir hacia el calor. Lo mismo ocurre con el agua del lavabo. Allá, se vacía siguiendo la vía de las manillas del reloj, y aquí, en el hemisferio sur, lo hace al contrario.

El domingo en la casa de los Bernstein había bastante gente y animación: el padre, jefe de la familia, Samuel y Nadine con sus tres hijos, Joshua, el sordomudo, con su mujer, su hijo y su hija adoptiva, el matemático Albert, también con su mujer, el aparcero Robert, con su familia, y ahora se añadían Christopher, Rosemary, la hijita y el hermano Kevin, que no se olvidó de traer el violín heredado de su amigo hippy alemán.

El día se presentaba soleado, con buen tiempo, que hacía el paisaje del campo más bello aún. Al ver el violín, Albert, el profesor de matemáticas de los Bernstein le dijo a Kevin:

-Si usted toca el violín, yo toco el piano, y podemos hacer un dúo. ¿Le parece bien? Lamento que mis tres hijas no puedan estar hoy aquí, pero asisten a la fiesta de cumpleaños de una prima,

- Siempre se lamenta de no tener un hijo varón para que fuera matemático como él, pero está loco con las niñas, que también pueden dedicarse a las matemáticas… Pero hoy me toca darle una noticia, la de que estoy de nuevo en cinta, y está vez va a conseguir lo que tanto esperaba. Hace tres días que lo sabía y esperé hasta hoy – dijo su esposa.

Albert dio un salto de alegría, abrazó a su mujer y le dijo a Kevin:

- Vamos al salón. Allí hay un piano. ¿Conoce la Marcha Triunfal de Aída?

- Sí, sé llevar su ritmo, puedo acompañarlo. A ver cómo resulta. Solo soy un aficionado. Perdone si meto la pata…, pero por intentarlo no se pierde nada.

- La tocaremos en señal de alegría y celebrar la buena nueva.

Así lo hicieron. No salió mal. El público aplaudió. Luego tocaron la Barcarola de los Cuentos de Hoffmann. Al finalizar, Albert le dijo:

-Tiene buen sonido ese violín, pero muy bueno. ¿Cómo lo adquirió?

Kevin le contó lo de la muerte de su amigo y cómo se hizo cargo del instrumento.

-No es un Stradivarius, pero es casi de su época y fabricado por un gran maestro. Hoy debe costar una fortuna. ¿No se había dado cuenta? No le pusieron pegas en el control aduanero ni le pidieron explicaciones.

- Nada, en absoluto, como el estuche está algo deteriorado, el funcionario solo dijo, “un violín viejo, sin valor, puede pasarlo”.

-Y en Aberdeen, ¿nadie le preguntó por el origen?´

-No

-Pues guárdelo como oro en paño. Eso es un tesoro.

-¿Está usted casado, Kevin?- le preguntó Mireille, la esposa de Albert.

Al oír la respuesta de no, le dijo:

-Entonces tendrá la pena de no tener hijos.

Pero al oír que por lo menos tenía cuatro, quedó escandalizada.

-¿Qué quiere que hiciera? La vida de hippy era así. No sé ni cómo se llamaba mi mejor amigo, ni de dónde era; me parece que una vez habló de dos hijos. Y de las chicas lo mismo. ¿A dónde fueron a parar?... Por lo menos he cumplido con un precepto: creced y multiplicaos. Le dejaré mi libro sobre la vida de los hippys, que es una lástima que aquellos puritanos escoceses me hayan censurado partes interesantes,

- Primero lo leeré, y luego, ya me encargaré de hacer fotocopias para la familia y mis alumnos, aunque nada tenga que ver, aparentemente, con las matemáticas - dijo Albert Bernstein.

No mencionó su nuevo proyecto, el de novelas del inspector Mac Pherson de la Policía Escocesa ni de los dos libros que le habían rechazado.

-Si quiere ir al Parque Nacional Kruger, le recomendaría ir por carretera. Conocerá mejor el paisaje sudafricano. Pasado mañana, muy temprano, sale un camión de nuestra fábrica, cargado con muebles de lujo para un nuevo hotel que se está construyendo en Letaba. Allí, también está el puesto de vigilancia donde trabaja Rembrandt, el hermano de Nadine. Él sabrá explicarle cosas del parque que son más interesantes que las de un guía turístico – le dijo Joshua, traduciéndoselo por el lenguaje de signos su mujer.

-Es una buena idea. No la desperdicie. Los comentarios de mi hermano le ayudarán a comprender los encantos del parque. Le llevará unos regalos para sus niños, mañana por la tarde los compraré y se los daré a Rosemary – le dijo Nadine.

Y Kevin dio su conformidad.

La fiesta siguió con una buena comida y buen vino sudafricano. Los niños se lo pasaban en grande, y los mayores, mucho hablar, siendo Kevin, como el más exótico el centro principal de las conversaciones. Hubo un nuevo concierto en que actuaron Nadine y de nuevo Albert, al piano, y Kevin, con su violín, pero de música moderna, más ligera. Ya por la alegría del momento, ya por cortesía, los aplausos merecieron el título de ovación. Como se prolongó demasiado, volvieron ya de noche a la ciudad.

El lunes, Kevin aprovechó el día para visitar algo de la ciudad, aventurándose hasta un suburbio, donde además, de los horribles letreros “SOLO PARA BLANCOS”, “SOLO PARA NO BLANCOS”, “ESTA ÁREA ES SOLO PARA BLANCOS” y similares, vio otro que le impresionó más e incluso más repugnancia que decía: “¡PELIGRO, NO BLACOS, PERROS SALVAJES DEVORARÁN SU CUERPO!”.

-Ese mismo letrero lo he visto en otras partes - le dijo Christopher, y añadió-: Los fabricantes de letreros racistas deben hacer buen negocio en Sudáfrica.

Para visitar Soweto no recibió el permiso.

El martes, bien temprano estaba en el lugar señalado para que lo recogiera el camión de los muebles. Poco tuvo que esperar, y el conductor, un bantú, lo invitó a subir. Grande era la gandola, y bien cómodo el asiento, llevando pintado por los dos lados un letrero que decía MUEBLES BERNSTEIN.

-Si acaso le pregunta la policía, que no creo, usted es el representante del señor Bernstein que tiene que entregar personalmente el cargamento en el Ganbinus Hotel. Conviene que sea un blanco el que lleve la responsabilidad. Nosotros debemos ser sumisos criados. Aquí llevo un papel que lo acredita. Primero iremos hacia el este, luego hacia el norte, Antes de entrar en el Parque pararemos para dormir. Yo siempre duermo en la cabina, detrás de los asientos. Hay un motel donde puede pernoctar. Solo para blancos.

-Si los asientos están libres, prefiero dormir también en la cabina.

-Si no le importa dormir cerca de un bantú… Yo traigo mi comida, aunque hay restaurantes de carretera para nosotros, y, por supuesto…, y muy buenos, para ustedes, los blancos.

Por suerte el hombre era hablador, cosa que agradaba a Kevin enterándose de asuntos de Sudáfrica que desconocía, y también mientras hacían el camino, Kevin le explicó algo de su vida, siendo lo de hippy, la que más le agradó al chófer. Agotado el tema, el conductor le contó algo de la suya.

- Soy un bantú venda, de esos del norte. Mi nombre es Okre. De niño vivía en un poblado pequeño, en la pobreza, en una choza con mis padres y cinco hermanos. Harto de miserias, cuando tenía doce años, me marché de aquel lugar dando mis huesos a parar a Jozi, en el barrio de Soweto, donde me alojaba en otra choza inmunda en compañía de varios chicos como yo, Todos trabajábamos en labores no muy propias para niños, abusivas para lo poco que nos pagaban. A decir verdad, tanto se aprovechaban de nosotros los blancos, como los kleurlings, como los bantúes. Varias veces teníamos que rebuscar en las basuras para encontrar algo de comer. Un día, unas señoras nos vieron a mí y a otro compañero haciendo eso y nos cogieron de las manos y nos llevaron a la Misión del reverendo Losada. Nos preguntó si sabíamos leer, y al contestar que sí, pues algo estuvimos en una escuela, nos dijo que una institución benéfica se hacía cargo de nosotros y nos dio a elegir si queríamos ser mecánicos o carpinteros. Yo elegí lo primero, y el otro, la carpintería. Dormíamos en un almacén con otros treinta chiquillos y nos daban dos comidas al día. Malas, pero comida. Aprendí lo de mecánico de automóviles, luego a conducir, y más tarde la máxima categoría de camionero, lo que soy ahora, lo más que podía aspirar en esta vida. Si se me estropea el vehículo por el camino, muchas veces lo arreglo sobre la carretera, pues soy mecánico. Al volante en este camión me siento como un hombre rico en un elegante coche Mercedes o en un Rolls Royce. Como era animista, el reverendo Losada me dio unas clases y me bautizó convirtiéndome en cristiano, pero yo sigo creyendo más en lo primero.

- ¿Y sigue viviendo aún en una choza?

- No, tengo una casita en Soweto, y vivo allí en compañía de mi mujer y dos hijas. Por suerte el señor Bernstein es el dueño de una empresa paternalista, y aunque nos paga según salarios de bantúes, nos da gratificaciones que nos vienen bien. Los blancos, coloureds e indios, empleados en la fábrica ganan más, pero son maestros ebanistas, verdaderos artistas, o administrativos los allí contratados. Con mi trabajo de mecánico me pagué los cursos de conductor, y un día el reverendo Losada me

recomendó al señor Bernstein, que me empleó en sus camiones. ¿Le han gustado los paisajes?

-Pues bastante, y me agradaría pasearme a pie por estas tierras

- A mí me pasa lo mismo. A la derecha tenemos los Montes Stypoort.

Y siguieron hablando de la situación de los bantúes:

-¿Qué si odio a los blancos? El odio no forma parte de mi naturaleza, pero estoy deseando que esto cambie de una vez. ¿Cómo me va a gustar que me discriminen? ¡Y menos a mi mujer y a mis hijas! Llegamos a Phalaborwa, ahí está un restaurante y un motel de carretera solo para blancos. Puede comer y dormir. Yo lo haré en el camión. Mañana entraremos en el Parque. Habrá control de entrada. Cuando se creó esta reserva natural se expulsó a toda la población bantú. Una salvajada de los que nos oprimen. Ahora solo lo habitan trabajadores o vigilantes del Parque.

- Cenaré algo en el restaurante, pero dormiré en los asientos de la cabina. Hay espacio, más que suficiente.

Y se aproximaban a Letaba, donde el camionero lo llevó hasta el puesto de vigilancia, lugar del destino de Rembrandt Jonker. Allí se bajó Kevin, mientras oía la voz que le decía:

-Pregunte si está. Sí no, lo llevaré al hotel.

A los tres minutos salieron Kevin y Rembrandt juntos, y despidieron al camionero.

- Yo me haré cargo de él, Puede continuar hasta el nuevo y superlujoso Gambinus, para turistas de mucho dinero – comentó Rembrandt riéndose, y dirigiéndose a Kevin, le dijo –: Si quiere puede dormir en mi casa. Aquí los controles raciales son menos estrictos que en las ciudades. Mañana saldremos una expedición de tres jeeps hacia la zona de caza en el norte. Todos los vigilantes que participarán menos yo, serán bantúes. Estaremos cuatro días dando vueltas, para controlar a los cazadores, por si tienen los permisos en orden, y, sobre todo, a los furtivos, para arrestarlos. Estudié para guardia forestal, así que soy un sargento policía entendido en flora y fauna. Por lo tanto tengo que guardar el orden en el Parque y dar cuenta de lo que vea anómalo en los animales y en la vegetación al Centro de Investigación.

-En lo de la invitación a dormir, gracias, no quiero molestar, me quedaré en el hotel. Allí me sentiré más a mis anchas. Pero mucho me encantará ese safari para cazar a furtivos, ¿Cómo se arregla la cuestión de la comida?

- En eso no hay problemas si come de todo.

- ¿Hasta ratas?

- No se preocupe que no llegaremos a ese extremo, Tampoco he comido monos. Llevamos comida y agua para seis días, y siempre nos sobra, pero mucho

laterío. Hay unas casetas en las que dormimos, que son más seguras que las tiendas de campaña, donde hay que dejar un vigilante armado toda la noche. En esa zona de caza dejaremos a unos cuantos para una semana y recogeremos a los que ya han cumplido. Hay que patrullar continuamente, día y noche, alternándose los vigilantes.

Poco después de despuntar el día se puso la caravana en marcha por aquella sabana, reserva natural de fauna. Eran doce vigilantes armados con mosquetones y Kevin con su cámara fotográfica y su violín, que lo tocaría por las noches después de las cenas.

-En realidad, entiendo más de plantas que de animales, pero a los turistas lo que les importa son las bestias salvajes, y cuanto más grandes, mejor. Mis conocimientos de botánica, generalmente los reservo para el Centro de Investigación al que debo comunicar cualquier alteración en las plantas que observe. Científicos vienen de Johannesburg y de toda Sudáfrica…, y del mundo. Nuestros jefes son blancos, y a mí se me contrató por ser guardia forestal titulado. Cuatro de los hombres que llevamos son de lo que se empieza a llamar batustán de Bophutaxwana, y allá, para formar parte de la policía de ese estado fantoche, quieren volver. Es lógico, porque se trata de su tierra. Mi intención cuando me jubile, si me echan del Parque, es irme a vivir a esa ciudad que está muy próxima, Phalaborwa. La riqueza de esto viene del turismo. La caza permitida y controlada también es una fuente de dinero para el Gobierno, pues hay que pagar un tributo, a veces muy elevado, como ocurre para elefantes y leones. Si se reproducen demasiado, faltaría la comida, aunque este parque sea tan grande como Sicilia. También, como hay muchas corrientes de agua y lagunas, tenemos muchos cocodrilos. Peligrosos son, pero mucho más lo son los hipopótamos, que parecen tan pacíficos metidos en el agua. Todos los animales carnívoros atacan con astucia y a traición. Es verdad que la gente viene en su mayoría a ver a los grandes mamíferos, pero hay reptiles muy interesantes como diferentes tipos de serpientes, algunas muy venenosas, o aquella tortuguita que va por allí.´

Y siguiendo la ruta, se detenían de vez en cuando para observar mejor a los diferentes tipos de animales: jirafas, leones, guepardos, monos, cebras, gacelas, elefantes… Todo lo que les gusta ver a los turistas…., y a Kevin, por supuesto, que sentía una gran emoción.

-La gente se fija más en esos animales que en las aves, de las cuales hay en el Parque unas doscientas clases, la mitad migrantes. Y de lo mío, las plantas, tenemos unas dos mil especies, a las que poca atención prestan los visitantes, pero sí los científicos, que siempre me está consultando. Nuestro amigo Oscar, que conduce este jeep, tiene en su casa un cebroide, que significa un hibrido de burro y cebra. Cuando volvamos lo verá.

A los que encontraron portando armas, tenían los permisos de caza en orden. De furtivos no vieron ninguno.

-Esos malditos no se conforman con matar a los animales solamente, sino que nos disparan si nos ven. Suelen llevar buenas armas, con miras telescópicas. Algunos huyen o se dejan coger cuando nos ven, pero otros, nos disparan…, a matar.

Todo transcurría con normalidad. Por las noches Kevin les tocaba el violín y mantenían conversación hasta que los vencía el sueño. Y Kevin se fue enterando de

asuntos de las familias de los vigilantes, como que todas las mujeres trabajaban para los hoteles y para el Centro de Investigación, menos la de Rembrandt Jonker que, por ser maestra, lo hacía en una escuela.

Mientras patrullaban, al tercer día les comunican por radio que se había producido un accidente en las cercanías. En un safari fotográfico, mientras se pararon para sacar fotos a un elefante, una joven alemana, muy atrevida, pese a las advertencias de que no se alejaran del vehículo, se acercó demasiado al paquidermo, y este le puso la pata encima. A ese lugar corrieron y encontraron muerta a la pobre muchacha. El elefante huyó por los disparos al aire de un guía. Por ser animal, no era responsable de nada.

Ya en la noche última llovió en abundancia, y a la mañana siguiente, también, por lo que los vehículos tuvieron que andar despacio por la sabana embarrada. Ya Kevin tenía en imprenta la primera novela del inspector Mac Pherson, y con lo que había oído a los vigilantes y lo visto, ya iba perfilando otro relato sobre un asesinato en el Parque Nacional Kruger. Con Rembrandt visitó el Centro de Investigación, y pudo comprobar que la segregación en aquel lugar no era tan rígida como en la gran ciudad de Johannesburg. No se fue del hotel sin dar un pequeño concierto a los turistas siendo muy aplaudido.

El día de la partida, Rembrandt Jonker lo llevó al aeropuerto de Phalaworba, para emprender la vuelta a Johannesbug, y en avión regresó.

En el día anterior a la partida para Escocia se fue a ver la Universidad de Withwartersrand y presenció una protesta estudiantil contra el apartheid. También vio a policías que estaban muy tranquilos presenciando el espectáculo. Con su buena cámara comenzó a sacar fotos, cosa que no hizo durante el mayo francés del sesenta y ocho por no tener cámara entonces, pero ahora se desquitaba con creces, pues las consignas estudiantiles le recordaban mucho aquella efeméride. Y muy confiado estaba en su actividad, cuando dos policías se le acercaron por detrás, le propinaron varios porrazos y le arrebataron la cámara, siguiendo una carga contra los estudiantes. Así, que lleno de dolores y con dificultades en los movimientos llegó a su destino en Aberdeen, tardando varios días en recuperarse.

C A P Í T U L O XXX

Christopher y Rosemary habían llegado a un momento en que la lucha contra el apartheid se les introdujo en sus cerebros, almas y sangres, de tal forma que nunca se podrían librar de ella apegándose mucho más de los imaginable al Saint Bartholomew´s Hospital y al barrio de Soweto. Ese sentimiento se lo dieron a entender al director Beagle un día, que les respondió:

-Luchar contra las injusticias es como un sentimiento que se nos mete en nuestro cuerpo y del cual nunca nos podremos liberar, porque es lo más noble para un ser humano. Ahí tiene a su amigo Bernstein, que pudiendo llevar una vida bien tranquila y cómoda, hasta con lujos, ha escogido el camino más difícil. Y ustedes no se quedan atrás. Estén orgullosos de ello, y cuando vuelvan a Inglaterra, ayuden también al prójimo de allá que lo necesite. No faltan injusticias ese país, e incluso absurdos sentimientos racistas

A lo que añadió Bernstein:

-Cuando llegué a Europa, este continente ya se había recuperado del la guerra, sin embargo me llamó la atención la gran cantidad de prostitutas que se observaban en las calles, en lugares de alterne, burdeles… Si los trabajadores estaban relativamente bien pagados, por qué esas mujeres se dedicaban a esa degradación. Nunca lo comprendí… Que suceda aquí donde la pobreza obliga a todo…, puede tener alguna justificación, pero allá…, aún no lo comprendo. ¿Cómo se puede luchar contra eso?

-Cuando estudiábamos se nos decía que unas lo hacían por el pan y la mantequilla, y otras, por las joyas y abrigos de pieles… Pero el asunto es mucho más difícil de comprender…, y de resolver. Hay quienes dicen que es el oficio más antiguo del mundo. ¡Qué desfachatez!... ¡Esclavitud! ¡Esa es la verdad! No debemos olvidar a los proxenetas ni a las mafias que controlan ese negocio.

Y la lucha y la represión seguían. Para desconectarse y poder estar juntos andando por las calles, Bernstein y Nadine se fueron unos días a Lesotho, país atrasado pero en el que no se veían aquellos vergonzosos letreros: “NET BLANKES”, “HIER GEBIED IS SLEG VIR BLANKES”, “ROOMS FOR COLOREDS ONLY”… Se llevaron al niño pequeño, y a los mayores los dejaron con la tía de Shaperville. A ese país lo dominaba Sudáfrica, pero allí no se metían en asuntos raciales, pudiendo visitar a su amigo Mac Leod y a su mujer, que en ese país extranjero en medio de la República racista, colaboraban con la causa, de forma clandestina, naturalmente, porque la Policía Sudafricana no respetaba a aquel reino, y actuaba allí cuando le parecía. Para eso estaban sus escuadrones paramilitares.

´ -Puedes estar contento la Universidad les ha publicado el libro “Parasitología en la Cirugía”. Creo que será un éxito. Les felicito a ti, a Chipeto y a Raja Konda. Los tres

autores. Tú el primero, por ser el que más aportas. Muy bueno para tu currículum. Vete sacando tiempo porque en nuestro tratado de traumatismos craneales, también tendrás que colaborar. Yo llevaré la parte de ojos, y tú, como en el Saint Bartholomew has visto muchos golpes en la cabeza, tienes que poner tus experiencias… Sí, ya veo por tu cara que vas a poner objeciones y que entre tu trabajo y las acciones antiapartheid estás muy ocupado, pero con lo que has visto y verás durante el año que te vas a encargar nuevo del depósito de información y propaganda, labor muy aburrida, tendrás tiempo y estarás deseando colaborar en esta acción, Tu ayudante será tu buen amigo Tobias, ya maestro en el orfanato del township del sur. Un hombre nada político, pero que siempre está dispuesto con su furgón a ayudarnos. Como la otra vez no participarás en ninguna actividad política…, ni protestas callejeras ni mítines. Serás un buen blancón respetuoso de las leyes de este país, y como Rosemary, con lo de atender a la niña, solo se puede preocupar en sus ratos libres de ayudar en catequesis de la parroquia, no tendrás problemas.

Pero grande fue la alegría, cuando apareció, en un viaje de negocios, no turístico, el hermano Gregory, de Aberdeen, que le trajo toda clase de noticias de la familia. De dos nuevos nacimientos en Plymouth, y de que Kevin seguía sin beber, trabajando en un pesquero, tocando su violín, y escribiendo. Ya había publicado su primera novela policíaca sobre el inspector Mac Pherson, pero no con mucho éxito y la crítica calificaba a ese inspector como un híbrido de Sherlock Holmes y de Hercule Poirot, personajes ya un poco atrasados en comparación con los métodos científicos actuales utilizados en las investigaciones criminalistas, pero no se desmoralizaba por eso, y ya estaba escribiendo otra, también policíaca, sobre lo visto en el Parque Nacional Kruger. En un par de meses dejaría la pesca y se pondría a trabajar de ayudante de máquina en el ferry del que era ingeniero el hijo del primer matrimonio de su mujer.

A los dos años de las anteriores vacaciones en Inglaterra, Christopher y Rosemary volvieron a sus hogares de origen, pero esta vez en compañía de Samuel Bernstein, que asistiría a un congreso de oftalmología, también en Liverpool. Terminada la semana del congreso, Christopher y Samuel se fueron a la isla de Man y a Dublín. En la capital de Man, Douglas, pudo visitar a su amigo Welley, que con ocho hijos, se sentía muy a gusto.

- Aquí vivo en la Main Street de Douglas. La casa es de mi mujer. El piso de abajo está alquilado para un negocio de recuerdos turísticos de la isla, con los conocidos artículos de brujería, famosos en el mundo. El otro local es para mi consulta de medicina general. En el superior vive la familia. También tenemos una casita en el campo. Esta isla es un paraíso – les contaba Welley.

- Claro, un paraíso, pero fiscal – le contestó Christopher.

Después de oír la recomendación de la familia de que regresaran para siempre a Inglaterra, ya que Sudáfrica se estaba volviendo muy peligroso. La pareja y la niña volvieron a Johannesburg. Bernstein había vuelto antes, pues solo vino a Inglaterra por quince días.

Al llegar a Johannesburg se encontraron que el doctor Chipeto y numerosas personas más, bien conocidas, habían sido detenidass. Por suerte, Chipeto y otros cinco más tuvieron la suerte de ser puestos en libertad a los quince días. Muy probablemente

por su relación con la Universidad, y así evitar una protesta mayor, pero a los otros pobres infelices les esperaba un castigo muy duro.

Y la lucha continuaba, protestas, huelgas, detenciones. Acciones de los paramilitares con asesinatos, y respuesta de los de oMkhonto we Ziswe de los que dijo Blake:

-No nos quedó más remedio que liquidar a un peligroso soplón de la Policía, y probablemente otros seguirán el mismo camino.

-Tiene gatillo fácil ese Blake. Buena persona es. Pero no perdona a asesinos. Ojo por ojo, diente por diente, sigue siendo su lema. Admiro su valor y coraje - dijo Bernstein – y añadió - : Él es muy consciente de que tiene sus días contados.

-Me da la impresión de que la doctora Charlotte Diebrücke lo tiene entre sus elegidos a eliminar – le respondió Christopher.

- Y él y nosotros tenemos a esa diabla bajo observación. Al primer movimiento en falso, pagará caro su maldad. Si Blake no puede hacerlo, lo haré yo.

Un sábado después de la sesión clínica, el director Beagle citó en su despacho a Christopher, Rosemary, Nadiene Jonker, Chipeto y a Mda, y les comunicó lo siguiente:

-Tengo que comunicarles unas noticias. Primero que he recibido una carta de reverendo Lipton en que me comunica que le han levantado sanciones, pudiendo andar libremente por Walbys Bay y su comarca, pero no visitar los barrios negros ni salir de la zona sudafricana ni ir a Namibia, pudiendo ejercer de médico en el hospital y ser ayudante de la parroquia de su barrio. Es decir que trabaja en las consultas externas y en urgencias como médico general. Sus hijos ya son diplomados. El primero ya es capitán de un barco pesquero y gana bastante dinero, y el segundo, como tuvieron que servir un año en la guardia costera, se ha enrolado por un tiempo mayor, porque le gusta esa vida. Los dos ya tienen prometidas, una es una africaander y la otra, una alemana namibia. Ahora allá, a orillas del mar, los Lipton, aunque aún limitados, por fin se sienten muy felices en ese lugar. Otra noticia es que vamos a contar con dos nuevas doctoras: la doctora, Marion Cassidy, bioquímica, y la doctora Brigitte Frazer, anatomopatóloga. Las dos bantúes, la primera, anglicana y la segunda, metodista, con lo que aumentamos el número de mujeres médicos y de bantúes en nuestro cuadro facultativo. La organización se ha vuelto generosa mandándonos nuevos aparatos, y pondrá en servicio la mitad de las camas inmovilizadas. Y otra más, por primera vez tendremos un enfermero titulado, bantú por supuesto, el señor Willen Mirakawe. Con una asignación mayor, pronto llegaremos a igualarnos al Baragwanath. Esto último lo digo en broma

Los Palmer recibieron otra carta de Kenya ,en la que James y Norma Wilson les comunicaban de que habían tenido otro hijo, con lo que ya tenían dos adoptado y dos biológicos, con los nombres de Roland Wood Wilson y de Eamon Wood Wilson, siguiendo la costumbre portuguesa de colocar el apellido de la madre primero, aunque se perdiera ya en los nietos. Como los chicos crecían, y ya con cuatro años habían más

que cumplido con su compromiso con la Misión, y sobre todo por el bien de los chicos, se habían trasladado a Mombasa, principal puerto del país, para trabajar en un hospital para turistas, dedicándose ahora a sus respectivas especialidades, ganando bastante más, y permitiéndose lujos de los que no gozaban desde hacía tiempo, con una buena vivienda, coche, buen colegio para los niños y otras cosas más. Se trata de una gran ciudad, con un gran puerto y varias antiguas fortalezas portuguesas. En el hospital trabajan varios médicos, la mitad europeos y la otra mitad bantúes, anglokenyatas, ingleses nacidos en Kenya o mestizos, e indiokenyatas. La clientela está constituida principalmente de turistas extranjeros, y algo de gente bien acomodada de aquí. Una tarde por semana vamos a una organización caritativa a pasar consultas de medicina general a personas carentes de medios económicos… y así la carta continuaba con otras consideraciones dignas de tener en cuenta, pues Kenya, o Kenia como también la escriben, debe ser tenida en cuenta.

-Ya los Wilson han encontrado su destino, se quedan para siempre en Kenya – comentó Christopher.

- Y todavía nosotros no hemos encontrado el nuestro – le contestó Rosemary´

- Creo que sí, porque todos los destinos son diferentes. En aquel país también hay problemas.

La lucha seguía, y la represión de Vorster se incrementaba. Así que una noche estando de guardia llamaron a Christopher para ir al sótano de la iglesia. Allí se encontró sobre la mesa de operaciones al doctor Blake con un brazo vendado muy ensangrentado, rodeado de las dos monjas blancas, un empleado de mantenimiento y la doctora Theresa Muy- Sang. Con claros signos de dolor dijo:

-Corta por lo sano, porque esto es muy grave.

-Tranquilo, ya dominaremos la hemorragia. ¡Una vía y sueros!... Preparar la anestesia – y dirigiéndose al de mantenimiento le dijo -: Corra y pídale a la enfermera Katy, dos frascos de sangre. ¿Qué grupo sanguíneo tienes?

- B, positivo.

-Llamen urgente a Muhamma Rahman.

Difícil fue la operación, tardando más de dos horas hasta que se dio por terminada.

A la mañana siguiente, Chritopher le dijo:

-Parece que se salvará el brazo, pero cuatro días permanecerás en este antro. Luego a esconderte en el barrio chino, donde dos médicos de los nuestros de ese grupo te atenderán, y estarás también bajo los cuidados de tu mujer. ¿Qué les dirás a los del Jericho?

- Pues un accidente de automóvil bajo los efectos del alcohol.

- Como las balas fueron en el brazo izquierdo, creo que en un mes te podrás reincorporar.

-Sinceramente, estaba muy convencido de que iba a perder el brazo. Gracias a Rahman se salvó.

- No diga lo que no es cierto, porque lo principal de la operación, lo hizo usted, y Rahman, a pesar de lo buen cirujano que es, al final de la operación, salió muy pesimista y me dijo que él iba a actuar de otra manera intentando solo salvarle la vida – le dijo la doctora Muy Sang.

En la prensa salió la noticia del asesinato de un importante hombre de negocios, perpetrados por unos desalmados que entraron en su casa para robar dinero, joyas y valiosas obras de arte. El hombre, muy valiente, les hizo frente, pagando con su vida el oponerse a las crueles intenciones de los malhechores.

Encerrado en aquel sótano estrecho y mal ventilado estuvo Blake cuatro días. Ya había dicho, que si permanecía allí más, moriría de claustrofobia. Mientras esperaban al furgón de Tobias, hombre para todo y con un vehículo bien acondicionado para transportes clandestinos, Christopher oyó la hazaña de su paciente y amigo:

-Nuestra misión era hacer un atentado contra un importante jefe de policía y acaudalado terrateniente, hombre muy importante en este régimen del apartheid, ya bien conocido por ser un torturador y un sanguinario asesino. No hace mucho hubo una huelga de mineros, siendo el dirigente de la represión, y él fue quien dio la orden de asesinar a cuatro detenidos. Juzgado convenientemente, el oMkhonto we Ziswe lo sentenció a muerte. A mí se me encargó el dirigir la operación de su captura y ejecución, asunto nada fácil por sus coches blindados en los que viaja y la protección de hombres bien armados que suele acompañarlo. Se estudió muy bien la maniobra a seguir. Su casa en el campo era una fortaleza, con rejas electrificadas, perros adiestrados, y toda clase de medidas de seguridad… Todo, lo más sofisticado… Por medio de un confidente de su servicio doméstico, que desaparecía ese día, nos enteramos de sus costumbres y de dónde, cómo y cuándo podíamos eliminarlo. El empleado debe estar ya en algún país extranjero o rumbo a él… En fin, que nos olvidamos de las recomendaciones de Mandela y decidimos dar un castigo ejemplar. Nada de perdonar. Pues bien, el empleado doméstico nos indicó que el sitio más adecuado para hacerle el atentado sería en un bosque cercano a su casa, más bien una arboleda, por donde pasaba la carretera haciendo una curva, que obligaba a reducir la velocidad de su coche, en que podíamos acecharlo para el atentado, además con la ventaja de un camino, no asfaltado y bien disimulado, para poder huir en la retirada.

-Y la hora de llegada ¿cómo la sabían? Podían haber allí esperado toda la noche y no aparecer el vehículo.

-Era un hombre muy metódico, y cuando pasaba las temporadas en el campo, que eran las más del año, solía llegar sobre las nueve. Él siempre tenía una hora para cada cosa: para trabajar, para descansar, para comer, para torturar, para matar… Nosotros llegamos dos horas antes de lo previsto para prepararlo todo, espectáculo que ya habíamos ensayado bien días antes. Portábamos pistolas, metralletas, bombas de mano, y un lanzallamas, que técnicos de Johannesburg supieron poner a punto para la acción. Bien apostados, esperamos a que apareciera su blindado, y en la curva lanzamos varia bombas de mano, mientras el lanzallamas echaba todo su fuego… Conseguimos nuestro propósito, el coche quedó calcinado, pero, enseguida, se presentaron dos coches escolta, de los que bajaron unos esbirros disparando a diestro y siniestro. El del

lanzallamas fue alcanzado y murió, yo, herido, y los otros dos, ilesos. Eso sí, consiguieron abatir a dos guardaespaldas. Huimos, llegamos al coche, y por una vía no vigilada, pero bien estudiada, entramos en Soweto, y ya me ves aquí.

Blake continuó su tratamiento en un barrio de chinos, como estaba previsto, cuidado por médicos de ese origen y bajo supervisión de su mujer. Con el hermetismo de los chinos, estaba más seguro en ese lugar que en cualquier otro de Johannesburg, y a las tres semanas, con el brazo izquierdo en cabestrillo, y simulando una cojera, ya estaba en el Jericho´s Hospital pasando consulta. Al mes y medio ya estaba operando de nuevo.

-

-No has hecho más que acabar el trabajo sobre los traumatismos craneales y ahora te pones a hacer otro sobre enfermedades del hígado. Estás trabajando demasiado. Te vas a agotar. Armas demasiado ruido por la noche – le decía Rosemary a Christopher.

- Mi contribución a esos traumatismos fue muy mínima… Tanto como nada, por lo tanto no me costó ningún esfuerzo. Además me gusta tecletear en la máquina; eso me da ánimo.

-Pero te levantas a las cinco, empiezas con el taca, taca, taca…, mientras nosotras, la pequeña Nadine y yo estamos dormidas.

-Pues a las seis, cuando te llamo, bien dormida que estás, y también la niña.

- ¿Porqué no te compras una máquina de escribir eléctrica que son silenciosas?

- De eso, ni hablar, me dormiría escribiendo sin un ruido que me animara. Las considero muy aburridas. A mí me gusta que suene lo que escribo. Me supongo que a Kevin cuando escribe sus novelas le pasará lo mismo.

- Él con el ruido de la máquina de los barcos y del violín tendrá dos sonidos diferentes a su disposición. Y la armónica, ¿la sigue soplando?

-No sé nada de ella. Se la regaló mi padre. Ya le escribiré. A ver si se le ocurre contestarme.

Las medidas represivas de Vorster iban en aumento así como los proyectos de los batustanes, por lo que más de la mitad de los negros de Sudáfrica serían considerados extranjeros en su propio `país. Aunque la población estaba acostumbrada a la pobreza y miseria, era cada vez mayor los que no se conformaban, y las protestas de todo tipo aumentaban. La indignación por la creación de esos estados ficticios, y en las tierras más pobres, movía a mucha gente. Christopher pudo participar en algunas protestas callejeras al acabar la cuarentena que se le imponía por la custodia de la propaganda, en las que cada vez había más detenciones y víctimas. Bernstein y Blake participaban en esas protestas y en otras de más intensidad, en la que también sufrieron algo los del lado contrario. A punto estuvieron de no perder la vida. La Policía no era raro que pasara a inspeccionar a los enfermos del Saint Bartholomew por si localizaban

algún proscrito, y, a veces, se llevaban a algún enfermo para justificarse. Muy peligroso se hacía atender a heridos en las consultas de urgencia, por lo que, como ya era costumbre, se hacían bajo falsas causas de accidentes, pero, siempre de tipo ambulatorio. Dos casitas fueron habilitadas para tratamientos post operatorios. Las monjas y unas enfermeras, les hacían las visitas y las curas en esas casas de convalecencia clandestinas o en sus domicilios. En estas acciones, un día Berstein le dijo a Christopher:

-En este año setenta y cinco, hemos obtenido grandes victorias; las independencias de Angola y Mozambique, Guiean Bisseu, Sao Thomé y Príncipe e Islas de Cabo Verde, dando al traste con el imperialismo portugués en África, y no hemos de olvidar la gran derrota de los norteamericanos en Vietnam. Esos pueblos lucharon solos, y lo consiguieron. Nosotros, si perseveramos, también lo lograremos, aunque aún nos falte mucho. Estamos solos como ellos, pero lo lograremos nosotros y los de Zimbabue.

C A P Í T U L O XXXI

REVELION EN SOWETO

El año setenta y seis se presentó como los demás. Las independencias obtenidas por las colonias portuguesas poco repercutieron en Sudáfrica. En una de aquellas reuniones dominicales celebradas en la casa de campo de los Bernstein, el doctor Blake, que ahora iba acompañado de su esposa china, vestida de negro como de costumbre, y de sus dos hijas, les dijo a Christopher y a Rosemary:

-Por lo valiente y la honradez del comportamiento de ustedes durante estos años, nosotros ya los consideramos ciudadanos de la República de Sudáfrica, Y algún día serán ciudadanos de honor. Continuaremos en la lucha hasta el final del apartheid, no les quepa la menor duda.

El hospital había aumentado su número de médicos y de personal, ofreciendo más prestaciones a sus pacientes. Hasta dos nuevos enfermeros diplomados bantúes se incorporaron al Saint Barthomew, así se iba rompiendo la costumbre de que solo mujeres estuvieran encargadas del servicio de enfermería. Los dos nuevos médicos eran kleurlihgs, uno cirujano, y el otro, otorrinolaringólogo, que también tenían que actuar de médicos generales. Esto fue debido a un pequeño aumento salarial... Eran pequeñas mejoras que los Palmer notaban y agradecían, pero las leyes represivas contra los bantúes se estaban recrudeciendo, y como no eran pocas, surgió otra que indignó a la población de Soweto: una ley lingüística que imponía el africáans en las escuelas, idioma desconocido en ese barrio. Como protesta, los estudiantes hicieron un serie de manifestaciones que culminaron con una huelga general y una gran manifestación el día dieciséis de junio, que fue salvajemente reprimida por los agentes del orden, disparando a matar sin piedad a jóvenes y niños, asesinando a más de seiscientos y causando infinidad de heridos. El mundo entero se conmocionó, pero las protestas de las llamadas democrácias, que no pasaban de ser lágrimas de cocodrilo, cayeron en saco roto. Aquella matanza superó con creces a la de Shaperville.

-Para la llamada civilización cristiana occidental, ejemplo de democracia para los pueblos atrasados del tercer mundo, es más importante las riquezas mineras de este país que la de unos centenares de niños bantúes asesinados. Y siguen mandando armas para reprimir y acosar a los gobiernos legítimos de Angola y Mozambique, creando guerrillas como la UNITA y el RENAMO, que bajo el lema de mata bien y no mires a quién, impiden el desarrollo de esas ex colonias. África, patio trasero de Europa; América Larina, patio trasero de Estados Unidos – le dijo Bernstein a Christopher, que había dejado de ir al Jericho para ayudar a los numerosos niños del mal estado en que los habían dejado.

Una semana entera estuvieron encerrados, día y noche, en el Saint Bartholomew los Palmer, Nadine, Samuel y todos los médicos y personal del hospital curando y atendiendo heridos. A muchos pacientes se les dio el alta antes de tiempo para dejar

lugar a los númerosos chicos que hubo que ingresar por las balas recibidas. No fueron pocos los que llegaron muertos. De la pequeña Nadine se hicieron cargo las señoras Brockmann y Nordstrom .

- Cerré las puertas de la Misión para que los chicos no se escaparan, pero los mayores se encaramaban por las paredes y saltaban a la calle. Menos mal que ninguno pereció en la protesta – decía el padre Mahlala.

-Pues mis aprendices se me escaparon todos. Ninguno murió, pero seis fueron heridos. No hicieron caso de mis advertencias ni del peligro que corrían – lamentaba el reverendo Losada.

Después vinieron los entierros con las consiguientes manifestaciones de protesta, acompañadas de cargas policiales y de detenciones. El ambiente era muy tenso y se respiraba en todos los barrios de Johannesburg. No conformes con la matanza se desencadenó una ola de detenciones que también afectó al hospital Saint Bartholomew. Muhamma Rahman, estando de guardia una noche, vio desde una ventana del hospital cómo los policías se llevaban a su mujer detenida, y a sus hijos los echaban a la calle de su casa, mientras el padre Mahlala se hacía cargo de ellos y los metía en la Misión. Avisado a tiempo, Mda huyó a esconderse, como Rahman, en un lugar ya escogido desde hacía tiempo. Dos enfermeras y dos empleados de mantenimiento fueron detenidos, otros dos consiguieron escabullirse. El doctor Chipeto despareció para no saberse más de él. El director Beagle, indignado, llamó al administrador y, como era un confidente, le espetó:

-La muerte de esos niños será el fin del apartheid… ¡Ya está condenado1… Después de lo que ha visto estos días, ¿seguirá apoyando al régimen de Pretoria?.. ¡A esos asesinos! Ahora mismo llamaré al Obispado para que me manden un administrador no racista… ¡No lo soporto más! Si quiere denunciarme, hágalo, y si quiere avisar a los escuadrones de la muerte, ¡llámelos rápido! Aquí los espero. ¿No tiene usted un ápice de vergüenza o de dignidad! ¿Está contento con lo que pasó?

. Más fue la indignación que el valor, pero los improperios del director le llenó a lo más profundo de su alma a ese hombre, de tal forma, que abandonó ese mismo día el hospital para no volver nunca más.

-Después de lo que le dije, seguro que vendrán a buscarme – dijo el reverendo Beagle. Pero no fue así, el administrador no lo denunció ni volvió al hospital.

A mediados de agosto fueron puestas en libertad la mujer de Muhamma Rahman y otra de las detenidas. Las dos fueron torturadas, pero nada declararon ni delataron a nadie. De los hombres, tanto de los detenidos como de los desaparecidos no se tenía noticia.

-Parece que se ha calmado la cosa. No tengo conocimiento de otros arrestos en estos alrededores, pero estoy seguro de que siguen habiéndolos. Esta tarde me informarán de cómo va esa cuestión. Los controles callejeros continúan igual. Tal vez no detengan a más porque las cárceles ya están repletas. Ni el más mínimo arrepentimiento ni señal de piedad por parte del Poder. A usted, Palmer, ¿no le han molestado’

- Hasta ahora, no. Aunque siento algo de temor porque la doctora Nadine dice que desde ayer no puede contactar con Samuel Bernstein.

- De ese me fío porque lo considero un hombre de acero, y sabe actuar en momentos como estos. Según ocurrieron los acontecimientos del dieciséis de junio, saltando todos los controles, abandonó el Jericho´s Hospital y se puso aquí. Bernstein tiene siete vidas como los gatos… ¡Hombre muy valiente!... Ya todos los heridos de ese fatídico día han abandonado el hospital. ¿Cómo pudo Rosemary aguantar aquella semana en el hospital con su estado de gestación ya avanzado?

- Eso ya lo vio usted. A partir de las ocho, la obligaba a tumbarse en una de las camas del área clausurada, y no levantarse hasta pasadas doce horas. Nadine también está embarazada, y resistió.

-Pero de menos meses… En fin que podemos declarar a Soweto como ciudad mártir - dijo el director Beagle –. En cuanto al administrador, sé que ahora está trabajando en un banco de un barrio de kleurlings.

Serían las cuatro de la madrugada, cuando unos golpes fuertes en la puerta del apartamento de los Palmer, despertó sobresaltados a los tres miembros de la familia.

-¡Policía! ¡Abran la puerta o la derribamos!

Christopher obedeció. Entraron dos policías uniformados y con armas en las manos, y dos más de paisano.

-Traemos una orden. Debemos llevarlos a un lugar. Vístanse y hagan rápido dos maletas con lo más indispensable – dijo el que parecía jefe.

-¿A dónde nos llevan? Debo ponerme en contacto con el Consulado Británico. – e hizo un intento de acercarse al teléfono.

-Nada de eso. Contacto con nadie. A su debido tiempo. ¡Rápido! ¡Rápido! ¡No hay minutos que perder!

La niña comenzó a llorar. Rosemary fue a tomarla en brazos, pero el policía le dijo:

-No le haga caso. ¡Vístanse…, y las maletas! ¡Ya, ya!

En la calle esperaban cuatro coches de policía. Subieron a la Rosemary y a la niña en uno, en uno, y a Christopher, en otro. El miedo que tenían aumentaba según rodaban por las calles, y luego, por una carretera, hasta llegar a un aeropuerto. El mismo por donde llegaron. Al pie de la escalinata de un avión, ya de día, les leyeron una orden de expulsión de la República de Sudáfrica por actividades no permitidas a extranjeros, no pudiendo regresar más a ese país.

C A P Í T U L O XXXII

ISLA DE ASCENSIÓN

Los hicieron subir al avión y los sentaron en la parte delantera frente a dos sargentos y tres cabos. Poco después subieron los pilotos que, después de dar los buenos días en africáans, pasaron a la carlinga. Los militares no dejaban de mirar a los paisanos algo extrañados, y estos, a los uniformados. Uno de ellos le dijo a la niña:

-Tienes una muñeca muy bonita. Mi hija, más o menos de tu edad, tiene otra igual. Es su preferida.

-También la quiero más que a las otras – le respondió la pequeña Nadine.

-El policía nos prohibió que habláramos con ellos – dijo un sargento.

-Ese pendejo aquí no pinta nada. Mientras no nos lo prohíba el comandante, podemos hablar con quién queramos.

-¿A dónde nos llevan? - le preguntó Christopher, mientras se encendían las luces de abróchense los cinturones y no fumen y los motores se ponían en marcha.

-No les podemos contestar, porque no lo sabemos. Vamos a los Estados Unidos. Tal vez sea allá… A no ser que desvíen la ruta. Es raro llevar personal civil con nosotros, y más, niños.

El avión despegó, y al poco rato, ya en ruta, uno de aquellos dijo:

-Vamos a desayunar. Primero preguntemos a los oficiales. Necesitamos su permiso.

Así lo hicieron y aparecieron varios soldados con las bandejas, que repartieron entre los uniformados, llevando dos para los pilotos.

-Faltan tres desayunos. No vamos a dejar a esta gente sin comer – dijo un sargento.

-Nada nos habían dicho de ellos. Volveremos enseguida.

Mientras comían, hablaban con los de enfrente que preferían la conversación sobre temas familiares, cosa que tranquilizaba a Rosemary. Aquellos parecían hombres normales con familias normales. Nada se asemejaba a la represión.

Y llegó un momento en que Chistopher recibió el aviso de que el comandante quería charlar con él, y que pasara a la carlinga.

-No se preocupe, nosotros nada tenemos que ver con la Policía. Mírenos como simples pilotos. Lo único que tenemos prohibido terminantemente es decirles el lugar de destino. También nos recomendaron no confraternizar, pero eso fue de la Policía, no de nuestro mando, al único que debemos obedecer. Los otros aquí no pintan nada. Yo soy africaander, soy el comandante, mayor Dumont, y mi compañero, el capitán Stwart, es sudafricano anglófono.

-No estoy alejado de los ejércitos – le contestó Christopher-. Mi padre es mayor jubilado de artillería del Ejército Británico, y mi hermano Henry fue nombrado hace pocos días mayor, pero de helicópteros, es decir, un piloto de la RAF.

-Me gusta eso. Pero así que ustedes son misioneros antirracistas en Sudáfrica.

-No lo niego.

- Yo fui muy racista, pero con mis viajes a Estados Unidos y los contactos allá con pilotos de color, mi mentalidad ha cambiado. Soy partidario de cierta separación, pero considero que el Gobierno se está pasando, y esos batustanes ponen en peligro la unidad del país, a la que juramos fidelidad. Nosotros los blancos estamos mejor preparados. A los negros les falta aún mucho para ponerse a nuestra altura. Considero muy difícil que consigan alcanzarnos. Por algo La Biblia los señala como no deseables. Por eso, la buena vecindad que propugna el apartheid es necesaria, y muchos son los bantúes que la comprenden.

-Esa es la opinión de la Iglesia Reformada Holandesa, pero no la de la mayoría de confesiones cristianas – le contestó Christopher -. ¿Pertenece usted a ella?

-Efectivamente, y ya verá, si vuelve dentro de diez años, como las leyes de tolerancia se suavizarán.

-Pero nada se resuelve disparando a chavalillos como presenciamos en Soweto.

Entonces el copiloto expuso su parecer:

-Realmente los politiquillos de turno ahí se pasaron de rosca. Dan leyes absurdas que provocan esas algaradas como respuesta, y luego nos ordenan a la Policía y al Ejército que restablezcamos el orden con unas medidas desproporcionadas. Puedo decir que me he formado en Estados Unidos donde también existía y aún perdura el problema negro, Teníamos jefes, profesores y hasta generales de color, y a nuestros compañeros los mirábamos igual sin importarnos su raza. Deberíamos imitarlos, Tenemos que obedecer lo que nos ordenan, pero si las cosas siguen así, los del oMkhoto we Ziswe algún día nos lanzarán un misil y…

- Entonces, ¡menudo tortazo que nos espera al alcanzar la tierra…, si no reventamos en el aire! Feliz ha sido mi vida en Sudáfrica, con una mansión en medio del latifundio familiar. ¡Qué bello era todo, y es…! Viñedos, plantaciones de frutales, cereales…, hasta roiboos tenemos. ¿Sabe cómo se obtiene el roiboos? … Pues a la mata se le cortan sus espigas con una especie de hoza nivel de la rodilla, que es la cosecha, y al resto se la deja para que vuelva a crecer hasta la próxima cosecha… También contamos con corrales para todo tipo de animales de granja, incluidos los avestruces,.. Fiestas no nos faltaban en mi juventud, ni faltan ahora… La mano de obra, barata por

cierto, la obtenemos de unos poblados y un township de los alrededores… He leído la genial novela de Margaret Mitchel, y he visto varia veces su película interpretada por Vivian Leigh y Clark Gable, y cuando pienso que todo esto que cuento se lo puede llevar el viento como ocurrió en los años sesenta del siglo pasado en Estados Unidos, me entra una gran congoja y pena…

- No le quepa la menor duda de que lo mismo pasará aquí - le dijo el copiloto.

Y siguieron hablando de otras cosas hasta que el comandante dio una orden:

- Bueno, que nos traigan ya algo para comer. Y usted doctor Palmer vuelva a su asiento para que le sirvan. De camino avise al sargento Domag, por favor.

El resto del viaje lo pasaron hablando con los otros tripulantes, mientras la niña dormía. Por la ventanilla se podía observar el inmenso mar sobre el que volaban, hasta que se dieron cuenta de que el avión iba descendiendo. El viaje no pudo ser mejor, y el avión tomo tierra suavemente.

Los pilotos les dijeron adiós, y uno de los sargentos le indicó una puerta de la terminal a donde debían dirigirse. Vieron sobre ese edificio dos banderas, la de los Estados Unidos y la británica. Algunos aviones militares yacían sobre la pista, uno, era grande, y por lo menos diez, pequeños.

Al llegar a la puerta le enseñaron sus pasaportes a un soldado norteamericano, que solo los miró de reojo y les dijo que pasaran. Aquello era una sala de espera, más bien pequeña, y enfrente otra puerta con dos hombres, un soldado y un paisano, con chaqueta y corbata. Un kleurling, que, al verlos, les dijo:

-¿De dónde, demonios, salen ustedes? No había nada programado para esta tarde.

-Venimos de Johannesburg, Sudáfrica. Se puede saber dónde estamos.

-Ni siquiera saben a dónde viajaban. Están en la isla de Ascensión, en medio del Atlántico, territorio Británico. ¿Qué son ustedes? ¿Náufragos que recogió un avión…?

Christopher le explicó lo ocurrido, y el hombre les dijo:

- Tendrán que esperar dos horas, sentados, hasta que a las seis los lleve en mi coche a Georgetownm, la capital, porque esta isla es una base militar conjunta anglonortemericana. Oficialmente son dos bases, con un gran aeropuerto siendo los militares los que aquí realmente mandan. Yo soy un simple funcionario de la Administración civil, por supuesto. Nosotros, los no militares, somos casi todos de Santa Helena… Sí, la isla de Napoleón, a donde lo llevaron para que se muriera. Hay un hotel donde podrán alojarse. ¿Trajeron dinero?

- Algunos rands, pero no mucho. Pero si es necesario pediremos que nos envíen algo de dinero desde Inglaterra.

- Bueno, denme los pasaportes que tengo que apuntarlos en el libro de Entradas a la Isla. El Banco de Santa Helena, único en Georgetown, se encargará de los trámites

monetarios. Mi nombre es Guterres, y soy funcionario civil, o mejor sea dicho, un ordenanza para todo de la Administración de la Isla.

De camino a la capital el funcionario iba explicando las características del terreno que estaban pisando. Y por su parte, Chistopher narró al funcionario las circunstancias de su expulsión de Sudáfrica y de lo que allí habían hecho durante su estancia. Y al respecto contestó el funcionario:

-Todo lo que me contaron tendrán que explicárselo de nuevo a mis superiores, pues yo, aunque tenga muchas funciones, carezco de poderes. De todo eso tendrán que dar cuenta mañana a la Administración de la Isla en un lugar llamado Residency, donde reside el Administrador y tiene sus oficinas. Ahora los dejaré en el hotel para que descansen. Como verán la Isla es poco fértil. Hay casas con pequeñas huertas, pero prácticamente solo producen para el que las cultiva… Es más bien un hobby. Todo el que llega a esta tierra debe estar muy bien controlado, pues la base militar y el aeropuerto de Wadeawke, donde aterrizaron, así lo exigen, como también esas grandes antenas de telecomunicación. Hay un funcionario especial para eso.

-Entonces no es usted policía. Como me pidió los pasaportes, me imaginé que lo era.

- No, de eso se encargan seis personas aquí. Me enviaron a esta isla desde Santa Helena en el cuarenta y dos, como soldado, recién movilizado y con dieciocho años, para la construcción del aeropuerto norteamericano, y desde entonces me quedé. Dos veces he vuelto a mi isla natal, y lo hice en pequeños pesqueros. La primera, para casarme, y otra, para ver a mis padres y a mis suegros. Cuando nos desmovilizaron, me quedé trabajando para las cuestiones civiles de la isla, una cosa muy elemental, en nada parecido a la Administración actual. Me quedé porque en Santa Helena se ganaba, y se gana, muy poco… Allá tengo una hija, que es maestra. Vive en una casa grande, la de mis padres, donde pienso vivir cuando me jubile. Pues esto es como un portaaviones insumergible, donde no quieren sino gente que trabaje, como en cualquier otro portaviones o barco de guerra.

Instalados en el hotel, a la mañana siguiente Christopher comenzó con los trámites oficiales y bancarios. Le dijeron que por haber sido expulsados, el Gobierno británico tenía la obligación de hacerse cargo de ellos, considerándolos repatriados. Por el día todo transcurrió normal, pero al llegar la noche Rosemary se puso de parto. Las doctoras Nadine y Serote le habían desaconsejado realizar viajes.

-Ya lo presentían las ginecólogas, según me cuenta– les dijo el médico del hospital -. El trauma de la expulsión y el largo vuelo le han producido un adelantamiento, el niño ha nacido con un mes de antelación. Tendrá cuidados especiales hasta que esté en condiciones de viajar a Inglaterra. No debemos exponerlo a más traumas. El neonato permanecerá quince días ingresado con cuidados especiales, y la madre estará a su lado. De la niña no tiene que preocuparse mucho, porque todo el pueblo les ayudará. Espere que se recuperen las dos, y tómense la estancia en Ascensión como unas vacaciones a orillas del mar, que buena falta les hace.

De ropa para el recién nacido no tuvo Christopher que comprar nada, pues de todas las familias de Georgetown les llegó lo necesario. Lo mismo le pasó con la niña, que poco había traído de Johannesburg.

-Muy pequeñito nació el muchacho – le dijo Christopher al médico.

- No se preocupe, que las enfermeras que tenemos, lo harán crecer y engordar en poco tiempo. Está en buenas manos.

En el bar restaurante del hotel, Christopher trabó amistad con tres pensionistas que se reunían por la tardes a tomarse sus cervezas y jugar a las cartas o al dominó, y uno le contaba:

-Llegué aquí en el año treinta desde Santa Helena, con mi mujer y un hijo. Vinimos a trabajar en la compañía cablegráfica, que era la que administraba la isla. Esa compañía era todo aquí. Cosa rara en el mundo, pero así fue. No hemos vuelto más a Santa Helena, y mis dos hijos varones están empleados en esas empresas, hoy antenas de la BBC y de la compañía telegráfica. Mi hija, lo hace en el comedor del aeropuerto. Aquí tengo mi casa. Se empeñaron en que, al jubilarme, me volviera a Jamestown, en Santa Helena, pues como esto es un portaaviones, con una pista de aterrizaje más grande que la isla, no quieren sino personal activo. Me he negado en rotundo. Allá, no tengo casa ni familiares directos ni amigos. Por las mañanas voy a pescar, como estos dos, y por las tardes aquí, con los compañeros, charlando, tomando café, cervezas y jugando al dominó o las cartas. Varios han obedecido y se han ido, pero otros nos resistimos. Este compañero es carpintero, y este otro, maestro albañil, que vinieron cuando la guerra para construir casas e instalaciones del aeropuerto, y, como yo, se quedaron. Sus hijos heredaron sus oficios. Allá, en Santa Helena, no tienen nada. También su distracción de las mañanas, como la mía, es la pesca. Así tenemos pescado gratis para alimentarnos nosotros y mis tres gatitos. ¿Cómo se llamará el niño?

-Por haber nacido en Geogetown, capital de Ascensión, se llama George Ascension Palmer. Desde que salga del hospital lo bautizaremos en la iglesia de Saint Mary. Así será de esta isla por completo.

El carpintero aclaró algo:

-Nacer aquí, significa ser de Santa Helena, donde reside el Gobernador, pues de ella dependen Ascensión y Tristán da Cunha, que queda cerca de la Antártida. El Administrador es el representante de esa alta autoridad, que a su vez representa a la Reina. Aparte de la base norteamericana de Cat- Hill, junto al aeropuerto de Wadeawake, está la base militar británica de Terence Hill. Con tanta base y, tan poco terreno para moverse, los militares nos tienen completamente controlados, aunque a nosotros no nos digan nada.

A los cuatro días de nacer el niño apareció en el hotel un capitán norteamericano. Era negro, y venía de uniforme, que le hizo a Christopher una serie de preguntas debido a su condición de repatriado de Sudáfrica por una cuestión política.

-Mejor sería decir racista, como es el régimen de allá, por lo que tienen que sufrir millones de personas en ese país. ¿Es usted de la CIA?

-¡Nooo…!

-¿Y del FBI?

-Tampoco.

- Entonces será un agente del servicio de información militar norteamericano.

-Soy simplemente un oficial del servicio de aeropuertos del Ejército del Aire, que tiene que hacer todas la misiones que se le encomienden, que son más en tierra que la de los pilotos en el aire. Como ya estará enterado, esta pequeña isla es una gran base militar aérea, tanto norteamericana como británica, y con varias e importantes antenas de telecomunicaciones, por lo que hemos de averiguar las intenciones de todo aquel que llega. Así lo exige la seguridad, y a mí, como oficial de tierra, me encomendaron que le hiciera una entrevista. A los pilotos solo se les exige volar, pero a nosotros no queda cosa que no se les ocurra para encargárnosla, y una de ellas es entrevistarlo a usted. A su mujer la dejamos en paz por lo del parto – y comenzó a hacerle toda una serie de preguntas según un formulario que llevaba, que Christopher respondía según le parecía, y después de meditar un rato, como pensativo, continuó -: Sinceramente alabo la postura antirracista de usted y de su esposa, pues yo he tenido que sufrir afrentas por el color de mi piel. Ahora, con este elegante uniforme y estas dos barritas, los blancos me miran de otra manera… No se puede imaginar lo que significa llevar el uniforme… Muy joven, en Georgia, comencé a trabajar cargando algodón. Me cansé de eso y me metí en el Ejército del Aire, como simple soldado. Fui ascendiendo, hasta que llegué a sargento. Me enviaron a Vietnam, por ser un experto en todo lo referente a aeropuertos y a aviones en tierra. Un día, dicen, porque no recuerdo nada, nos atacaron los del Vietcong, perdí el conocimiento y me desperté en un hospital. Por mi valentía en rechazar al enemigo, me dieron una medalla y me ascendieron a sargento de primera, luego vinieron otros ascensos, y al llegar a capitán hace pocos meses, me enviaron aquí. ¿Fui yo o fue otro el que hizo el acto heroico?... Tengo un hermano que era un líder de los derechos civiles, y ligado a los panteras negras, al que detuvieron dos veces. Cuando lo llamaron para ir a Vietnam, se exilió en Canadá, arrastrando consigo al menor de mi familia que se iniciaba en el trabajo de estibador portuario en Nueva Orleans. Hoy están los dos en Vancouver, en la provincia de Columbia Británica de ese país. El menor como estibador maneja ahora una de esas grandes grúas de los muelles, y tiene un buen sueldo. El otro, como no tenía ningún oficio ni estudios superiores, aunque sí una gran cultura por ser político, trabaja de portero de un hotel de tercera clase, donde se gana bastante menos.

-Y del formulario ese, ¿qué?

-Usted goza de toda mi simpatía. Enhorabuena por el hijo. Esos papeles ya no dependen de mí, sino de mis jefes. Hasta que no los hayan estudiado debe permanecer en la isla. No tardarán en dar la respuesta. No se preocupe. Todo está a su favor. ¡Ah!, se me olvidaba, también mis jefes le mandan felicitaciones por el pequeño.

Una tarde en el restaurante bar del hotel, mientras tomaba café, apareció el señor Guterres, que se sentó en su mesa, donde también encontraban reunidos los tres amigos pensionistas, y le contó:

-Tengo noticias para usted, la Embajada Británica en Pretoria ha presentado una enérgica protesta por su expulsión sin justificación alguna, y más por el estado de buena esperanza de su esposa, provocándole un adelantamiento del parto. Por otro lado, el Gobierno, que no se caracteriza por ser muy generoso, se hará cargo de todos sus gastos durante su estancia aquí. ¿Sabe montar a caballo?

-Pues no. ¿A qué viene esa pregunta?, si no los veo por el pueblo.

-Caballos no, pero hay burros. Mañana, como tengo libre, si lo desea, lo invito a ir a la vieja fortaleza, ya abandonada, para que vaya conociendo algo de la isla. Data del tiempo de Napoleón, y alguna batallita se libró desde ella. Con las dos bases de envergadura que hay en la isla, esos fortines están obsoletos. ¿Ha visitado nuestra biblioteca o nuestro club?

-Con las visitas a mi mujer en el hospital y atendiendo a mi hija no he tenido tiempo, aunque las dos están maravillosamente cuidadas, y señoras de la isla se han ofrecido a seguir con las atenciones

cuando salga. El dinero que pedí a Inglaterra ya está en el banco. Lecturas no me faltan, pues aquí, sus compañeros me han traído revistas atrasadas, con artículos muy interesantes. Acepto su invitación para el viaje en burro, así tendré una experiencia más en la vida. Por otro lado, estoy muy tranquilo, y sé que pronto estaré en Liverpool para preparar mi evaluación definitiva como cirujano del Reino Unido.

En el hospital le dijeron que a la tercera semana se podía dar de alta al niño, continuando en vigilancia ambulatoria. Y una tarde apareció el capitán norteamericano para invitarlo a dar una vuelta por la isla en su jeep.

-Ahora vamos a lo que más me gusta de esta isla, el bosque artificial en la falda de la Green Mountain, el pico más alto de la isla, un volcán apagado…, de momento, porque nunca se sabe. Como tal vez le hayan informado, esta isla fue primero portuguesa, desierta cuando llegaron. Aquí trajeron unas cabras que se comieron toda la vegetación, quedando pelada por completo. Le dieron el nombre de Ascensión y se marcharon. Ni cabras ni vegetación. Luego los ingleses la ocuparon, y a mediados del siglo pasado a un inglés se le ocurrió crear un bosque en este desierto, y trajo árboles y plantas de las más diversas procedencias, como bambúes, eucaliptos, pinos…, creando así un bosque nuboso, que ha dado origen a manantiales de agua, cosa insólita, y que debe ser un ejemplo para recuperar a otras zonas desertizadas. Pero me parece que a ese ejemplo poco caso se le hace. Al otro lado de la montaña, o volcán, se encuentran las bases militares con las más altas tecnologías, como ocurre en las estaciones y antenas de radiotelefonía y cablegráficas por este lado, y por esas razones, a toda persona que llega a la isla se la controla, como es su caso, así que no podrán irse hasta que no llegue el permiso de partida, que no creo que tarde. Había que aclarar ciertas dudas por la forma tan irregular en que llegaron. Hay otra isla en el Océano Índico con una gran base militar muy similar a esta, la de Diego García, pero allí los controles son mucho más estrictos… Usted como misionero debe saber mucho de La Bliblia…

-De misionero no tengo nada. A mí La Biblia me aburre. De rezar sé muy poco… Y de los Diez Mandamientos solo me acuerdo de la mitad. Soy solo un cirujano que colaboro con una Misión Aglicana. La que entiende de eso es mi mujer, que es la auténtica misionera. Si me pongo a enseñar cristianismo a los animistas, seguro que se hacen budistas o sintoístas, o Dios sabe qué.

-A mí me pasa algo de lo mismo. Fui educado como episcopaliano, pero al pertenecer mi mujer a una secta que se llama de La Fe de Cristo y de Todos los Santos, que en verdad no sé si es así su verdadero nombre, donde todos son negros, es la que practico. Me gusta, porque allí lo que hacen es cantar. ¡Y cómo se divierten, y lo bien

que lo pasan en sus oficios y misas! En cierta ocasión estuve destinado un par de meses en las Islas Aleutianas, y quise entrar en una iglesia, pero no me lo permitieron. Tenía que ser ortodoxo ruso, como son casi todos los aleutas. Les conté lo de nuestros cantos y me contestaron que eso no era una religión sino una diversión. Que dentro de las iglesias todo tenía que ser recogimiento y oración. Usted nunca comprenderá lo que significa para mí usar este uniforme, en un país, donde todavía, después de abolida la esclavitud, y dicen que también la segregación racial, quedan prejuicios estúpidos. Hábleme, con toda libertad y como amigo de lo que presenció en Sudáfrica. No lo del formulario, sino lo que vivió.

A lo que respondió Christopher, de que, aparte de trabajar mucho, no fue nada ajeno al sufrimiento de los bantúes, enumerando una serie de hechos, mientras paseaban por el bosque, y que no contaba más porque necesitaría demasiado tiempo. También le mencionó lo del gran bosque artificial al norte de la sierra de Withwatersrand, creada artificialmente por alemanes, algo similar al de Asunción.

No se olvidó de escribir al reverendo Walter Beagle y a la señora Brockmann para decirles donde estaban y darles la noticia del nacimiento de hijo.

Lo cierto es que a los dos meses de la llegada a la Isla de la Ascensión, los Palmer con todos su papeles en regla salieron en vuelo hacia Londres, con la pena, pese al destierro, de haber dejado la tranquilidad y el calor de Georgetown, y donde no le faltaron atenciones.

C A P Í T U L O XXXII

DE VUELTA EN LIVERPOOL

Ya de vuelta en Inglaterra, el mayor Palmer les dijo;

-Por vivienda no tienen que preocuparse. El ático está acondicionado como tal y bien amueblada, además ya dispone la casa de un pequeño ascensor.

-Como nos pagaron los gastos de estos dos meses en Ascensión, dentro de dos días iremos a Plymouth por una semana a ver a la familia de Rosemary, A la vuelta comenzaré a buscar trabajo y a preparar la evaluación de la especialidad – le respondió Christopher.

-No es bueno precipitarse. Primero deben recuperarse de la aventuras que han tenido, para eso estamos nosotros. Además, es muy necesario que durante tres meses Rosemary se ocupe solo del pequeño George. Por aquí está ahora William, tu sobrino, el hijo de Henry, que estudia ingeniería electrónica superior. Le ofrecimos quedarse en casa, pero prefiere una vida independiente, y rara vez aparece para que lo veamos. Con nosotros dispondría de buena habitación y de buenos cuidados… Pero los jóvenes prefieren su plena libertad. Su hermano mayor, Lionel, sigue los pasos de su padre, ya maneja helicópteros. La hermana pequeña, Evelyn, dice que estudia para ser secretaria de la RAF, como su madre.

-Estamos completamente recuperados. Por lo menos yo, que bastante disfruté de la estancia en Ascensión. Otra cosa es Rosemary por lo del parto y la lactancia del niño.

En Plymouth pudieron conocer a dos nuevos miembros de la familia Sullivan, de apellido Mazzoti, los padres de Rosemary les pidieron que se buscaran trabajo en ese puerto. De vuelta a la semana, Christopher dirigió sus pasos al Southern Hospital para hablar con un compañero de los tiempos de médico residente, o aprendiz, que ya ocupaba un buen cargo.

-Si no te hubieras ido, tú estarías ocupando mi puesto ahora, pues estabas mejor calificado. En estos momentos lo que estamos pidiendo son superespecialistas, porque muy deprisa está cambiando la medicina. De un pequeño hospital cercano nos piden un residente con dos años de experiencia. Te daré la dirección. Eso te servirá para los pocos meses que te faltan para el examen. También te daré una carta para el doctor Gerald Hamer, jefe de cirugía del nuevo Hospital Hawthorne, cuyo prestigio es ya muy grande. Nuevo por completo y con aparatos y material de última generación. Ahí tienes una ventaja, porque Hamer es un gran africanista, ya que estuvo diez años en Nigeria. Exponle tu curriculum y verás cómo te buscará una plaza, a corto o a largo plazo.

A los dos hospitales fue, encontrando plaza rápido en el pequeño. En el Hawthorne, el doctor Hamer le dijo:

- Le garantizo que en cuanto me confirmen los informes de Sudáfrica, será empleado aquí, tenga o no el examen hecho.

Así comenzó Christopher su nueva vida laboral. Cinco meses en el pequeño hospital de la periferia, al que tenía que acudir muy temprano, y siete meses en el Hawthorne, como cirujano secundario, hizo el examen, y, al fin, cirujano de primera clase. No era el Southern Hospital, pero poco tenía que envidiarle.

En cuanto a Rosemary, pasados los cuatro meses del parto, se incorporó al Women´s Hospital como enfermera, contratando a una niñera para atender al pequeño. La mayor ya iba a la escuela, continuando lo iniciado en Johannesburg y un mes en la escuela de Two Towns en Ascensión.

Volvieron a escribir a dos conocidos de Johannesburg, que dieron noticias suyas. El reverendo Beagle se encontraba bien, pero, por prudencia, daba pocas noticias de personas, Así que nada sabían de Bernstein ni de Nadine. Escribirles a los familiares de Sudáfrica era riesgoso, pero un día Rosemary se acordó de que tenía apuntada la dirección de su hermana Elizabeth, de Amsterdam, en una pequeña agenda, que por ser en el extranjero no contravenía la norma de no apuntar nombres ni teléfonos, ni domicilios, y a ella le mandaron una carta preguntando por su hermano. Al cabo de dos meses recibieron la respuesta, y fue la misma hermana, quien se la trajo personalmente, aprovechando un viaje de negocios que hizo a Londres. Samuel, Nadine y sus hijos estaban exiliados, y bien, pero no podía decir el lugar, porque los agentes del Gobierno de Pretoria los estaban buscando por todas partes para asesinarlos. Les dio la dirección de una persona de mucha confianza en Amberes por medio del cual podían tener el contacto, pero no antes de cinco meses, y esos serían por carta, y en lo de la escritura deberían ser muy escuetos. Así que esperaron, cumplieron con la recomendación, y por respuesta recibieron una fotografía de toda la familia; Samuel, Nadine, los hijos de esta, Rembrant y Cristjn, Moshe y la niña pequeña, nacida en el exilio, Judith. Añadían que deseaban verse de nuevo, esperaban sus noticias, y que más adelante y en mejor ocasión escribirían algo más.”Por ahora muchas precauciones”, terminaba la nota.

-En el Hauthorne´s Hospital te están explotando demasiado con tanta guardia. ¿Cómo puedes resistirlo?- Le dijo un día su madre a Christopher.

-Eso es lo normal en los hospitales británicos. Alegan que como nos pagan bien pueden exigirnos rendir al máximo, como si fuéramos esclavos. En realidad trabajo lo mismo que en Sudáfrica, pero con la ventaja, en Liverpool, de trabajar para un solo amo, además de tener derechos sociales de los que allá carecía. Hay un movimiento para reclamar una reducción de las jornadas laborales, al cual me he sumado. Eso que he dicho de los buenos sueldos, es un decir.

Pasados dos meses de recibir la fotografía con la nota de Bernstein, su padre le comunicó:

-Hoy estuvo aquí una doctora de Sudáfrica, del Jericho´s Hospital, preguntando por ustedes. Se llama Loretta Müller, y se hospeda en el Hotel Adelphi, y vino a Londres a un congreso mundial de su especialidad.

-¡Ah, sí!, la hematóloga, mezcla de inglés y africaander, buena colaboradora nuestra. Persona de toda confianza. Ahora mismo vamos a visitarla.

Según se vieron y se saludaron, como era la hora de la cena, pasaron al comedor del hotel. Mucho se empeñó Christopher en pagar, pero la doctora se opuso en rotundo.

-Pues mañana vendrá a cenar con nosotros.

-Si puede ser en una casa, mejor, porque estoy cansada de restaurantes y hoteles. Prefiero hacerlo en un hogar británico.

Después de hablar de sus respectivas familias, la doctora pasó a referirle asuntos de Sudáfrica:

-… Desgraciadamente después de los sucesos de Soweto, la represión ha aumentado. Como ya era poca, aún más. De Bernstein, sabemos que huyó al extranjero con la familia secreta que tenía. Pero ¿dónde se encuentra?… De Michael Blake, lo mismo, pero este, el día que desapareció antes mató a cuchilladas en una ducha del hospital, a la doctora Charlotte Diebrücke, conocida jefa de un escuadrón de la muerte. Lo hizo de tal forma que no nos enteramos hasta el día siguiente. Hablé con el director del Saint Bartholomew, el doctor Beagle, que me contó que el doctor Chipeto fue detenido y asesinado en la comisaría por las torturas recibidas. De los otros doctores, Muhamma Rahman y Mda, sabemos que están exiliados en Mozambique, trabajando en hospitales dedicados a atender a heridos de la lucha contra los guerrilleros del RENAMO, grupo terrorista patrocinado por Sudáfrica… También me habló de los dos mecánicos del servicio de mantenimiento, ahora enfrascados también en esa misma lucha como otros del oMkhonto we Ziswe… He visto a dos hermanos de Samuel Bernstein, y me han dicho que solo saben que está vivo. Al reverendo Beagle, de momento, no le han hecho nada. Su hospital sigue funcionando.

Al día siguiente tuvo lugar la reunión de la doctora Müller con el grueso de los Palmer, en que, después de presentarle a su familia con los dos recuerdos traídos de su misión en Afrca, Nadine, de Soweto, y George, de Asunción, Christopher le dijo.

-Como antes de ir a Sudáfrica, ahora somos miembros de nuevo de la Cruz Roja, y nos hemos afiliado a una organización antirracista relacionada con la lucha en Sudáfrica. Del asesinato de Biko nos enteramos con retraso. Tenga en cuenta nuestra expulsión, volver a establecernos aquí… Menos mal que no pagamos piso, aunque sí los gastos de luz, agua, contribuciones, pese a la oposición de mis padres. En realidad nada sabíamos de esa persona, enterándonos después de su muerte de que, siendo estudiante de medicina, fue el fundador de una importante asociación universitaria contra el apartheid.

Christpher y Nadine reanudaron contacto con los Wilson en Kenya, que seguían muy contentos de estar allá, y que pronto los visitarían, pues irían los seis de la familia a Manchester y a Irlanda. Al reverendo Beagle le volvieron a escribir dándole poderes para retirar del banco de Johannesburg sus ahorros y emplearlos en el Saint Bartholomew´s Hospital.

Al regresar del hospital, una tarde, la señora Sheila les advirtió que tenía que darles una noticia. Enseguida pensaron en Bernstein y Nadine, pero no fue así, sino algo diferente:

-Esta mañana me llevé una gran sorpresa. Apareció, después de mucho tiempo, tu sobrino William, que parece que nos tiene olvidados, y lo mayor es de quién venía acompañado, de una pelirroja, que creí que eras tú… Se trata, Rosemary, de tu sobrina Kirstin, de Aberdeen. Él, que rara vez nos viene a ver, se fue a Escocia de vacaciones, y

al pasar por Aberdeen, localizó a tu hermano Gregory, conoció a Kirstin, que estudia medicina en la Universidad de Saint Andrew y la convenció para que se viniera a continuar los estudios en Liverpool.

-No fue así – dijo el mayor Palmer -. Se la robó, y ahora están viviendo juntos. Fue rápido el nieto. Les dije que tenían que casarse. Él termina sus estudios dentro de tres meses. Tu cuñado, Harold, le tiene prometida una plaza en la empresa en que trabaja. La chica será médico en dos años.

- No tiene religión, pero no soporta que una pareja vivan juntos sin casarse. Que ellos decidan- dijo la señora Sheila.

- No sé qué pensará Gregory. Chritopher y yo nos llevamos bien, porqué no William y Kirstin - opinó Rosemary.

-Tío y sobrino son parecidos, y Kirstin y tú son idénticas. La historia se repite - comentó Sheila

Al llegar febrero del setenta y ocho, Christopher y Rosemary decidieron pasar una semana en Londres. Para así variar de ir a Plymouth. Lo primero que hicieron en esa gran urbe, fue visitar al amigo y compañero de estudios, el chino Wang, en el hospital de la Herbrandt Street, dedicado exclusivamente a la cirugía cardíaca.

-¿Sigues de perfusionista?- le preguntó Christopher.

- No. Eso fue solo durante una época con el objetivo de perfeccionar una bomba cardiorrespiratoria para operaciones de corazón abierto. Una vez conseguido el propósito, me dedico a la cirugía cardíaca, que es mi especialidad. Soy médico ayudante a pesar de que casi todo el peso de esa cirugía lo llevo yo.

-¿Por qué no te nombran jefe de una vez por todas?

-De eso, ni hablar. Llevaría una carga burocrática y responsabilidad ajenas a la ciencia médica que me imposibilitaría realizar mi pasión favorita, la de perfeccionar el instrumental médico como hice con la bomba.

-Entonces te has convertido en un inventor.

-De inventor, nada. Solo soy un innovador.

-Con esos nuevos instrumentos ganarás mucho dinero, supongo.

-Pues no. A veces me dan una gratificación, pero poco. Los que más ganan son los ingenieros que los diseñan y las empresas que los fabrican. De mi mujer inglesa que tú conociste, me divorcié. Mejor sea dicho, me mandó a hacer puñetas, por un inglés más alto y guapo que yo, cualidades de las que no hace falta tener muchas para superarme.

- Me acuerdo de ella. Era una enfermera bien guapa.

-Sí, y tuve un hijo con ella que dice que quiere ser actor. Ahora estoy casado con una enfermera, malasia, con la que parece que congenio. La primera me echó toda la culpa a mí, el juez le dio toda la razón, y me arruinó. Con la actual tengo dos hijas. Así es la vida.

-Por Welley no te pregunto, porque lo visité en la isla de Man hace no mucho tiempo y mantengo el contacto, pero de Williams sí desearía saber, si es que sabes algo de ese hombre perdido por los desiertos y entre bacterias y virus.

-Pues el año pasado volvió del Sáhara con una rara enfermedad de la piel. Se sospechó una sífilis, pero en la Tropical Medical School de Liverpool, que tú bien conoces, le diagnosticaron una infección muy parecida, producida por un treponema de los desiertos africanos, el bejel, al contactar su cuerpo con objetos y ropas contaminadas. Nada de venérea, y en Cambridge sigue con sus bacterias y virus..

-¿Has vuelto a Taiwan?

- Desde que murieron mis padres, no. ¿Para qué?

Y después de contarle sus peripecias en Sudáfrica, se despidieron y hasta pronto.

Una de aquellas mañanas, paseando por las calles de Londres, fueron los dos a parar al lugar en que estaba situada la Casa de Sudáfrica, ante la cual estaba un piquete de unas catorce personas en señal de protesta. Al preguntarle al que parecía ser el cabeza del grupo, un señor alto, blanco, delgado, muy serio, con abrigo y bufanda, como correspondía al invierno, le contesto, que estaban en ese lugar solicitando firmas para intentar salvar la vida de un activista sudafricano, Solomon Malonghu, sobre el que pendía una pena de muerte. Firmaron y se unieron al grupo durante un buen rato, y hablando con los manifestantes, el responsable les dijo, entre otras cosas, “en Sudáfrica no existen blancos pobres”… Sí, allá, la pobreza era privilegio de los bantúes. Al despedirse, Christopher les dijo

-¡Amandla!- a lo que respondieron los manifestantes:

-¡Awethu!

Los pocos días en la capital del Reino Unido no lo desperdiciaron, visitando museos y contemplando edificios y monumentos de la grandeza victoriana, Imperio que dominó al mundo. No hubo tiempo para aburrirse, porque por las tardes pudieron oír un concierto de la London Symphony Orchestra en el Albert Hall de valses de Strauss, las operetas “Oliver Twist” y “Kismet”, esta con música de Borodin , y una obra de teatro que agradó mucho a Rosemary porque la representaba una de sus actrices preferida, Ingrid Bergman, “Aguas de la Luna”.

Paseando por la orilla de Támesis, Christopher le dijo:

-Este es el célebre puente de Waterloo, protagonista de la famosa película, tan romántica, del mismo nombre, protagonizadas por Robert Taylor y Vivian Leigh. Pero ya no es el mismo puente. Ahora es uno moderno, más útil para el tránsito de vehículos pero no tan interesante ni bello como el anterior. El auténtico, el verdadero de la película, lo compró un multimillonario norteamericano y lo reconstruyó en su país. Creo

que en Tejas. Tres días de permiso nos quedan. Los aprovecharemos para reponernos en casa del trote de esta semana.

Poco tiempo después una persona del Slavery Museum les comunicó que Solomon Malonghu había sido ajusticiado.

C A P Í T U L O XXXIII

CARTA DE TANZANIA

A finales del setenta y ocho recibió Christopher un paquete desde Alemania, de su amigo el doctor Hartmann, que contenía el libro que estaba escribiendo sobre los efectos tóxicos de los herbicidas y plaguicidas en los trabajadores del campo de Centroamérica. Verdaderamente, Hartmann era un hombre trabajador y conseguía lo que se proponía. Constancia y esfuerzos. Tal vez una característica de pueblo alemán, del que a su amigo consideraba un buen representante. "Debería ir a visitarlo", se dijo, y, con la ayuda de dos médicos alemanes que trabajaban en el Hawthorne, comprendió buena parte de lo que decía el tratado. Con esos médicos habló de la posibilidad de traducirlo a lo que no pusieron objeción, y que pedirían ayuda a un compatriota que trabajaba en una empresa química de Liverpool. También había que buscar una editorial que se prestara a publicarlo, que no sería tarea fácil.

Del gran amigo Bernstein solo recibía, y muy de tarde en tarde, una nota muy escueta. La vida en Liverpool seguía con toda normalidad, las familias de Chrstopher y Rosemary iban bien, y la preocupación de esta por su hermano Kevin se había aplacado, pues no había recaído en la bebida, que llevaba una vida normal, empleado ahora en un ferry como ayudante del hijastro de su hermano, el ingeniero de maquinas navales, Andrew, y que hacía poco se había casado con un empleada de correos de Lerwick, capital de la Mainland y de las Islas Shetland, donde tenía ya su residencia fija. Por fin sentó cabeza, se decía Rosemary, cuyo espíritu misionero continuaba, yendo a ayudar al reverendo Maxwell, con cierta frecuencia, en su lucha contra la pobreza, el alcoholismo y las drogas, en el barrio deprimido donde ejercía su ministerio, y que siempre repetía que la mayor felicidad de una persona era ayudar a las otras. Con relación a su casamiento, Kevin relataba lo siguiente:

"Por ser diplomado, aparte de mi labor en las máquinas, se me encargó de recibir y entregar en los puertos furgones del servicio postal, misión considerada de gran responsabilidad por el Reino Unido. Yo guardaba la llave que la recibía en un puerto de manos de un funcionario, en este caso en Aberdeen, y se la entregaba a otro en Lerwick, y viceversa. Siempre era un acto solemne, había que firmar unos documentos como si fueran declaraciones juradas. La funcionaria de Lerwick era una joven, muy atractiva, de nombre Lucy, de la que me enamoré, y, como está bien demostrado, ella también de mí…, pues nos casamos y ahora tengo mi residencia oficial en la isla, en la casa de unas tías, de la cual es ella también copropietaria, por ser herencia de su madre…".

Llegó diciembre del setenta y nueve. Por correo, como siempre, numerosos Christmas y felicitaciones, y entre esas cartas un sobre grande y grueso… ¡Era de su

amigos Samuel Bernstein y Nadine! Por fin se rompía el silencio entre ellos. Mucho había escrito en ese sobre, contando las peripecias vividas, y entre otras cosas decía:

"Después de la masacre de Soweto del setenta y seis, caí en las miras de la Policía Sudafricana. Así que en una mañana de agosto de aquel año, un grupo de agentes irrumpió en el sacrosanto y blanco inmaculado Jericho´s Hospital en mi busca, y preguntaron al conserje por mí, que les respondió, mintiendo, que yo tenía libre aquel día y no volvería hasta la mañana siguiente. En ese momento yo bajaba por la escalera principal, cuando uno de los esbirros gritó "¡allí está!". Corrí hacia arriba, luego por un pasillo, después por otro, ellos siempre detrás de mí, bajé por una escalera, otros pasillos, y, a pesar de conocer el hospital como la palma de mi mano, no conseguía escabullirme de aquellos malditos, hasta que, por fin, un enfermero me gritó "por aquí doctor Bernstein", abrió una puerta, la cerró con fechillo, y por una escalera de caracol me condujo a la lavandería, abrió otra puerta y entramos en el garaje."¿Tiene coche?, me preguntó. No, le respondí, pero sí moto. ¡Pues vuele con ella!". Así hice con mi Honda y fui a esconderme en la casa de un buen conocido donde estuve varios días. Entonces fue mi hermano Aarón el que se encargó de trasladarme, oculto en un camión de la compañía telefónica, a Durban. Allí mi hermano Daniel me alojó en un chalet de lujo para turistas, encontrándome con la sorpresa de que en ese lugar estaban Nadine con los tres niños. Estos llegaron en tren, pues no estaban buscados por la Policía. El chalet no le pertenecía, sino que era propiedad de un socio, para mejor despistar a las autoridades. Permanecimos en el chalet varios días sin salir, hasta que una noche vinieron a buscarnos y nos trasladaron a una playa, donde una lancha motora nos llevó a un carguero de bandera panameña, es decir, a un barco de bandera de conveniencia"

La carta continuaba con otras consideraciones, entre las que contaba su gran sorpresa al encontrar en Durban a su familia, pues su hermano Aaron, nada le había dicho al respecto. A bordo iban también otros cuatro como él, camino del exilio: dos ingenieros, un mecánico y un camionero. Todos del oMkhonto we Ziswe. Un ingeniero y el mecánico, bantúes, y los otros dos, kleurlings o coloureds. "Nos vamos porque estamos condenados a muerte; aquí dejamos a nuestras familias, ¡Dios sabe hasta cuándo!". La intención era unirse en Mozambique a la lucha contra el RENAMO. Como un tripulante de la sala de máquinas se tuvo quedar en Durban por una enfermedad, al quedar esa plaza libre, el ingeniero kleurling, que era de electricidad, prefirió enrolarse en el barco, evitando así el ir a combatir. "Hay que tener en cuenta que nuestro destino en Tanzania y en Mozambique es muy incierto", dijo, prefiriendo dedicarse a recorrer mundo hasta otra decisión, o lo que el destino le deparara. De esa forma supo Bernstein cuál era su destino: un país no alineado y enemistado con Sudáfrica. ¿Cómo sería su suerte y la de su familia? Sabía que Tanzania era un lugar de recogida de exiliados, al que iban a parar muchos compatriotas huyendo del apartheid, pero con perspectivas poco halagüeñas para los pequeños, pues no dejaba de ser un país subdesarrollado, y una cosa era su gran simpatía por Julius Nyerere y Tanzania, y otra, la cruda realidad de África.

El recibimiento en el puerto no fue muy acogedor. Los policías portuarios no los querían dejar desembarcar, pero el ingeniero bantú se atrevió a protestar enérgicamente y exigir la presencia de la representación del ANC en Dar es Salaam, hasta que lo consiguió, que llegaron en compañía de unos funcionarios del Gobierno. Primero los alojaron en una especie de refugio, que bastante dejaba que desear, con escasa higiene y visitas de cucarachas, ratones y otras especies de seres vivientes no deseables. La comida era fatal, lo que obligaba a Christopher a comprar otros alimentos en los

mercados de la ciudad. “Usted, como alemán que también lo es, no se le ocurra ir a la embajada de ese país, por si alguno de los empleados se lo comunica a los agentes sudafricanos que por la ciudad rondan, y cuyo mayor placer es asesinar a los enemigos del régimen racista, que para eso andan camuflados y muy bien pagados por la ciudad”. Traía dinero, pero tenía que tener cuidado con los gastos, y tampoco les permitían alojarse en un hotel. A los pocos días, al comprobar que era un oftalmólogo de fama, Bernstein fue contratado por un hospital en el centro de la capital, y a Nadine, como tocoginecóloga, en una maternidad cerca de la zona portuaria, con medios inferiores a los del Saint Batholomew, y esto escribía Samuel:

“La calidad de su hospital dista bastante del Jericho´s Hospital, pero es bastante mejor que la del de Soweto. Tiene aproximadamente las mismas camas que el Saint Bartholomew y está dividido en dos partes: una de seguridad, para gentes del Gobierno, embajadas, visitantes extranjeros, y otra, para el público en general. El número de médicos duplica al de Saint Bartholomew, y son bantúes tanzanos, mestizos de la dominaciones alemanas e inglesa, indios tanzanos, un egipcio, un palestino, un bantú sudafricano que trabaja aquí porque no le gustaba el apartheid de Sudáfrca, pero apolítico, y algunos europeos auténticos con espíritu de filántropos. De estos hay que mencionar a un inglés algo extravagante, un matrimonio alemán occidental, dos orientales de la RDA, y dos rusos. Los africanos viven de sus sueldos, más altos que los del promedio de la población, pero bajos, a los que añaden algo que pueden sacar por algún otro sitio. El inglés trabaja solo en el hospital y está casado con una enfermera tanzana. Los dos alemanes occidentales viven bien porque poseen unas dieciséis viviendas en Alemania. Los orientales y los rusos cobran de sus gobiernos por tratados de cooperación. Por motivos de seguridad en el hospital no figuro ni como sudafricano ni como alemán, sino como inglés de Londres, ciudad que conozco algo, y en mi bata, por precaución, llevo una placa con el nombre de Doctor Samuel, no de Doctor Bernstein. Vivimos de ese sueldo y de las remesas que me envía mi hermana por mis acciones en Suiza, con lo que podemos considerarnos ricos en un país donde los sueldos son muy bajos y hay bastante paro. Mi contrato me obliga a trabajar nueve meses en el hospital a tiempo completo, pero debo completar el año con un mes en una capital de comarca, y otro…, nada menos que en el norte de Mozambique, pues allí hay una guerra contra el RENAMO, unas veces en Beira, y otras en la ciudad fronteriza de Quionga. Como somos ricos, hemos podido comprarnos un coche, un Chevrolet del año cuarenta y seis, y una motocicleta, Triumph Thundrbird 650 de los años cincuenta. En Sudáfrica tenía una Honda. Ambos vehículos pertenecieron a funcionarios británicos del tiempo colonial. ¿Por cuantas manos pasaron? Buenos mecánicos nativos los ponen a punto. El coche lo usa Nadine para ir a su trabajo, y los festivos lo usamos para irnos a las playas o al campo. Yo, como siempre, prefiero la moto El excéntrico médico inglés posee, y mucho presume de él, un coche Mitsubishi del año treinta y cinco, que perteneció al Ejército Imperial Japonés durante la ocupación de Singapur. De allá lo trajo un mayor británico, que, como el nuestro, tuvo que haber pasado por muchos propietarios. De las peripecias para los traslados y los trabajos en zonas alejadas, ya se los contaré en otra carta. Me supongo que sabrán que nos nació una niña, de nombre Judith, que ya tiene dos años”.

Después contaba cómo fueron asesinados tres exiliados, miembros de ANC, una noche en la casa donde vivían, salvándose solo uno de los inquilinos por ser camionero y ese día estar lejos de Dar es Salaam. Nadine, los niños y él se salvaron porque estaban de vacaciones en la isla de Zanzíbar, enterándose de que estaban sentenciados

porque, al volver, se encontraron la vivienda completamente destrozada, Ahora les habían asignado otra, algo más grande, en una zona muy vigilada.

Ya descubiertos, se les permitía romper el secreto de su paradero, pero no la dirección de su vivienda. Los invitaban a venir, y, muy probablemente, Bernstein viajaría a Inglaterra en fecha no lejana. Su hermana Elizabeth y su marido le habían hecho ya una visita.

C A P Í T U L O XXXIV

Por pasar unos días con sus padres, Henry Palmer, el piloto de helicópteros vino a Liverpool con su mujer y dos de sus hijos. Toda la familia se reunió en la casa de la Widmark Street para una comida familiar, y al acabar, el patriarca de los Palmer, el mayor William Spencer Palmer, les dijo:

-Tengo algo que contarles, de lo cual solo tenía conocimiento en esta ciudad, el señor Bawn, y para estar más tranquilos vengan conmigo a mi despacho mis hijos, sus conyugues y Sheila, Los demás que se queden aquí, Se trata de un secreto del que lo sabrán a su debido tiempo.

Una vez alejados de los mayores y del bullicio de los pequeños, comenzó a narrarles su procedencia, vicisitudes de su niñez, lo sucedido con sus padres, la pérdida de contacto con su hermana Lylian, su huida del Canadá en el barco, su trabajo en la zapatería de todos conocido, y su cambio de personalidad a instancias del señor Brawn, de llamarse Anthony David Atkinson a su actual nombre. Todos se quedaron callados menos su yerno Harold Watson que soltó una gran carcajada.

-Por ese terrible delito habría que condenarle a cadena perpetua, pues usted no es usted ni es británico, Además se ha burlado de nuestra burocracia suplantando una personalidad… ¡Humm, humm!... Sí, cadena perpetua se merece…Pero nosotros que aquí nos constituimos en un tribunal para juzgarle, en consideración a los servicios prestados en las colonias, en dos guerras y en la paz, creemos que debemos perdonarle… Por lo tanto queda absuelto de todo delito. ¿Están todos de acuerdo?

Todos se rieron y lo llenaron de besos.

-¿Y tú qué opinas Sheila? Me perdonas el haberte engañado toda una vida.

-Yo conocí a un chico de catorce años al que, por voluntad propia, me uní para toda la vida, llamárase Thony o William, y del que tuve tres hijos. Eso es todo.

-Este es un peso que portaba desde hacía años. Ahora mi familia lo sabe, pero por favor que no se divulgue y que a mis nietos no se lo comuniquen mientras esté en este mundo. Nunca se pueden saber las consecuencias de mi mentira, la de ser un falsario. En el ejército eso está muy castigado… Cuando volví de mi estancia en Chipre, durante su lucha por la independencia, a pesar de mis deseos de volver a casa, me fui unos días a Canadá por si podía localizar a mi hermana, y llegué hasta Quebec, donde tenían la casa central las monjas que la recogieron, pero ni allí ni en Halifax pudieron darme razón de ella. Apesadumbrado regresé. Debo añadir que de ese enorme país solo conocía Halifax. Y tú, Lylian, llevas ese nombre en recuerdo de mi hermana.

- Pues yo tengo otra noticia que comunicarles, que pronto tendré otro ascenso en la RAF. Cuando eso suceda, lo celebraremos por todo lo alto – les dijo Henry, y

añadió, dirigiéndose a su padre -: No te preocupes que ni a tu nieto William, que actualmente está haciendo unas prácticas en Glasgow, se lo diré.

- Y no te olvides de decirle que el año que viene lo espero en la fábrica - le dijo Harold Watson.

Pocos días después de este encuentro familiar, una tarde le dijo Rosemary a Christopher:

- Sé que estás intranquilo por ver a Samuel. ¿Porqué no vas unos días a Tanzania a verlo. Veo que has vuelto a leer novelas del Oeste, e incluso miras esas películas en televisión.

- Con los niños, ir a Tanzania no es conveniente. El clima y las enfermedades del trópico pueden hacerles daño. Piensa en las vacunas, los antipalúdicos, y también en qué condiciones estarán los hoteles de allá. Me imagino que no podrá venir aquí porque estará denunciado ante la Interpol de todo lo imaginable por el Régimen sudafricano. Con los chicos, de viajes, lo único que podemos hacer, es llevarlos a las playas de la Costa Azul durante el verano a tomar sol, jugar en la arena y bañarse en las aguas calientes del Mediterraneo.

- Yo también estoy ansiosa de ver a Nadine, y estoy pensando cómo puedo realizar un encuentro con ella. Es la mejor amiga que he tenido en mi vida. Vete a Tanzania, y procura allí arreglar mi encuentro con Nadine.

Dicho y hecho. Nuevas vacunas, antipalúdicos, repelentes de mosquitos y un viaje en avión, vía El Cairo, hasta Dar es Salaam. Como organizado, fue a parar a un hotel céntrico de la ciudad. Encuentro emocionante con su amigo y esposa, contándose las peripecias después de haber abandonado Sudáfrica. Y Bernstein le contaba a Christopher:

-Aquí he conocido a más dirigentes de la lucha antiapartheid que en Johannesburg. Unos que residen en Tanzania, y otros que están de paso. A mí también me consideran como tal, y soy oftalmólogo de todos ellos, y hasta me vienen a consultar todo tipo de enfermedades. Después del suceso, es decir, de los asesinatos, me dieron permiso de portar armas. Vivimos como ricos por los dineros que me manda mi hermana, que son los beneficios de mis inversiones en Suiza. Como también tienen pasaporte holandés, ella y mi cuñado han venido ya dos veces a verme, la segunda a los pocos días de escribirte la carta, y otra vez la pude ver con ocasión de un congreso de oftalmología que hubo en Leipzig, Alemania Oriental. A ese zona si pudieron viajar Nadine y los niños. Nadine no posee pasaporte alemán, y no puede viajar a Europa Occidental. Solo la niña tiene el pasaporte alemán por ser hija mía reconocida. Lo del Moshe ya lo arreglaré para mejor ocasión. A mí me desaconsejan que viaje a países occidentales. “No te fíes de esos países”, me repite. Aaron, que también tiene pasaporte alemán occidental, y vino a verme una vez y me trajo una buena cantidad de dinero, en dólares, de Sudáfrica, míos, de los que tenía a buen recaudo mi hermano Joshua .

Después de dar unos paseos por la Capital, unas veces solo, otras, acompañado, Christopher recibió la invitación de su amigo de ir a Serengeti y de contemplar el más alto pico de África, el Kilimanjaro o Monte Uhuru,

-Estuviste seis años en Sudáfrica y no visitaste el Parque Nacional Kruger. Una deuda que tienes pendiente para cuando se acabe el apartheid. Sé que mi cuñado Rembrandt sigue de vigilante del Parque, En cuanto a lo de encontrarse Rosemary y Nadine lo podemos arreglar cuando vayas a Bremen a ver a tu amigo Hartmann. Nos podremos ver entonces en Berlín Oriental. Por su condición de exiliada es muy difícil que le den visado para la parte occidental. Un viaje a Alemania siempre vale la pena. Por una vez puedes prescindir de viajar a la Costa Azul por vacaciones..

Christopher conoció el hospital donde trabajaba Bernstein y a un par de exiliados bantúes sudafricanos. Con ellos habló largo y tendido sobre la situación en Sudáfrica y los progresos de la lucha en Zimbabue contra la supremacía blanca.

-Por suerte aquí tenemos a un presidente progresista, no alineado, que nos acoge. Estudió en la Universidad de Fort Hare donde también se forjaron ortos líderes de la independencia africana. Pero en esta Tanzania debemos tener los ojos bien abiertos porque el brazo de los escuadrones de la muerte es muy largo. A este país, como a todos los de África, le falta mucho para ser considerado como desarrollado. El tren Lusaka Dar es Salaam, construido con la ayuda de China, puede ser el eje del progreso –le decía uno de los exiliados.

A la sabana de Serengueti fueron a presenciar rebaños de cebras, ñúes, leones, elefantes, rinocerontes negros, leopardos, gacelas, impalas y otros muchos más, como infinidad de aves, recorriéndola en una caravana de todoterrenos con vigilantes armados.

-El hombre que más se preocupó de fomentar y conservar esta reserva de la naturaleza es el profesor Grzimek, director del Zoológico de Frankfort. Ya te regalaré su libro “Serengueti no debe morir”, del cual se hizo un documental, que fue premiado en Hollywood con un Oscar. En estos trece mil kilómetros cuadrados más de dos millones de animales salvajes rondan por esta sabana en su estado natural. No fue fácil, pues los masáis, un pueblo de unas características muy peculiares, se oponían a proyectos en su territorio, y por eso fueron desplazados a la región de Ngorongoro, de un forma un poco, o más bien, muy injusta. Pero al fin se llegaron a acuerdos, o resignación de esa ´pobre gente, y hoy este Serengueti se está convirtiendo en una atracción turística que puede aportar buenas divisas al país. Hay mucho que hablar sobre las injusticias que impone el progreso, tanto en este lugar como en el Parque Nacional Kruger. La variedad de la flora también cuenta. Hay quienes vienen a capturar animales para venderlos caros, o a matar elefantes, solo por sus colmillos, y rinocerontes, por sus cuernos, pero también los hay quienes vienen a buscar carne para comer. Estos son los pobres de los alrededores – contaba Bernstein.

Bien vista esa sabana, se trasladaron al norte, cerca de Kenya, para presenciar al magnífico Kilimanjaro.

´ -Ahora podré leer la famosa novela de Hemingway con más placer que si no lo hubiera visto. Una vez leí la opinión de un escritor que decía que viajar era la manera más cara e incómoda de adquirir cultura. No niego que tenga razón, pero no es mi caso.

Estos años en Sudáfrica cambiaron mi mentalidad. No pude llevarme libros que tenía por la expulsión, pero en el Slavery Museum me han facilitado unos cuantos de gran valor.

-Aquí seguimos en la lucha. A la que contribuyo también con dinero. En África, me siento a mis anchas, a pesar de ver pobreza. Pero, ¿no la hay también en Europa? Una cosa que me llamó la atención al llegar a ese mundo desarrollado y rico, fue la gran cantidad de prostitutas rondando por sus calles, carreteras, aparte de las asentadas en burdeles, bares de alternes y similares… Eso también es un signo de pobreza y de esclavitud… De ninguna manera lo puedo considerar un signo de libertad y de progreso de las mujeres… Mafias organizadas para el tráfico de blancas, proxenetas, dueños y dueñas de esos garitos… Recuerdo, con vergüenza y horror, cuando una noche saliendo de Wiesbaden, Alemania, vi en la carretera a numerosas mujeres ofreciéndose, y también a la salida de Aviñón, en Francia, me encontré con el mismo espectáculo…Y no digamos nada de las exhibiciones de mujeres en los escaparates en Sankt Pauli y otros lugares … Bueno, ya está bien de sermones. El mes que viene me toca estar un mes en Tanga, un puerto al norte del país, y ya podemos ir planeando para dentro de unos meses nuestro encuentro en Alemania. Allí hay cosas preciosas que ver – y así terminó Bernstein su discurso sobre sus opiniones.

- Así que acabemos de filosofar al pie del Kilimanjaro, que pasado mañana tengo que volar de nuevo.

De vuelta en Dar es Salaam. Al contarle esta conversación a Nadine, les contestó:

-Se olvidaron de mencionar los batustanes de Sudáfrica, a donde los blancos van a yacer con las bantúes, que tanto repudian, pero donde las leyes de inmoralidad no existen. Territorios muy pobres, en que con esos rands que les aportan, pueden subsistir. Hay expediciones de blancones solo para eso. Sí, como las que organizan las agencias de viajes para visitar los parques de reserva de la naturaleza. Y de aquello del rugby, ¿qué fue, Cristopher?.

-Ya soy viejo para eso. Algún partido del Pirates en su estadio, pero muy de vez en cuando, y lo mismo con los transmitidos por televisión. Mi único deporte en Liverpool es caminar unos kilómetros por la ciudad. Casi siempre voy a parar al Mersey, donde en uno de sus bares me tomo un café bien fuerte con mucho azúcar. Esa costumbre no la he perdido. Después de este viaje, tengo la intención de dejar las lecturas fáciles y comenzar las interesantes y de valores, como estas que me he comprado de Tanzania…

En sus conversaciones le pregunto Christopher a Samuel:

-Como eminente oftalmólogo ya habrás tenido ocasión de saludar o tener como paciente a Julius Nyerere.

-No. He tenido ocasión de verlo, pero de lejos. He operado a alguna alta personalidad del Gobierno o de la Administración, pero menos que en el Jericho´s Hospital. Y con algunos he mantenidos amistad, pero siempre procuro no entrar confianza con ellos, y tratarlos con el máximo respeto.

-¿Y cómo te defiendes con el swahili?

-Tanto Nadine como yo vamos avanzados. Ella más, porque prácticamente todos sus pacientes son tanzanas y las mujeres tienen mejores condiciones para los idiomas que nosotros. Los pequeños ya lo hablan correctamente. En casa seguimos usando el africáans, idioma materno de Nadine.

-¿Han vuelto a repetirse atentados en Dar es Saalam?

- De momento no, pero estamos alerta. Según informaciones un grupo de paramilitares matones está aquí al acecho.

En el vuelo de regreso, consideró Christopher Palmer que su contribución económica a la causa de Sudáfrica era bastante pequeña. La aumentaría un poco, así podía imaginarse que tranquilizaba su conciencia… No tenía la fuerza del reverendo Maxwell, que pudiendo estar en una cómoda parroquia de un buen barrio de Liverpool, eligió irse a una de las zonas más deprimidas de la ciudad.

C A P Í T U LO XXXV

Christopher cumplió lo prometido en su vuelo de vuelta a Inglaterra y se involucró más en los asuntos africanos. Para eso estaba el Slavery Museum, al cual asistía ahora, con no rara frecuencia, a conferencias y actividades, a las que arrastraba a Rosemary, que opinaba:

-Ya me gustan tanto los espectáculos musicales africanos como los conciertos de música europea del Saint George´s Hall.

-A mí me pasa algo de lo mismo, pero sigo prefiriendo el Saint George. Me parece que la música africana, poco a poco, se va viendo influenciada por la europea, y por eso nos agrada más.

-También la europea se está dejando influenciar claramente por la africana. Como misionera que soy de vocación, sigo a disposición del reverendo Maxwel en su labor

Pendientes siempre de Sudáfrica, en el año ochenta y uno, recibieron la noticia de que la esposa de Joe Slovo, líder del Partido Comunista, había sido asesinada.´Y otras noticias similares llegaban a su conocimiento a pesar de lo poco que importaba África para la prensa y otros medios europeos.

Y llegó el año ochenta y dos con dos acontecimientos importantes que narrar: uno, en Liverpool, para los Palmer, y el otro, en Tanzania. para los Bernstein.

Un día la señora Sheila comunicó a su familia de que se jubilaba.

-Ya estoy cansada, y como la dependienta Bety se casa y se va a vivir a Portmouth, considero que debo cerrar la tienda.

-¡Cómo! ¡Yo que soy el contable de la empresa y el encargado de la administración, atendiendo a los suministradores por teléfono y por correo! ¿Qué voy a hacer ahora? ¿A los clubs…? ¡Por las tardes me basta y me sobra!...Y la otra empleada, ¿qué? – exclamó sobresaltado el mayor Palmer.

- Eso está resuelto, La Brawn Tobacconist se queda sin una empleada porque encontró otro trabajo mejor pagado, y ella va a ocupar su puesto. La peletería la fundó mi abuelo paterno y cumple cien años pronto.

En este momento Rosemary hizo el siguiente comentario:

-Antes de cerrarla tengo algo que decir. Hace un año me destinaron a la sección de oncología de mi hospital, y ya me encuentro muy traumatizada y al borde de una depresión. Por eso les propongo que me arrienden la tienda, Eso sí, con facilidades

de pago. A mí ese me gusta ese negocio, y sinceramente, aparte de los cánceres, ya estoy cansada de ser enfermera.

-¡Pero tú nunca te has dedicado a vender! No conoces el mundillo de ese negocio…, no has estudiado ni practicado la cuestión de ventas. Lo tuyo es, ser enfermera. Si no te gusta dónde estás, búscate otro hospital - le respondió Sheila

´-En ese caso tendría que irme al extrarradio, no sé a cuántos kilómetros, porque aquí, en el centro de la ciudad, están muy solicitadas las plazas a pesar de lo mal pagadas que están. Y en oncología, el sufrimiento y las depresiones de nuestras enfermas me han afectado mucho. Tenemos constantemente que estar al lado de ellas, oyendo sus quejas, lamentos, aplacando sus dolores. Somos las que, verdaderamente, estamos al lado de las camas de las enfermas, y no es solo una la que padece, sino muchas al mismo tiempo, y veo que me faltan fuerzas para seguir soportando tanto dolor… Los médicos también padecen, pero menos, pues su labor es más científica. Observan al enfermo, les ordenan radiografías, escáneres, análisis, ecografías…, y otras cosas pero a cierta distancia. La paciente para ellos es más un objeto científico que un ser humano. Consultan con otros médicos, nos piden opiniones sobre el comportamiento, evolución a lo largo del día de las cancerosas, tipos de molestias... Hacen sus verdaderos estudios de estas pruebas en sus despachos, luego vienen las decisiones a tomar, nuevos estudios de si cirugía, radioterapia, quimioterapia, u otras medidas. Cálculos y más cálculos… Aplicar lo decidido, y a esperar que el mal responda al tratamiento, bien estudiado científicamente hasta el más mínimo detalle ciertamente, y nos alegramos muchísimo cuando obtenemos lo que deseamos: la curación… Pero la mayoría de las veces son fracasos o mejorías pasajeras lo que observamos…

Después de estas y otras consideraciones llegaron a la conclusión de que sería bueno esperar unas semanas para hablar sobre este tema.

Al cabo de tres meses, Rosemary se hizo cargo de la tienda, con la condición de pagar algo de alquiler al hermano y a la hermana de Christopher. Los padres no exigieron nada, pero llegaron a acuerdos sobre el mantenimiento. Una hija de su hermana peluquera vino de Plymouth para ser empleada.

-Los Sullivan se apoderaron de esta casa. La primera fue Rosemary, que pescó a Chritopher, la segunda fue Kirstin que pescó a William, y ahora esta Pamela Rich, también Sullivan. Menos mal que no es pelirroja. A ver a quién pesca - dijo el mayor William Palmer.

Y así comenzó la Winter´s Leathersop su segundo centenario de vida.

Las relaciones de los dos amigos lejanos, Samuel y Christopher, continuaron después de aquel viaje al país tropical cumpliendo el acuerdo de entrevistarse en Alemania a los pocos meses del encuentro. en Yanzania Después de visitar al doctor Hartmann, coincidieron en Berlín los Palmer y los Bernstein, llevando incluso a sus hijos, y acudió también la hermana Elizabeth y su marido, desde Amsterdam. La reunión tuvo lugar en un hotel llamado Berolina.

Se dijeron muchas cosas de Sudáfrica, pero lo que más le impresionó a Christopher fue la noticia, que de nuevo, los esbirros del Régimen racista habían vuelto a actuar asesinando a dos activistas exiliados en Tanzania.

Así como el ochenta y dos llegó a Liverpool con el traspaso de la tienda de suegra a nuera, también hubo otras novedades dignas de ser mencionadas de la familia Bernstein. A principios de años, como de costumbre, lo destinaron durante un mes a Mozambique. Hizo el viaje en un carguero tardando cuatro días en llegar a su destino. “Menos mal que no me mandaron en un dow, porque entonces no hubiera llegado”. Por suerte la vuelta la hizo en un avión, no en muy buen estado, que tuvo la también buena fortuna de no venirse abajo. Después, todo transcurrió como de costumbre, y a casi a final de año le tocaba el destino en un lugar de la propia Tanzania, pero esta vez no fue a una capital comarcal, sino a una misión católica, muy apartada, cerca del lago Nyasa, y allá se dirigió, primero cómodamente en el tren Dar es Salaan – Lusaka, bajando en una estación intermedia donde tuvo que esperar a la intemperie veinticuatro horas para que un autobús lo llevara a un destino, en que, a su vez, un camión lo trasladaría a la Misión. Menos mal que el capataz de una plantación le encontró un catre libre donde pernoctaban trabajadores temporeros, y pudo dormir, hasta que el camión se dignó a llegar, que lo dejó en un poblado, ya demasiado tarde, y tuvo que dormir bajo cubierto en un almacén abandonado, con medio techo caído, y lo mismo con la mitad de una pared. Llovió aquella noche pero no se mojó, continuando al día siguiente sobre el lomo de un burro para alcanzar la Misión cuando se ponía el Sol.

-¿Ha cenado ya?- le preguntó la monja que lo recibió.

- Desde esta mañana nada he probado. Se me acabaron las provisiones que traía.

- Ahora mismo le preparo algo. Mientras tanto rece y dé gracias al Señor por haber llegado sano. ¿Es usted católico o evangélico?

-Ni lo uno ni lo otro. Soy judío.

-¡Santo Dios, es la primera vez que tenemos a un médico de esa religión!

- No se preocupe por eso hermana, porque Jesucristo también lo era. ¡Y curaba enfermos y ciegos! ¡Y hasta resucitaba muertos!

Durmió tranquilo aquella noche, pero al levantarse le dijeron que tenía que operar una apendicitis muy grave. Alegó que no era cirujano sino oftalmólogo.

-Aquí los médicos tienen que hacer de todo, y si no lo saben que se las apañen como puedan. Cuando nos mandan un sustituto, siempre suele ser un cirujano experimentado – le espetó la madre superiora, mujer de malas pulgas, según le pareció.

Y haciendo de tripas corazón, comenzó a lavarse mientras intentaba recordar lo que había visto en Hamburgo, y también alguna vez en Sudáfrica, encomendándose a Jehová del que hacía tiempo no se acordaba. Al fin se dijo para tranquilizarse: “total, con el vientre como lo tiene, se va morir de todas formas, ¿qué más da que lo mate yo o el apéndice?”

La madre superiora hizo de ayudante, mientras otra monja le aplicaba el Ombredanne para la anestesia, y fue cortando, mientras la superiora le decía algunos

pasos a seguir. “Esta mujer sabe bien lo que se debe hacer”, se decía, no sin razón. Era un apéndice a punto de reventar. Como se le quedó bien grabado en su memoria lo visto en un caso similar, cortó por donde debía, hizo la bolsa de tabaco, y cerró por planos. Gracias a Jehová el enfermo pudo ser dado de alta de aquel humilde hospital, a los pocos días. También lo llamaron una noche para una cesárea urgente. Haciendo otra vez memoria de lo que casi tenía olvidado y también de lo que un día le contó Nadine de un caso difícil, cortó, llegó al útero, hizo lo que pudo y salvó al niño, volviendo a suturar como le pareció, oyendo al final la voz de la monja que le decía:”usted sí que entiende de tocología”. En realidad, era de lo que menos sabía. Los consejos y sugerencias de la madre superiora eran su clavo de salvación. Vio crisis palúdicas, varias enfermedades tropicales, de las que algo sabía, pero las monjas conocían mejor eso males que él. Un día le preguntó a la superiora dónde había aprendido tanta medicina, y le contestó:

-Desde que entré de moja comencé a trabajar en hospitales, y de ahí apenas he salido. Día y noche ocupándome de enfermos, de quirófanos, de salas de curas… De forma que aparte de Religión Católica, nada sé de otras cosas. Tal vez porque prestaba mucha atención a lo que hacían y decían los médicos, sé algo de este asunto.

-Decir algo es una mentira, porque, quitando lo de oftalmología, usted sabe más que yo en todos los aspectos.

-Bueno, ya que tiene que volver a Dar es Sallan, a usted le pedimos que lleve a un niño abandonado. Se trata de un albino cuya madre lo trajo a la Misión para impedir que lo mataran los de su poblado, pues ya conoce la falsa creencia de mucha gente en Tanzania de que esos niños son criaturas del diablo y que traen muy mala suerte.

- -¡ Eso es del todo imposible!... Para llegar aquí tardé cuatro días con mi maleta y una caja con el instrumental oftalmológico. Fue una odisea. ¡Y ahora volver a lo mismo con un lactante a cuesta! ¿Qué se cree que soy? ¡Ni hablar de eso!

-Pues sea como sea, tiene que hacerlo. Si no, el jefe de policía lo obligará.

A hablar con ese señor fue Bernstein, que le contestó:

-Tendrá que hacerlo le guste o no le guste. Para este distrito solo dispongo de dos agentes, y es muy grande. Yo no puedo garantizar la vida de ese niño. Sin él, no lo dejaré partir.

La preocupación de Bernstein iba en aumento hasta que una joven monja, bantú, le dijo:

-No se aturda tanto, la reverenda madre, lo tiene todo estudiado. Es muy meticulosa. Para el viaje le tiene preparado una nodriza. Se trata de una muchacha que llegó aquí hace unos meses embarazada con la intención de que le hiciéramos un aborto .Un absurdo en este hospital católico. Había sido violada por tres malandros, por lo que no sabe quién es el padre. Eso poco importa, pues de los autores nada se sabe, y tampoco ya nada se puede hacer. Vino para que le hiciéramos un aborto, nos insitía..., pero la convencimos de que eso era un gran pecado, y que en esta misión no se hacían tales cosas, así que la acogimos, y unos meses después dio a luz a un muchachote fuerte

que da gusto verlo. La madre también es fuerte y da leche de sobra. Le servirá de compañía, ayuda y nodriza durante el retorno, haciéndose cargo de las dos criaturas.

- Pero, a pesar de eso, ¿qué haré yo con dos lactantes en Dar es Salaam?

-Al albino, cuyo nombre es Patrick Eamon Eire, lo entregará en un orfanato católico, llamado de Saint James. Tanto las monjas blancas como el cura de esta misión son muy irlandeses, por eso le pusieron un nombre muy irlandés. En cuanto al hijo de la violada, le tuvo que poner Jonathan porque lo quería ella, y Mpenba, por su apellido. Los dos niños son católicos y deben ser educados como tales. A la madre con su hijo los entregará en la parroquia de Saint Michael, donde el párroco se encargarán de buscarle una casa para servir, como tienen por costumbre. En cuanto al viaje, el jeep de la policía los llevará hasta el poblado donde los recogerá el camión que los trasladará hasta la estación del tren. Luego en el tren todo será más fácil. Es una obra de caridad que Dios se lo agradecerá en el Cielo, con creces. Verá cómo no tendrá problemas. Y no se olvide de recordarles que los dos niños son católicos y que deben ser educados como tales por si alguien los adopta o los apadrina

“Todo lo ve muy fácil esta monjita, como si no supiera muy bien lo que es África”, se dijo Bernstein.

Los días transcurrían, enfermedades tropicales tenía que atender en no poca cantidad, que gracias a los soplos de las monjas y buscar en su cerebro recuerdos escondidos de cuando estudiaba, resolvía como buenamente podía. Lo mismo pasaba con la cirugía, que para solucionar esos problemas usaba los mismos métodos, y en esto también daba gracias a la agilidad de sus manos, dotes que poseía sin saber por qué, consiguiendo que ningún enfermo se le muriera por las operaciones realizadas. Vio morir a dos niños por meningoencefalitis palúdica, y a dos adultos por la enfermedad del sueño, oncocerquiasis, lepras, frambuesias, esquistosomiasis… y dos días antes de cumplirse el mes de estancia le comunicó a la madre superiora que debía partir. Ya había cumplido con su obligación.

-Ni hablar – le dijo la buena señora – El nuevo médico no llegará de Dublín hasta dentro de dos semanas. No nos puede abandonar.

Quince días más de sufrimiento que se vieron agravados por unas diarreas que consideró de origen amebiano, pero no fue así, y todavía sin recuperarse de ellas, llegó el sustituto y emprendió el retorno. Si odisea fue la ida, mayor fue la vuelta. Niños que lloraban, que se hacían caca, sin agua para limpiarlos, la pobre mujer cargando a los pequeños y con una bolsa en la espalda, y él, con dos maletas, en una, su ropa, y en la otra, instrumental, y raciones de comida para dos personas, que serían para tres días. La primera noche durmieron en un cuchitril, si a tal cosa así se la puede llamar, y la segunda, por ser extranjero, y llevar dos niños, con propina de por medio, le permitieron pernoctar en la sala de espera de la estación sentados en unos asientos. ´Bernstein con un niño en los brazos, y la mujer con su hijo bien atado al cuerpo, que pronto prefirió echarse en el duro suelo. Pasó dos noches sin poder pegar ojo. Menos mal que en el tren consiguió dormir algo, y también comida para los dos.

El asombro de Nadine al verlo entrar con aquella mujer y dos niños fue enorme, y más cuando se fijó en el aspecto tan demacrado de Samuel. Asombro que contrastaba con la alegría de los hijos al ver a los dos pequeñitos, que mucho se

entristecieron cuando les dijo que tenía que entregarlos, asunto que intentó resolver al día siguiente. Al llegar al orfanato para entregar al albino le dijeron:

-Aquí no tenemos plazas para más niños. Estamos a dos criaturas por cama, y la cantidad de comida diaria la hemos reducido en el último mes. No podemos más, inténtelo en otro sitio. Lo sentimos mucho,,,

Y siguieron otras consideraciones, viéndose obligado a volver con el niño a casa, con gran alegría de los hijos, y nuevo asombro de Nadine, que pronto reaccionó:

-Pues si es así, lo dejamos en casa y lo apadrinaremos, y, si es posible, lo adoptamos. Escribe a tu hermana para que te mande algo más de dinero del que tienes en Suiza. Poco nos costará… Tiene una carita de bueno, que hasta me dio una pena enorme cuando te lo llevaste.

Al llevar a la muchacha con el niño producto de la violación a la parroquia de Saint Michael, recibió una respuesta algo similar:

-Es verdad, nosotros nos ocupamos de buscar empleos a mujeres de servir, pero ahora ese mercado laboral está saturado. Tenemos a muchas mujeres esperando a ser llamadas. En cuanto al niño, aquí tenemos a cuatro recogidos y no podemos alimentar a más. Mire a ver si algún conocido suyo tiene necesidad de una sirvienta, y, si son varios esos conocidos, nosotros se las conseguiremos.

De vuelta a casa, decidieron emplear de nodriza y de niñera a la muchacha, con sueldo doble al que suelen cobrar las empleadas de hogar, por el doble trabajo de cuidar a dos pequeños y de amamantarlos, y algo más de propina.

En vista de que Patrick, el albino se iba a quedar con ellos, Samuel Bernstein fue a dar parte del pequeño, y presentó los papeles en regla que trajo de la Misión y expuso el acuerdo de Nadine y él de adoptar al pequeño Patrick.

-Ciertamente esos niños corren un gran riesgo en esa zona. En otras partes de África, por ser albinos, hasta los ven como santos, pero aquí, para muchos, son diablos que hay que exterminar. En cuanto a lo de la adopción, por ser extranjeros, eso es un poco difícil. Las leyes son muy exigentes. Tendrán que presentar una serie de papeles, abales, informes de sanidad, de la Policía… Al final será el Ministerio de Justicia el que decida. Eso lleva tiempo. Ármese de paciencia – le respondió el funcionario.

-Ante esta situación, Samuel Bernstein, indignado, fue a presentar una enérgica protesta a la oficina sanitaria que lo enviaba a los distintos puntos fuera de Dar es Salaam, obteniendo por respuesta que lamentablemente eso fue un error por estar en la lista de médicos para tales misiones. Enfurecido les dijo:

- Pues bórrenme de la lista, porque no volveré más a salir de esta ciudad si no me voy a Alemania. Solo iré, si me lo encargan, a Mozambique.

.- A ese país ya no necesitará ir más, porque ese asunto ya lo tienen resuelto.

A los seis meses de su llegada de las cercanías del lago Nyasa, la muchacha violada, nodriza y sirvienta de los Bernstein, desapareció, dejando al niño en la casa.

-Ella decía, que no podía querer a ese niño porque era producto de una violación, y, cuando le miraba la cara, le recordaba a uno de aquellos sinvergüenzas. En la plaza, ahí cercana a donde lo llevaba a pasear, se hizo novia de un hombre, y con él se marchó, nos sé adónde, para no volver más – le explicó la otra sirvienta que tenían

Ante la gravedad del caso, de un niño abandonado en su casa y la imposibilidad de que lo acogiesen en una institución benéfica, Samuel fue a ver a un jefe de policía que había operado, y con el que hizo cierta amistad, y le expuso el caso, que le respondió:

-Un niño abandonado en casa de un extranjero. ¡Humm…!, es un asunto serio, y solo la Justicia puede decidir sobre el asunto. Yo solo puedo declarar a su favor, pero es absolutamente necesario las declaraciones de testigos. ¿Cuáles tiene? Si no se verá expuesto a un juicio por secuestro de un menor, cosa que hacen los europeos para sus negocios…, y con no rara frecuencia, para extraerles los órganos y trasplantárselos a europeos. Habrá un proceso, porque el asunto es muy delicado, agravado por no ser ya un refugiado político sudafricano sino un ciudadano alemán con residencia en Sudáfrica.

- Puedo tener el testimonio de la Misión que me encargó traerlo, la de la parroquia de Saint Michael, a donde venía destinado, y de la asistenta que tenemos en casa.

Tenía en su poder las dos primeras, la una, que fueron confirmadas, y, la otra, de la empleada, que fue la que más peso tuvo, que declaró:

-La madre continuamente decía que ella no podía querer a un niño producto de una violación. Su cara le recordaba a uno de aquellos malvados, que no solo se conformaron con violarla sino también vejarla. Durante los seis meses que estuvo en la casa, ella solo cuidaba a Patrick, el albino. Amamantaba al Jonathan, pero de cuidarlo, lavarlo y tranquilizarlo, me ocupaba yo… Y hasta no le gustaba que bebiese su leche. “Por darte de mamar nadie me paga nada, demonio repugnante”, le decía con frecuencia, junto con otras frases de desprecio. Ante esa actitud me encariñé con él y lo cuidé como se merecía un pequeño. También los hijos de la familia sintieron lo mismo que yo. Hasta los señores Samuel y Nadine. Así el pequeñito no sintió la falta del afecto que le negaba su madre. Patrick y Jonathan son como dos gemelos que no deben separarse.

Después de consultarlo con toda la familia, prevaleciendo la opinión de los hijos, Samuel Bernstein y Nadine decidieron solicitar la custodia de Jonathan Mpenba, en vista a una adopción, y decía el futuro padre al respecto:

- Son dos gemelos, uno que debía de ser sacrificado por el delito de ser albino, y el otro, que no tenía derecho a nacer por ser hijo de un violador. Variopinta familia, dos que se llaman Rembrandt y Cristjn Brenner, otro que se llama Moshe Bernstein Jonker, la niña, Judith Alice Bernstein, y estos dos últimos, Patrick Eamon Eire y Jonathan Mpenba. Tres anglicanos, un judío y dos católicos. En la escuela papista de ahí al lado le enseñarán qué es el catolicismo; como lo prometí.

Al escuchar esta decisión el jefe de policía les dijo:

-Lamentablemente somos un país subdesarrollado como toda África. De industria tenemos casi nada, y toda clase de deficiencias nos afectan. Los demás países de este continente no están mejor. Tenemos la suerte de tener un gobierno progresista y no alineado, que por un lado es bueno, pero por otro, es malo, ya que a las antiguas potencias coloniales no les agrada, imponiéndonos condiciones comerciales desfavorables para nosotros, que aunque sean pequeñas nos perjudican. Contemple el paro y la pobreza de los mendigos en las calles. Los europeos dieron la independencia políticas a las naciones africanas, eso costaba poco, pero la económica no la consienten ni la digieren.

Mientras tanto en Liverpool, el Leathershop de los de los Winter-Palmer-Sullivan marchaba mejor de lo esperado, no arrepintiéndose Rosemary del cambio que hizo.

Una tarde, en el vestíbulo del Saint George´s Hall, mientras asistían a un concierto de Schumann, se encontraron con un médico especialista en oncología, con el que Rosemary trabajó en el hospital, que les dijo:

-Me estoy recuperando de una depresión, por eso frecuento ahora conciertos. No todos podemos soportar los sufrimientos de los enfermos con cáncer… He tomado una decisión, dejo la especialidad y me iré pronto a trabajar de médico general en mi ciudad natal, un pequeño puerto de Escocia.

-Ves, Rosemary, los médicos también sufren – le dijo Christopher-. Pero te aseguro de que en cuanto se reponga del todo, volverá a la oncología.

Un domingo, todos los Palmer que residían en Liverpool, incluido el agnóstico, mayor William Spencer Palmer, se desplazaron al barrio marginal donde tenía su parroquia el reverendo Maxwell, y después de la misa sostuvieron una larga conversación con él. Al final, la señora Sheila le dijo:

-Como estoy jubilada y mi actividad es escasa, a partir de ahora me comprometo a venir por lo menos dos tardes a colaborar en la labor humanitaria que usted está haciendo. Y la cuota que ya venía pagando por medio de Rosemary la aumentaré un poco.

A lo que respondió el reverendo:

-Se lo agradezco mucho, porque toda ayuda, aunque sea pequeña, es bienvenida en este cuarto mundo. La labor es ingrata y descorazonadora muchas veces, pero nuestro lema es hacer el bien sin mirar a quién. Ayudamos a necesitados, de cualquier tipo, y procuramos rescatar para la sociedad y también para el cristianismo a jóvenes que se han descarriado por culpa del alcohol y de las drogas. Incluso a mayores…, bueno…, para qué decir. La verdad sea dicha, los éxitos en nuestra lucha son más bien escasos, pero como en nuestro Reino Unido hay centenares de organizaciones como la

nuestra, de uno u otro cariz, son miles los que rescatamos todos los años…, y no flaqueamos.

- Pues yo que me sigo ocupando de la contabilidad de la tienda y no voy a abandonar los dos clubs a los que pertenezco, me limitaré a pagar una cuota mensual. Durante mi vida profesional, más que a disparar cañones, me obligaban a llevar las contabilidades de las guarniciones en las que estaba destinado, y, mientras pueda, no voy a abandonar esa actividad. Hasta le cogí cariño – dijo el mayor Palmer.

C A P Í T U L O XXXVI

En la Sudáfrica de los ochenta no era el represivo señor Vorster el que dirigía el Régimen del apartheid, sino otro personaje que hasta se puede considerar peor, el señor Pieter Botha, que con más dureza pretendía someter a los bantúes, aunque se dieron leyes, de cara a la galería, que dulcificaban la situación. Lo cierto es que la opresión aumentaba y las protestas también. Malos recuerdos dejó el trío Malan, Werwoerd ,Vorster, y Botha no se quería quedar atrás, sino aumentar sus malas mañas.

Vida apacible llevaban los Palmer en Liverpool, solo alterada por unas operaciones quirúrgicas de menor índole de tres de sus miembros, sin complicaciones dignas de mención. Cartas de amigos y conocidos recibían con no rara frecuencia, pero de Bernstein hacía ya diez meses que nada sabían. Se debe mencionar, que Christopher, Rosemary y sus hijos seguían haciendo vacaciones en Francia, y hasta en España, pero esta vez decidieron ir a Escocia, porque Rosemary no la conocía, yendo a Aberdeen a visitar a su hermano Gregory, y llegando hasta Lerwick en la Islas Shetland, para ver a Kevin y conocer a su mujer y a su nuevo sobrino, que les contó:

-Del alcohol, ni lo pruebo ni me acuerdo. Sigo tocando el violín y escribiendo novelas, la última fue “Asesinato en el ferry”, con el inspector Mac Pherson, haciendo el papel de híbrido Sherlock Holmes – Hercule Poirot, porque lo de policía muy científica no se me da. Publicada en esta isla con una tirada de trescientos ejemplares. Ni para los gastos. Probablemente dentro de dos años, deje de navegar. Las dos tías de Lucy, mi mujer, son copropietarias de esta casa, de la cual también era su madre. La mayor, empleada de Correos, se jubiló hace unos años, y Lucy pasó a ocupar su cargo. Ahora la más pequeña, la propietaria de la papelería de la planta baja, se jubilará en dos años, y tengo la intención de hacerme cargo de ella, ampliarla y convertirla también en una librería de categoría. El padre y el hermano de Lucy llevan una granja de ovejas y de poneys en el sur de la Mainland… Mañana iremos a saludar al padre y al hermano de Lucy y que nos muestren su granja. ¿Ya vieron el lago Ness y su monstruo?

- El lago sí, pero de monstruos nada vimos – le respondió Rosemary.

-¡No podía ni imaginarme que fuera tan preciosa Escocia! – exclamó Rosemary al abandonarla.

-Yo ya la conocía, y una buena parte, a pie – le aclaró Christopher, mientras pensaba cómo sería la Nova Scotia, tierra natal de su padre.

Escasa se volvieron las noticias de Bernstein y de Nadine, y mucho les extrañó el recibir una postal de Wiesbaden, Alemania Occidental. Solo les mandaban un saludo y les deseaban suerte.

-Esto significa que Nadine tiene pasaporte en regla. Probablemente le habrán dado ya, después de tantos años, la nacionalidad tanzana – comentó Christopher, como tiempo después pudieron comprobar.

Por fin, en diciembre del ochenta y seis, recibieron una larga carta de sus amigos, en la que les decía Samuel, entre otras muchas cosas, lo siguiente:

"En la primavera del año pasado comenzaron a dolerme los dedos de las manos. Al principio, con antiálgicos y antirremáticos no estereoideos se me calmaban, pero se fueron incrementando los dolores y me aparecieron unos nodulitos en los nudillos y articulaciones interfalángicas, que me impedían trabajar si no tomaba los medicamentos, llegando un momento en que ni eso me lo calmaba, teniendo que dejar de operar, labor en la que me sustituyeron los dos ayudantes tanzanos a los que enseñé la especialidad, y que lo hacen muy bien. Me detectaron, ácido úrico, por lo que me pusieron a dieta – he perdido siete kilos – y me añadieron colchicina, buena para la gota. Perdí aquella agilidad en los dedos que tenía, y por la pena que me daba de no poder operar, me fui a Leipzig, en Alemania, donde los médicos me dijeron que no se trataba solo del ácido úrico, sino también de la artrosis que suelen padecer las encajeras de tanto manejar los dedos para hacer sus finas tareas. Tratamientos me pusieron, y ahora estoy libre de esos dolores y los nodulitos han detenido su crecimiento. Me preguntaron si podía permitirme el permanecer un mes en Wiesbaden para tratarme con las agua termales de esa ciudad, que siguen haciendo buen efecto desde el tiempo de los romanos, a la que llamaban Aquae Matiaciae, y que ayudaba mucho a la salud de los káiseres, conteste que sí, y allá me fui hospedándome en un hotel de nombre Schwarzen Bock…. Actualmente está estancado el proceso, y puedo manejar la mano, sin dolores ni terapias…, pero la agilidad de dedos y manos no las he recuperado."

"Quise dejar el hospital y retirarme, pues no pudiendo operar, me sentía un inútil en aquel lugar. No me lo permitieron, y hasta quisieron nombrarme jefe del servicio para dirigirlo, hacer revisiones, tratamientos no quirúrgicos, consultor… Contesté que de jefe, nada. Eso correspondía a un tanzano de los que yo había preparado, pero accedí a permanecer en el hospital, con la condición de que me bajaran el sueldo… Se oponían, pero después de un acuerdo, me rebajaron el sueldo; así seguiría teniendo una obligación y una responsabilidad. Vivo, o vivimos, de las rentas que me dan las inversiones en Suiza de lo ganado en el Jericho´s Hospital, que no fue poco".

Al año siguiente aparecieron en Liverpool los Bernstein en compañía de los cuatro hijos menores. Los dos mayores, no vinieron. Rembrandt, en Moscú, y Cristjn, en Dar es Salaam, debían quedarse en sus sitios por los estudios superiores que estaban haciendo.

- Al pequeño Patrick, cuando no lleva sombrero para protegerlo de los rayos solares, le ponemos en la cabeza una boina negra para disimular la blancura de su cabello a donde quiera que vaya, y pedí permiso en la escuela para que se la permitan también en las clases. Emplea gafas oscuras para proteger sus retinas de los rayos solares, así como camisa de manga larga, y pantalones también largos. Para no forzar mucho la vista usa cintas magnetofónicas en sus estudios. Él las lee, las grava, y luego repite las lecciones hasta aprenderlas. También Nadine y yo le leemos y les explicamos las dudas. Es muy estudioso. El hermano gemelo, como lo llamamos, Jonathan, que es más fuerte, se encarga de defenderlo si alguien se mete con él por el color de su piel. Este también se aprovecha de las cintas. Patrick, en Dar es Saalan, nunca sale a la calle si no es en mi compañía, para evitar que algún fanático le pueda hacer daño, aunque la

gente de esta ciudad, no tienen esa mala costumbre. En ese caso siempre llevo la pistola en el bolsillo, por si alguien venido de fuera pudiera hacerle daño. Ya nos concedieron la adopción definitiva de los dos gemelos, como nosotros los llamamos. El mayor, Rembrandt, creo que ya se los he explicado se fue a Moscú a estudiar en la Universidad Patrice Lumumba, y de ahí pasó a hacer estudios de ingeniería aeronáutica. El segundo, Cristjn, está en la Escuela Técnica de Dar es Salaam.

Mucho hablaron los dos amigos de los acontecimientos en Sudáfrica. Al igual ocurrió en las conversaciones entre Rosemary y Nadine, Lo mismo, con los padres. El ofrecimiento de la casa para quedarse no dio resultado por traer organizado el viaje desde Dar es Salaam.

Los Bernstein conocieron bien Liverpool y algo de Inglaterra, Los Palmer se esmeraron en que su estancia fuera lo más agradable posible y les prometieron una visita, pero esta vez sería para viajar por dos países: Tanzania y Kenya. Ya se habían normalizado las relaciones entre las dos naciones, y la frontera ya era permeables, pero primero irían a Canadá, comenzando por Halifax para conocer Halifax, la ciudad natal del padre de Christopher, y terminarían en las Cataratas del Niágara.

El tiempo transcurría, y la señora Sheila dejó de ir a la asociación del reverendo Martin Mawell, que poco después abandonó la dirección de ese centro. El peso de esa responsabilidad era superior a sus fuerzas, por lo que se la pasó a un laico entusiasta. Al poco tiempo se unía a otras sociedades benéficas para formar una ONG (organización no gubernamental) de cierto peso.

Los padres de Christopher descubrieron una nueva forma de pasar sus vacaciones: los cruceros marítimos turísticos por los países del Mediterráneo, para así disfrutar mejor del calor. Menos suerte tuvieron los padres de Rosemary que fallecieron con poco tiempo de diferencia.

Un día le dijo Christopher a sus padres:

-Mañana ponen en televisión la película “Gold”, cuyo actor principal es Roger Moore, el que ha hecho papeles de El Santo y del OO7, ese personaje, superagente británico, un tanto absurdo. También actúan Sir John Gielgood y Ray Milland. Propaganda del Gobierno sudafricano, pero en la que se puede ver algo de la segregación racial: en un estadio, los blancos, en un lado, y los negros, enfrente. Pero no muestran nada de la pobreza de los negros ni de cómo son acosados, perseguidos, torturados…, mientras se ve una maravillosa casa de campo perteneciente a blancos muy ricos.

Poco después recibió una carta del director del Saint Barthiomew´s Hospital, en la que le comunicaba lo apenado que estaba porque su hijo menor se encontraba prisionero en Angola por culpa de la Guerra de las Malezas y contra la República Angola. En la decisiva y sangrienta batalla de Cuito Cuanavale, el Ejército Sudafricano y sus aliados de UNITA fueron derrotados. Su avión fue derribado, se tiró en paracaídas y lo hicieron prisionero. Por las heridas sufridas en la caída, cuando escribió la carta, supo que estaba ingresado en un hospital, pero no era muy grave lo que tenía. “Según dicen hay conversaciones de paz, por lo que es posible que vuelva pronto”

Poco después, aquella guerra, que duró bastante, se llegó a un acuerdo. La ONU se hizo cargo de Namibia, Sam Nujoma y el SWAPO subieron al poder, y llegó la independencia de esa colonia. El hijo del reverendo Beagle volvió vivo y en buen estado, aunque considerado como mutilado de guerra. Por su parte, Christopher y Rosemary cumplieron el propósito de hacer los dos largos viajes en proyecto, pero primero, a Kenya y Tanzania, y después, al Canadá.

Entre tanto la lucha en Sudáfrica, cruel y con muchos sacrificios, consiguió que Mandela, símbolo de los no blancos, pasara de la prisión a arresto domiciliario, y que tras negociaciones muy difíciles, nuevas e intensas luchas y alguna presión internacional, el nuevo gobierno de Frederik de Klerk, muy a su pesar, abolió una serie de leyes racistas, liberó a Mandela y, por último, abolió completamente la política del apartheid. Ya no había zonas restringidas a las llamadas personas de color y desparecían los vergonzosos letreros de SOLO PARA BLANCOS, NET BLANKES, FOR BLAK PERSONS ONLY, etcétera… Pero comenzaron un serie de conflictos entre etnias bantúes, unas, por culpa de viejas rencillas, y otras, las más, fomentadas por los racistas blancos que todavía tenían el poder en sus manos y no olvidan su mala uva. También surgieron grupos de bantúes que deseaban venganza por tanta humillación, pidiendo incluso que se expulsara a los blancos, a lo que Mandela se oponía rotundamente, pues para él, los enemigos de ayer deberían ser los amigos del mañana.

Ya abolidas las leyes racistas, Christopher Palmer recibió una carta de Bernstein en la que le comunicaba que en compañía de Nadine, y sus hijos Moshe Bernstein Jonker, Patrick Eamon Eire y Jonathan Mpenba, habían regresado a Johannesburg, aunque la situación fuera incierta. El mayor de los hijos, Rembrandt Brenner, ingeniero aeronáutico, con su esposa rusa, de la misma profesión, preferían quedarse en Luanda, capital de Angola, ocupándose de los aviones de origen ruso que allí se encontraban para usos civiles o para combatir a las terribles guerrillas de la UNITA. El segundo, Cristjn, ingeniero mecánico, se negó a irse de Dar es Salaam, pues se consideraba un tanzano más, empleado en una industria metalúrgica de la ciudad, fanático del equipo de fútbol local, y que ya había hallado una compañera para casarse, una enfermera, musulmana de Zanzíbar. “Judith, muy a pesar nuestro, prefirió irse a Amsterdam con su tía porque quiere estudiar allá gemología y dominar bien el holandés, que es muy parecido al africáans, su lengua materna, como la de sus hermanos”. Daba cuenta de los cambios que se produjeron en sus familias de Sudáfrica, de algunos conocidos y de los deseos de verse. “A pesar de ciertos problemas, ya pueden venir a Sudáfrica”, concluía la carta.

Los Palmer, en vista de las noticias un poco alarmantes que venían de allá, prefirieron esperar un poco hasta que la nueva Sudáfrica se consolidara y se calmara, cosa que se consiguió con el triunfo de Nelson Mandela en las primeras elecciones en que participaron los no blancos. Así que, en el noventa y cuatro, viajaron a Johanneburg para ver a sus amigos y a la nueva Sudáfrica sin carteles infames y sin segregación.

No es nada fácil describir la emoción que sintieron los dos amigos al reencontrase de nuevo en Sudáfrica, no notando los Palmer, a pesar de todo lo sucedido, hostilidad por parte de los no blancos, aunque todavía había resquemores entre ellos, y al respecto comentaba Bernstein:

- Cuando siendo estudiante visité Holanda me dijeron que procurara no hablar en alemán porque la población todavía no perdonaba el mal que les hicieron lo nazis.

Cuando trabajaba en Hamburgo, a un paciente alemán recientemente llegado de Polonia, con nacionalidad polaca, por el año sesenta, le pregunté si se había venido porque le iba mal económicamente en ese país. La respuesta fue que no, sino por el desprecio que sufrían por parte de la población polaca. En Polonia el daño que produjeron los nazis fue mucho mayor que en Holanda, y fue un verdadero genocidio."Sí estábamos en un restaurante y los alemanopolacos nos poníamos a cantar en alemán, enseguida arremetían contra nosotros". También sé de una alemana que se casó con un polaco, que tuvieron que sufrir el desprecio y el rechazo de las dos comunidades. Cuando visité Checoslovaquia, conocí a una jovencita alemana, cuya familia no fue expulsada de los Sudetes, que me contaba lo horroroso que, de niña, se la considerara como una asesina solamente por haber nacido alemana. Por eso le advierto a mi familia que tengamos preparadas siempre las maletas por si nos echan los bantúes… Pero ellos son conscientes de que necesitan a los blancos, y Mandela predica que negros y blancos son iguales, y ha formado un gobierno de coalición con Frederik de Klerk. Así también tranquiliza a los blancos. La mayoría del pueblo sudafricano está con Mandela, pero han surgido algunas tendencias, minoritarias por cierto, que no lo aceptan de buena gana, como los de Partido Inkatha, en la zona Zulú, y un grupo de kleurlings en Ciudad del Cabo que dominan esa importante ciudad. Con estos no han surgido problemas, pero con los inkathas, sí los hubo…; claro, incitados por los blancos, pero ya se han calmado. Hay grupos de bantúes y de blancos, que sabemos que crearán problemas serios. De eso estoy convencido.

-¿Y cómo consideras a de Klerk, el político que consiguió convencer a los blancos del fin del apartheid, y al que se le concedió el Premio Nobel junto a Mandela?

-Ese hombre en nada se diferencia de Malan, Werwoerd, Vorster, y Botha, pero después de la gran derrota en Cuito – Caunavale de ese potentísimo ejército, tan bien armado por los europeos y norteamericanos, ante las fuerzas conjuntas cubanoangoleñas, no le quedó otro remedio que claudicar. Esa batalla fue el Stalingrado del apartheid. En lo de darle el Premio Nobel me parece un absurdo, un descrédito para ese premio, como ya lo fueron los concedidos a Menahem Beguine, de Israel, y a Kissinger, por conseguir la paz en Vietnam. En este último caso, el representante vietnamita, al que también se le concedió ese premio, tuvo la gran dignidad de rechazarlo.

-Pero los blancos todavía dominan Sudáfrica

- Es bien cierto, pues esa minoría posee un ochenta por ciento de las riquezas de Sudáfrica. Y los bantúes, kleurlings, indios y otros asiáticos, tienen que conformarse con el otro veinte por ciento. Por lo tanto sigue en pie un apartheid económico, como deuda pendiente que, de momento, será difícil de resolver o se convertirá en una bomba de efecto retardado. Aunque han entrado muchos no blancos en el Ejército Sudafricano y en la Policía, siguen siendo los blancos los que predominan en los mandos, servicios técnicos y otros asuntos. Muchos miembros del oMkatha we Ziswe, con experiencia militar en Angola, Mozambique, Zimbabue y de la Guerra de Frontera se han incorporado, así como los ejércitos y policías negros de los desaparecidos batustanes. Reclutas bantúes no faltan.

-Entonces ya no trabajas, y tampoco Nadine. Ni siquiera algunas horas en el Jericho´s Hospital.

-Trabajar ya no lo hacemos en el sentido estricto de la palabra. Al llegar me encontré que tanto mis hermanos Josshua y Adam, en las fabricas de muebles, como Daniel en los apartamentos turísticos y en el negocio inmobiliario habían cuidado de lo que me que me correspondía por herencia y por lo que me dejé e Sudáfrica, invirtiendo bien ese dinero, de forma que me puedo considerar un hombre rico. Lo único que hacemos Nadine y yo es ayudar en la lucha contra el sida, plaga que se va extendiendo, en un centro patrocinado por una ONG para combatirlo. Solo cuatro horas durante tres días por semana. Ya no estamos para muchos trotes, y esa enfermedad es horrorosa. Le echan la culpa al mono verde, pero me pregunto cómo durante siglos han convivido esos monos con los hombres sin que pasara nada, y ahora, de golpe, surge esta pandemia. Me inclino más a la teoría de fue una fuga de los laboratorios de las guerras bacteriológicas, y que tal vez se introdujo aquí para limitar la población de bantúes, cuyo número no para de crecer. En cierto país hubo una vez una plaga de conejos, le llevaron el virus de la mixomatosis para exterminarlos, pero se extendió también por otros donde no existía tal plaga y que eran importantes para el suministro de proteína a la población. Si quiere les enseño el ambulatorio donde hacemos esa labor.

Estando de acuerdo Chistopher y Rosemary, llegaron al lugar, exclamando Christopher asombrado:

-¡Pero si esto es el Jericho´s Hospital!

-Efectivamente, así es, pero ya no. Por una mala gestión quebró. Hubo un desfalco y el administrador se suicidó. Los médicos accionistas se pelearon entre sí. Poco a poco se fueron marchando los facultativos, empeoró la calidad de la asistencia, los pacientes ricos ya elegían otros hospitales, también el personal laboral, al reducirles el sueldo se fueron marchando, parte del material iba siendo embargado… De forma que se optó por cerrar el Jericho´s Hospital. Hubo un intento de transformarlo en un hotel, y otro en un edificio de negocios y apartamentos, pero una ONG caritativa, considerando que allí quedaba bastante material médico y quirúrgico, camas y otros servicios de utilidad hospitalaria, pese a embargos, convenció a las autoridades para convertirlo en un centro geriátrico, en el que junto a los ancianos se atienda a impedidos, minusválidos, crónicos…, y así quedó la cosa. Lo atienden cinco médicos con categoría de generalistas, y el director es Mac Leo, que regresó de Lesotho, junto con su mujer, Fanny, la antigua monja del Saint Bartholomew, con la que tiene dos hijos. Tienen en el geriátrico su vivienda, y ella es la fisioterapeuta del centro, por conocimientos que aprendió en el hospital de Maseru. Mac Leod en ese centro solo opera cuando se puede hacer con anestesia local. Dos veces por semana, en las tardes, opera con anestesia en el antiguo hospital de mutualidades de indios y kleurlings a enfermos asegurados o particulares. A la ONG antisida en la que colaboro se le concedió el servicio de urgencias, que ahora está completamente aislado del resto del edificio. Mac Leod me concedió varios de los aparatos utilizados en oftalmología, que quedaron y no usan. También a Nadine le dio algo del material ginecológico. Primero veamos el ambulatorio antisida, que les recuerdo que es para gente muy pobre, y para cuya lucha carecemos de medios y medicamentos suficientes, y luego pasemos a visitar a Mac Leod.

- ¿Y qué se sabe de Mda y de Muhamma Rahman? – preguntó Christopher.

- Mda volvió y trabaja en el hospital Baragwnath, como tanto deseaba, y Rahman aún permanece en Maputo. Nada se sabe de si volverá. ¿Y qué es de tus hijos?

-Pues Nadine pronto será médico, estudia en Liverpool, y George, según acabó la segunda enseñanza se fue a Francia a trabajar en el campo, primero, en la recolección de la lavanda, y después, en la vendimia, cortando y cargando uvas en la región de la Dordogne, cerca del río Garona. Luego en la cercanía de Burdeos se empleó en un helipuerto para ayudar a los mecánicos de los motores de helicópteros. Rosemary temía que fuera a hacer lo mismo que su hermano Kevin: lo de desaparecer hasta que Gregory lo encontró medio muerto en España… Pero hace dos meses nos escribió pidiéndonos dinero para matricularse en una academia particular de mecánicos de helicópteros, Como la suma era un poco elevada, fui allá para enterarme bien de lo que iba la cosa. Hablé con los mecánicos del helipuerto y me contaron que su título era como el de ingeniero, y que si quería progresar en el oficio, debía estudiar en una academia con todas las garantías durante, por lo menos, tres años. Allí solo podía ser un ayudante. Le recomendé que se viniera a Inglaterra para hacer los estudios, o que intentara ingresar en el Ejército como su tío Henry, pero se negó en rotundo. Así que le estamos pagando una academia particular y, además, lo de sacar el título de piloto de helicópteros, ya que también tienen que comprobar personalmente los trabajos que hacen. Nada barato nos sale.

Al día siguiente de la reunión con los Bernstein fueron a la casa del reverendo Walter Beagle, quien les contaba:

-El hospital ahora trabaja a pleno rendimiento, hay más médicos y nuevos aparatos. También más enfermeras y enfermeros titulados. Mi sucesor, un laico, no exige que estén casados, ni que tengan religión declarada, pues alega que eso es anacrónico, a pesar de ser anglicano. También cambió la indumentaria de las enfermeras, permitiéndoles llevar pantalones. Todo cambia, ya está comprobado:¡o tempora, o mores¡. ..El administrador Thomas Guala, ahora vive cerca de aquí, pues ya no impiden vivir en el centro a los no blancos, y habrán comprobado cómo han desaparecido aquellos abominables letreros racistas. Ahora es director de una sucursal bancaria en el centro de la ciudad. De los médicos de entonces solo queda el doctor Reddy Raja Konda, que lo aprecia mucho, doctor Palmer. Vaya al hospital y hágale una visita. Se lo agradecerá. A Chipeto lo asesinaron en el setenta y seis, tras la matanza de Soweto, y hoy su hijo ocupa su cargo de cardiólogo en el Saint Bartholomew.

- Dicen que la delincuencia ha aumentado en Sudáfrica con lo del fin del apartheid. ¿Es cierto eso?

-Mi opinión es que sí, pero hay que tener en cuenta que la población ha aumentado, y los crímenes, torturas y .abusos que cometían la Policía, los escuadrones de la muerte y los comandos paramilitares no se consideraban delitos, Mi mujer y yo estamos jubilados del todo. Leer, ver televisión, pasear y esperar las visitas de nuestros hijos y nietos son nuestros deberes, Hoy se quedarán a comer, pues vendrá mi hijo menor, Victor, el que se hizo piloto, fue derribado, estuvo en el cautiverio y sobrevivió de milagro. Sigue en el ejército, de capitán, pero no de piloto, sino destinado al cuidado de los aeropuertos. Por las heridas sufridas, no le permiten volar. A la vuelta conoció a una hindú, con la que se casó, de nombre Sabita. Se habían abolido ya todas las leyes raciales, pero se tuvieron que enfrentar a la oposición de los padres de la chica que se oponían al matrimonio con un cristiano, ya tienen un hijo, de dos años. De su amigo Tobias, el encargado del furgón de la propaganda. Tengo que contar que un día lo

cogieron cargado de panfletos, y después de torturarlo, fue condenado a cuatro años de cárcel, de los que cumplió dos por haberse abolido las leyes raciales. Ahora se dedica a lo mismo que antes: escuela, tocar el órgano y con otra furgoneta para con el pluriempleo ganar algo más para mantener a su mujer y a sus dos hijos.

Victor, el menor de los Beagle, llegó, acompañado de su mujer y del pequeño. A los Palmer les parecieron personas muy agradables

-En la isla de Ascensión a donde nos llevaron al expulsarnos de Sudáfrica entablé amistad con un capitán de aeropuertos de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas,- le contó Christopher, así como las peripecias que pasaron al ser expulsados,

Victor pasó a explicar sus aventuras en la Guerra de Frontera, o de las Malezas, y la de Angola:

-… Mi compañero y yo, en nuestros Mirage franceses, divisamos a un Mig ruso, del enemigo, y fuimos a derribarlo. Mi amigo consiguió alcanzarlo, y mientras el avión caía, el piloto logró lanzarse en paracaídas. Mi compañero comenzó a dispararle para matarlo. Eso me indignó y comencé a gritarle por radio que se detuviera, fijándome en eso nada más. Sin darme cuenta, un avión enemigo salió de una nube y me ametralló, lo que me obligó a saltar, yendo a enredarse las cuerdas del paracaídas en las ramas de un .árbol. Con un cuchillo las corté dándome un fuerte golpe al tocar tierra sintiendo dolores por todo el cuerpo, que me impedían ponerme en pie. Inmediatamente aparecieron dos soldados, bantúes por supuesto, que me apuntaron sus kalashnikovs. Me despedí de la vida…, pero poco después aparecieron otros dos con una camilla y me llevaron a un hospital en el que me exploraron, me enyesaron un pie, pues tenía una fractura de tobillo, y me detectaron una fractura en una vértebra. “De milagro no quedó parapléjico”, me dijo el médico que se ocupaba de mí, que era cubano. A los cuatro días me trajeron papel y bolígrafo para que escribiera a mi familia y supiera que estaba vivo y en buenas manos. Les pedí que, si los conocían, les dieran las gracias a los dos soldados que me hicieron prisionero por no haberme matado. A los dos días se presentaron los soldados, acuartelados cerca de allí, uno se llamaba Joâo y era angoleño, y el otro Raúl, de nacionalidad cubana, No he olvidado sus nombres. Luego siguieron interrogatorios típicos para los prisioneros, como ya nos tenían avisado para ese caso. Poco tenía que decir, pues, en verdad, poco sabía. Les conté de mi familia y de que todos eran antiapartheid. ¿Me creerían? También les dije que mi deseo era hacerme piloto para pasarme a la aviación civil. Poco después vino a visitarme el piloto enemigo, otro cubano, que fue derribado en ese combate, también ingresado en el mismo hospital por un mala toma de tierra, que me agradeció el que no le disparara porque seguro que hubiera muerto. También vino hablar conmigo un corresponsal de guerra, que, como el piloto, era cubano, no dejando cosa que no me preguntara sobre Sudáfrica, mi familia y mis amigos, y yo, por no ser menos, también hice lo mismo, de forma que ya sé más de Cuba que de Sudáfica…. Unos meses de cautiverio, vino la paz…, y a casa. Al año de esa vuelta, me recomendaron un tratamiento de rehabilitación por secuelas del accidente, donde conocí a una fisioterapeuta y, en buena hora me casé con ella. Este es mi hijo Ramesh.

Y el reverendo Beagle añadió al respecto:

- Los padres Sabita se disgustaron mucho con lo del matrimonio con un cristiano, pero al ver que a Ramesh lo bautizaron como hindú y lo van a educar como

tal, se pusieron muy contentos. Al principio, aunque las leyes racistas ya estaban abolidas, lo ocultó Victor a sus compañeros, pero ya en la base lo sabe todo el mundo, y lo aceptan hasta los oficiales racistas.

-¿Sabe algo del reverendo Lipton?- preguntó Chistopher al doctor Beagle.

- Sí, se jubiló hace dos años, se queda a vivir en Walbys Bay, junto al mar, como su hijo mayor, capitán de barcos pesqueros, casado con una alemana namibia. El menor entró a servir en los guardacostas de la Marina, y ahí se quedo para siempre. Se casó con una africaander, y tiene su destino en la base naval de la isla de Bird. Esa isla donde las malas lenguas dicen que ciertos jerarcas del régimen del apartheid tenían un hotel para sus orgías con niños. Ya Walbys Bay pasó este año a dominio de Namibia. El mayor tomará esa nacionalidad, y el segundo continuará con la que tenía.

El domingo en la casa de campo de los Bernstein tuvo lugar una importante reunión familiar. Rosemary y Chistopher encontraron a los hermanos de Samuel algo más gruesos y con abundantes canas. Samuel, en cambio tenía aún su pelo negro con escasas canas, y no solo conservaba la línea, sino que estaba más delgado a causa del régimen que seguía contra el ácido úrico. Saludaron a los cinco Bernstein, pues hasta Daniel vino de Durban, y a sus mujeres. También estaban algunos hijos y nietos. Al aparcero Robert lo encontraron en una silla de ruedas, pues una artrosis le impedía andar. Con su mujer, Florence, siempre a su lado, vivían en la misma casa con un hijo que heredó el trabajo de su padre. Los otros, en Johannesburg, ejercían distintos oficios. Se alegraron también mucho de ver a la hija adoptiva de Joshua, ya profesora, y ciudadana libre del todo, como Robert y su familia,

En este momento les dijo Samuel Bernstein a los Palmer:

-Este es mi hijo Moshe, que, como buen dibujante, trabaja diseñando muebles de lujo en la fábrica junto a Joshua. Y estos dos, los gemelos, ya con doce años, el delgado, pálido, con gorrita negra y espejuelos oscuros, es Patrick, y el moreno y fuertote es Jonathan – y una vez alejados, añadió-: Patrick, el albino, es muy buen estudiante y su deporte favorito es el ajedrez. Jonathan no es tan estudioso, y dice que desea ser deportista. Para llevarle la corriente lo tengo en un equipo aprendiendo a jugar al críquet, juego poco violento, y cada vez está más entusiasmado. Me parece que he tenido suerte. A los dos los envío a aprender judo y natación, en lugares cubiertos para proteger a Patrick del Sol…– interrumpiéndose aquí la conversación por la llegada de un señor de cabello y barba, blancas, acompañado de una señora china.

Se trataba del médico Michael Lars Blake, otro de los desaparecidos a raíz de los sucesos de Soweto del setenta y seis, acompañado de su esposa china, que como antaño vestía de negro, y de un joven, el hijo del primer matrimonio. El doctor Blake tuvo que huir por haberse vengado matando a la jefa de un escuadrón de la muerte, la doctora Charlotte Diebrücke, y que contó lo siguiente sobre su fuga y paradero en estos años:

-Aquí estoy de incógnito. Que no sepan dónde me encuentro los paramilitares que aún me buscan, pues me tienen sentenciado a muerte. Después de lo que hice, me fui a esconder a casa de uno de los pocos maoístas que aquí había, que me ayudaron a

escapar de Sudáfrica por Port Elizabeth. Primero, escondido en un camión de una de sus empresas. Como los chinos son tan herméticos nadie supo que yo estaba casado con una mujer china. En Port Elizabeth se las arreglaron para meterme en un barco de bandera de conveniencia, un liberiano llamado Arriabada, que me llevó a Singapur, donde la mayoría de la población es china y hay más maoísta, aunque su gobierno los tienen muy controlados. Como no tuve tiempo de sacar dinero, al llegar me pusieron a trabajar, ilegalmente, en un hotel, propiedad de maoístas - y continuaba explicando:

… Allí realizó distintas actividades h, como la de ascensorista, hasta que decidieron llevarlo a Hong Kong , donde los maoístas, ya tenían una mayor presencia, y no mal organizada, aunque no de carácter legal, y lo emplearon de cirujano en un hospital de ese grupo, bajo el nombre de Larsblake para disimular su verdadera identidad. Ilegal, era un médico inglés, pero que no figuraba en nómina sino que cobraba su sueldo figurando en los gastos de limpieza. Con un pasaporte falso, pero muy bien hecho, circulaba por las calles. Vivía en una habitación pequeña con servicios comunes, hasta que llegó su mujer con sus hijas para trabajar en la misma empresa importadora de Johannesburg, pero ahora como exportadora de productos de la ciudad y del continente. El sueldo de ella era bastante mayor que el suyo, por eso podían vivir en una vivienda amplia y con ciertos lujos, Ya no carecía de nada y se encontraba muy a gusto esa colonia británica. Mas un día le advirtieron que tenía que esconderse durante un tiempo, porque los británicos estaban buscando maoístas para controlarlos y clasificarlos según su peligrosidad y el hospital estaba bajo sus miras.

-Así que estuvo esos meses escondido en una buhardilla como Ana Frank.

-No me resigné a eso, sino que me fui a Macao, ciudad en que los maoístas tenían más poder…, más bien todo, ¡y nadie se atrevía a molestarlos! Me emplearon en un hospital donde trabajaba en condiciones similares a las de Hong Kong, con sueldo también muy bajo, durmiendo en una habitación de ese mismo hospital como médico inglés en misión de estudios. Mi mujer y mis hijas venía cada poco a verme, y yo, en vacaciones, iba de incógnito a Hong Kong. En Macao, aunque colonia portuguesa, eran los maoístas los que mandaban y controlaban todo, y allí podía estar seguro y tranquilo. Eso duró unos cuatro años, en que por acuerdos dejaron los ingleses de incordiar a los maoístas que ya se iban imponiendo en su colonia, por lo que me decidí a volver al mismo hospital de Hong Kong. En verdad, el poder de los maoístas se iba incrementando en la ciudad y los ocupantes coloniales los dejaban en paz, no haciendo caso a los partidarios del Kuomingtán. Pronto vence el tratado chinobritánico y pasaremos a depender de la China Continental Nos quedaremos en Hong Kong, pues una hija está casada con un ingeniero chino, ella también lo es, y viven en la nueva ciudad de Shenzhen, y la otra es médico, casada con otro médico, de Taiwan, con sus consultas en Taipei Este es mi hijo Basil, del primer matrimonio, que es controlador aéreo del aeropuerto. Mis padres se ocuparon en educarlo bien. Por lo menos una vez al año viene a visitarnos a Hong Kong – así concluyó Blake su discurso.

Muy temprano, día lunes de la semana, los Palmer y los Bernstein tomaron el avión que los llevaría a Phalaworba para visitar el Parque Nacional Kruger, donde Nadine pudo abrazar a su hermano Rembrandt que, tras la abolición del apartheid, había ascendido en el escalafón de los vigilantes del Parque. Así los Palmer vieron algo que tenían pendientes de Sudáfrica. Los dos gemelos, de distintas madres y oriundos de Tanzania, fueron los que más gozaron con aquella joya de la naturaleza.

La noche antes de regresar a Inglaterra, Christopher le dijo a Rosemary:

-Al ver a Blake y a su hijo, me entraron deseos de saber algo del que tengo en China, pero lo mejor es resignarse. Hacía tiempo que no pensaba en eso.

-Pues yo sé algo.

-¡Cómo! ¿Qué averiguaste algo de ese muchacho? ¿Qué hiciste para eso?

-Pues muy sencillo, contraté a una agencia de detectives. Vivía en Shanghai con sus padres, y estudió para ingeniero agrícola. Cuando acabó los estudios, lo mandaron a una zona rural lindante con el río Yan Se Kiang. Como el teatro era su pasión favorita, organizó una compañía de actores y se dedicó a hacer representaciones teatrales por los pueblos de esa comarca. Quería trasladarse a Sanghai para actuar en los grandes teatros, y si era posible, en televisión y en el cine, pero no se lo permitieron. Que siguiera en aquella comarca donde tanta falta hacía.

-Asombrado me has dejado. ¿Y qué apellido lleva?

-El de su padre adoptivo.

-Y el nombre ¿cuál es?

-Zane Grey, como el escritor al que tanto admiraste.

Fin

P R Ó L O G O   Y   E P Í L O G O

Deseando escribir algo contra el racismo, la segregación racial, la xenofobia, la soberbia de quienes se creen superiores por ser de una raza como se creían los nazis, el Ku Kux Klane y otros grupos similares de los que hoy, por desgracia, están floreciendo en Europa, a pesar de la derrota que sufrieron en el año mil novecientos cuarenta y cinco, se me ocurrió hacer un relato sobre y contra el apartheid, doctrina reinante en Sudáfrica durante largo tiempo destinada a oprimir a la población no blanca de esa República en beneficio de los blancoeuropeos, que gobernaban el país, y se creían semidioses con respecto a las otras etnias.

De las hojas escritas, algo más de doscientas, puedo decir que es pura ficción, basada en una vergonzosa realidad. ¿Vale la pena escribir contra algo que está más que condenado en tantas y tantas publicaciones? Pues opino que sí, porque los racistas siguen haciendo actos bochornosos y crueles, y luego, cuando se les recriminan, como lo he visto y oído, alegan que no lo son, sino que actúan así por esta u otra razón, que no tienen más justificación que sus malvadas y estúpidas intenciones.

En cierta ocasión, en esta España de hoy, una docente me contó que un compañero suyo le llamó la atención a la directora del colegio en que trabajaba con estas palabras "eso que acaba de decir es racismo", y su jefa le contestó "es que yo soy racista", y se quedó tan ufana. ¿Se puede permitir que una persona así sea directora de una escuela de niños? "Es que los inmigrantes vienen a cambiar nuestras costumbres" es otra frase con la que los moderados racistas intentan justificar su xenofobia, olvidándose de que los europeo, entre ellos los españoles, de que durante muchísimo tiempo colonizaron y humillaron a los pueblos de África con el pretexto de imponerles su civilización. "¡Expulsarlos!", es otra de sus frases preferidas mirando hacia otro lado cuando los medios informativos dan cuenta de que cuatro mil migrantes se ahogaron en el Mediterráneo huyendo de miserias, guerras y otros males, mientras se impide las llegada de sus pésimas embarcaciones a los puertos, no se les socorre en altamar o imponen sanciones a los que intentan ayudarlos en esas difíciles situaciones… Se calcula, que en un tiempo similar, unos mil africanos han perecido en las aguas que separan España de Marruecos.

Sé que mi escrito deja bastante que desear en todos los aspectos, pero si alguien lo lee, le ruego que se pronuncie sobre el tema y escriba algo mejor que yo. Hay mucha gente con capacidad intelectual más allá de la mía, y a esos les invito a que se pronuncien sobre el tema de este relato,

Cuando comienza esta historia, contada en "La Buena Vecindad", allá por los años setenta del siglo XX, mi siglo, como yo lo llamo, el ochenta por ciento de las riquezas la República de Sudáfrica estaba en manos de los blancos que constituían, escasamente algo menos del quince por ciento de la población de ese país, mientras los negros bantúes, descendientes de indios, chinos y otros, se tenían que conformar con ese veinte por ciento restante de esa riqueza. En el año 2018, después de haber aumentado muchísimo la población, y a veinte y ocho años después de la abolición del apartheid, los blancos siguen conservando ese mismo ochenta por ciento. Por lo tanto el apartheid

económico permanece. Bien es verdad que la coyuntura internacional no ha permitido ese cambio.

En el año 1978, un sudafricano blanco me dijo que en Sudáfrica no existían blancos pobres. No hace mucho, en un reportaje televisivo, se veía un barrio de blancos que vivían en la pobreza. También he leído que un millón de sudafricanos blancos han abandonado el país, quedando unos seis millones, pero también existe en Sudáfrica actualmente una inmigración europea. Por otro lado, ha surgido un partido, parecido a aquel pan- africanista, que exigen reformas económicas urgentes y la igualdad completa para todos. Han aflorado, sobre la marcha, pequeños grupos xenófobos contra los inmigrantes extranjeros. Existe una ciudad, que se llama Orangienstadt, en la que solo viven blancos.

De todas formas, el prestigio de la República de Sudafrica en el Mundo no ha hecho sino aumentar, y como el protagonista de esta novela no es ninguna persona sino el apartheid, se puede decir que este relato no tiene epílogo.

Superficie de la República de Sudáfrica   1,221.000 Km2

Población:

En 1970   algo más de 22.000.000 de habitantes, distribuida así:

Unos 15,000.000 de bantúes

3,800.000 blancos

Unos 2.000.000 de mestizos

Algo más de 600.000 asiáticos (de origen indio y chino, en su inmensa mayoría)

Educación en 1970, siguiendo política muy estricta del apartheid reinante:

Blancos escolarizados en primaria: el 100%, No blancos: el 85%

Estudiantes en el 1970:

En magisterio: blancos, 9.985; no blancos, 8,173.

Enseñanza superior: blancos, 58.452 con 10 universidades; no blancos, 7,462, con cinco universidades.

Población de Sudáfrica en 2018:

52.770.000, de los cuales un 79% bantúes.

África con unos 30.000.000 de kilómetros cuadrados, contaba en 1950 con algo más de 300.000.000 de habitantes. Actualmente, en el 2018, su población supera los 1.000.000.000.

Ya algo avanzado el siglo XXI, la Univeridad de Wihtwarersrand, de Johanneburg, y la Tropical Medisal School y el Southern Hospital de Liverpool, siguen gozando del mismo prestigio que en el siglo XX.

El Hospital Baragwanath, de Soweto, cuenta con más de tres mil cama, considerado como uno de los mayores del mundo, está ligado a la universidad de Johannesburg, y actualmente se llama Hopital Chris Hani, en honor a un importante líder antiapaartheit, bantú, asesinado en 1993 por los racistas.

C O M E N T A R I O S

En 1986 el primer presidente de Mozambique Samora Machel falleció en un accidente de aviación. Como la capital de esa República, Maputo, está muy cerca de la frontera con Sudáfrica, se supone que controladores aéreos racistas sudafricanos dieron falsa indicaciones a los pilotos haciendo que se estrellara contra una colina.

En 1961 el secretario general de la ONU (Organización de las Naciones Unidas), Dag Hammarskjold, en sus intentos de buscar una solución al problema de la secesión de Katanga de la República del Congo (Ex Belga) y de la guerra que eso ocasionó, viajó a ese país muriendo e Katanga en un accidente de aviación. Según Conan Cruise O´Brien, su comisionado en Katanga para llevar a cabo ese cometido, en su libro " To Katanga and back", también conocido en otros idiomas como "Misión en Katanga", ese avión fue derribado por dos aviones militares de los racistas que gobernaban entonces en Rhodesia del Sur (actualmente República de Zimbabue). A O´Brien le correspondió también eliminar por la fuerza a los "affreux katanguais", temibles mercenarios europeos que defendían al líder secesionista de esa provincia congoleña Moïse Tshombe, que solo defendía los intereses de los colonialistas blancos. Contaba para esa misión con las llamadas fuerzas de paz de la ONU con tropas irlandesas, suecas, indias y etíopes, pero pronto se dio cuenta, a pesar de ser irlandés, que ni las irlandesas ni las suecas servían para ese cometido, por los que las desechó, usando solamente a las indias y etíopes para combatir a los "affreux katanguais", venciéndolos, y así salvó la unidad del Congo. Katanga era y es una provincia muy rica en minerales valiosos. Por eso el conflicto.

Vencidos y derrotados, esos "affreux" fueron enviados a Europa. En el puerto de Santa Cruz de Tenerife hicieron escala en su trayecto varios de esos barcos que los transportaban, y al respecto me contaba un capitán de la Policía Armada española:

"Tenemos que estar muy alertas cada vez que llegan esos barcos porque esos mercenarios provocan escándalos y altercados difíciles de resolver".

Kenia o Kenya, como se escribe en swahili y se pronuncia Keña. En idioma swahili la ny, al igual que en catalán, equivale a la ñ castellana.